

Índice

índice de historias y leyendas	1
<i>[p:] prólogo</i>	2
[p:01] introducción: leyendas	2
[p:02] conversación con Úrsula Vallendor	10
<i>[i:] historias</i>	13
<i>[ii:] leyendas</i>	119

María Susana Straub (*compiladora*)

Historias de santos y leyendas

el profanador de textos

confesiones de invierno

(¡siempre charly garcía debe estar presente!)

profanador, ra.
(Del lat. *profanātor*, -ris).
1. adj. Que profana. U. t. c. s.

profanar.
(Del lat. *profanāre*).
1. tr. Tratar algo sagrado sin el debido respeto, o aplicarlo a usos profanos.
2. tr. Deslucir, desdorar, deshonrar, prostituir, hacer uso indigno de cosas respetables.

Real Academia Española ©
Todos los derechos reservados

quiero a los libros —esos seres impresos en árboles muertos (o debería decir ‘asesinados’)— con ‘sagrado’ respeto, pero resulta que muchas veces son inhacables... o hollables a un precio inalcanzable.

por eso me convierto en ‘profanador’: ‘deshonro,’ ‘prostituyo’ la belleza del papel y transfiero la sabiduría a este nuevo ser electrónico.

es verdad: dejo sin pan a quien lo creó. pero completo su más profundo deseo: difundir su conocimiento.
(a mi tampoco me convencen estas ‘razones,’ son puro bla, bla, bla.)

el diseño apaisado es para que sea fácil leerlo en el monitor de la computadora o impreso en hoja A4, simple o doble faz. a fin de cuentas, millones de libros han sido leídos ‘fotocopiados’ en ese formato. (en realidad, los más beneficiados son los que venden recargas truchas de cartuchos.)



con respecto a este libro

Título: ‘Historias de santos y leyendas’

Autor: María Susana Straub (compiladora)

ISBN:

Título original:

Editorial:

Sin fecha de impresión.

primera pedeeficación:
-bre -, 2019
***edición sin lectura
humana***

actualizaciones:
edición centenario
enero 20, 2023

para colaborar

Correcciones: para aportar correcciones a los textos, por favor, enviar un email a **elprofanadordetextos@yahoo.com**, poniendo en el ‘Asunto:’ el nombre de la publicación y en el cuerpo, el texto equivocado y el nuevo, con referencia de página. Gracias.

Dactilografiado: hay mucho material traducido en forma manuscrita que ‘desea’ ser publicado. Si quieren aportar el tiempo de dactilografiado, por favor, enviar un email a **elprofanadordetextos@yahoo.com**, poniendo en el ‘Asunto: Tipear.’ Gracias.

GA / S-

Los **libros** escritos por **Rudolf Steiner** y las **recopilaciones de conferencias** se catalogan según el ‘**GA**,’ ‘Gesamtausgabe’ [‘Edición Completa’]. Se ha intentado referir al GA para evitar confusiones. La cita ‘[GAⁿⁿⁿ:cc:pp]’ significa ‘párrafo pp’ de la ‘conferencia cc’ del GA ‘nnn.’ Hay más de 354 GAs. Cada **conferencia** se identifica con la sigla ‘**S-nnnn**,’ ‘Schmidt,’ apellido del autor del listado. Hay mas de 5.695.

BM

Los **Boletines de Metodología** para los presentes y futuros maestros Waldorf’ fueron publicados por Juan Berlín desde México. Los artículos son identificados con el número de boletín y una letra según el orden de aparición en el mismo. La cita ‘[BMO24c]’ significa ‘el tercer artículo (letra c)’ del ‘boletín 24.’ En el caso de suplementos, se usa directamente la letra ‘s’: [bm011s].

párrafos

Para facilitar las referencias cruzadas, los párrafos son identificados con un número (⁰²) o un número y una letra (^{02c}) al inicio de los mismos. En todos los casos, el número indica el número de párrafo correspondiente a la edición alemana. La letra representa una subdivisión de dicho párrafo, en caso que ayude a la mejor identificación de los temas.

acerca de este proyecto

una nota de *el profanador de textos*

Ante todo quiero agradecer a María Susana —y ciertos comentarios que escuché, también a su hijo— por haber encrado este trabajo que hoy me permiten —‘aramos, dijo el mosquito’— distribuir.

Qiero creer que esta será una ‘primera compilación,’ que otros maestros también aportarán historias y leyendas.

Y debo también agradecerle a María Susana el haber realizado e incluido la conversación con Úrsula Vallendor. Guardo por Úrsula el profundo crinío de quien me enseñó el amor por la pedagogía Waldorf.

Quise ‘separar’ en historias y leyendas... ¿pero quién puede saber qué es historia y qué leyenda en la vida de los santos?

Así que puse en ‘historias’ los textos por orden cronológico, y en ‘leyendas,’ los demás. ¡Pero no significa nada en particular!

Como siempre, espero disculpen mis errores. María Susana es inocente de ellos.

índice de historias

[i:01] santa Prisca	13
[i:02] san Sebastián	14
[i:03] san Meinrad de Einsiedeln	16
[i:04] santa Dorotea	20
[i:05] san Patricio (i)	22
[i:06] san Patricio (ii)	22
[i:07] el caballero Jorge	25
[i:08] santa Catalina de Siena	27
[i:09] Beato de Lungern, apóstol de Suiza	30
[i:10] san Cristóbal	40
[i:11] san Isidro Labrador	43
[i:12] el viaje de san Brendan	45
[i:13] san Kevin	48
[i:14] José de Anchieta	49
[i:15] san Columba	50
[i:16] san Jerónimo y el león	69
[i:17] san Roque	71
[i:18] san Ciaran	75
[i:19] san Francisco de Asís (i)	77
[i:20] san Francisco de Asís (ii)	85
[i:21] san Martín de Tours (i)	89
[i:22] san Martín de Tours (ii)	95
[i:23] santa Isabel de Hungría	99
[i:24] san Eloy	101
[i:25] san Nicolás	103
[i:26] el día de santa Lucía	108
[i:27] san Silvestre	117

índice de leyendas

[ii:01] Micael	119
[ii:02] Hugo de Tours	125
[ii:03] Lohengrin	126
[ii:04] donde no brilla ninguna luz	130
[ii:05] la noche sagrada	132
[ii:06] el incendio en la aldea de montaña	133
[ii:07] las cerezas	142
[ii:08] visitante nocturno	143
[ii:09] el campesino y el diablo	145

[p:] prólogo

[p:01] introducción: leyendas

por Annemarie Holenweg

“Las leyendas conforman espíritu cristiano, que ha tomado cuerpo y que avasalla toda realidad pragmática.”

Walter Nigg

Primer encuentro

Mi primer encuentro con la leyenda se la debo a una maestra de tercer y cuarto grado.

Con exaltación, veneración y entrega infantil, me imaginaba por entonces todos los pormenores.

El mendigo acurrucado en el suelo, tiritando de frío; cuán abandonado y sólo se sentiría, cuán duramente lo golpeaba la indiferencia de los transeúntes.

Y luego, cuando yo misma experimentaba ese frío, me entregué de pleno a la calidez del santo Martín y su dádiva.

Maravilloso me pareció el acto de partir el abrigo, esa entrega, ese inclinarse hacia el otro.

Nunca se me hubiese ocurrido pensar por entonces, por qué Martín no regalaba la prenda entera.

Recién mucho más tarde me encontré con esa pregunta, y aún entonces me era ajena.

Resplandeciente vivía, y vive en mí, esa imagen del santo Martín.

Durante las largas y oscuras semanas invernales, mis hermanos y yo cantamos todas las noches, la canción del santo Martín.

A mi madre, quien, como más tarde me confesó, amaba entrañablemente esa época, le debo ese ‘invierno del santo Martín’ dado que había amparado y acompañado ese sentimiento de profunda religiosidad y veneración de sus hijos.

Pido perdón al lector, por ese comienzo personal.

Pero, creo, que un recuerdo así, se torna impersonal, al mirarlo desde el aspecto de la evolución interior humana.

Por doquier cuando más tarde me encontré con esta imagen del santo Martín, apareció aquel vívido recuerdo.

Hasta hubo papel moneda con el santo, que miré asombrada, sin caer en la cuenta que la imagen pudiese estar fuera de lugar allí.

Lamentablemente más adelante nunca más escuchamos relatos de leyendas, excepto la de san Jorge.

Lo que sigue a continuación nos mostrará más bien un trasfondo a partir del cual podremos acercar las leyendas escogidas a los niños —con una postura interior determinada, que en cada uno de nosotros tendrá matices diferentes, —; no se refiere, en principio, a la narración en segundo grado.

Muchísimo depende de la postura del maestro.

Podemos sentir con claridad cada vez mayor, la apremiante necesidad de los niños por recibir el alimento anímico-espiritual.

El pequeño Marcelo estaba de mal humor; sus ojos inquietos saltaban de un objeto a otro; su cara delgada y pálida recordaba una planta a la que le faltaba el sol.

“Contame algo, contame algo!”

le pidió a la señora que lo estaba cuidando, con voz estridente, casi desagradable.

el profanador de textos

Ella ya había tenido la intención de contarle algo, de modo, que lo llevó a un banco del jardín y comenzó con su relato.

La transformación era asombrosa, casi milagrosa.

Marcelo estaba sentado, quieto; sus ojos no se desprendían del rostro de quien le hablaba; sus delgados dedos estaban quietos.

Parecería que estuviese absorbiendo un aroma cálido y dulce; seguía a las imágenes interiores, y toda su alma estaba colmada con ellas.

Se trataba de la vida de santa Isabel.

No siempre los niños ‘hambrientos’ reaccionan de esta manera positiva; y sin embargo, necesitan ese alimento.

Esto se notará sobre todo, más adelante en su vida.

Cuando a mis dieciséis años escribí una carta desesperada a mi casa, en la cual dije que todo lo bello, auténtico y valeadero se había acabado, y todo lo que podía pasar aún era miseria y desazón, mi padre me contestó:

“Confía en las fuerzas de tu infancia.

“Volverás a encontrar a tu infancia transformada y renovada.

“De allí fluirán fuerzas vivas y creativas.

“Tu infancia se conformará para ti, en fuente de riqueza inagotable.”

Y la vida ha confirmado que mi padre tenía razón.

Muchos años más tarde leí de Rudolf Steiner¹:

¹ Rudolf Steiner (1861-1925): Filósofo austriaco, erudito literario, educador, artista, autor teatral, pensador social y ocultista. Fundador de la Antroposofía, la educación Waldorf, la agricultura biodinámica, la medicina antroposófica y de la nueva forma artística de la euritmia. [n. del pr.]

“Nos estamos aproximando cada vez más a la época en la cual los hombres necesitarán recuerdos procedentes de su infancia, recuerdos queridos, que los hacen sentir felices.

“La época escolar y de la educación tendrá que conformarse en fuente, de donde sigue emanando saber.”

A partir de esa necesidad —primeramente sentida, luego reconocida y confirmada— me parece de máxima importancia vivificar realmente al material narrativo.

Y dado que de por sí el mundo de las leyendas nos es ajeno, por lo que el acceso al mismo debe ser buscado y logrado trabajosamente.

Si somos sinceros, tenemos que confesarnos que para nosotros, los occidentales, justamente la leyenda se ha sumergido detrás de siete muros, y a la que, en el mejor de los casos se la mira piadosamente, se la minimiza, o se la maneja de manera sensacionista, cuando no se la desmenuza en sentido intelectual, mezquino, con espíritu burgués, moralizador y dogmático.

Para la mayoría, el punto de partida es la tendencia imperante en la actualidad de empequeñecer lo realmente grande, de llevarlo a lo trivial, a lo nulo, para lo cual se infla lo trivial —al igual que un globo— para hacerlo aparecer magnánimo y significativo.

Toda esta época en la impone el vértigo, se opone a la leyenda.

Si tomamos en cuenta la televisión, el cine, la radio, el tocadiscos, las revistas, los libros infantiles modernos, los juguetes, etcétera, descubriremos de inmediato que el camino de regreso a la leyenda es largo y difícil.

Pero, no tiene sentido ‘levantar el grito al cielo’ al respecto; o único, que puede hacer cada uno, es trabajar en sí mismo.

La indiferencia frente a la leyenda —lindante a menudo casi a la aversión— puede tornarse muy comprensible desde un determinado ángulo, aunque deberá ser reprobada.

Y esto es pues la tendencia impresa en el espíritu de la leyenda —originalmente tan fresco y vivo— de hecho en muchos casos, produce un efecto de rechazo.

Y entonces, cuando los moralistas y los dechados de virtudes reprimen todo lo intrincado o hasta insurrecto de las leyendas —colocando una aureola falsa y chillona alrededor de las grandes figuras, lo que seguramente éstas no hubiesen querido— es lógico que esas ‘leyendas mutiladas’ huelan a rancio.

Y dado que todos, en mayor o menor medida, llevamos dentro también al moralista, al burgués, al intelectual, al mezquino, y al dogmático, abrir el acceso a la fuente original y el sentido de la leyenda conforma entonces, una gran misión individual.

La preparación

Para poder aproximarnos al mundo de las leyendas es menester poseer un criterio amplio, sin prejuicios y no burgués.

Lograremos realizar esa aproximación mediante una postura devocional viviente y humilde; no lo lograremos leyendo centenares de libros.

Las figuras se retraen tan pronto entran en juego la ambición personal equivocada o el afán de prestigio.

el profanador de textos

Debemos sentirnos libres y crear un espacio vacío para poder escuchar lo que la leyenda misma nos dice, a su manera maravillosamente simple e ingenua en el buen sentido —no debemos querer imponer nada—.

Debemos justamente conquistar un clima interior meditativo; se trata de una actividad en soledad y silencio —aunque en la actualidad es muy difícil hallar ese clima—.

Hablar prematuramente de lo vivenciado y experimentado equivale a alejarnos del misterio.

Puede suceder entonces que a partir de ese silencio interior de pronto comienza a irradiar algo indecible dentro de nosotros, y estremecidos contemplamos las figuras que comienzan a hablar por sí mismas.

Una y otra vez, sin embargo, debemos emprender el camino hacia ellas —pareciera que mantienen siempre es tendencia de retraerse—.

Y a partir de ese gran esfuerzo en la búsqueda de aproximarnos a esas figuras de las leyendas comenzaremos a amarlas; sentiremos una admiración hasta entonces desconocida, y una simpatía íntima.

Notaremos con gratitud que mediante las leyendas nosotros mismos podemos elevarnos por encima de la trivialidad de lo cotidiano, hacia aquel ámbito dentro del cual originalmente nos daban su mensaje, mensaje espiritual y no terrenal, aunque revelado en lo terrena.

Y, aparentemente por casualidad, de pronto recibimos ayudas inesperadas cuando nos ocupamos seriamente con el tema.

De pronto, hallamos libros, sin haberlos buscado, o nos encontramos con personas que nos ayudan a avanzar en el camino; o, mediante un viaje inespe-

rado, llegamos a un pueblito francés, donde aún vive un clima del mundo de las leyendas.

La leyenda propiamente dicha

Si buscamos ‘leyenda’ en el diccionario leemos:
“...*lo que se lee*,” o “*vida de un santo*,” o,
“*historia mítica, poco creíble*.”²

De hecho, en la Edad Media se cumplía el consejo de ‘lo que se lee’ —‘lo que debe leerse’—.

Durante mucho tiempo el libro más leído era ‘La leyenda áurea.’³

Lo de ‘poco creíble’ o ‘mítico’ con respecto al concepto que hoy hacemos de la palabra leyenda es algo moderno, no del sentido original que tenía la palabra.

Como muchas personas importantes se han ocupado con la esencia de la leyenda, escuchemos a continuación lo que nos pueden decir; escuchemos finalmente también lo que nos dice el Cristo, refiriéndose a la leyenda.

² leyenda: 1. f. Narración de sucesos fantásticos que se transmite por tradición. Una leyenda sobre el origen del mundo. 2. f. Relato basado en un hecho o un personaje reales, deformado o magnificado por la fantasía o la admiración. La leyenda del Cid. 3. f. Persona o cosa muy admiradas y que se recuerdan a pesar del paso del tiempo. 4. f. Texto escrito o grabado que acompaña a algo, generalmente a una imagen para complementarla o explicarla. La leyenda de un grabado, de una moneda. 5. f. coloq. Acción de leer. Continuó la leyenda de la obra. 6. f. desus. Obra que se lee. Diccionario RAE [n. del pr.]

³ ‘La leyenda áurea’ [latín: ‘Leyenda áurea’]: Compilación de 180 relatos hagiográficos antiguos reunida por el dominico Jacobo de la Vorágine, arzobispo de Génova, a mediados del siglo XIII, inicialmente titulada ‘Legenda sanctorum’ [‘Lecturas sobre los santos’]. [n. del pr.]

***Johann G. von Herder*⁴:**

“La mayoría de los institutos de nuestras ciencias y artes se nutren de las migajas de aquello que otrora trabajosamente supieron adquirir, devotamente han donado, sagradamente han amparado los hombres de las leyendas, para legarlo a la posteridad. Una pequeña leyenda puede contener más psicología, más advertencia, consejo y consuelo, que tal vez todo un sistema de tratado moral farisaico.”

***Johann W. von Goethe*⁵:**

(Está hablando de los grandes pintores del pasado.)

“Si los antiguos fueron lo suficientemente grande para transmitirnos esto, nosotros deberíamos poseer la grandeza suficiente para creerlo.”

***Novalis*⁶:**

“En realidad, a los sermones se los debería llamar leyendas, puesto que la substancia real de los sermones, es la substancia de las leyendas.”

⁴ Johann Gottfried von Herder (1744-1803): Filósofo, teólogo y crítico literario alemán, que contribuyó a la aparición del romanticismo alemán y del movimiento ‘Sturm und Drang’ [‘Tormenta e ímpetu’]. Influyó a Goethe cuando estudiaba en Estrasburgo. [n. del pr.]

⁵ Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832): Poeta, novelista, dramaturgo y científico alemán que ayudó a fundar el romanticismo. Obras: ‘Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister,’ ‘Fausto.’ Trabajos científicos: ‘Metamorfosis de las plantas,’ ‘Teoría de los colores.’ [n. del pr.]

⁶ Novalis seudónimo de Georg Philipp Friedrich von Hardenberg (1772-1801): Escritor y filósofo alemán, representante del Romanticismo alemán temprano. [n. del pr.]

el profanador de textos

Walter Nigg⁷:

“Visto con mayor profundidad, el santo es el amante verdadero, se encuentra dentro del punto candente de las fuerzas curativas y, a través de él, lo divino se torna visible. [...] “Las leyendas son testimonio de la atmósfera del despertar espiritual, es por ello que su captación decisiva se lleva a cabo única y exclusivamente bajo un aspecto religioso.”

Y Nigg dice acerca de Juan, el dador de limosnas:
“En lugar de pronunciar sermones acerca del amor, ha vivido el amor, y donde eso acontece, la vida se ha conformado en leyenda.”

Del libro ‘El esplendor de la leyenda’⁸ de W.

Nigg quiero citar ahora lo siguiente:

“El Cristo conocía la leyenda del retorno de Elías.

“Los discípulos preguntaron al Señor:

“¿Por qué los escribas dicen que antes debe llegar Elías?”

“Cristo respondió:

“Es verdad, Elías ha de venir para instaurar todo; yo os digo sin embargo, Elías ha venido ya, y no lo ha reconocido, sino, con él hicieron lo que han querido” —señalando a Juan Bautista—.

“El Cristo descubre a sus discípulos de qué manera suelen cumplirse las leyendas y lo hace en nuevas perspectivas.

“Y cierra con un gesto apelador: ‘si queréis aceptarlo.’”

⁷ Walter Nigg (1903-1988): Teólogo reformado suizo. [n. del pr.]

⁸ Nigg, Walter. ‘Glanz der Legende. Eine Aufforderung, die Einfalt wieder zu lieben’ [‘El esplendor de la leyenda. Leyenda. Una invitación a volver a amar la sencillez’]. (1964) [n. del pr.]

Nigg sigue diciendo al respecto:

“Las exposiciones del Señor son una indicación ejemplar para la interpretación y fecundación de una antigua leyenda, y guardan superioridad aun frente a la desconfianza más escéptica.

“La sorprendente interpretación del Cristo fue una indicación espiritual inconfundible, ajustada por completo al cumplimiento, y de ninguna manera al compromiso.

“Jesús mismo muestra el camino para la comprensión legendaria de la leyenda.”

Pasemos ahora a un aspecto pedagógico:

Dan Lindholm:

“Dentro del milagro de la leyenda, el niño puede vivenciar algo profético, que está señalando su propio porvenir.

“Como hombre libre y de accionar moral, el niño deberá más adelante llevar a cabo el mismo milagro del que está hablando la leyenda.

“Puede afirmarse entonces, que la leyenda promueve el crecimiento del germe del alma sensible⁹ dentro del hombre.”

Después de haber escuchado todo esto, podemos desprender diferentes aspectos.

En una leyenda auténtica, encontramos los siguientes motivos:

- Siempre transmite algo crístico.

Por supuesto, que existen muchas clases de leyendas, aquí sin embargo, nos referimos únicamente a la original, la leyenda de los santos.

- El hombre es el centro, y es siempre el hombre que lucha, que está en la búsqueda, el que se sobrepone a sí mismo, el que ama; pero también, el hombre desesperado, enojado, en discordia.

- Muy a menudo nos encontramos con el motivo de Fausto¹⁰ y de Job,¹¹ de modo transformado. En la vida de estos hombres se producen grandes transformaciones y un “crecimiento más allá de sí mismos.”

- Pocas veces, la vida del santo es una vida tranquila.

- Son “profetas no reconocidos.”

- Se levantan contra su época.

- Muchas otras veces se constituyen en ejemplos y guías luminosos.

- Ese camino sin embargo hacia una introspección interior a menudo es indeciblemente doloroso y las tentaciones se suceden.

Es sobrecogedor ver, lo que tuvo que pasar, por ejemplo, san Eustaquio: cómo primero perdió a su esposa y su hijo y todo, y vivió luego en soledad durante quince años más; como san Jerónimo tantas veces estuvo al borde de la desesperación.

Lo que antecede a su santidad nos muestra una de sus cartas, reproducida aquí, puesto, que demasiado fácil y simple parece ser a menudo la vida de un santo:

¹⁰ Fausto: Si bien es una leyenda tradicional, la más conocida es: Goethe, Johann W. von. ‘Fausto.’ (1808) Drama. Fausto, cansado de la vida y decepcionado de la ciencia, hace un pacto con el diablo que le devuelve la juventud a cambio de su alma. [n. del pr.]

¹¹ Job (Libro de Job, Antiguo Testamento): Job es sometido a duras pruebas establecidas por Satán con permiso de Dios, para demostrar la fidelidad e integridad de Job ante Dios. [n. del pr.]

el profanador de textos

"Al hallarme en el desierto, lugar desolado, yermo, por el ardor del sol que a los monjes les ofrece un asilo siniestro, mis pensamientos a menudo divagaban hacia los lugares de diversiones en Roma.

"Solitario, amargado, allí estaba sentado yo. Mis miembros deformes, rígidos dentro de mi hábito de penitencia, mi áspera piel se había tornado negra, al igual de aquella de un etíope.

"A diario hubo lágrimas y suspiros, y cuando contra mi voluntad me venció el sueño, extendí mis huesos que apenas se mantenían unidos sobre el suelo desnudo.

"Y ni que hablar de comida y bebida, puesto que sólo los monjes enfermos beben agua fresca, y que ingerir cualquier alimento hervido equivale un lujo.

"O sea, que ese yo, que por temor al infierno me había auto-condenado a semejante infierno, en la única compañía de escorpiones y animales salvajes, a menudo recordaba las danzas de las doncellas.

"Las mejillas estaban pálidas por el ayuno, pero en el cuerpo frío se desató el fuego del deseo.

"Frente al hombre que según la carne ya había muerto, se encendía únicamente la llamarada de la sensualidad, del deseo.

"Frente al hombre, que según su carne ya está muerto, se arde tan sólo ya el fuego de lo sensual.

"Carente de toda asistencia, me arrojé a los pies de Jesús, los mojé con mis lágrimas y los sequé con mi cabellera, y a la carne rebelde la dominé con el ayuno de semanas.

"No siento vergüenza de confesar mi estado triste y miserable y hasta siento pena de haber salido del mismo.

"Recuerdo la época en la cual he gritado sin interrupción durante el día y la noche, y no paré de golpear mi pecho hasta que el Señor me reprendió, y retornó mi calma interior.

"Y hasta sentía temor de mi celda, considerándola sabedora de mis pensamientos.

"Disconforme connigo mismo, inflexible en mi decisión, me interné, sólo, más profundamente al desierto.

"Allí, donde me encontré con una cañada, rocas filosas, una montaña empinada, me detuve para realizar mi oración, para conformar una cárcel para mi carne pecaminosa.

"Dios es mi testigo.

"Al cabo de muchas lágrimas, al cabo de elevar mi mirada constantemente al cielo, de cuando en cuando me vi rodeado por ángeles y entonces pude cantar con alegría: 'A ti sigo, atraído por la fragancia de tus ungüentos.'"

También la santa Isabel vivió durante mucho tiempo desterrada y solitaria.

Pero no solamente el comienzo es lo difícil, muy a menudo también lo es el final.

Tales luchas nos dan de pensar.

Nos referimos a ellas, hablando de los cuentos de hadas.

Por supuesto, muchas cosas fueron puestas en duda por los historiadores, además de rechazar aquello que no podía ser probado.

A las leyendas se le agregaban, muy a menudo, detalles no contenidos en la versión original, gene-

rados por una falsa devoción —a menudo, es difícil discernir esos agregados posteriores—.

Sin embargo, únicamente lo auténtico es lo fecundo pedagógicamente.

Además, tenemos que tener conciencia de que las leyendas no representan un ‘documento histórico,’ sino una aleación peculiar de lo supra-terrenal, lo supra-histórico, y lo histórico.

Es imposible aproximarnos al espíritu de la leyenda mediante la mera investigación de los hechos, del mismo modo como tampoco podemos aproximarnos de esa manera al trasfondo espiritual de los Evangelios.

Es importante darse cuenta que la lucha consigo mismo —que caracteriza a todos los santos— ha sido muy dura, y que esa lucha ha sido una lucha moderna, como podemos ver.

Creo que no logramos tomar en cuenta con una autenticidad real lo que significaba, por ejemplo, ‘oponerse al criterio imperante en la época,’ tal como lo hiciera Francisco.

La forma como vemos al querido Francisco, con los animalitos y las florecitas, es demasiado ‘bonita’; y no miramos en su dimensión verdadera al luchador, que renunció de padre y madre y estuvo parado allí, desnudo, lo que nos ofrece una clara imagen de su lucha —por entonces, romper el vínculo de la sangre era un hecho muy diferente a lo que es hoy—.

A. C. Y. Loos nos dice en su libro acerca de ‘los celtas’¹²: en algunas vidas de santos es mencionado

¹² celta: Grupo de sociedades tribales de Europa, que compartieron una cultura material iniciada en la primera Edad de Hierro (1200-400 aC). Incluyen los celtas continentales de la Galia, norte de Italia, Alemania y Bohemia, los celtíberos, los hispánicos, los gálatas de Anatolia, este y centro de Rumanía, y los celtas insulares británicos e irlandeses. [n. del pr.]

el profanador de textos

un factor característico: no querían contactarse con el lugar donde vivían sus parientes, por el motivo de la fuerza de atracción que ejercía sobre ellos la consanguinidad.

En ese sentido está orientada la actividad misionera sacrificada de los mensajeros de la fe irlandeses en Bretaña y el centro de Europa.”

Todo esto suena muy interesante, simple y admirable.

¿Tenemos acaso una idea mínima de aquello que estas personas han vivido, y sufrido en realidad?

Una imagen arquetípica de la leyenda:
Cristóforo.

Réprobo, hombre gigantón inmensamente fuerte, que realiza rápidamente el trabajo emprendido, y que por ello es poco estable en un lugar, está buscando un amo; pero quiere prestar servicio únicamente al rey más poderoso.

En su búsqueda recorre muchos países.

Finalmente encuentra un rey poderoso de quien se dice que es el más importante de todos.

Sin embargo, Réprobo se asombra mucho al observar que el rey se sobrecoge, y hace la señal de la cruz, al escuchar la canción de un juglar.

En la canción se hablaba del diablo.

Para Réprobo con ello había terminado el servicio a ese rey, puesto que no es el más poderoso si teme al diablo.

Sigue buscando, y se encuentra con el diablo mismo, al que comienza a servir desde entonces.

El diablo, sin embargo, retrocede ante una cruz situada a la vera del camino.

Réprobo descubre así que aún no ha encontrado al rey más poderoso; y sigue buscando.

Siguiendo el consejo de un ermitaño se instala junto a un río sin puente, cargando sobre sus hom-

bros a los caminantes para trasladarlos de una orilla a otra.

Al cabo de un año pregunta al ermitaño cuándo llegaría ese gran rey; con lealtad sigue realizando su tarea durante siete años.

En una noche tormentosa escucha, de pronto, una vocecita desde la orilla opuesta.

Tres veces cruza las aguas torrentosas, las dos primeras en vano; a tercera vez, sin embargo, ve un esplendor radiante y en medio del mismo un niño pequeño y tierno, que lo está esperando.

Cauteloso se inclina hacia el niño maravilloso, lo sube a sus fuertes hombros, y comienza el cruce de las aguas torrentosas.

El peso se torna casi insopportable, y Réprobo siente que no va a poder llegar a la orilla opuesta.

Con dificultad puede pronunciar:

“Oh, niño, cuán pesado eres!”

El niño le responde con voz sonora:

“No te asombres!

“Has llevado al Cristo sobre tus hombros.

“Durante siete años me has esperado.

“A partir de ahora tu nombre será Cristóforo!

“Ve a tu choza y clava tu bastón en la tierra.

*“Cuando del tronco seco broten hojas verdes
estarás a mi lado.”*

*“Tres días más tarde, los caminantes llaman en
vano a Réprobo.*

*“Al lado de la choza, el bastón seco había
brotado.*

“Cristóforo ha returnedo junto al Cristo.”

Las imágenes de esta leyenda, hablan por sí mismas.

Todo auténtico santo en algún sentido se ha transformado en portador del Cristo; aunque Cristóforo primero sirvió al diablo —nos puede recordar al Fausto—.

Recién mediante el trabajo esforzado y abnegado se conformó en recipiente de lo crístico.

La imagen del bastón brotado nos está señalando la resurrección del Cristo.

Se trata de un milagro, que recién podremos intuir paulatinamente.

El animal en la leyenda

Uno de los motivos más importantes en la leyenda lo encontramos una y otra vez en lo referido puramente a la naturaleza del hombre, en su poder de elevación por encima de la naturaleza animal.

En muchos lugares nos encontramos con ese vencer, y trasformar de la naturaleza inferior dentro del hombre, expresado mediante imágenes.

Así por ejemplo, en santo Columba, que se dice se había llamado primero Crintan (lobo) y recién más tarde fue llamado Columba (paloma).

O san Gallus y san Columba a los que les sirve un oso, que hasta lleva a cabo tareas humanas.

También Francisco pudo domesticar al lobo feroz.

A los pies de un Jerónimo yace un león para prestarle servicios.

Y en el santo Eustaquio y María de Egipto hallamos leones totalmente domesticados.

Algo muy diferente sucede con la imagen del dragón; a este animal se le da muerte.

el profanador de textos

En san Jorge, cuyo luchador celestial es Micael, así como también en san Beato, el dragón es vencido dándosele muerte.

De la leyenda de santa Margarita hay dos versiones: en una, se le da muerte al dragón; y en la otra, solamente es expulsado.

Es interesante, sin embargo, el hecho de que el dragón no puede realizar una transformación, como los demás animales.

Al niño lo fortalece vivenciar en la imagen esa purificación.

Dado que, circunstancialmente, tiene que librar él mismo una fuerte lucha con esos animales.

El cuento y la leyenda

A primera vista, tal vez no encontramos grandes diferencias entre cuentos y leyendas.

Frente a la reflexión a mayor profundidad, pronto notaremos diferencias esenciales.

Mientras que el niño en primer grado aún se encuentra dentro de una realidad supra-terrenal, anímico espiritual, mediante las fábulas y las leyendas ya está dando un paso más en dirección a la Tierra.

El plano del cuento es otro que el plano de la leyenda.

El cuento

El cuento tiene lugar en un ámbito anímico espiritual; en definitiva, sus imágenes no son terrenales y, por lo tanto, tampoco deben ser tomadas textualmente —pertenecen al interior del hombre—.

En el cuento, muy pocas veces encontramos referencias geográficas y, casi nunca, referencias históricas; tampoco hay muchas descripciones.

La acción se lleva a cabo rápidamente y, sin embargo, percibimos al cuento como intemporal.

La acción es determinada desde afuera; el acutante no posee motivos interiores, anímicos.

El niño no siente compasión por el malo del cuento.

Estalla en júbilo, cuando la reina falsa, dentro de un barril forrado en su interior con las puntas de clavos, es rodada barrancas abajo.

Lo malo es, y sigue siendo malo; lo bueno es bueno incondicionalmente; no existen formas intermedias.

No se lleva a cabo una transformación interior.

El orden del mundo se restaura, premiando lo bueno, castigando lo malo.

Tomado textualmente, terrenalmente, el cuento no brinda esperanza, dado que no existe posibilidad alguna de mejora, de transformación.

Cuando el adulto trivializa estas imágenes, pronto llegará a la conclusión de que los cuentos contienen brutalidad e injusticia, y que por lo tanto son inadecuados para el niño.

Muy a menudo, por ejemplo, los hermanos mayores del cuento tienen cualidades malignas, mientras que los menores siempre son buenos.

Si lo tomariamos textualmente, se trataría de una injusticia —pero cada uno de nosotros lleva dentro de sí, a todos los hermanos, el rey, el bandido, el hada y la bruja—.

Aquí no estamos llevando a cabo una interpretación de los cuentos, sólo señalamos la posibilidad de ello.

Es inevitable la confrontación con estos motivos y sus relaciones universales.

Pero al interpretar cuentos es importante, dejar abiertas varias posibilidades, y no dar una sola interpretación.

Las imágenes de los cuentos son múltiples, y se alimentan de una profunda sabiduría misteriosa, que no puede ser sondeada inequívocamente de manera rápida e intelectual.

El niño necesita, sin embargo, la dramática interior del cuento; puesto que en la imagen se muestra también un camino de encarnación.

El cuento comienza con un estado de cosas, armónico y claro; luego sigue alguna forma de tentación, el enredo, el oscurecimiento, para terminar finalmente con una imagen luminosa.

La leyenda

En el caso de la leyenda, el niño baja con nosotros a la Tierra en una medida mayor.

Aquí conocemos casi siempre trasfondos exteriores e históricos, se mencionan lugares, regiones y nombres.

La acción puede tener una duración larga, que está situada dentro de una determinada época, a diferencia de la acción del cuento.

En la leyenda, el impulso para la realización de un acto proviene vigorosamente desde adentro, no ya sólo desde afuera.

De modo muy sutil, en el niño de ocho años comienza a formarse una vida ‘interior’ y una vida ‘exterior’.

Se trata al mismo tiempo, de una interiorización, y de un descenso a un mundo físico terrenal real —se producen diferenciaciones y formas intermedias que pueden evolucionar—.

Las figuras humanas en las leyendas dependen de sí mismas en gran medida; la lucha y la búsqueda

el profanador de textos

solitarias, a menudo desesperadas, poseen un matiz muy diferente a las del cuento.

En el fondo, los niños en el cuento sienten el estar amparado dentro de un mundo divino-paternal.

Aunque el temor por el protagonista es grande, está también la seguridad latente, que todo saldrá bien.

No así en la leyenda.

En la leyenda el final tangible a menudo es trágico, ya sea en san Eustaquio, santa Catalina, san Jorge.

Albert Steffen dice que la tragedia es la salvación del yo celestial.

Una y otra vez, vivenciamos en las leyendas también la tragedia en lo exterior.

Así y todo, justamente dentro de esa tragedia podemos percibir la conexión hacia un mundo espiritual —tiene su expresión en los grandes milagros—.

Pensemos tan sólo en la rueda ya preparada sobre la cual será atada santa Catalina, que de pronto se quiebra.

O en el león, que en lugar de devorar a san Eustaquio mansamente se acuesta a sus pies.

O en san Sebastián, que sobrevive las terribles heridas recibidas por medio de flechas.

Uno de los milagros más profundos es, seguramente, el brotar del bastón seco de san Cristóforo.

La salvación del yo celestial puede verse y reconocerse así mismo también en aquella gran alegría y entrega, en la fogosa valentía y la vigorosa voluntad de las figuras de las leyendas.

Hasta ahora hemos hablado sobre todo de los dolores y de las luchas.

El otro lado de las leyendas, sin embargo, está dado por la dicha indecible, por el elevarse, por la

alegría sin fin que va mucho más allá de la alegría terrenal.

La alegría y el dolor poseen una profundidad mayor en estas figuras humanas.

Lo que tienen en común

Al contemplar los cuentos y las leyendas con respecto a aquello que poseen en común, podríamos mencionar su carácter de germen.

¡Cuántos cuentos y leyendas cobran su fertilidad real recién mucho más adelante en la vida!

Para la pedagogía antroposófica es de importancia fundamental poder tener la confianza, la certeza, de ese florecer posterior —lo que resulta ser increíblemente difícil en nuestra época vertiginosa—.

Es así que Rudolf Steiner dice:

“Mucho más importante que aquello que se adquiere mediante el aprendizaje es aquello que, inconscientemente, fluye hacia el alma del ser humano durante la época educativa. “Entonces, hay que acercar al niño también lo que no entiende, lo que misteriosamente se expande dentro del alma del niño y lo que más tarde en la vida puede ser extraído, no solamente aquello, que entiende.”

Como otro elemento en común puede considerarse la purificación del alma, la catarsis¹³ —según Aristóteles¹⁴—, promovida en los cuentos y en las leyendas, por commoción, por commiseración.

¹³ catarsis según Aristóteles: Su concepto de catarsis [en griego: ‘purificación’] implica la idea de que el buen arte hace un servicio importante a la elevación del espíritu, al ennoblecimiento del alma, porque afina los sentimientos ajustándolos a la realidad: nos hace sentir atracción por lo atractivo y repugnancia por lo repulsivo. [n. del pr.]

¹⁴ Aristóteles (384 aC-322 aC): Filósofo, lógico y científico de la Antigua Grecia cuyas ideas han ejercido una enorme influencia

Sólo que en cuentos y leyendas se presenta de manera diferente.

En el cuento se premia el amor, la humildad, la verdad, el desprendimiento, la valentía, la generosidad, la paciencia; y se castiga el odio, la soberbia, la mentira, el egoísmo, la cobardía, la ofensa, la avaricia.

En cambio, en la leyenda tiene lugar la transformación del odio al amor, del orgullo a la humildad, de la mentira a la verdad, del egoísmo al desprendimiento, de la impaciencia a la paciencia, de la desconfianza a la confianza.

En segundo grado, en las leyendas el mal adquiere un rol cada vez mayor como realidad terrenal, ya no sólo como imagen.

El ‘estar parado’ entre el bien y el mal, entre lo claro y lo oscuro, pero también entre la valentía y la cobardía, entre la alegría desbordante y la tristeza, entre la humildad y el orgullo, esa búsqueda del centro, ese oscilar para hallar el equilibrio, forma parte de esta época.

Las leyendas de los santos, vistas correctamente, contienen algo extraordinariamente moderno; pues el triunfo sobre nosotros mismos es el triunfo máximo y es lo realmente micaélico.

Si se me permite la expresión, diría que mediante las leyendas ya no nos sumergimos en el mundo del Padre, sino en el mundo del Hijo.

Cómo narrar las leyendas

El relato deberá llevar al niño a intuir su origen (patria) espiritual.

sobre la historia intelectual de Occidente por más de dos milenios. [n. del pr.]

el profanador de textos

“Al niño no se le dará una moral servida; se tratará de generar grandes ideas y sentimientos por grandes seres humanos,”

nos dice Rudolf Steiner.

De manera tal que el material relatado podría llamarse una especie de ‘estudio religioso de la vida.’

Las leyendas deberían ser narradas con un tono de voz cálido e íntimo; lo dramático debería ser llevado al interior; el modo de narrar tendría que ser, sin embargo, más bien épico.

Narrar leyendas requiere una profunda participación interior y, a su vez, una serena objetividad narrativa.

Puede imperar asimismo un adecuado buen humor, un contrapeso contra sentimentalismo, y un excesivo clima de santidad, ambos insoportables para el niño, razón por la cual los rechaza.

A partir de mi experiencia tengo que decir que si no podemos comunicarnos con la verdad de la leyenda, si no podemos vivir con ella, será casi imposible acercar a los niños este género narrativo.

El mundo de las leyendas les es demasiado ajeno, y nuestro lenguaje actual carece de fuerza de expresión.

Creo que los niños pueden recibir la leyenda como algo verdadero y fecundo sólo cuando se torna en verdad a través del narrador.

Es menester, entonces, adquirir el instrumento mediante el ejercicio constante a través de la formación del habla y mediante el vivir meditativo con el género.

Coronamos y cerramos el presente artículo con una cita de Rudolf Steiner en ‘Cómo se adquiere el conocimiento de los mundos superiores?’:

“Más tarde, la primera veneración infantil frente a seres humanos se conforma

en veneración frente a la verdad y reconocimiento.¹⁵

“Cognición.

“Quien en sus predisposiciones tiene los sentimientos de devoción, o quien ha tenido la suerte de recibirlas por implante por medio de una educación correspondiente, mucho trae consigo, cuando más adelante en su vida busca el acceso a cogniciones superiores.

“Quien no posee tal preparación, tendrá dificultades ya en las primeras etapas del sendero cognitivo, a no ser que mediante la auto-educación trate de generar dentro de sí, con toda energía, el clima devocional.

“En nuestra época cobra importancia especial, centrar nuestra atención plena a ese hecho.

“Nuestra civilización se inclina en medida cada vez mayor a la crítica, al enjuiciamiento, a la condena y, en menor medida, a la devoción, a la veneración, y la entrega.

“Nuestros niños mismos critican más, en lugar de venerar con entrega.

“Pero toda crítica, cada juicio de condena, ahuyenta la fuerza del alma menester para la cognición superior, del mismo modo, como toda reverencia con entrega la desarrolla.”¹⁶

Mediante la narración correcta de las leyendas de santos tal vez podamos dar un pequeño paso en la educación hacia la reverencia, dado que la reverencia ya no nos es dada desde la cuna a nosotros, los hombres de la era actual. ♣♣

¹⁵ Steiner, Rudolf. ‘¿Cómo se adquiere el conocimiento de los mundos superiores?’ [GA010] [n. del pr.]

¹⁶ Steiner, Rudolf. ‘¿Cómo se adquiere el conocimiento de los mundos superiores?’ [GA010] [n. del pr.]

[p:02] conversación con Úrsula Vallendor

por María Susana Straub

A la edad de ocho años, más o menos, las leyendas de santos sólo se entiende junto a las fábulas.

Como el alma del niño, a esa edad, que pasa por ese gran momento de buscar el límite, de disfrutar del límite, de acercarse lo más posible al límite, y con pequeños intentos de transgredir, para ver qué pasa ‘del otro lado.’

El alma del niño siente que sólo le queda ese año, para vivenciar profundamente la infancia, porque, pronto, pronto, se encontrará con el límite de la infancia, y entra a bordear la niñez después del rubicón.¹

Y ese alma se prepara para poder terminar, inocentemente, vivenciar y hacer experiencia antes de que el niño tenga la sensación de que la vida ‘es seria.’

La fábula, tiene la tarea de encarnarlo, de ayudarlo a revivenciar, rearmar, reconstruir en su interior todo lo que es la vivencia anímica del ser humano, en su unilateralidad, hecha cuerpo físico animal.

¹ Rubicón: Este ‘paso’ del alma humana se lo caracteriza con el cruce de Julio César del río Rubicón que señalaba la frontera entre Roma y la Galia Cisalpina. Cruzarlo significaba la guerra y ‘no había vuelta atrás.’ [n. del pr.]

el profanador de textos

Por eso la importancia de describir los animales y no decirles de que animal se trata.

Porque en esa descripción el niño va armando, con las fuerzas que trae, las fuerzas anímicas que trae ese animal que es la expresión física corpórea de una determinada cualidad anímica.

A esto, que es muy potente en el alma, se le contrapone la vivencia de las leyendas.

Las leyendas de santos vienen a ser como el equilibrio necesario para que el alma del niño vuelva a encontrar esta direccionalidad que puede darle el yo a esa vida anímica.

Le muestra como de todo ese gran abanico de animales, el gran abanico de todas las expresiones anímicas posibles del ser humano, el ser humano las contiene todas.

El ser humano puede elegir.

Y gracias al trabajo de su yo, puede desarrollar una determinada capacidad anímica en una u otra dirección, hacerla útil o no.

En cuanto a necesidad etérica, el niño a esta edad es como que asume que tiene además de su cuerpo físico una corporalidad etérica, lo asume inconscientemente.

Y esta necesidad en lo etérico requiere, por un lado, la gran puesta en marcha de su capacidad de hacerse imagen interna y, por el otro lado, la gran necesidad también de ejercitar la memoria, como parte de ese cuerpo etérico que acaba de aparecer en forma individual para él.

Y además, la necesidad del cuerpo astral es la de confrontarse con el bien y el mal; es la de poder vivenciar profundamente esta relación entre el bien y el mal.

Por eso este período es la ‘etapa del pillo,’ y por eso también la alegría que le da transgredir; se le

ilumina la mirada cuando se le dice: ‘no se puede...’ o ‘está prohibido.’

Y cuando ‘está prohibido,’ ¡seguro que va a intentar trasgredir!, como experiencia, en realidad, de ese cuerpo astral que no está liberado, que aún no es independiente, pero que se va ejercitando, se va preparando.

Uno puede preguntarse, por qué leyendas de santos y, por qué no, leyendas de héroes.

De hecho, el tema de leyenda de santos le es una dificultad para muchos padres e incluso maestros porque se asocia a alguna expresión religiosa eclesiástica; muchos ven inmediatamente en este tema de santos una expresión de la iglesia católica.

Pero si bien el héroe se vence a sí mismo, y va en pos de grandes ideales, el santo es otra cosa.

El santo se vence sí mismo, en esa lucha silenciosa para adentro, que también puede tener el héroe, pero en principio lo que los diferencia es que los ideales de un santo están íntimamente ligados al mundo espiritual —es decir, mucho más ‘a la religiosidad’ que ‘a la religión’—.

Es con la mira directa hacia ese mundo espiritual, hacia esa divinidad, que el santo trata de pensarse sí mismo.

Porque tiene el anhelo profundo de religar su alma con ese mundo del cual él procede.

De ahí que al relatarle a los niños es importante que el santo —en toda su postura, en toda su actitud, en su vestimenta, en su caminar, en sus gestos, en la cadencia de su voz— tiene que tener una característica totalmente diferente a la héroe.

Porque todo en el santo va a mostrar esta esencia de la interioridad.

Respecto a la época es interesante pensar en qué tiempo vivieron estos santos, si era la época de los místicos o era la época del medioevo profundo.

Pero eso me parece que no es tan importante para el niño; sin embargo lo es aquello que le permite ‘aterrizar’ el relato como un ‘relato’ y no como un ‘cuento.’

“Queridos niños, les voy a narrar una historia...”

Y ellos a esa edad preguntan mucho:

“¿Este es un cuento o una historia de verdad?”

Y, entonces, es interesante decirles:

“Esto ocurrió en el año...”

no por el año en sí, sino para situarlo, para ‘bajarlo’ a Tierra; y continuar:

“Este es el año en que el Papa Gregorio II...”

que para los niños representa una bajada a algo bien concreto.

Por supuesto en un grupo tenemos niños maduros ya asumiendo esta etapa, antes del rubicón, pero tenemos otros que todavía vivencian el relato como un cuento.

Entonces, tenemos que tener en cuenta que ahora les ayudamos a bajar del mundo de los cuentos, de todo el jardín de infantes y del primer grado; es interesante que todavía se conserve en la forma de relatar algunas cosas para permitirles esa ensoñación a los niños que aún no llegaron a estar maduros, más allá que les va a llegar la figura, la personalidad, la individualidad de ese santo.

También es interesante ‘aterrizar’ el relato en relación al espacio, esto es,

el profanador de textos

“...en un pueblito de Así... que hoy se puede visitar...”

o que está a tantas horas de viaje, algo que les ayude a comenzar a ubicarse, en tiempo y espacio real y concreto.

Una anécdota: Una madre se me acerca y me cuenta lo que había sucedido en su casa luego que el niño vivenció la historia de santos y el intercambio que tuve con él.

Este niño después del relato del día se me acerca inquisidoramente y me dice, muy serio:

“Esto es una historia de verdad o es un cuento?”

A lo cual yo respondí:

“No, es una historia de verdad.”

“Mirá, tan de verdad es, que tengo aún en mi saco una mancha de grasa que ya no sale, que me la hice visitando la cueva del santo en Suiza.”

El niño quedó muy impactado; por suerte ese día llevaba puesto el saco y se la mostré.

El niño llegó a su casa y le dijo a su familia:

“Yo tengo algo de dinero ahorrado, vos mamá, ¿cuanto tienes?, ¿y vos?”

“Porque tenemos que ir a Suiza, tenemos que visitar la gruta donde vivió el santo.”

Esto demuestra el impacto de lo real, que uno puede ir a donde esto sucedió, a visitarlo.

Cuando el maestro narra una leyenda de santos es interesante dejar entrever, en la imagen, no directamente sino entrever, la lucha interior de ese santo, la duda.

Por ejemplo: san Francisco.

Toda su primera parte, con el jolgorio, con las borracheras... y como luego llega ese momento en su vida donde él dice:

“¡Esto no es agradable a Dios!”

Mostrar el momento donde el ‘decide,’ donde se vence a sí mismo.

O donde vence una dificultad, con la cual tiene que lidiar para llegar justamente a la santidad.

El puente hacia las fábulas está dado en que elegimos aquellos santos que aparecen con un animal, que doblegan.

Así, por ejemplo, Jerónimo y el león.

San Francisco y el lobo de Gubbio: todos le temen, porque el lobo ataca a todos, menos a Francisco, por qué, no lo decimos, pero la imagen que habrá de labrarse en el interior del niño le va a dejar al niño sacar la conclusión.

Porque san Francisco venció la ferocidad en sí mismo, por lo tanto, el lobo siente que es alguien capaz de vencer las fuerzas del lobo en sí mismo —y, por eso, el lobo de Gubbio le lame los pies—.

Estas imágenes deben ser contadas de tal manera que el niño logre verdaderamente decodificar en lo profundo de su alma qué es lo que en verdad están expresando.

Y por eso también es tan importante que después de cada momento del relato, ellos tengan el tiempo para dibujar.

Aunque sea comenzar el dibujo, porque en su casa cuando intentan recordar para hacer el dibujo, se pierde algo de esa conexión profunda que se logró en la escuela.

Al dibujar inmediatamente se percibe un alivio, de que eso que se movió en su alma ahora sale en el dibujo.

Otra cosa a tener en cuenta es narrar también sobre santas mujeres, no sólo santos varones.

Una historia que les llega muy hondo es la de santa Lucía.

O la de santa Isabel, la de las rosas; ella llevaba comida en su manto para los pobres y cuando se lo cruza a él, y el marido le exige que abra el manto, se transformaron en rosas.

Es muy interesante cuando, al día siguiente, uno va a continuar la historia y para que la recuerden le pide a alguno de los niños —y ahí mirar bien a quién— si puede pasar adelante a mostrar como caminaría ese santo, como caminaría san Francisco —por ejemplo justo ante de que se encuentre con los pajaritos que van a escucharlo—.

Permitir que lo pasen por el propio cuerpo, sobre todo los niños metabólico-motores —a quienes les cuesta tanto abstraer y separarse—, el poder caminar y está bueno el corregir, decir:

“Me parece que san Francisco caminaría un poquito más lento...”

Las leyendas del bien y del mal tienen que pasar por el interior del maestro.

Hay buenas y malas, hay que buscar y sopesar.

De los cuentos del diablo son apropiados entre los ocho y nueve, pero la calidad es diferente.

A los ocho, la picardía, la pillería del campesino que puede engañar al mismísimo diablo, es importante.

En cambio a los nueve el campesino debe ser un hombre serio, trabajador, que con el sudor de su frente... pide la inspiración del cielo para saber cómo hacer, porque él trabaja y quiere alimentar a su familia. ♣♣

[i:01] santa Prisca
[Imperio romano (siglo I)] Enero 18

Cuando Cristo estaba en la Tierra y andaba entre los hombres, al principio había sólo unos pocos hombres que creían en Él, como el Salvador, el Hijo de Dios.

Al principio hubo sólo doce hombres, que eran llamados sus discípulos, que le seguían y creían en Él.

Estos discípulos fueron los primeros cristianos.

Pero según se lo mandó Cristo, los doce discípulos salieron al mundo, y predicaron la palabra de Cristo, el Evangelio, como se la llama, y cada vez más gente en el mundo, cada vez más hombres y mujeres, se volvieron cristianos.

Pero divulgar la fe cristiana no era fácil; muy a menudo los seguidores de Cristo encontraron odio en su camino, y a muchos los mataron por creer en Él.

En aquel tiempo había un gran reino, un gran imperio, gobernado por emperadores: el Imperio Romano.

Y la ciudad más grande y hermosa de este Imperio era Roma, donde el emperador tenía su palacio.

Pero al emperador no le gustaba que la gente se hiciera cristiana, y promulgó una ley que condenaba a muerte a toda persona que creyera en Cristo.

Sin embargo, a pesar de esta ley cruel, había cristianos en Roma, que se reunían en secreto, en

sótanos y catacumbas subterráneas, para orar en grupo, y venerar a Cristo en conjunto.

Los soldados del emperador buscaban en todos lados esas reuniones secretas de los cristianos y, una noche, descubrieron una, y los cristianos fueron tomados prisioneros.

Entre ellos había una niña, que tenía sólo doce años, y se llamaba Prisca.

La pequeña Prisca fue llevada ante el emperador, y éste le dijo:

“Cómo sólo eres una niña, te voy a perdonar por haber quebrantado la ley, y haber adorado a Cristo.

“Pero te perdonaré sólo si tú abandonas a Cristo y adoras a mis dioses.”

Y Prisca respondió:

“Yo soy cristina y seguiré siendo cristiana toda mi vida.”

Al oír esto el emperador se puso furioso y dijo:

“Llévenla y que la coman los leones en el Coliseo.”

4-El Coliseo era un gran teatro al aire libre, con asientos elevándose alrededor del centro de la arena, y la gente de Roma iba allí para ver juegos, carreras, y luchas.

Pero ese día había otro evento esperándoles, algo muy diferente.

La pequeña Prisca fue llevada a la arena, y cuando ella quedó allí sola, abrieron una enorme puerta, y un enorme león entró en el recinto.

Entre los espectadores hubo un gran grito sofocado de asombro, esperaban que el león saltara sobre la niña, y que ella intentaría salir corriendo.

el profanador de textos

Pero Prisca se arrodillo, unió sus manos, sin salir corriendo.

Y el león se detuvo, la miró, luego se le acercó, y con su lengua áspera lamió los pies desnudos de la niña.

El emperador mismo estaba entre los espectadores, y cuando vio que un animal salvaje y hambriento no iba a matar a la niña, se volvió temeroso del poder que protegía a Prisca, el poder de Cristo.

Y el emperador dio la orden de dejarla libre.

Prisca fue salvada y siguió adorando a Cristo.

Y llevó el mensaje de Cristo a todos, con lo que más y más gente en Roma se hizo cristiana.

Al final, cuando fue capturada nuevamente por los soldados, y fue condenada a muerte por la espada, ella murió con valentía sabiendo que su alma iba a ser recibida en el cielo por Cristo mismo.

Fue a través de personas como Prisca, llamados mártires, porque murieron por su fe en Cristo, que finalmente toda la gente de Roma y del Imperio Romano fueron cristianos, y la fe cristiana se extendió por todo el mundo. ♣♣

[i:02] san Sebastián

[Imperio romano (256-288)] Enero 20

El emperador romano Diocleciano¹ quería elegir entre sus soldados a algunos nuevos jefes, y para ello hizo desfilar a los hombres.

Le llamó la atención un joven especialmente hermoso y bien crecido, cuyo nombre era Sebastián.

El emperador lo llamó y lo incluyó en el grupo de los seleccionados.

El joven había nacido en Milán de padres cristianos, y él mismo era un cristiano convencido, lo que le daba esa expresión tan dulce.

El emperador adjudicó a cada uno su destino y sólo restaba Sebastián.

Éste ya creía que no quedaba puesto para él, cuando el emperador lo llamó y le habló confidencialmente.

“Sabes montar?” Sebastián asintió, ya que lo había aprendido de niño.

Entonces el emperador ordenó que le trajeran un caballo, y si efectivamente demostraba saber montar, sería el jefe de la cohorte personal del mandatario.

¹ Diocleciano (244- 311): Emperador de Roma (284-305). Fue proclamado emperador por el ejército. Puso fin a la crisis del siglo III. [n. del pr.]

Le acercaron un hermoso caballo blanco y Sebastián demostró que era un excelente jinete.

Desde ese momento siempre quedó cerca del emperador al que debía proteger y servir.

Una vez el emperador quiso realizar una carrera con Sebastián, y éste fue lo suficientemente cauto como para dejar ganar al caballo imperial.

Sus soldados lo amaban, pues fuera de ser justo, era buen amigo para todos y compartía las alegrías y tristezas con sus hombres.

En este tiempo aún no había muchos cristianos en Roma.

El emperador no los apreciaba, pues frecuentemente rechazaban las órdenes del estado, y no querían hacer sacrificios ante los dioses antiguos.

Hasta el momento Sebastián no había sentido nada de esta aversión, a pesar que ya se había perseguido y hasta matado a cristianos por no realizar los sacrificios ante los dioses romanos.

El emperador hasta ignoraba que Sebastián era cristiano.

Un día Sebastián armó el campamento de su gente frente a una ciudad que visitaba el emperador.

Fue caminando sólo por las calles, cuando vio un gentío que se reunía en una plaza.

Logró divisar a dos hombres, que estaban atados para ser muertos.

Sebastián preguntó por la causa, y le dijeron que estos dos jóvenes, atados a los postes, eran dos hermanos, Marcelo y Marco, que debían ser ejecutados por negarse a presentar los sacrificios a los dioses romanos.

Los verdugos clavaron sus lanzas cortas en los cuerpos de los jóvenes, que hicieron oír sus claras voces exclamando:

el profanador de textos

“Alabado sea Jesucristo por los siglos de los siglos.”

Sebastián atravesó la muchedumbre y llegó hasta los padres de los dos ejecutados, que se lamentaban amargamente, y les dijo:

“No se lamenten, fue la voluntad de sus hijos, la alegría de sus almas; quisieron ofrecer a Cristo su sangre.

“Han cambiado la vida terrenal por la vida eterno en el cielo.”

Sebastián les habló con tanta emoción, que se consolaron.

No habían aceptado la religión de sus hijos, pero ahora, cuando vieron como habían ofrendado su vida por la verdad, quedaron profundamente conmovidos.

Entre la gente había un matrimonio cristiano, que se ocupó de esos padres, y junto con ellos prepararon el entierro.

Más adelante los padres también se hicieron bautizar.

Unos días después de este acontecimiento el emperador hizo preparar una gran fiesta en el parque de su palacio.

Invitó a muchos nobles, y Sebastián con sus soldados debían protegerlo.

Para comprobar la fidelidad de sus súbditos, el emperador había ideado algo especial.

Se presentó disfrazado de dios Apolo,² con la lira en la mano.

Se lo debía honrar como a la imagen de un dios.

² Apolo: Dios principal de la mitología griega, uno de los dioses olímpicos más significativos. Hijo de Zeus y Leto, y gemelo de Artemisa, poseía muchos atributos y funciones. Después de Zeus fue el dios masculino más influyente de la Antigüedad clásica. [n. del pr.]

Se colocó junto a la llama del altar, y todos debían desfilar ante él, inclinándose y diciendo:

“Alabado sea Apolo Diocleciano.”

Cuando le tocó el turno a Sebastián, éste permaneció mudo.

No se arrodilló frente al emperador como los demás y sólo lo saludó como lo hacía siempre, inclinando la cabeza.

El emperador se disgustó y con su mirada siguió al joven que se retiraba altivamente.

La gente comenzó a preguntarse si Sebastián aspiraba a ser emperador, ya que saludaba tan orgullosamente.

Diocleciano escuchó esto y se enfureció.

Cuando había terminado la fiesta, hizo llamar al oficial.

Muy severo le preguntó por qué no lo había honrado como Apolo.

Sebastián ya no podía seguir guardando silencio. Dijo:

“Señor, yo no reconozco a los dioses antiguos. Soy cristiano y venero a Jesucristo, que de los cielos vino a la Tierra.

“Fue crucificado en tiempos de Poncio Pilatos y resucitó al tercer día.”

Al pronunciarse estas palabras, el demonio pareció introducirse en el emperador.

Llamó a su custodia y ordenó que encadenaran a Sebastián.

Lo llevaron a un calabozo oscuro y para sentar un ejemplo aterrador frente al pueblo, ordenó que lo atara a un poste en una plaza pública para que la gente se burlara de él y que le escupieran; le arrancaron las ropas, y le arrojaban piedras.

Después de muchas horas llegaron los soldados imperiales, levantaron sus arcos, y arrojaron sus flechas contra el cuerpo de Sebastián.

Inmóvil, Sebastián recibió todas las flechas sin gritar ni quejarse; cada vez que una flecha lo hería, Sebastián exclamaba:

“Alabado sea Jesucristo.”

Los que presenciaban esto se aburrían y se iban, pero siempre había más gente se acercaba para contemplar en silencio al moribundo.

Cuando Sebastián inclinó la cabeza, también se fueron los soldados que lo habían matado; nadie dijo una palabra, sólo uno se preguntó cómo era posible que una persona aún sonriera en su muerte.

Durante tres días dejaron al muerto con todas sus flechas clavadas en su cuerpo atado al poste, pero ya nadie quiso burlarse.

Muchos dijeron que Sebastián había soportado las burlas y las flechas del odio, como un guerrero valiente.

Aquellos que habían escuchado sus exclamaciones preguntaban:

“¿Quién es ese Jesucristo que posee un soldado tan fiel como lo fue Sebastián?”

Conmovidos por el padecimiento de Sebastián acudieron a reuniones de cristianos, escucharon el mensaje, y aceptaron el bautismo.

De esta manera Sebastián siguió valientemente a los hermanos Marcelo y Marco, por la muerte a una vida nueva. ♣♣

el profanador de textos

[i:03] san Meinrad de Einsiedeln

[Alemania/Suiza (797-861)] Enero 21

En sus años jóvenes el hermano monje Meinrad había venido del convento de Reichenau, cerca del lago Bodensee.

Era por aquella época cuando todavía salían a caminar los monjes irlandeses,¹ fundando conventos por aquí y por allá. @@@

Meinrad vivió en un convento cerca del lago de Zurich y de Rappersvil, con otros hermanos; durante muchos años llevó una vida muy activa.

Hacía lo que hacen los monjes, orar, cuidar enfermos, trabajar en la huerta y el campo.

Meinrad tenía un don especial; para cada enfermedad conocía alguna hierba curativa, lo que lo convirtió en médico eficaz; y su ayuda era requerida hasta en lugares muy alejados.

Muchas veces pensaba que preferiría vivir en soledad, para servir a Dios, sólo en compañía del

¹ misión hiberno-escocesa: Misión evangelizadora liderada por monjes irlandeses y escoceses para difundir el cristianismo y establecer monasterios en Gran Bretaña y Europa continental durante la Alta Edad Media. Se inició con la fundación del monasterio de Iona en 563, al norte de Escocia, por Columba. Estuvo asociada con la tradición del cristianismo celta, que se organizaba alrededor de monasterios, y por la práctica de la confesión. [n. del pr.]

silencio; pero también pensaba que era bueno servir a los hombres.

Cierto día llegó un mensajero, enviado por el carpintero Kuoni de Wollerau, quien relató:

"La esposa de Kuoni padece de una terrible fiebre y está mortalmente enferma.

"Por favor, hermano Meinrad, acompáñame y sálvala."

Meinrad acompañó al enviado y permaneció tres días en Wollerau junto a la enferma.

Y les enseñó cómo, mediante colocación de hierbas sobre el cuerpo, y tomando infusiones, podía liberarse de la fiebre.

Al curarse la señora, Kuoni dijo:

"Querido Meinrad, ¿cómo puedo agradecerle?

"Si pudiese construirte una casita, ¡con que gusto la haría!"

"Quien sabe," contestó el monje—, "tal vez me ayudes a construir una casita en el cielo."

Y con esto se despidió Meinrad y retornó a su convento.

La noche de aquel día, Meinrad quedó pensando en las palabras de Kuoni sobre construir una pequeña casa, y se dijo a sí mismo:

"Hace tiempo que me hubiese gustado retirarme a la soledad que sólo se encuentra lejos de este pueblo, en el otro lado del río.

"Soy viejo, y allá podría preparar en silencio mi alma para la muerte.

"Tal vez pueda ayudar en aquella región a los pastores en asuntos del alma y del cuerpo.

"Tal vez sería bueno que Kuoni me construya allá arriba la pequeña casita."

Meinrad decidió hacer una caminata hacia aquella solitaria comarca, en compañía de un hermano más joven, para buscar un lugar adecuado.

Para obtener el permiso del abad se ofreció pescar en los arroyos del valle y juntaría hierbas en las laderas de la montaña.

Dijo al joven monje Donato:

"¿Quieres cruzarme a remo por el lago y hacer conmigo un pequeño viaje?

"Por unos días quiero irme a la soledad de la montaña, pescar y juntar hierbas."

Donato recibió la invitación con gusto y estaba dispuesto, así él también pidió licencia al abad.

Donato tenía buena fuerza para los remos, y al llegar a la otra orilla, ocultaron la embarcación entre los juncos.

Cambiaron sus hábitos limpios por las ropas de trabajo raídas.

Donato llevaba una caja de madera para los pescados colgada de sus hombros, Meinrad llevaba bolsitas sujetas a una vara para las hierbas.

Al anochecer habían llegado a una región más desoladas, donde las montañas se levantaban altas a sus espaldas.

Esta soledad le infundió mucho miedo a Donato.

Después de pescar en un arroyo de la montaña le dijo a Meinrad:

"Querido hermano, ya tenemos bastante pescado, retornemos.

"Hace poco, delante mío se derrumbó una gran piedra.

el profanador de textos

"Tal vez los espíritus de las montañas quieran ultimarnos."

Y Meinrad le contestó:

"Deja que han ruido.

"No regresaremos con sólo cinco pescados, y mañana juntaremos hierbas por aquí.

"Busquemos un refugio seco y amparado para dormir."

Meinrad aún no había encontrado el lugar adecuado donde instalar aquella casita que le serviría de ermita.

A media mañana del día siguiente, habiendo juntado hierbas de muchas clases, el hermano menor opinó nuevamente:

"Meinrad, volvamos a casa, el miedo me impidió anoche que conciliara el sueño.

"Todo el tiempo escuché todo tipo de ruidos extraños.

"Ya tenemos suficientes hierbas y pescados."

Meinrad sonrió y dijo:

"Querido Donato esos ruidos provocado por las piedras que se derrumban nos hacen recordar lo perecedero de lo terrenal.

"El murmullo del agua es expresión de alegría, de la alegría de poder correr hacia el valle en busca de países lejanos.

"Y el clamor de los animales del bosque durante la noche mientras estamos despiertos es un llamado a la oración, también en horas nocturnas."

Siguieron pescando río arriba y el hermano

Meinrad abrió los ojos de Donato para que pudiese ver

la belleza de las montañas, de los árboles, de los arroyos, ríos y lagos.

Cuando aquella noche volvieron a escucharse todos los sonidos de la naturaleza, Meinrad le dijo en voz queda a Donato:

"¿Escuchas?, es la voz del cervatillo.

"Es el llamado del búho.

"¿Ves allá, a la luz de la luna, el murciélagos se pone a cazar mosquitos para que nos puedan picar, y con mil voces cantan los grillos?

"Es su canción nocturna, música de la creación.

"Y mira, las estrellas entre los árboles, las señales luminosas del cielo."

Donato escuchó maravillado y las estrellas se reflejaron dentro de sus ojos.

Y todo temor de la soledad lo abandonó y le agració escuchar las voces nocturnas.

Al tercer día Meinrad encontró un lugar hermoso en el bosque, cerca de un arroyito, y donde sinnúmero de frutas silvestres halagaban al paladar.

Y pensó ahí podía estar su ermita.

Pero no le contó sus pensamientos a Donato, solo le dijo:

"ahora si tenemos pescado y hierbas en suficiente cantidad."

Así que emprendieron el regreso, y al día siguiente cargaron todo en el bote.

Y mientras cruzaban el lago remando, Donato pensaba que había sido hermoso conocer el bosque junto a Meinrad.

A partir de ese día los pensamientos de Meinrad se dirigieron a diario hacia el valle apartado y verde, con su bosque y su arroyito, rodeado por montañas.

Un día se armó de coraje y le dijo al abad:

"Querido padre, solicito vuestra licencia para radicarme en la soledad del bosque, quisiera concluir mis días allí, en el silencio y la soledad."

Después de meditar un momento, el abad le contestó:

"Hermano Meinrad, toda tu vida has trabajado aquí, has servido y orado.

"Te concedo tu deseo para que, según tu voluntad puedas pasar los últimos años de tu vida, allá arriba, junto a Dios."

De modo que Meinrad se despidió.

Donato le dijo cuándo partía:

"Meinrad, los días y las noches más hermosas de mi vida las he pasado a tu lado allá arriba en el valle silencioso.

"Tú me has enseñado a escuchar y apreciar las voces de la naturaleza.

"Dime, ¿dónde construirás tu ermita?

"¿Podría visitarte alguna vez?"

Meinrad le contestó:

"Sí, Donato, puedes visitarme.

"¿Recuerdas el lugar, donde te dije 'ahora tenemos suficientes hierbas'?

"Justo en ese lugar, donde emprendimos el regreso, allí me encontrarás."

Una vez más Donato remó con Meinrad a la orilla opuesta del lago.

el profanador de textos

Gustoso lo hubiese acompañado, pero su deber estaba en el monasterio.

En su camino Meinrad tuvo que pasar el lugar donde vivía el carpintero Kuoni.

Estaba ocupado en ese momento alisando el tronco de un árbol.

“Buenos días, Kuoni!
¿Cómo les va a ti y a tu mujer?”

Kuoni de prisa dejó de lado su herramienta, tomó la mano del monje y lo saludó, con la fuerza de un hombre habituado al trabajo duro, y Meinrad sintió como si el fuego le atravesara.

“¡Qué alegría verte, Meinrad!
Todos estamos bien por aquí.
Hace una semana mi mujer dio a luz a un varoncito. @@@
Todo te lo debemos a ti.
¿Aún sigues sin querer la casita?”

Meinrad sonrió:

“¿Y si ahora te digo que sí?
Que finalmente quiero poseer la casita sobre la Tierra en lugar de más adelante en el cielo.
¿Podrías ayudarme y construirla, allá arriba en el valle de la montaña, del tamaño para que pueda acostarme adentro sobre una bolsa de pajas.”

Kuoni contestó:

“Nada mejor que poder hacer algo por ti.”

Al día siguiente Meinrad bautizó al niño de Kuoni y luego partieron valle arriba.

Llevaba Kuoni un burro cargado con hacha, martillo, formón y otras herramientas.

La mujer de Kuoni les había dado a Meinrad dos cueros de oveja, cosidos uno al otro.

El carpintero cortó unos pinos en el lugar elegido, y juntos construyeron la ermita.

Kuoni había cortado demasiados troncos, de manera que sobró madera, y entonces dijo:

“Con estas maderas te construiré una capilla pegada a tu ermita.

“Con piedras podrás levantar un altar.”

Y así lo hicieron.

Poco a poco se corrió la voz que el ermitaño Meinrad vivía allí.

Muchos fueron los que socorrió con buenos consejos y hierbas para toda clase de padecimientos.

Los que iban en busca de ayuda, y los que habían sido curados, llevaron toda clase de obsequios a Meinrad: pan, queso, embutidos, velas y frazadas abrigadas.

Recibió todo aquello con gratitud pero para sí mismo utilizó muy poco, entregando el resto a aquellos que eran pobres, además de estar enfermos.

Y casi no pasaba día si la visita de alguien que buscaba consuelo.

Había tallado un cáliz de madera.

La misa diaria la celebró con pan y vino, a veces solo, a veces de a dos, y a veces con varias personas.

También los animales del bosque se habían dado cuenta que les había llegado un hermano.

Los pájaros comían los granos de su mano.

La ardilla recibía una nuez, y a las lauchas les era permitido compartir su pan.

Cierta vez escuchó un graznar lastimero sobre un árbol; subió a él y encontró a dos cuervos jóvenes.

Quizás su madre había sido apresada por una comadreja cuando salió a buscar el alimento.

Meinrad colocó los pájaros dentro de su abrigo y los llevó a su ermita.

Allí los alimentó y cuidó durante días; y tanto se acostumbraron a él, que muy pronto se convirtieron en sus compañeros inseparables.

Si Meinrad iba a la capilla a celebrar la misa, se acurrucaban cerca del altar, y no se movían hasta que apagaba las velas y salía.

Al acercarse cierta vez un visitante inesperado durante la misa, manifestó luego haber visto los cuervos sentados sobre los hombros de Meinrad durante la ceremonia sagrada.

Pasaron así, siete años de su vida en soledad.

Aconteció entonces que dos maleantes vagaban en las cercanías del lago de Zurich.

Uno se llamaba Reinhart, el otro Peter; vivían tan sólo de lo que robaban.

Tuvieron noticias del ermitaño Meinrad y pensaron que era seguro que ese monje tuviera un gran tesoro escondido en su ermita, y podrían apropiarse de él.

Averiguaron el camino, pero se perdieron, y dieron vueltas y vueltas por el bosque.

Cuando aquel día Meinrad fue a la capilla para celebrar la misa, los cuervos no se acercaron como de costumbre; habían volado al bosque.

Después de la comunión, permaneció en silencio, y escuchó una voz que dentro de su corazón le decía:

“Meinrad, tu tiempo sobre la Tierra se ha cumplido; no temas.

“Todo lo que sobrevendrá, será para tu salvación.”

Después de este anuncio Meinrad permaneció por largo tiempo sumido en oración.

el profanador de textos

Mientras tanto, los dos maleantes habían hallado la senda y se encontraban ya, cerca de la ermita.

De repente, los dos cuervos graznaron fuertemente, algo que nunca hacían cuando se acercaban visitantes.

Enfurecidos, batiendo las alas, picotearon a los intrusos.

Uno quiso defenderse con su bastón, el otro golpeó con fuerzas la puerta de la ermita, gritando:

“Sal, viejo.”

Meinrad se conmocionó por aquel bullicio.

Tomó el cáliz en una mano y un trozo de pan en la otra, y salió por la puerta de la capilla; los cuervos se callaron.

Y dijo Meinrad:

“Que pena que no habéis venido un poco antes, podrían haber compartido la misa.”

Por un instante los maleantes quedaron perplejos, cuando Meinrad les brindó el vino a uno y el pan al otro.

Meinrad que conocía que había llegado la hora de su muerte, dijo:

“Tengo un último pedido.

“Cuando me hayas dado muerte, colocarme dentro de la ermita.

“Prended las dos velas, una a mi cabeza, otra a mis pies, para que mi alma no parta de la Tierra sin luz.”

La única respuesta que tuvo Meinrad fue:

“Astuto monje, danos primero tus tesoros, antes que te encendamos velas.”

Y Meinrad les contestó:

“Mis tesoros ya se los he dado: el pan y el vino de la misa; no poseo bienes, todo lo que he recibido se lo entregue a los pobres.”

Pero no le creyeron y gritaron:

“A los golpes aflojaras tu dinero, ya nos dirás, donde lo tienes escondido.”

Uno de ellos lo tomó de la sotana a y lo tiró al suelo; el otro lo golpeó con su bastón en la cabeza.

Y un golpe fue tan fuerte, que alma y espíritu abandonaron su cuerpo.

Reinhart, furioso, le gritó a Peter:

“No debías haberle dado muerte, ahora ya no puede decirnos donde escondió su fortuna.”

Los dos se pusieron a revolver todo lo que había en la ermita, pero solo hallaron las ropas viejas de trabajo y pequeños enseres, pero ni oro, ni plata.

Peter gruñó:

“Ven, coloquémoslo sobre su lecho, tal como lo pidiera.”

Luego colocaron en silencio una vela a la cabecera de Meinrad, se dirigieron a la capilla con la otra para encenderla en fuego que siempre estaba prendido.

Al regresar al lecho vieron que la vela de la cabecera ya estaba encendida irradiando su clara luz, prendida por una mano invisible.

Quedaron profundamente sobresaltados y abandonaron todo, tal como estaba.

Corrieron atropelladamente hacia la espesura del bosque para huir de aquel lugar, donde se les había mostrado una señal divina.

Pero, ¿qué había sido eso?

Y vieron que los dos cuervos se abalanzaron furiosos hacia ellos, atacándolos con sus picos.

Por más que corrieron, los cuervos los seguían sin darles tregua.

Llegaron a Wollerau.

Allí el carpintero Kuoni estaba frente a su puerta, junto a su hermano y observó en el camino a los dos bandidos perseguidos por los cuervos.

Dijo a su hermano:

“Mira allá, esos seguramente son los cuervos del hermano Meinrad.

“¿Será que le habrán hecho algún daño para que los pájaros los persigan de ese modo?

“Hermano, síguelos y ve hacia donde se dirigen.

“Iré de prisa a la ermita de Meinrad para ver lo que ha sucedido.”

Cuando llegó Kuoni a la ermita encontró el cuerpo mortal de Meinrad sobre su lecho, y las señales de la manera en que había muerto.

En medio del desorden en el cual los asaltantes habían abandonado la ermita, ardían brillantes las dos velas, una a su cabecera, la otra a sus pies.

A Kuoni le parecía que un delicioso perfume se extendía por toda la ermita.

Lleno de dolor se arrodilló y murmuró una oración.

Cerró luego la puerta que él mismo había hecho y corrió de regreso a Wollerau.

Relató a los suyos acerca de lo sucedido para que vayan a la ermita de Meinrad a velarlo, de la forma como se habituaba por entonces.

Un campesino le prestó su caballo para que pudiese dar alcance a su hermano y a los maleantes.

No debían escaparse sin recibir su merecido.

Por doquier donde pasaba habían sido avistados los asesinos, seguidos por los cuervos.

Así, la huella los llevó a Zurich.

el profanador de textos

Al arribar, vio delante de una posada a su hermano a modo de guardián.

Kuoni le dijo:

“Hermano, Meinrad yace asesinado en su ermita, lo han matado a golpes.”

Y se escuchó un tumulto dentro de la posada.

Los dos cuervos habían entrado por la ventana y atacaron a picotazos a los malhechores.

Kuoni y su hermano entraron sin temor al lugar.

Con ayuda de otros ciudadanos detuvieron a los asesinos y los entregaron a la autoridad.

Ante el juez reconocieron su crimen.

Fueron entregados al verdugo y sus cuerpos fueron quemados fuera de los muros de la ciudad.

Los dos cuervos estuvieron sentados durante tres días sobre la torre de la prisión, y sólo entonces emprendieron el vuelo de regreso.

El cuerpo de Meinrad recibió sepultura cerca de su ermita.

Una multitud de personas agradecidas estuvo presente para brindarle la despedida terrenal.

Kuoni hizo una cruz de madera para su tumba; se cuenta que de vez cuando se ven dos cuervos posados en ella.

En ese lugar, más adelante, se fundó el convento de Heinsiedeln; de este modo se conservó su memoria hasta nuestros días. ♣♣

[i:04] santa Dorotea

[Turquía (ca. 300)] Febrero 6

Uno tras otro fueron pasando los cristianos ante Saprio para ser interrogados, uno tras otro se rehusaron a negar sus creencias, y uno tras otro fueron sentenciados por Saprio.

Teófilo se acomodó en su asiento, escuchando con desgano, ya que realmente esto no era muy divertido, tal como se lo anticipara su amigo, pues se repetía lo mismo con cada uno de los cristianos que pasaban.

Saprio preguntó:

“¿Quién sigue?”

A lo cual le respondieron:

“La joven Dorotea, de Cesarea.”

Hicieron entrar en la corte a una jovencita, tan virginal e inocente, que Teófilo se sorprendió al verla, pensando de inmediato que debería haber misericordia para que esta cristiana no muriera.

Y empezó el interrogatorio.

Ella contestó cada pregunta con sencillez, sin que se le quebrantara la voz.

Saprio le preguntó:

“¿No le temes a nada?”

“Ni a los castigos, ni a la muerte?”

Y Dorotea contestó:

“Por qué iba a temerle a la muerte?”

“La muerte me llevará a Él, a Quien yo amo.”

Saprio le preguntó:

“A quién amas?”

Dorotea contestó:

“A Cristo, el Hijo de Dios.”

el profanador de textos

Y él insistió:

“¿Dónde está ese Cristo?”

La joven dijo con voz clara:

“Él está en todas partes.

“Por su divinidad él está en el Cielo, por su humanidad él está en la Tierra.

“Él me espera en el Paraíso.”

Entonces Teófilo se inclinó hacia la jovencita, y le dijo:

“Dorotea, la Tierra misma es un paraíso!

“Piensa en sus flores, ¿cómo puedes desear alejarte de ellas?”

Ella le sonrió:

“¿Cuál es su nombre, joven prefecto?”

“Teófilo.”

“Escucha, Teófilo, en el Paraíso los árboles siempre están frondosos, las manzanas maduras, las hojas brillan como el oro, las azucenas blancas como la plata, y el musgo siempre fresco.

“En el Paraíso siempre es primavera, el pasto en las colinas siempre está fresco, y las rosas en el rosal nunca se marchitan.”

El gobernador gritó:

“¡Basta!”

“Ya que el Paraíso es tan maravilloso, debes ir allá hoy mismo.”

Dictó la sentencia y llamó a los guardias.

Cuando éstos se acercaban, Teófilo le dijo a Dorotea con ironía:

“Joven esposa de Cristo, envíame algunas manzanas y rosas del Paraíso.”

Dorotea le dijo:

“Lo haré, Teófilo.”

Y se la llevaron.

Más tarde, Teófilo caminaba por la calle, dispuesto ya a asistir al banquete con sus amigos.

Al llegar a la fiesta se encontró con que había gran alegría esa noche; todos festejaban cantando y bebiendo, había gran bullicio.

Cada uno de sus amigos contó sus anécdotas del día.

Cuando todos habían hablado, Teófilo sonriendo les dijo:

“Lo que han escuchado hasta estos momentos son cosas triviales, a mí en este día ¡me prometieron un milagro!”

Los amigos preguntaron:

“¿Qué milagro, Teófilo?

“¿Dónde has estado hoy?”

“Estuve en la corte, escuchando a los cristianos detenidos, y una doncella me dijo que ella iría al Paraíso, y prometió enviarme fruta y flores desde el cielo.”

Todos estallaron en una carcajada general estruendosa que cesó de repente, como cortada con un cuchillo, pues entre ellos apareció un niño angelical, que llevaba en sus manos tres manzanas y tres rosas, las más hermosas que se hubieran visto jamás en la Tierra.

Se las entregó a Teófilo diciéndole:

“Dorotea, quien acaba de entrar al Paraíso, te envía esto.”

El prefecto tomó las manzanas y las flores, y el ángel desapareció.

A la mañana siguiente, Sapricio se presentó como siempre en su corte, y cuando habían pasado ante él algunos cristianos, preguntó:

“¿Quién es el próximo?”

Y le respondieron:

“Teófilo, de Capadocia.”

El gobernador vio con gran asombro como traían ante él a su propio amigo.

“¿Qué clase de broma es esta, Teófilo?”

preguntó Sapricio enojado.

“No es ninguna broma, Sapricio,”

respondió Teófilo.

“Entonces, ¿a qué vienes?”

Teófilo le dijo:

“Vengo a confesarme seguidor de Cristo, en Quien creo gracias a Dorotea.”

Y el gobernador lo sentenció al Paraíso. ♣♣

Rima de Dorotea

Envié manzanas y rosas del cielo
a mi amigo Teófilo en la Tierra.
Si tus ojos deseán verlas otra vez,
alcánzame en el Paraíso. ♣♣

[i:05] san Patricio (i)

[Britania/Irlanda (ca. 400-461/493)] Marzo 17

Patricio, que era sobrino de san Martín de Tours,¹ vivía con su familia en Francia.

Un día fue raptado por unos piratas y vendido como esclavo en Irlanda.

Allí lo compró un señor que lo mandó a cuidar los cerdos, trabajo que hizo durante siete años, y siempre destinó un tiempo para rezar antes de comenzar sus tareas.

Una noche soñó que un ángel le decía que debía caminar un largo trayecto, ya que él sabía ayunar; luego soñó que debía tomar un barco para regresar a Francia.

Así que un día hizo eso, y caminó mucho hasta que llegó a la playa, y vio un barco listo para zarpar.

Habló con el capitán, quien le preguntó si tenía dinero, a lo que Patricio respondió que no, pero agregó podía trabajar.

Y el capitán le negó subir a bordo.

Patricio se sintió muy triste, pero al rato el capitán lo mandó llamar, y así pudo embarcar y regresar a Francia.

¹ Martín de Tours (316-397): Obispo católico de Tours elevado a santo, patrón de numerosos lugares. [n. del pr.]

Su familia lo recibió con alegría, pero al poco tiempo los dejó, pues quería aprender muchas cosas con su tío Martín.

Después de un tiempo, el Papa lo nombró Obispo y lo envió a Irlanda, al mismo país donde antes había llegado con las manos atadas.

Al llegar encontró todos los campos cubiertos por tréboles, tomó uno para observarlo bien, pero también vio víboras, cosa que no le gustó.

Permaneció en Irlanda hasta su muerte, donde trabajó y ayudó a todos, y predicó una religión distinta de la celta, que conocía el pueblo, pero todos lo seguían, pues lo querían mucho, y lo escuchaban cuando hablaba.

Hizo muchos milagros, como el de arrojar fuera de la isla todas las serpientes.²

Para ello tomó un tambor, y con los palillos tocaba muy fuerte, y a medida que caminaba, las serpientes lo seguían; tanto tocó el tambor, que éste se rompió.

Un ángel bajó y lo ayudó.

Así siguió hasta que llegó al mar y allí arrojó a todas las serpientes.³

Falleció siendo anciano, y fue envuelto en un lienzo hecho por santa Brígida,⁴ una gran amiga suya. ♣♣

[i:06] san Patricio (ii)

[Britania/Irlanda (ca. 400-461/493)] Marzo 17

Llevó un largo tiempo para que se difundiera el cristianismo por todo el mundo, y los primeros que se hacían cristianos tenían que enfrentarse a persecuciones y dificultades terribles por su fe.

Y llegó un tiempo en que la gente de Roma fue convertida al cristianismo.

También había otras tierras donde la gente era pagana, es decir, que no habían sido bautizados en el nombre de Dios Padre.

No sabían nada sobre Cristo, pensaban que el Sol, la Luna, y las estrellas eran dioses, y los adoraban.

No conocían nada mejor, no sabían que el Sol, la Luna, y las estrellas son creaciones de Dios Padre.

Hubo un tiempo en que la gente en Inglaterra ya era cristiana, pero la gente de Escocia todavía era pagana, así como también la gente de Irlanda, la isla al oeste cruzando del mar.

Y los paganos de Escocia e Irlanda, eran guerreros orgullosos y fieros guerreros y, además, ¡piratas!

Se sentían orgullosos de pelear y matar, les gustaba robar y saquear, no habían oído sobre Cristo, que enseñó a la gente el ayudarse unos a los otros, de ser bondadoso con el otro.

² Se ha demostrado que, por alguna extraña razón, nunca hubo serpientes en la isla. Nunca se encontraron restos antiguos de ellas. [n. del pr.]

³ Esto tiene mucha similitud con la leyenda del flautista de Hamelin, con instrumentos diferentes. [n. del pr.]

⁴ Brígida de Kildare o Brígida de Irlanda (451-525): Santa de la Iglesia Católica y de la Iglesia Ortodoxa, patrona de Irlanda. Primera monja irlandesa, fundadora del monacato femenino en Irlanda. [n. del pr.]

el profanador de textos

En esa época —cuando la gente de Escocia e Irlanda aún eran paganos, fieros guerreros y piratas— vivía en Gales un muchacho llamado Patricio, que ya era cristiano.

Su padre era un hombre muy respetado, un abogado, y la familia vivía en una villa no lejos del mar.

Cuando los días eran soleados, Patricio corría hacia el mar para navegar en canoa, o nadar, o recoger conchillas, o sólo sentarse y observar a las olas moverse y salpicar.

Un día se alejó caminando a lo largo de la costa hasta que no vio más la casa de sus padres.

Era una playa salvaje y oscurecía, y Patricio pensó que ya era hora de volver, cuando vio a lo lejos en el mar un barco a vela que se acercaba más y más.

Patricio sintió curiosidad y se quedó observando.

Del barco bajó un bote que fue directamente a la playa donde él estaba, y tan pronto como atracó, una docena de hombres saltaron a tierra, se dirigieron corriendo hacia donde estaba Patricio, y antes de que el pobre niño supiera lo que estaba pasando, lo atraparon y aunque gritaba y forcejeaba se lo llevaron al barco, y se fueron navegando con él.

Esos hombres eran piratas irlandeses; habían visto al niño solo en la playa vacía, lo sorprendieron, y se lo llevaron, para venderlo como esclavo.

Y eso fue lo que le pasó a Patricio, fue llevado a Irlanda a través del mar, y fue vendido al jefe de un clan, el jefe de una tribu —Patricio tenía 15 años cuando lo hicieron esclavo, y lo entregaron a este jefe pagano—.

Y tenía que cuidar el rebaño de ovejas del jefe del clan, un trabajo que no era pesado.

Pero estaba lejos de sus padres, de su casa, y era desesperadamente infeliz; había una sola cosa que lo reconfortaba y eso era rezar.

Cuando él rezaba a Cristo, sentía una gran paz en su corazón y dejaba de ser infeliz — Patricio rezaba todo el día y, a menudo, de noche también—.

Durante cinco años Patricio fue esclavo del jefe del clan irlandés; y una noche, cuando estaba otra vez en profunda oración, escuchó una voz que le dijo:

“Patricio, llegó la hora, debes escapar de aquí y hacer el camino de regreso a casa.

“Será difícil y peligroso, pero Dios estará contigo.”

Patricio había pensado en escaparse muchas veces, pero ¿cómo hacerlo?; no tenía amigos que lo ayudaran, no tenía dinero; y si un esclavo que trataba de huir era atrapado, era muerto.

¡Pero la voz le había prometido la ayuda de Dios!

Así que Patricio se escabulló una noche cubierto por la oscuridad.

Durante el día, Patricio se mantenía escondido en cuevas o en el bosque, pero de noche caminaba y caminaba.

Para comer recogía bayas, buscaba huevos de pájaros, que tenía que comer crudos, así como arrancaba la avena cruda de los campos.

Y así llegó a la costa, después de muchos días y noches.

Había tres barcos anclados allí, pero se preguntaba qué capitán lo llevaría; no tenía dinero para el pasaje, no era marinero; no lograba encontrar una respuesta cómo podría regresar a su casa en un barco.

Pero Patricio recordó, otra vez, que la voz le había prometido la ayuda de Dios.

Y así se acercó al capitán de uno de los barcos y le pidió:

“Por favor, ¿me dejaría subir a bordo?

\$”Haré cualquier trabajo para usted porque no tengo dinero para pagarle.”

El capitán lo miró de arriba abajo y le respondió:

“No necesito a nadie que no sea un marinero y puedo ver que tú no eres un marinero; más bien pareces como si fueras un esclavo que escapó.

“Vete o te llevaré de vuelta con tus amos.”

Y Patricio se fue al capitán del siguiente barco, y otra vez preguntó si él podía trabajar a cambio del pasaje.

Y el segundo capitán le dijo:

“Mi barco es un barco pirata, vamos a robar y saquear, y no pareces que fuieras bueno para esas cosas.

“Vete, no me eres útil.”

Dos capitanes de barco se rehusaron a llevar a Patricio abordo, y había muy poca esperanza en su corazón cuando se aproximó al tercer barco.

El capitán de este barco estaba trasportando una jauría de perros de caza irlandeses a Francia —en Francia, la gente pagaría fortunas por estos perros—.

Eran animales grandes y fieros, que atacarían a un lobo o a un oso salvaje sin vacilar.

Había como dos docenas de estos perros en cubierta y eran casi todos salvajes; y estaban aterrorizados, ya que nunca habían estado en un barco antes, y el sólo mecerse los del mismo los haría desesperar.

Los perros estaban sujetos con correas cortas por los marineros, pero los perros tampoco conocían a los

el profanador de textos

marineros, y por ello gruñían y ladraban, y se mordían entre sí y a los hombres; había un terrible ruido y conmoción.

Patricio amaba a los perros y propuso al capitán:

“Puedo manejar a estos perros para ti, si me tomas a bordo, y me dejas navegar contigo de regreso a Francia.”

Pero el capitán estaba de mal humor, con tanto ruido y un viento fuerte soplando desde el mar, y le gritó a Patricio:

“¡No necesito ninguna ayuda de niños como tú!”

Patricio se volvió triste al muelle, y se preguntaba sobre la ayuda que la voz le había prometido.

Y justo entonces, uno de los perros que estaba cerca del capitán le mordió la pierna.

El capitán se enfureció, y le gritó a Patricio:

“¡Oye, tú!; si puedes manejar a estas bestias y mantenerlas tranquilas te llevaré.”

Patricio subió a bordo con gran alegría en su corazón, y con voz suave y tocándolos amablemente, pronto tuvo a los perros calmos y amigables.

El capitán y los marineros le miraban como si fuera un mago.

“Bien,” dijo el capitán— “si puedes mantener a las olas tan calmas como a los perros, tendremos un viaje muy calmado.”

Pero Patricio no tenía poder sobre las olas, y el barco fue sacudido por el viento y las olas durante muchos días.

Los marineros veían que cuando Patricio no estaba trabajando, unía sus manos y oraba, y pronto se dieron

cuenta que él era cristiano —todos los marineros eran paganos, y se reían de él y se burlaban, pero Patricio no les hacía caso de sus burlas—.

La tormenta se puso peor; el barco era sacudido por las olas altas y más altas de aquí para allá.

Los marineros ya no sabían dónde estaban, al final, después de tres días, divisaron una costa y se dirigieron hacia ella.

Tanto los hombres como los perros estaban completamente exhaustos, y tan pronto como estuvieron en la playa, todos se echaron y descansaron y se durmieron.

Cuando se despertaron, estaban hambrientos y se dieron cuenta que la comida, que estaba en el barco, había sido llevada por el mar.

Los perros estaban tan hambrientos que se volvieron más salvajes y con tanta hambre que, ni aun Patricio los podía calmar.

Si tan sólo hubiese algunas casas o personas que los ayudaran; pero tan lejos como los ojos podían ver, no había seres humanos o casas alrededor.

Entonces, el capitán le dijo a Patricio:

“bien muchacho cristiano, ¡muéstranos el poder de tu Dios, que tus plegarias no te fueron de gran uso contra la tormenta, pero quizás nos puedan dar de comer!”

Patricio se arrodilló y oró.

Y casi al instante una manada de cerdos salvajes salió de una espesura cercana atacándolos.

Los perros cargaron contra los cerdos y mataron a varios de ellos.

Aquel día, los hombres y perros tuvieron un gran banquete de cerdo asado.

Una vez que comieron y recobraron fuerzas otra vez, marcharon varios kilómetros tierra adentro, hasta

que encontraron una ciudad, y en ella vendieron los perros, y Patricio recibió una parte del dinero; no era mucho, pero si suficiente para llegar hasta la casa de sus padres.

Su padre y su madre apenas le pudieron reconocer al principio, pero se imaginan la alegría que sintieron cuando vieron que el hijo que habían perdido hacía muchos años había regresado a ellos.

Luego de un tiempo Patricio les dijo:

“Ahora sé por qué he sido ayudado por Dios, tengo una misión que llevar a cabo, tengo que ser sacerdote, volver a Irlanda, y llevar el mensaje de Cristo al pueblo irlandés.”

Y eso es lo que hizo; fue ordenado sacerdote, y se embarcó de regreso a Irlanda.

Y fue a través de Patricio, a través del Apóstol de Irlanda, como se lo llamó más tarde, que la gente de Irlanda se hizo cristiana; y luego fueron cristianos irlandeses, monjes cristianos, que llevaron el mensaje de Cristo a otras tierras, aun a Escocia.

Y en Irlanda, en estos días, muchos niños son llamados Patricio, como el santo, que fue llevado a Irlanda como esclavo. ♣♣

[i:07] el caballero Jorge

[Imperio Romano (275/281-303)] Occidente:
Abril 23. Oriente: Mayo 6

Sucedió una vez en el lejano Oriente, poco después del nacimiento de Cristo, que aparecieron unos caballeros muy valientes, llamados 'Caballeros de la Justicia,' desconocidos para el mundo, y que iban constantemente de país en país, y sólo cuando algún animal feroz destruía cierta región, o cuando bandidos acechaban y atacaban a la gente en los caminos solitarios, ocurría de repente que de la nada aparecían los caballeros para acabar con las fieras y castigar y expulsar a los bandidos.

Nunca se sabía en dónde ni cuándo aquellos caballeros aparecerían para ayudar a los oprimidos; podía ser en medio del bosque, en algún camino apartado, o también en una ciudad bulliciosa.

Por esa razón los 'Caballeros de la Justicia' eran la esperanza de los débiles; en cambio los malhechores les tenían mucho miedo.

Nadie sabía en qué consistía el juramento de su Orden, lo que sí se sabía era que nunca permanecían más de tres días en el mismo lugar.

En aquel tiempo, cerca del mar, había una bella ciudad, llamada Silena.

Sus muros protectores se extendían hasta la costa; en su parte más elevada estaba un alto castillo que era el palacio del rey que gobernaba ese país.

Desde hacía algún tiempo había gran tristeza y sufrimiento en el reino porque en algunas ocasiones, cuando el tempestuoso mar levantaba sus olas, emergía de las aguas un gran dragón que, a veces volando y a veces arrastrándose, invadía la tierra para robar animales de los rebaños, destruir las cabañas de los pastores, e incluso para devorar hombres.

Nadie había podido poner fin a las atrocidades del monstruo, ni siquiera los soldados del rey.

Un día, el rey mandó pedir consejo de un anciano sabio que vivía lejos en las montañas, y éste le dijo:

"Cuando el mar empiece a agitarse, amarren en la orilla dos borregos en el lugar donde el dragón suele salir del agua; los devorará y volverá a bajar al agua."

El rey siguió el consejo, y cuando el dragón volvió a aparecer, devoró los dos borregos que le pusieron, y desapareció entre las olas.

Sin embargo, apenas pasado un año, el dragón ya no se conformaba con esa comida, y aunque seguía engulléndose los borregos, volvía a hacer sus incursiones tierra adentro, y otra vez volvieron las destrucciones.

Por segunda vez, el rey mandó a un mensajero a visitar al ermitaño para solicitar su consejo, y se puso muy triste al enterarse de que la situación había empeorado, y les dijo:

"Vuelvan dentro de tres días y entonces les daré mi consejo."

Pasados los tres días, los mensajeros regresaron con el anciano, pero éste no quería contestar de inmediato y, por lo tanto, le suplicaron:

"No podemos regresar sin tu respuesta, el rey nos echaría a nosotros la culpa de que tú no hubieras aconsejado nada."

Decidió el anciano sabio comunicarles la triste noticia:

"Sólo se podrá calmar a este dragón dándole sangre humana; tendrán que sacrificar a una doncella."

Los hombres llevaron el mensaje al rey y a sus consejeros.

Al conocer el mensaje, el rey sufrió un gran espanto, pero no había remedio.

Cerca de la orilla del mar había una roca a la que habían dado el nombre de 'Roca del Dragón,' porque junto a ella solíaemerger la bestia, y era donde amarraban a las bestias que se le ofrecían.

Así que hubieron de reunir en la ciudad a todas las doncellas del país para escoger por sorteo a la infeliz que tendría que ser sacrificada.

El consejero mayor tenía una pequeña bolsa pequeña de pana negra, en la que se encontraban muchos palillos delgados de madera.

Todos los palillos eran iguales, por la parte inferior todos eran blancos, excepto uno, que tenía color rojo como la sangre por ser el palillo del sacrificio.

Cuando se iba a hacer el sorteo se inició un descontento entre la gente del pueblo, pues notaron que la hija del rey no estaba participando en la desafortunada selección.

La multitud se alborotó tanto que fueron hasta el palacio para exigir:

"Queremos que Elena, la hija del rey, también participe en el sorteo."

el profanador de textos

El rey ya no pudo hacer nada contra la voluntad del pueblo, máxime que sus consejeros estaban de acuerdo con esas voces, así que también a Elena le tocó sacar un palillo, igual como hicieron las demás doncellas.

A las muchachas que sacaron palillo blanco les volvía la alegría al corazón; y fue Elena quien sacó el rojo.

Aunque sus padres lloraron y se lamentaron su hija fue conducida hacia la ‘Roca del Dragón,’ donde poco antes de ser amarrada en el anillo de hierro, como era la costumbre, les pidió:

“No me amarren por favor, les prometo que no huiré, pero yo misma quiero cubrir mis ojos con el velo blanco.”

Después de decir esas palabras se puso la fina tela sobre la cara y se sentó resignada en la piedra.

Arriba, en el muro del castillo, sus padres la observaban, implorando a los dioses antiguos que sucediera un milagro para salvar a su hija.

Las olas del mar empezaban a estremecerse, alcanzando a salpicar la ‘Roca del Dragón’ cuando, como una visión, en lo alto de una colina cercana apareció un caballero montando un caballo blanco.

Su armadura brilló con la luz del sol; de alguna manera estaba bien enterado de lo que estaba pasando, porque al ver abajo a la doncella expuesta en la roca, lanzó un fuerte grito y, de inmediato, su caballo galopó cuesta abajo, hacia el agua que se encrespaba cada vez más.

La cabeza del dragón empezaba a asomarse entre la espuma de las olas, mostrando sus fauces repletas de colmillos, dirigiéndose hacia la ‘Roca del Dragón,’ y cuando estaba por salir del agua, el caballero se le puso en frente, armado con su espada y su fuerte lanza, y se

entabló una lucha tremenda entre los dos, que terminó con una estocada del caballero al cuerpo escamoso del monstruo, que en agonía gigantesca se precipitó al mar dejando tras de sí una franja de sangre oscura, hasta que por fin se hundió totalmente en el agua.

Elena, al oír el estrépito de las armas, se había quitado el velo de la cara, y como estaba muy cerca, vivenció lo tremenda de la lucha.

Cuando el dragón se había hundido, vio al extraño y asombroso caballero bajar de su caballo, que primero clavó su espada en la tierra y se arrodilló, y oró.

Elena notó con asombro que él hizo la señal de la Cruz en dirección al lugar en que se había hundido el animal, y también se dio cuenta de que en su escudo llevaba como adorno una cruz roja.

Elena seguía temblando todavía por el miedo sufrido, pero cuando el caballero le tendió su mano todavía enguantada para ayudarle a levantarse de la piedra, su corazón se llenó de tranquilidad y de nuevo valor.

Desde los muros de la ciudad, donde mucha gente había observado la lucha, explotó un gran júbilo, se abrieron las puertas, y la multitud acudió en masa hacia la ‘Roca del Dragón.’

Elena y su salvador pronto se vieron rodeados de la exaltada multitud, y sus padres también se acercaron felices a abrazar a su hija.

Ante todo el pueblo, el rey preguntó al caballero:

“Desconocido, noble caballero y salvador, dinos tu nombre para poder darte las gracias, y dinos también en nombre de quién, o bajo qué señal has luchado.”

El caballero, indicando el signo de la cruz en su escudo, dijo:

“Mi nombre es Jorge, lUCHO EN NOMBRE DE CRISTO Y DE MICAEL, el guerrero celeste, contra la obscuridad; es él quien me otorga la fuerza.”

El pueblo se reunió alrededor de Jorge pidiendo saber más sobre esa nueva imagen; entonces Jorge subió a la ‘Roca del Dragón’ y desde ahí proclamó al pueblo el mensaje de la Cruz de Jerusalén.

Al rey le hubiera gustado mucho que el valiente caballero se quedara en su país y se casara con su hija, pero al tercer día Jorge se despidió para continuar su camino.

Al despedirse, Elena, para que no la olvidara, fijó su velo blanco en la punta de la lanza de Jorge, donde, al irse alejando semejaba una pequeña bandera tremolando al viento.

Y así el caballero poco a poco, fue desapareciendo tras la colina, en el palmar. ♣♣

[i:08] santa Catalina de Siena

[Italia (1347-1380)] Abril 29

En la mañana del 25 de marzo del año 1347, Siena resplandecía bajo el sol primaveral.

Era la hora en que se dirigían habitualmente hacia la plaza del Campo para tratar sus asuntos de negocios, y las mujeres, hechas ya sus tareas domésticas, se reunían para la plegaria en la Casa del Señor.

Jacobo Benincasa se encontraba trabajando en su negocio de tintorería cuando se oyó llamar por su hija mayor, Buenaventura:

“¡Ven, padre, ven! Nuestra madre le ha dado otra hijita.”

El buen hombre acudió rápidamente a la cama de su esposa y allí, mientras los hijos la rodeaban y el pálido rostro de la madre se iluminaba con una sonrisa, levantó a la recién nacida a la altura de su cabeza, ofreciéndosela a Dios e implorando para ella su bendición.

Esta niña se llamó Catalina, y con ella sumaron veintitrés los hijos de esta familia del pueblo.

Sus primeros años transcurrieron bajo la mirada vigilante de la madre y de una hermana.

Era vivaz y serena, llena de gracia y sonrisas.

Sus hermanos comenzaron a llamarla con un afectuoso sobrenombre, Eufrosina, que significa ‘plena de alegría.’

Creció como las otras niñas, y a los siete años de edad, conmovida quizás por los episodios sobre la vida de los santos que el sacerdote y alguna mujer piadosa le habían narrado, hubo un cambio en su alma.

Aparentemente era la misma de siempre, pero en su pequeño corazón se había encendido un fuerte amor hacia Dios, y a pesar de su tierna edad pidió un día a la Divina Madre que le concediese ser la esposa de su Hijo Jesús.

La pequeña creyó ver a la Virgen que, apareciéndose en todo su esplendor, le prometía con un gesto maternal acceder algún día a ese deseo espontáneo y purísimo.

Desde aquel momento, para ser digna de su Esposo prometido, llevó una vida ejemplar y, olvidando sus juegos, hizo de cada instante un acto de nobleza.

De día, cuando su madre creía que estaba jugando, Catalina se castigaba a si misma con toda clase de tormentos corporales, flagelándose y golpeándose para probar en carne propia algunos de los dolores que Jesús había sufrido durante su martirio.

Los alimentos que la familia comía siempre con buen apetito no la atraían, y prefería ayunar.

De noche, cuando la casa se encontraba sumida en el silencio, pasaba largas horas rezando en su dormitorio.

Cuando el sueño cerraba sus párpados, no dormía en su pequeño lecho sino sobre la tierra desnuda, para no concederse placer alguno.

Tantos ayunos y mortificaciones habrían desmejorado a otra niña, pero Catalina, como si la Divina Madre hubiera extendido sobre ella su mano protectora, crecía bella y serena.

Su cuerpo, delgado por sus abstinencias, había conservado toda la gracia, sus ojos resplandecían con una belleza toda espiritual, y su espesa cabellera enmarcaba el óvalo claro de su rostro.

A los trece años Catalina era hermosa, y sus padres, como era costumbre en aquellos tiempos, comenzaron a pensar en casarla —y así comenzó para la niña un largo período de tristezas—.

Sus padres, ignorantes del ardiente amor que ella sentía hacia Dios, le exhortaban con consejos y órdenes cada día más exigentes a que eligiera a algún joven serio del condado.

Pero Catalina, a pesar de que nunca había desobedecido, rehusaba siempre, y llorando pedía que desistieran de tal propósito.

Los padres, disgustados por tanta obstinación quisieron castigarla, pensando que sólo se trataba de un capricho, y la obligaron a realizar duros trabajos.

Sin embargo, estos sufrimientos ayudaron a Catalina y acrecentaron en ella la voluntad de pertenecer a Dios con más vigor que antes.

En aquellos años había surgido en Siena la Tercera Orden de santo Domingo, una institución eclesiástica que recibía a mujeres piadosas, las cuales se sometían a un severo reglamento y, aun viviendo con su familia, tenían la obligación de dedicarse a obras de caridad, en especial, a la atención de los enfermos.

Catalina manifestó un día su firme propósito de entrar en esa congregación.

La oposición de los padres fue violenta, y la niña sufrió tanto que enfermó gravemente, con serio peligro de su vida.

Eso fue una lección para el buen Jacobo quien no habló más de matrimonio, comprendiendo al fin la profunda vocación de su hija, e intercedió ante la

el profanador de textos

dirección de la Orden para que la niña, no obstante su tierna edad, pudiese ser ‘hermana con hábito.’

Fue así que a sus dieciséis años Catalina visitó el severo hábito blanco cubierto por el largo manto negro, aceptando todos los sacrificios y penitencias que la regla de la Orden le imponía.

Aunque permaneció en su casa durante los tres años de noviciado, su vida fue reglamentada tan rígidamente como si se hallara en el convento, y las horas del día y de la noche estuvieron todas llenas de obras de caridad y de devoción.

Dormía muy poco cada día, y el resto de la noche lo pasaba rezando arrodillada en el suelo ante un gran crucifijo.

A los pies de esa imagen de Cristo agonizante tuvo a menudo visiones y éxtasis dulcísimos, y fue en una de esas noches, contando en aquella época con veinticuatro años, cuando se cumplió la promesa de la Virgen.

En efecto, Catalina creyó ver que Jesús se le aparecía y colocaba en su dedo el anillo nupcial, como testimonio de haberla elegido por esposa.

Muy pronto el nombre de la devota niña estuvo en los labios de todos, y el eco de su bondad se esparció por la región toscana.

Almas piadosas comenzaron a reunirse a su alrededor, formando el ‘cenáculo catalinario,’ en el que la joven, llamada por sus adeptos con el dulce nombre de ‘mamá,’ se volvió la guía constante y serena de ‘hijas’ e ‘hijos’ que tenían muchos más años que ella.

Las conversaciones realizadas por su elocuencia y su ejemplo son innumerables.

Siendo hija de artesanos modestos, Catalina no había aprendido en su infancia a leer ni a escribir.

Al extenderse el número de sus amigos espirituales en toda la Toscana, en Roma, en Milán, y hasta

en Aviñón, la imposibilidad de comunicarles sus pensamientos era para ella motivo de aflicción.

Con la fuerza de su alma y la inteligencia que siempre había demostrado, retomó y terminó el aprendizaje de la lectura y escritura, que había iniciado a los diecinueve años.

Después de breve tiempo, se encontró en situación de escribir a todos aquellos que le pedían consejos.

A veces, abrumada por los mensajes que le llegaban de todas partes, recurrió a los servicios de otras personas logrando dictar sin confundirse cuatro cartas al mismo tiempo, cartas bellas, que aún hoy leemos con emoción, no sólo por el mensaje de fe y de prudencia iluminada que contienen, sino también por el estilo límpido y conciso, que hace de este epistolario uno de los documentos más preciosos de la literatura universal.

Cada carta se inicia con el nombre de Jesús:

“Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, te escribo a ti en la preciosa sangre Suya,”

y termina invocando Su nombre:

“Jesús dulce, Jesús amor,”

como si la joven se sintiera el humilde instrumento de las intenciones de Dios.

Con la fuerza que de Él recibía, Catalina no se avergonzaba de manifestar su pensamiento en materia política, moral y religiosa, a los soberanos altivos y a los cardenales doctos de su tiempo.

Entre muchas atrás, dirigió una carta a Bernabé Visconti, duque de Milán, exhortándolo a no ser tan cruel con los sacerdotes, a honrar al pontífice y a participar en la cruzada a Tierra Santa.

También escribió a los gobernantes de Siena, de Florencia, de Bolonia, a la reina de Nápoles, y al delegado pontificio de Roma.

A todos estos altos personajes daba Catalina consejos y exhortaciones de obediencia a las leyes santas de Dios, diciendo verdades y denunciando culpas que nadie hubiese querido insinuar.

En 1374, reunidas las autoridades que regían la Orden de las terciarias en una junta de religiosos, en Florencia, le fue concedida a la joven monja una mayor libertad, confiándola a la sola dirección espiritual del dominico —poco después beatificado— Raimundo de Viñas.

Catalina se entregó con toda abnegación a velar por sus semejantes, olvidándose más que nunca de sí misma para consagrarse a aliviar el dolor de los demás.

Precisamente en ese año, Dios la había sometido a duras pruebas, pues la epidemia de peste que llegó de manera imprevista a su ciudad natal se llevó en el término de pocos días a diez miembros de su familia.

El año siguiente fue para Catalina una sucesión de viajes y frecuentes conversaciones con los condotieros,¹ con el fin de inducirlos a prestar ayuda a la cruzada que en aquella época había solicitado el Papa Gregorio XI, y fue mérito suyo que el condotiero Juan Acuto aceptara participar en la empresa.

Para recompensarle en parte por todo lo que ella estaba haciendo por la liberación del Santo Sepulcro, el Señor quiso, en ese año, mientras Catalina se encontraba en Pisa, imprimir en su cuerpo el fuego de

¹ condotiero [italiano: condottiero, plural: condottieri]: Capitán de tropas mercenarias al servicio de las ciudades-estados italianas, desde finales de la Edad Media hasta mediados del siglo XVI. La ‘condotta’ era el contrato. [n. del pr.]

el profanador de textos

sus estigmas,² confirmando con estas heridas que ella era la más dilecta de sus hijas.

Catalina debió asumir en el año 1376 una misión aún más importante para la prosperidad de Italia y de la Iglesia.

Después de abandonar su sede tradicional en Roma, el Papa había preferido establecerse en la ciudad de Aviñón en Francia, a la que había llegado con todo su comitiva.

Italia, quebrantada ya por las luchas de bandos políticos, se encontraba desde ese día como una nave sin timón.

Ausente el santo Padre, el clero italiano, dirigido por representantes franceses poco informados de las costumbres locales, no siempre cumplía los deberes propios de su ministerio, e se iba olvidando de la salvación de las almas, permitiendo el debilitamiento de los principios morales y religiosos del pueblo.

Catalina comprendió que la única solución para tanto mal era el regreso del Pontífice a su sede romana.

Sin dudarlo, escribió al santo Padre reclamando su presencia en Italia.

Hubo un intercambio de cartas entre Gregorio XI y Catalina de Siena, en las que respondía a las vacilaciones del Papa en abandonar tierra francesa diciendo:

“Hágase la voluntad de Dios y la mía,” tan grande era su certeza de hablar en nombre del Señor.

Finalmente, tuvo que hacer el viaje hasta Aviñón, enviada por la ciudad de Florencia —que había tenido con el Papa graves controversias—; el 18 de junio

de 1376, Catalina, entonces de veintinueve años, se encontró ante la presencia del Sucesor de Pedro y le suplicó con palabras tan firmes que en septiembre del mismo año Gregorio XI emprendió el viaje de regreso a Roma, a pesar de la oposición del rey de Francia y de los cardenales franceses.

Al llegar a tierra italiana, el Pontífice fue desterrado de aquella ciudad, pues los políticos que entonces gobernaban no veían con buenos ojos el retorno a su antigua sede.

Pero Catalina, aunque no lo había acompañado en su viaje, prefiriendo volver sola, con la modesta compañía de algunos frailes y de sus ‘hijos’ más fieles, supo darle valor desde lejos, y únicamente se concedió un breve período de reposo, en los alrededores de Siena, cuando finalmente en 1378, logró Gregorio XI vencer todas las dificultades.

E El suyo fue un breve reposo, porque el Papa, poniendo en Catalina su máxima confianza, quiso que fuese por algún tiempo a Florencia, donde el pueblo, hostil al Pontífice, se negaba a prestar obediencia y respeto a sus representantes.

Catalina conoció en aquel momento el odio y la ferocidad de un pueblo, cuando la fuerza de las pasiones impide discernir el bien y el mal —fue injuriada, tratada de bruja, poseída del demonio e intrigaante—.

Tales insultos no hicieron huella en ella que, con mucho coraje y serenidad, y por su conducta ejemplar y la elocuencia que el espíritu divino le inspiraba, logró dominar los ánimos más exacerbados, obteniendo de ellos acatamiento a la autoridad papal.

Gregorio XI murió en ese año y en julio de 1378 fue electo Urbano VI, arzobispo de Bari.

Sobre vino entonces en la Iglesia una crisis profunda, porque algunos cardenales no reconocieron

a Urbano VI como el verdadero Pontífice, y eligieron al cardenal Roberto de Ginebra, que se proclamó Clemente VII, un antipapa.

Este hecho que fue llamado ‘cisma’ —separación— tuvo para el mundo católico consecuencias gravísimas, porque sembró entre los jefes el odio y el desorden.

Catalina no dudó un instante sobre el camino a seguir —corrió a Roma junto a Urbano VI, para otorgarle consuelo—.

En sus palabras y en su coraje halló el Pontífice verdadero la fuerza para hacer frente a sus adversarios.

Las milicias del Papa mandadas por Alberico de Barbiano vencieron finalmente en Marino a los partidarios del antipapa.

Desde ese momento se restableció la paz, y Catalina sintió que había conducido a buen término su misión en la Tierra.

Vivió todavía dos años más, en un gran edificio cercano a santa María Sopra Minerva, en Roma, dedicada a la oración y a las obras piadosas.

Su casa se abría para todos los que llegaban de Siena a Roma y necesitaban hospitalidad.

A todos aceptaba y escuchaba, tan humildemente como en la época de su adolescencia, y sin vanagloriarse jamás de cuanto había hecho en bien de la Iglesia.

Su cuerpo debilitado por las penas físicas y morales que había padecido en tantos años, no podía ya sobrellevar nuevas fatigas, y el 29 de abril de 1380, a la edad de treinta y tres años, la misma de su Divino Esposo al ser crucificado, Catalina de Siena murió rodeada de una multitud de fieles que la llamaban con el dulce nombre de ‘mamá’.

Fue canonizada en 1461 por Pio II y Urbano VIII fijó como fecha para su celebración el 29 de abril.

² estigma: 3. m. Huella impresa sobrenaturalmente en el cuerpo de algunos santos extáticos, como símbolo de la participación de sus almas en la pasión de Cristo. Diccionario RAE [n. del pr.]

En 1931, Pio XII, reconociendo en ella caracteres de heroísmo y atendiendo el deseo del pueblo italiano, la proclamó ‘patrona de Italia.’

Santa Catalina de Siena, instrumento de la revelación divina, escribió en tiempos infortunados para Italia y para la Iglesia las célebres ‘Cartas,’ y un ‘Diálogo de la Divina Providencia,’ inspirada por un ardiente misticismo y una piedad inagotable. ♣♣

[i:09] Beato de Lungern, apóstol de Suiza¹

[Irlanda/Suiza (?-112)] Mayo 9

El dragón de Sundlauenen”

Hace mucho tiempo, cuando en Berna los bosques eran mucho más grandes y los pueblos, mucho más pequeños, en una caverna cerca de Sundlauenen junto al lago Thun, vivía un terrible dragón.

Escondido detrás de los abetos, extendía su cola larga y llena de púas en lo profundo de un agujero sombrío.

Ninguna persona se aventuraba en las cercanías, ningún animal pasaba por ahí.

A menudo unos cuervos negros se sentaban sobre las rocas encima de la caverna, pero cuando el dragón asomaba su hocico humeante, los cuervos se volaban con fuertes graznidos en dirección al lago.

El dragón sostenía con sus garras una piedra que estaba ahuecada en el centro, como un cuenco.

Era una piedra de sacrificio.

Mucho tiempo atrás, cuando la gente le oraba a los viejos dioses, antes de que Cristo llegara a la Tierra, los sacerdotes dirigían el sacrificio sobre esta piedra.

Entonces las personas se acercaban a la caverna los días del solsticio de invierno, los de Luna llena, cuando los rayos de las tormentas destruían los robles, o cuando una estrella nueva brillaba en el firmamento.

Después de morir el último sacerdote no hubo nadie más que hiciera elevar el humo hacia los viejos dioses.

Alrededor de la caverna crecieron árboles y matorrales.

Y cuando en los atardeceres las personas se reunían, en sus chozas narraban historias acerca de los sacrificios de los sacerdotes y de los dioses perdidos.

El bisabuelo narraba que el dragón había ocupado la caverna después de un invierno muy crudo.

Nadie sabía de dónde provenía.

Pero tanto los cazadores como los pastores, los campesinos y los pescadores, sabían del horror que provocaba.

Los cazadores relataban cómo había devastado los bosques y sus criaturas; a los pastores les había robado ovejas y vacas de sus rebaños.

A algunos campesinos les robó los animales que tiraban del arado; y a algunos pescadores, los pescados que estaban en las barcas.

Así vivían los habitantes de Sundlauenen, junto al lago Thun, con gran miedo y angustia.

Nunca lograban estar alegres del todo, nunca lograban encontrar la paz.

Fue entonces que debía empezar un nuevo tiempo.

El hijo de Dios recorrió la Tierra como Jesucristo, y trajo consuelo y amor a los hombres.

Su luz se expandió a todos los rincones y encontró los caminos de la costa del lago Thun que cuentan

¹ Streit, Jakob. ‘Quiero ser tu hermano.’ [n. del pr.]

el profanador de textos

antiguas imágenes, libros y leyendas, y que narraremos a continuación.

La juventud de Sualtach² (Beato)"

En ese tiempo vivía en Irlanda, la lejana isla, un joven rico y hermoso llamado Sualtach.

En su brazo llevaba un brazalete de plata, y alrededor de su cuello brillaba una cadena de oro.

Cuando cabalgaba por el campo sonaban los potentes cascos de su hermoso caballo.

De pequeño su padre le había enseñado a usar el escudo y la espada con maestría.

Con su flecha lograba alcanzar el tronco del árbol lejano, o la manzana sobre la rama.

Cuando iba de caza con su criado y el cazador, soplaba el cuerno con fuerza, entonces los conejos y los ciervos corrían por el bosque y por el campo.

Sin embargo de vez en cuando cruzaba sólo los bosques oscuros, buscaba los claros, y escuchaba los cantos de los pájaros.

Se trepaba a las ramas de los árboles para ver los pichoncitos en sus nidos.

Si llegaba a un arroyo, lo recorría hasta encontrar el manantial donde se originaba.

No existía abeto al que él no hubiera trepado, no había roca a la que no hubiera subido.

Al convertirse en un joven, Sualtach tenía el profundo deseo de irse de la casa paterna, y recorrer el mundo.

Pero los padres le decían:

² Sualtach: Es el padre mortal del héroe Cúchulainn en el Ciclo de Ulster de la mitología irlandesa. Su esposa es Deichtine, hermana de Conchobar mac Nessa, rey de Ulster. Su hermano es Fergus mac Róich. [n. del pr.]

"Eres muy joven, permanece un tiempo más en el palacio."

Y era difícil para él encaminar su caballo al castillo cuando oscurecía al anochecer.

Cabalgaba durante días con vientos y tormentas por campos y bosques, se refrescaba en arroyos, tranquilizaba su corazón agitado sobre los pastos sombreados.

Con gusto se hubiera internado en lo más profundo del bosque.

Los padres se daban cuenta de que no iban a poder retener a su hijo por más tiempo.

Y se decían:

"Sería mejor que le dejáramos partir con nuestra bendición, si no va a volar por la noche, y puede que tome el mal camino."

Entonces el padre le habló a Sualtach:

"Querido hijo, sabemos que tú quieres recorrer el mundo.

"No te hemos de retener por más tiempo.

"Cabalga como buen jinete tu propio camino, ayuda a los pobres, protege a los débiles, y lucha contra los animales salvajes, allí donde los encuentres."

Y así le dio la bendición de caballero.

Después el joven se despidió de su padre y de su madre, de la casa y del patio, cabalgó la montaña abajo, giró y saludó por última vez con la mano, y desapareció en el bosque cercano.

En uno de los primeros días, Sualtach encontró a un pastor, que cuidaba preocupado su rebaño en el establo.

El pastor se lamentaba:

"Ay, el feroz oso de la caverna se acercó nuevamente a mi rebaño.

"Con el oso no ayudan ni las protecciones ni las defensas."

Sualtach preguntó:

"¿Me puedes indicar el camino hacia la caverna?"

"Me gustaría encontrarme con ese malvado animal para que no te provoque más sufrimientos."

El pastor ensilló su caballo, lo condujo a lo profundo del bosque, y le señaló el camino a través de las rocas.

El joven caballero sacó su espada, lanzó una piedra en el agujero, y tras breve pelea mató al oso, que había salido furioso.

Con la piel el pastor se hizo en una buena cama.

En otra ocasión encontró a dos niños en el bosque, con las caras pálidas, buscaban hongos y raíces.

Le contaron que eran muy pobres, y que en su casa no podían comprar ni pan ni comida.

Sualtach les regaló su brazalete de plata.

Así el joven caballero obsequió una por una todas sus posesiones.

De pronto sólo le quedaba su cadena de oro.

Un día pasó frente a una choza, y escuchó un llanto muy fuerte.

Encontró una madre con sus niños.

Una enfermedad malvada había matado a su vaca.

¿De dónde sacarían la leche en su pobreza?

Sualtach se quitó la cadena de oro, y se la entregó a la llorosa mujer:

"Cómprate con ella otra vaca."

Antes de que la madre pudiera dar las gracias, él ya se había alejado cabalgando.

el profanador de textos

El abismo

Sucedió que Sualtach se perdió en una zona de bosques y montañas.

Buscaba la salida yendo y viniendo, pero muchas veces se encontraba a la noche en el mismo lugar del cual había partido a la mañana.

La región rocosa lo obligaba a bajar del caballo, y llevarlo al paso para no lastimarlo ni lastimarse.

No encontraba ningún camino ni tampoco una casa donde protegerse del frío y de la lluvia.

Así que a la noche buscaba alguna caverna en la cual cobijarse.

como alimento sólo encontraba algunos frutos del bosque.

Un día halló un abismo profundo por donde pasaba un arroyo.

Pensó que era preferible intentar el salto aunque le costara la vida a él y a su caballo, antes que estar condenados a morir de hambre y desolación en esas tierras.

Montó y saltó, pero fallaron.

El caballo apenas raspó con las patas delanteras las rocas del lado opuesto.

Sualtach logró sujetarse de unos arbustos del otro lado del precipicio, pero el caballo, su espada y su capa se cayeron a las profundidades del abismo.

Sualtach se elevó con fuerza sujetándose de los arbustos, y logró subir por las rocas.

Buscó un camino a través de matorrales tupidos, y de pronto encontró un prado silencioso.

Sualtach caminó asombrado por las flores, observó maravillado las mariposas, y vio unas columnas de piedra que formaban un círculo.

Sualtach reconoció que era un antiguo templo del sol.

En el centro se encontraba una piedra baja que tenía la forma de un cuenco grande.

Pero no se veían cenizas del fuego de sacrificio que los antiguos sacerdotes prendían en él.

Parecía un lugar abandonado hacía mucho tiempo.

Sualtach pensó que la piedra con la hendidura era un lugar perfecto para dormir, y como le dolía todo el cuerpo por su aventura reciente, se recostó allí, y se durmió enseguida.

Sualtach se despertó de repente y sintió que no sabía por cuanto tiempo había dormido.

Cuando abrió los ojos vio delante de él a un anciano con una barba larga y gris y con cabello plateado.

El hombre no se movía, y lo miraba con ojos asombrados.

Sualtach se preguntaba si se trataría de un sacerdote de ese templo.

¿Estaría enojado con él?

Tampoco se animaba a moverse.

Entonces percibió de que el anciano sonreía.

No era esta la primera vez que algún extraño se acercaba a ese lugar aislado en su viaje por el mundo.

El anciano le preguntó:

“De dónde vienes?

”Hacia dónde te diriges?”

Sualtach le contestó que había perdido su caballo, su espada, y su capa, y que buscaba su camino hacia un lugar habitado.

Entonces el anciano lo invitó a su pequeña casa, y le ofreció de comer y de beber.

El nuevo caballero

Estaba oscureciendo cuando el anciano y Sualtach entraron en la pequeña casa.

El anciano avivó el fuego, y encendió una vela.

Le ofreció un pedazo de pan y algo de beber, y Sualtach le contó de sus padres y de su vida.

Luego le preguntó acerca del círculo de piedras. Y el anciano le respondió:

“Sí, aquí en este templo se celebraban las fiestas solares, y los sacrificios a ese dios al que se veneraba.

Ahora ha bajado el Hijo del Cielo a la Tierra.

Su nombre es Cristo y Él vivirá con nosotros, los seres humanos, hasta el fin del mundo.”

Intrigado Sualtach preguntó:

“¿Dónde lo puedo encontrar?

”Es un rey?

”Es bello y poderoso?

”Se le puede servir?

”Yo busco un noble señor al cual servir de corazón y con toda mi fuerza.”

El anciano miró los ojos brillantes de Sualtach examinándolo y luego dijo:

“Te puedo mostrar el camino hacia Cristo, el Hijo de Dios, porque yo también le sirvo.

”Quédate un tiempo conmigo, y te convertiré en un caballero nuevo.”

Y Sualtach decidió quedarse con el anciano, y se convirtió en su alumno.

El anciano le enseñó a comprender el mensaje de cómo el Hijo de Dios se convirtió en ser humano, en Cristo Jesús.

el profanador de textos

El anciano también lo reunió con otras personas que se llamaban cristianos.

¿Qué hacía el caballero nuevo según las enseñanzas del anciano?

Este caballero nuevo no cabalgaba ningún corcel, ni usaba espada.

Caminaba con un báculo hacia la gente así llamada 'paganos.'

Esa gente que por aquellos tiempos vivía con temor y angustia por haber perdido a sus antiguos dioses.

Su cielo se había oscurecido.

Debajo de muchos robles la piedra del altar se hallaba caída, y el fuego de los sacrificios estaba apagado.

Ellos no sabían que una estrella había conducido a los tres reyes Magos a Belén.

Tampoco sabían lo que el Ángel le había comunicado a los pastores.

Ni conocían el mensaje de que Cristo había llegado a la Tierra.

Por eso los caballeros nuevos iban por el mundo visitando los pueblos paganos para llevarles ese mensaje.

Sualtach se convirtió en un caballero como ellos.

Antes de partir, su maestro lo bautizó con un nuevo nombre: Beato.

Así se llamaría de ahora en más.

El anciano le recomendó que fuera por tierra y por mar, por montañas y bosques, para hacerle llegar el mensaje a los pueblos, así como lo habían recibido los tres Reyes Magos y los pastores de Belén.

Luego el anciano le dio un báculo, le colgó una cantimplora en su cinto, y una cápsula pequeña con pan bendito en el cuello.

Beato cruzó Irlanda y caminó con paso firme por montañas y bosques.

En el báculo apareció un pequeño brote verde.

Su mirada luminosa se dirigía hacia los pájaros que cantaban y volaban hacia el sol.

Pensaba:

*"Un rayo de sol entra en los nidos de los pájaros, y les dice:
¡Es de día!*

"y ellos salen extendiendo sus alas, volando y cantando en el aire.

*"El rayo de sol va hacia las flores, y les dice:
¡Es de día!*

"y entonces se abren los pétalos, y su perfume se siente en las bellas mañanas.

*"El rayo de sol baña los arbustos, y les dice:
¡Es de día!*

"y despierta a los caracoles y escarabajos que viven en bajo sus ramas y hojas."

Pero las personas que viven en los países paganos ven al sol pero dicen:

"¡Ay, sol, tú iluminas y calientas el cielo y la Tierra pero en nuestros corazones sólo hay oscuridad!, porque los antiguos dioses nos han abandonado.

"Ya no nos hablan durante el sacrificio, porque nos han abandonado.

"Los antiguos dioses callan cuando suena el trueno.

"¡Los antiguos dioses están muertos!

"¡Ay, sol, tú iluminas y calientas la Tierra pero nuestros corazones están tristes!"

Y Beato se decía mientras caminaba:

"Mi camino me lleva a los pueblos paganos, y les quiero decir que sus corazones ya pueden

ponerse alegres y luminosos porque Cristo es el nuevo sol para los seres humanos."

El viaje por el mar

El camino llevó a Beato a la orilla del mar.

Unos pescadores justo estaban soltando las amarras de su barco.

Beato se acercó a ellos y les dijo:

"Buena gente, ¿pueden llevarme con su barco, y cruzarme a la otra orilla en donde el mar es más angosto?"

Los pescadores comenzaron a pelearse.

Discutían si lo llevarían en una travesía tan larga por tan poca o ninguna paga.

Uno dijo:

"Necesitamos nuestro tiempo para pescar, y el forastero no tiene dinero, eso se nota.

"Con esto no se puede comer."

Otro agregó:

"Si no me equivoco, es un caballero que lleva el mensaje.

"¡Uno de ellos curó mi pie cuando yo era pequeño."

Y otro recordó las hermosas historias que le habían contado y que él mismo relataba a sus hijos por las noches.

Pero otro replicó:

"Con cuentos no se puede comer.

"Déjenlo y salgamos a pescar."

el profanador de textos

Mientras duraba la discusión de los pescadores,
Beato miraba el mar y esperaba en calma.
Pero ellos no se ponían de acuerdo.
Finalmente, la mitad de los hombres salió del barco
y dijo:

“Ustedes vayan a pescar.
“Nosotros prepararemos otro barco para
cruzar al hombre.”

Fueron al barco, y mientras dos de ellos iban al
pueblo a buscar agua, comida y las velas para navegar,
el resto preparaban el barco, y lo calafateaban para que
no entre más agua.

El más viejo de los pescadores buscaba cabos para
anudarlos, armando redes de pesca.

Salieron con viento favorable, las gaviotas blancas
volaban alrededor del navío.

Julio, el timonel, conducía el barco con seguridad.
Conocía bien el viento y las olas.

Beato se sentó al lado del anciano pescador, le pidió
que le enseñe a tejer las redes, y éste se lo enseñó.

Cuando el barco estaba en medio del mar, unas
nubes negras taparon todo el cielo.

Los vientos comenzaron a soplar con fuerza, y las
velas del barco se movieron como una hoja suelta.

Las olas se hacían cada vez más grandes.
Los pescadores bajaron las velas y gritaron:

“¡Qué desgracia!
“¡Una tormenta en medio del mar!”

Las olas crecían, estaban llenas de espuma, el viento
aullaba en forma terrible.

Los pescadores se sostenían aterrorizados de los
bordes del barco y de los bancos.

Sus corazones se llenaron de angustia:

“¡Estamos perdidos!”

Beato estaba parado erguido al lado del mástil,
sosteniéndose de él, y exclamaba:

“Julio, sostén bien el timón.”

Como no se escucharon sus palabras por el viento,
se quedaba con un brazo levantado, parado, calmo,
sosteniéndose con el otro brazo del mástil.

Cuando los pescadores vieron como Beato se
enfrentaba a la tormenta con valor, ellos perdieron el
miedo.

La tormenta pasó.

Las velas podían ser izadas otra vez.

El barco ya navegaba con más calma, dado que las
olas se habían hecho más pequeñas.

Beato les relató a los pescadores la historia del mar
de Galilea, como Cristo se les apareció a los apóstoles en
una tormenta, y cómo calmó el viento y las olas hasta
que el agua se puso como un espejo.

Llegaron a la otra orilla sin sufrir daño alguno.

Beato dijo:

“Buena gente, me han cruzado a la otra
orilla, pero ya saben que no les puedo pagar
por ello.

Tomen la red que tejí, y mi bendición.”

Pero Julio, el timonel, tomó la mano de Beato y le
dio:

“Déjame ir contigo!

“Ya no quiero volver a la otra orilla, ya que
no tengo ni madre ni padre.

“Déjame ir contigo y escuchar tus relatos!”

Beato le preguntó:

“¿Sabes que vas a perder tu antiguo hogar
para siempre, que puedes encontrar toda
clase de penurias, y hasta puedes encontrar la
muerte?”

“Porque entre los paganos hay muchas
personas crueles.”

“Y por donde vayas habrá muchos animales
salvajes.”

Julio respondió:

“He llevado el timón por mucho tiempo, y no
lo he dejado en las horas de tormenta.

“Y como en el mar no me he dejado aplastar
por la angustia, así voy a ser fuerte en tierra,
y no tendré miedo ni a las penurias ni a la
muerte.”

Beato no se podía negar a ese pedido, y así
emprendieron su camino a tierras desconocidas,
mientras que los pescadores volvían con su embarcación
por el mar.

Al día siguiente, cuando avistaron la costa de su
pueblo, los pescadores echaron la red que Beato les
había tejido para ver si pescaban algo.

Apenas la habían echado al mar se sintió muy
pesada.

Les costó trabajo subir la red al barco, tanto se
había llenado de peces de todas clases.

El piso del barco se llenó de peces plateados, y a
penas se podía caminar entre ellos.

Cuando llegaron a la orilla, subieron el barco con
los peces sobre la arena.

Las mujeres y los niños del pueblo llegaron
corriendo, y también se acercaron los que se habían
negado a llevar a Beato, mirando con asombro todos los
hermosos peces.

el profanador de textos

Ellos sólo habían conseguido dos peces, y habían asegurado:

“Hoy no hay peces en el mar.”

El grupo de pescadores que habían llevado a Beato había recibido una bendición.

La red que había tejido Beato les trajo mucha suerte, y la siguieron usando sus hijos también.

Muchos años más tarde, hubo quienes se pelearon por la red.

Entonces, en una salida al mar, un pez enorme se llevó la red al fondo del océano.

El mensaje

En su camino Beato se encontró con personas que usaban pieles de oso, de lobo, y de zorro como vestimenta.

Algunos hombres fuertes utilizaban cuernos de toro en la cabeza, y otros adornaban sus yelmos con plumas de pájaros.

Prendían los fuegos de sacrificio invocando los dioses antiguos, sentados debajo de los viejos robles.

El humo negro subía y envolvía las coronas de los árboles.

Los toros y osos sacrificados se desangraban en los fuegos ceremoniales, y se consumían.

Beato se detuvo en medio de los paganos, y con una voz que hizo cimbrar al viejo roble exclamó:

“Su humo oscurece al sol, su humo asfixia a las estrellas.

“Miren la corona del roble.

“El humo de la sangre de los animales ha pintado las hojas de negro, y los cuervos

negros esperan para picotear en los restos de los animales sacrificados.

”¿No saben lo que gritan los cuervos negros?

”¿No saben lo que dice el sol oscurecido?

”¿No saben lo que dice la espada en el tronco?”

Cuando los paganos escucharon la voz de Beato, muchos de ellos se molestaron y gritaron:

”¡Está insultando a nuestros dioses antiguos!

”¡Quiere derrumbar el roble!

”¡Atrápenlo!

”¡Máténlo!”

Otros dijeron:

“Su voz es como el trueno.

”Miren el fuego de su mirada, brilla más que las brasas del fuego de sacrificio.

”¡Sigamos escuchando!

”¡Oigamos lo que viene a decir!”

Un pagano preguntó:

“Dime, forastero, ¿qué dice el brillo de las estrellas?”

Y Beato respondió:

“Las estrellas dicen: Hemos brillado con nuestra estrella más brillante y clara cuando los tres reyes Magos buscaron a nuestro Dios.”

Entonces los paganos preguntaron:

“¿Qué dicen los cuervos?”

Y Beato respondió:

“Los cuervos dicen con sus graznidos: Nuestro tiempo ya terminó, del cielo bajó la paloma blanca.”

Luego los paganos indagaron:

“¿Qué dice el sol oscurecido?”

Y Beato respondió:

“El sol dice: El Dios de la Tierra vino del cielo a la Tierra, y vive con los seres humanos.”

Entonces, los paganos preguntaron:

“¿Qué dice la espada en la madera?”

Y Beato respondió:

“De la cruz de madera la sangre del señor fluyó a la Tierra, el que trae el nuevo cielo.”

Muchos paganos gritaron y quisieron matar a Beato porque había hablado del nuevo cielo.

Otros contuvieron a los furiosos, y exclamaron:

“¡Déjenlo!

”En sus palabras está la fuerza del trueno, y en sus ojos está el brillo del amanecer.

”Escuchémosle para que el sol pueda aparecer completo.”

Pero la mayoría de ellos no podía dominar la ira de su sangre.

Tomaron a Beato y lo arrojaron en un pozo en el cual estaban los osos que iban a ser sacrificados.

Al principio se escucharon gruñidos enojados provenientes del pozo, y luego no se escuchó nada más.

Cuando los paganos miraron dentro del pozo, uno de los osos le lamía los pies a Beato con su lengua colorada, y el otro le lamía la mano.

el profanador de textos

Los hombres se asombraron y también se asustaron.

Ahora podían reconocer que de Beato emanaba una fuerza especial, un brillo divino.

Lo sacaron del pozo con rapidez, cayeron de rodillas frente a él, y lo quisieron adorar.

Beato no se los permitió y dijo:

“¡Yo sólo soy una hoja del árbol!”

Ellos preguntaron:

“¿Quién es el árbol?

“Debe ser muy poderoso!”

Entonces Beato respondió:

“El árbol es Cristo, el Hijo de Dios, de Él les quiero hablar.”

Entonces, los paganos se sentaron alrededor de él en un semicírculo, y escucharon los relatos de Beato.

“Yo amo a sus dioses antiguos, que han sido adorados por sus ancestros desde tiempos inmemoriales, en épocas de viento, rayos, y truenos.

“Pero la oscuridad del mundo y todos sus males han ido oscureciendo más y más a la Tierra.

“Y cuando el Dios Creador vio todo ese dolor de la Tierra, despertó a su Hijo.

“Éste bajó de las alturas a la Tierra, para vencer la oscuridad, y la muerte.

“Se llama Cristo, y es el nuevo Balder,³ al cual todos los dioses sirven voluntariamente.”

A medida que Beato continuaba hablando, las almas de los paganos se calmaban, y aceptaban el mensaje en sus corazones.

Tallaron la imagen de la cruz en los troncos de los robles.

Beato y Julio viajaron por muchos caminos.

Al principio, Beato predicaba y Julio escuchaba, pero después de un tiempo, Julio también le ayudó a predicar.

Cuando hablaba Beato, parecía como si brillara la luz solar, con Julio era como si iluminara la luz de la luna, porque así como el sol le manda la luz a la luna, así Beato le mandaba el mensaje a Julio.

Los dos pasaron por Aargau, en el centro de Suiza.

En muchos lugares donde habían predicado a los paganos se construían un altar y una capilla nueva con las piedras de sacrificio.

En el lago Zuger, las palabras de Beato alcanzaron oídos de gente equivocada, y de corazones duros.

Allí lo tomaron prisionero, lo tiraron al piso, y le pegaron con palos en la espalda.

Julio lo encontró tendido en el suelo, todo golpeado.

Julio protestaba y lo compadecía, pero Beato le dijo:

“Cálmate, hermano mío, así como el granizo se derrite después de una tormenta, así también desaparecerán mis lastimaduras.”

Siguieron caminando hacia un lugar llamado Brünig.

Allí se dice que Beato descansó un largo tiempo sobre una piedra que luego fue llamada la ‘piedra de Beato.’

Muchos años después si algún caminante descansaba sobre esa piedra, dicen que desaparecía su cansancio; y si estaba triste o angustiado, se sentía milagrosamente aliviado.

Hoy en día ya nadie sabe cuál es esa piedra milagrosa que se halla en Brünig.

La tente pobre de Sundlauenen

Desde Briünig Beato y Julio se dirigieron al lago Thun, donde estaban las viejas casas del pueblito de Sundlauenen.

Beato le dijo a Julio:

“Querido hermano, ya no voy a seguir caminando de país en país.

“Mi paso está cansado.

“Mira el bello lago, el valle amplio, el pequeño pueblo, y sus casas.

“Aquí quiero quedarme y ser un buen pastor para la gente que aquí habite.

“Si encuentro una caverna adecuada, ésa será mi casa.”

Entonces Julio agregó:

“Déjame quedarme cerca tuyo, así seremos como dos ojos o dos manos.”

Beato y Julio no sabían que cerca de su caverna estaba la caverna del dragón malvado, la caverna en la que en épocas antiguas los sacerdotes paganos llevaban a cabo sus sacrificios.

No habían escuchado lo que el bisabuelo había contado, que en un invierno muy gélido ese horrendo animal había entrado en esa caverna, y que molestaba y dañaba a la gente, destruía los campos y los sembrados, y robaba caballos y vacas.

Ellos dos llegaron muy cansados y se acercaron a una casa de Sundlauenen.

³ Balder: Es el dios de la paz, la luz y el perdón , en el ámbito de la mitología nórdica y germana. Es el segundo hijo de Odín.
[n. del pr.]

el profanador de textos

El sol estaba tapado por las nubes, y la neblina que subía desde el lago.

No se veía ningún hombre, ninguna mujer, ningún niño; ni siquiera un perro.

Salía un poco de humo de la puerta de la choza.

Esta no tenía ventanas ni chimenea.

Un grupo de gente pobre de Sundlauenen estaba sentado allí a oscuras.

Se veía que las brasas del carbón de la chimenea estaba encendido.

Los dos caminantes saludaron a los habitantes de la casa.

Los niños se escondieron más en el interior.

Tenían miedo.

Entonces salió un anciano con un palo, les aconsejó que se fueran del pueblo, y que buscaran un lugar donde viviera gente más alegre.

“Aquí sólo van a encontrar tristezas y angustias.

“No hay ni pan ni leche por estos lados.”

Beato dijo:

“Buen hombre, ¿cómo puede ser, i yo veo campos por aquí?”

El hombre respondió:

“Los sembradíos están vacíos, no hay vacas. ¿No saben que está cerca de una caverna en el que habita un dragón que mata y destruye?

“Ya ni siquiera los pescadores se animan a acercarse al lago para tirar sus redes.”

El anciano estaba muy angustiado y les relató sus penas.

De las demás casas se fueron acercando los otros habitantes, y formaron un círculo alrededor de los dos caminantes.

Beato notó que aparte de la angustia y la pena, esta gente ni siquiera albergaba en sus corazones un poquito de esperanza.

Pensó:

“Primero tiene que desaparecer el dragón, después sus corazones van a estar abiertos para recibir el buen mensaje que les traemos.”

Entonces preguntó con tono firme:

“¿Quién me puede llevar a la caverna en la que vive el dragón?”

Todas las personas miraron a su alrededor con estupor.

Por fin, se acercó un pescador, y les dijo:

“Te voy a acercar con mi barco a los alrededores de la caverna.

“Estando cerca de ti no me siento atemorizado.”

Julio también quiso estar cerca de Beato, y los tres subieron al barco, y estaban cruzando el lago.

Al pescador le pareció que el agua del lago estaba bastante calma, no había muchas olas, y pensó:

“Este hombre debe tener mucha fuerza, ya que se calmaron las olas, y me quitó el miedo del corazón.”

Toda la aldea lo seguía desde la orilla, y se escondía en el bosque, esperando angustiada lo que iba a acontecer.

La pelea con el dragón

Cuando la embarcación se acercó a la otra orilla, cerca de la caverna del dragón, Beato subió por la montaña hacia la entrada.

A Julio le hizo una seña para que esperara. Se escuchaba la respiración sonora del dragón.

Cuando Beato se acercó más, sintió el aliento maloliente que salía de entre las rocas, como si fuera humo y vapor, que quemaba las plantas que se encontraban cerca.

La roca de la entrada estaba totalmente pelada.

Los árboles se hallaban secos o quemados.

El alma fuerte de Beato no se atemorizó por ello. Subió y miró adentro del agujero del terror.

¡Ahí estaba el dragón!

Tenía pinches en todo su lomo, y cuernos en la cabeza.

Su baba venenosa goteaba desde la lengua hinchada sobre sus garras.

Apenas sus ojos rojos divisaron al hombre de Dios, su cola se movió salvajemente.

Movió la cabeza y abrió sus fauces espantosas, de las que parecía salir el fuego.

Beato estaba erguido y exclamaba palabras santas, dirigiéndose a la caverna del dragón.

El animal mostraba sus dientes con furia.

Su cuerpo enorme se movía y retorcía.

Las piedras temblaban bajo las escamas.

De repente, avanzó emitiendo un sonido espantoso.

Salió un halo de fuego de su boca.

Beato extendió sus brazos e hizo la señal de la cruz.

El signo santo asustó al dragón.

Se levantó y se impulsó hacia arriba como tocado por un rayo, y haciendo un enorme arco cayó en el agua del lago.

el profanador de textos

*El agua comenzó a hervir.
Emergió una vez más.
Tomó impulso y se elevó por el aire.
Su cola golpeó con fuerza las piedras de la
montaña.*

*Dió un grito horroroso, cayó al agua, y se hundió
en las profundidades del lago.*

*Surgieron voces de alegría desde el bosque, a orillas
del lago.*

*Era la gente de Sundlauenen, que se había
escondido detrás de las piedras y troncos mientras había
durado la lucha.*

*Ahora se acercaban a la caverna cantando y
gritando de alegría.*

*Julio los llevó donde estaba Beato.
Apenas lo vieron exclamaron:*

**“¡Venció al dragón!
Pongámonos de rodillas para adorarlo.”**

Beato los detuvo y les dijo:

**“No fue mi fuerza la que los salvó.
Les voy a decir quién hizo fuerte mi brazo y
mi palabra.”**

*Los habitantes de Sundlauenen se sentaron frente a
la caverna, y él les narró del mensaje.*

*Ellos le pidieron que fuera a vivir a su pueblo, pero
él se quedó en la caverna.*

*Con el agua que salía como un arroyo del agujero
del dragón, Beato bautizó y convirtió a los paganos en
cristianos.*

Todavía hoy se ve la señal del dragón en la roca.

Beato y Julio en el lago Thun

*La caverna pequeña y seca está ubicada al lado
de la caverna grande, que se introduce profunda en la
montaña.*

Beato se instaló en esa caverna pequeña.

*Su cama era un tablón de madera, y su silla, una
piedra.*

*Desde ahí se dirigía a visitar a los moradores de las
casas y los pueblos de cercanos.*

*Si algún enfermo o desahuciado buscaba a Beato,
él se dirigía a su casa; otras veces, los enfermos se
acercaban apoyándose en sus bastones, o saltando, o
rengueando, hasta llegar a la caverna de Beato.*

*Todos los enfermos volvían a su casa habiendo
recibido alguna hierba calmante.*

A toda persona que buscara consuelo se le era dado.

*Si a Beato tenía quedarse en la caverna debido al
tiempo, se dedicaba a tejer redes para los pescadores, y
canastos para los agricultores.*

Ellos a su vez, le traían pan y pescado.

*En un pequeño pueblito llamado Einigen, del otro
lado del lago, la gente le pidió a Julio:*

**“¡Quédate con nosotros como sacerdote!”
“Construiremos una capilla, y te daremos de
comer.”**

*Y así es que Julio se convirtió en el primer sacerdote
a orillas del lago Thun.*

*Desde Einigen visitó los lugares cerca de Berna,
recorriendo caminos salvajes para bautizar a los
paganos.*

*Cuando fue mayor se retiró a un valle cerca de
Merlingen, no muy lejos de la caverna de Beato.*

Ese valle se llama todavía hoy ‘el valle de Julio.’

*Alejado de todos, cerca de un manantial, se
construyó una casa y le dijo a la gente:*

*“Déjenme vivir mis últimos años de vida en
el mundo en este valle.*

*“Así podré concluir mi vida cerca de los
ángeles.”*

*Por esos tiempos habitaban en las cañadas y
las grietas de la montaña de Beato, unos enanitos y
gnomos, que habían sufrido mucho a causa del dragón.*

*En las noches de luna, los había cazado en los
laderas de las montañas, y con su cola los había
empujado desde las rocas para matarlos.*

*Hacía mucho tiempo que no se animaban a
asomarse desde las grietas, y se quejaban amargamente.*

*Uno de los gnomos había visto como el dragón
había caído en el lago, cuando Beato lo había echado.*

Pronto lo supieron todos los enanos de la montaña.

*Ahora miraban otra vez desde atrás de rocas y
troncos, y pronto se dieron cuenta de cuán bondadosa
era la persona que vivía en la caverna.*

*Cuando Beato volvía de una visita a Sundlauenen
encontraba hojas y pastos secos en su cama, había
musgo blandito que parecía un colchón de piel
peludita.*

*Cuando buscaba agua en el arroyo, a veces, un
queso redondo venía rodando hacia sus pies.*

*Y cuando miraba a su alrededor veía asombrado
una manito que los saludaba desde atrás de una roca o
una rama de pino que se movía.*

*Cerca de la caverna había una huertita en la que
crecían hierbas curativas y raíces.*

*Allí los enanos plantaban muchas plantitas para
curar enfermedades.*

el profanador de textos

Muchas veces, cuando Beato no sabía cómo curar algún enfermo, encontraba la hierba curativa arrancada en la huertita.

Beato quería a los gnomos.

Una vez que encontró a muchos de ellos en un prado, les comenzó a predicar un pequeño sermón.

Pero los hombrecitos empezaron a dar vueltas carnero a su alrededor, y a tirarle fresas en su regazo.

Así que prefirió comer las frutas antes que continuar con el sermón.

Ahora que el dragón ya no estaba más, los gnomos aparecían, y hasta se acercaban a las casas de los habitantes de la zona, como lo habían hecho antes.

Las noches de luna cortaban los granos, los ataban en fardos, y se escondían detrás de los arbustos de avellanas para observar el asombro de los seres humanos a la mañana siguiente.

Cuando los campesinos guardaban los fardos en el altillo escuchaban golpes, saltos y risitas, como en un baile.

Pero si la campesina se quería levantar para verlos, el campesino decía:

“Mujer, no seas curiosa, a los gnomos no les gusta que los miren los seres humanos.”

Al día siguiente, los gnomos ya no estaban entre los fardos, que estaban ordenadamente apiladas en montículos en el piso.

Un peón pobre observaba su vaca que estaba muy flaca y la poca comida que tenía para ella, y pensaba:

“Si la mato, me va a quedar poca carne para comer, y si la dejo aquí todo el invierno ella se va a morir de hambre.”

Al día siguiente fue al establo pero la vaca ya no estaba, en el piso había un cabello largo.

Pasó el invierno, y en una mañana de primavera encontró una vaca gorda con su ternerito pastando delante de su casa.

Se dio cuenta de que era su vaca por una mancha marrón que tenía entre los ojos.

Los enanos la habían cuidado y engordado durante el invierno.

Al diablo no le gustaba que Beato viviera en esa caverna porque cuanto más gente se acercaba y la ayudaba, había menos peleas.

Ya nadie robaba nada.

Eso no le gustaba al diablo.

Y pensó cómo echar a Beato de ese lugar.

Así fue que cuando Beato quería salir caía un fuerte granizo de repente.

Otras veces, caían unas rocas enormes de lo alto, que pasaban a su lado, y rodaban hasta el valle con gran estruendo.

Otras veces, un viento muy fuerte comenzaba a soplar cuando Beato subía al barco de vela para cruzar el lago.

Una noche, cuando Beato rezaba delante de su caverna bajo las estrellas, escuchó un resoplido y estornudo en el bosque.

Se acercó una figura oscura a la caverna mostrando una sonrisa maléfica, resopló nuevamente, y quiso asustar a Beato.

Beato se dio vuelta, y rezó en voz alta nombrando a Jesucristo.

Entonces el diablo golpeó los árboles, y desapareció como un rayo.

Cuando Beato se acostaba a la noche, después de que durante todo el día había servido bondadosamente a los demás, se tapaba con su capa.

A la noche, bajo la luz de la luna, los ángeles lo visitaban, y tejían signos hermosos en la capa.

Esto era el origen de su gran fuerza.

Si Beato ponía la capa en el barco, esto lo llevaba donde él quería.

También se dice que Beato se sentaba sobre su capa y volaba por encima del lago.

La muerte de Beato

Julio vivía en su casa en el valle, ahí ayudaba a muchas personas que acercaban y que él visitaba.

Un día, un mensajero llegó corriendo a buscarlo, y le contó que Beato se estaba muriendo.

Julio fue a la caverna de su maestro.

Pudo compartir con Beato sus últimas palabras terrenales.

Cuando Beato falleció, Julio encendió una vela, y se quedó junto a él toda la noche.

Cuando la gente se enteró se acercaron todos a la caverna con flores y luces.

En la caverna abrieron un agujero en la roca, y lo sepultado ahí.

Durante muchos años llegaron a la caverna peregrinos con flores y se arrodillaron ahí.

Cuando Julio falleció, algunos años más tarde, su cuerpo fue sepultado al lado del de Beato.

Desde la muerte de Beato los enanitos no se acercaron más a las personas, se fueron al centro de la montaña.

Cuando una campanita sonaba, los campesinos decían:

“Escuchen, que Beato nos llama para trabajar.” ♣♣

[i:10] san Cristóbal

[Asia Menor (fin siglo III-siglo IV)] Occidente:
Julio 25. Oriente: Mayo 9

Quien llegó a ser san Cristóbal era un gigante.

Cuando aún era pagano recorría la Tierra y se llamaba el gigante Réprobo.

Frecuentaba la gente y después se apartaba de ella, permaneciendo en la selva junto a lobos y osos.

Si se hallaba ante una choza, aunque los campesinos lo invitaran cordialmente no podía entrar, pues su cuerpo inmenso superaba el largo y ancho de la puerta, y debía permanecer afuera.

No podía dormir en ninguna cama, de tal modo que descansaba bajo el cielo estrellado, observando las luminarias celestes hasta que se le cerraban los ojos.

Cuando reaparecía el sol con todo su esplendor y calor anunciando el nuevo día, se asombraba y admiraba ante esa magnificencia.

Las manos de Cristóbal eran tan pesadas que prefería no tocar objetos pequeños y delicados para no destruirlos; pero deseaba ayudar con sus trabajos a los hombres.

Sólo encontró hombres que eran mucho más débiles que él, y a ellos no les quería ayudar.

Entonces se dijo a sí mismo:

“Caminaré y buscaré hasta encontrar al señor más poderoso entre todos los hombres para servirle.

“Así lo haré, aunque tenga que caminar hasta llegar hasta el fin del mundo, y volver nuevamente.”

Vio muchos reyes resplandecientes, y el brillo de miles de puntas de lanzas de sus guerreros.

Pero entonces llegaba un rey vecino con un número mayor de guerreros, que quitaba al rey resplandeciente su corona y el reino, lo encadenaba, y lo llevaba prisionero.

En esta forma Cristóbal caminó durante un tiempo prolongado.

Cierto día llegó a un palacio real con multitud se columnas, escalinatas, torres y torrecillas, y se detuvo admirado, asombrado y absorto.

Le preguntó a alguien que pasaba por allí:

“¿Es este palacio propiedad de un rey poderoso?”

“¡Es del rey más poderoso que reina sobre muchos países!”

“Incommensurables son el oro y los guerreros que posee, y su inteligencia supera a todos los demás.”

Cristóbal pensó que éste era el señor adecuado que estaba buscando, e inmediatamente se acercó al portón y llamó.

Al ver acercarse a aquel gigante, el soldado que vigilaba la entrada dirigió su lanza amenazante hacia él.

“Deja de lado tu actitud,” —dijo Cristóbal, “quiero servir a tu rey.”

El rey lo observó desde su ventana e hizo conducir al gigante a su presencia, ya que le complacía sobremodo la gente rara y extravagante.

En su palacio mantenía bufones y enanos, bailarinas y juglares, para que lo alegrasen en los momentos de tristeza.

A ellos se sumaba ahora un gigante con su cuerpo inmerso.

En cierta oportunidad un juglar hizo escuchar al rey una canción bien extensa, en la que con frecuencia se mencionaba al diablo.

Cada vez que el rey oía la palabra ‘diablo’ se persignaba, pues era cristiano.

Cristóbal lo observó durante algún tiempo extrañado y luego inquirió:

“Señor, ¿qué significa ese gesto, por qué trazas con tu pulgar dos rayitas sobre tu frente?”

El rey no respondió y continuó haciendo la señal de la cruz, ya que la canción era muy extensa y nombraba mucho al diablo.

Cristóbal se puso impaciente, y volvió a dirigirse al rey:

“Señor rey, ¿No me quieres decir cuál es la finalidad de ese movimiento?”

“Tienes una expresión angustiada, y si no me das una explicación, te abandonaré de inmediato.”

Como el rey iba a lamentar que él se alejara, respondió:

“Cuando oigo nombrar al diablo, me protejo de él haciendo este signo, para que el enemigo no adquiera poder sobre mí.”

el profanador de textos

“Ah,” —dijo Cristóbal—, “entonces tú temes al diablo y él posee mayor poder que tú.
“Por lo tanto, debo partir para buscarlo y servirle.”

El rey se espantó ante este hombre tan intempestivo que iba en búsqueda del mismísimo diablo.

Cristóbal se despidió y volvió a recorrer bosques y campos, preguntando sin cesar.

“Has visto al diablo?

“Dónde le podré encontrar?”

Cuando se encontraba con cristianos, éstos se persignaban, y si eran paganos, sacudían incrédulos la cabeza.

Hasta los grandes pecadores aseguraban no saber dónde se podría encontrar al diablo, a pesar de estar aprisionados entre sus garras.

Cierto anochecer Cristóbal llegó a una región desierta; rocas desnudas, piedras y pasto seco, y en lejos al fondo la puesta del sol.

En este lugar tan desolado aparecieron caballeros con sus cabalgaduras de aspecto siniestro.

Uno de ellos, vestido todo de negro, se dirigió con tal ímpetu a Cristóbal, que parecía querer derribarlo.

El gigante se mantuvo firme como un árbol y no se apartó ni un paso.

El caballero se detuvo justo frente a Cristóbal y el hocico de su caballo estaba cubierto de espuma.

“Qué buscas aquí?,” —inquirió gritando el caballero.

“Busco al diablo, para que sea mi nuevo señor.”

“Ese soy yo,” —dijo el caballero, cuyo rostro era tan negro como su armadura.

“Bien, quiero servirte,” —dijo Cristóbal.

Desaparecieron la puesta del sol y los caballeros, la noche cayó rápidamente, y el diablo permaneció allí.

Desde ese día Cristóbal acompañó al diablo en todas sus idas y venidas por el mundo.

Un día el diablo y Cristóbal llegaron a un recodo en donde había una cruz a la vera del camino.

El caballero negro se apartó rápidamente de la ruta, se introdujo en el campo sembrado, y recién volvió al sendero más adelante, luego de hacer un gran desvío volvió.

Cristóbal le preguntó:

“Por qué te desvías y exiges tanto a tu caballo, siendo la calle ancha y es de piedras?”

El diablo no le contestó y tiró de las riendas del caballo, que estaba todo transpirado y mojado.

“Dame tu razón,” —insistió Cristóbal—, “pues de otro modo nos separaremos justo allí donde se hallan esos dos leños cruzados.”

“Justo allí está la cruz, a la que tanto temor tengo,” —respondió a regañadientes el diablo—, “y debo esquivarla donde la llevo a ver.

“En la cruz está Cristo, el Señor.”

Cristóbal dijo:

“Entonces existe un señor aún más poderoso que tú, al que tú temes?”

“Esto me permite reconocer que todavía no he hallado al señor más poderoso.

“Debo separarme de ti e ir en búsqueda de Cristo.”

En ese momento se abrió la tierra, surgieron grandes llamaradas, y en ellas desaparecieron el diablo y su corcel.

Cristóbal partió en busca de Cristo, pero no lo encontró con rapidez, y pasó largo tiempo en su búsqueda infructuosa.

Finalmente llegó a un buen ermitaño que vivía en un lugar muy alejado.

“Dónde está Cristo, el Señor?
“Yo te lo puedo decir.”

Y allí encontró la respuesta.

El tosco gigante se sentó y escuchó dócilmente a través de días y noches, tratando de entender las palabras del ermitaño que le hablaba de Cristo y de la fe cristiana.

Una vez el ermitaño le dijo:

“El rey al que tú quieras servir te pide que guardes ayuno.”

Cristóbal le respondió muy triste:

“Mira mi cuerpo tan enorme, necesita mucho alimento, no puedo cumplir con ese pedido; que me pida algo distinto, pues ya adelgacé mucho durante mi estadía junto a ti.”

“Si no puedes guardar ayuno, reza con frecuencia a Él.”

Asombrado Cristóbal preguntó:

“Qué significa rezar?
“Te he visto susurrar en forma muy extraña dirigiéndote hacia esa pared, ¿es eso rezar?
“Yo no te puedo imitar.”

el profanador de textos

Y el ermitaño tuvo que idear otra acción acorde con las posibilidades del gigante.

El ermitaño le comentó:

"Aquí cerca pasa un río muy caudaloso desde las montañas, su corriente es tan fuerte que muchas personas ya han muerto en ellas cuando trataron de atravesarlo."

Cristóbal asintió:

"Lo conozco muy bien, ya he cruzado por sus aguas salvajes."

El ermitaño continuó:

"Ve allí, y espera a los que quieran cruzar el río.

"Los cargarás, los harás atravesarlo, y los depositarás secos y seguros en la otra orilla.

"Así también podrás servir a Cristo, nuestro rey."

Cristóbal respondió muy contento:

"Haré esa tarea que me place, y la realizaré para que el Señor quede conforme."

Se despidió del ermitaño y se dirigió hacia el río.

Construyó una choza en un paraje en el cual podía vadear el torrente, se, de modo que ahora poseía un techo que lo protegía de la lluvia y del sol, que detenía los vientos y las neblinas húmedas que provenían del río.

Pronto llegó un viajero que deseaba atravesar las aguas, y se asustó enormemente cuando vio acercarse a ese gigante con un báculo del tamaño de un árbol.

El gigante lo levantó y lo sentó sobre su hombro, y lo cruzó por el río, sin ni siquiera mojarse.

Cristóbal no aceptó paga alguna ni las gracias del hombre, volvió a vadear el río, y se sentó frente a su choza para esperar al próximo caminante.

Entre la población se propagó con rapidez la noticia de que allí había un gigante que día y noche cruzaba a la gente sin distinción de si era hombre o mujer, rico o pobre, y que a nadie lo rechazaba por su aspecto desagradable.

La gente comentaba que el gigante cruzaba bondadosamente a todos, sin que a nadie se le hubieran mojado ni siquiera los zapatos.

Una noche Cristóbal estaba muy cansado; dormía en su choza.

Lo despertó un llamado:

"Cristóbal, ven y crízame."

Era la voz de un niño, Cristóbal se levantó, salió, pero no vio a nadie.

Buscó a lo largo de la orilla; la noche era oscura y las aguas se mostraban torrentosas.

Un niño lo había llamado, pero no lo encontró, y volvió a su choza.

Nuevamente escuchó afuera la voz:

"Cristóbal, crízame."

Su oído no lo engañaba, y volvió a salir; pero la orilla, donde la gente por lo común esperaba a que la cruzara, estaba desierta.

Su extrañeza fue grande, y volvió a acostarse.

Oyó que lo llamaban:

"Cristóbal, sal y crízame."

Otra persona hubiera seguido durmiendo, pero Cristóbal salió pacientemente de su choza y ahora divisó a un niño.

Era un niño hermoso, del cual partía un extraño resplandor.

El gigante no preguntó por qué antes no había aparecido; se mostró muy contento, colocó al niño con toda delicadeza sobre sus hombros; tomó su báculo, y se introdujo en el agua.

Aún no se había adelantado mucho en el río cuando le pareció que el niño era muy pesado.

Con cada paso el peso fue aumentando, como si llevara a un hombre pesado y no un niñito liviano como una pluma que había levantado recién.

El agua iba subiendo y Cristóbal comenzó a temer.

Las aguas torrentosas ya le habían llegado hasta las caderas y las olas golpeaban su pecho, alturas que el río jamás había alcanzado en este lugar.

Desde arriba el niño presionaba y su peso se hacía siempre mayor; pesaba mucho más que el soldado con toda su armadura y armas que había cruzado ayer.

Cristóbal gemía, se arrastraba, y se apoyaba en su báculo, encorvándose siempre más.

Su boca llegó a quedar bajo el agua, y temió morir ahogado.

Con un último esfuerzo llegó finalmente a la otra orilla.

Cristóbal se dirigió al niño y le dijo:

"Niño, eres muy pesado.

"Me pareció cargar todo el mundo sobre mis hombros."

Entonces el niño le respondió:

"No sólo has cargado al mundo entero, sino también a aquel que ha creado cielo y tierra.

"Yo soy Cristo, el Señor, al que le sirves aquí frente al río.

el profanador de textos

"Planta tu báculo seco en la tierra, junto a tu choza, y mañana estará cubierto de hojas verdes, para que reconozcas mi poder.

"Desde este momento ya no te llamarás Réprobo, sino Cristóbal, el que porta a Cristo."

Y el niño desapareció de la vista del gigante.

Cristóbal volvió a cruzar el río, y plantó su báculo junto a la choza, y fue a descansar.

Cuando amaneció, el sol iluminó un árbol nuevo.

Del báculo seco habían surgido ramas con hojas verdes, y frutos parecidos a manzanas engalanaban ese árbol maravilloso.

Ahora el gigante había encontrado a su verdadero Señor.

Ya no permaneció junto al río, sino que recorrió las ciudades y habló a la gente de Cristo, y luchó por Él hasta concluir su vida. ♣♣♣

[i:11] san Isidro Labrador

[España (ca. 1082-1142)] Mayo 15

Palestina es un país pequeño rodeado, por un lado, por el mar y, por el otro, por montañas y desierto.

Fue en este pequeño país de Palestina donde Jesús nació y vivió toda su vida, excepto por una pequeña estadía en Egipto.

Aún podemos ver en Belén el lugar donde una vez estuvo el pesebre, aunque ahora hay construida una Iglesia en el lugar.

Aún podemos ver en Nazaret el pozo donde María recogía agua para su familia.

Aún podemos ver el lago donde Jesús y sus discípulos iban a pescar.

Aún podemos ver la ciudad de Jerusalén, donde Jesús predicó a la gente.

Y desde la época de Jesús, la gente de todo el mundo anhela ver estos lugares santos, anhela ver la colina que Él ha visto, anhela pisar el suelo que Él pisó.

Sabemos, también, que es un largo viaje para llegar hasta la tierra santa de Palestina, aún en nuestra época, donde podemos viajar en avión; lleva mucho tiempo y cuesta mucho dinero llegar hasta allí.

En los tiempos antiguos —cuando no había aviones, ni autos, ni trenes, tan sólo barcos a vela y carretas—, cuando mucha gente tenía que viajar a pie,

el viaje a Tierra Santa llevaba un largo tiempo, quizás un año o más.

Y aunque a mucha gente le hubiera gustado ir y ver Tierra Santa no podían afrontar tal viaje, tener el tiempo y el dinero para hacerlo.

Si un hombre pobre quería hacer este viaje, debía tratar de ahorrar poco a poco durante muchos años, hasta tener suficiente dinero para aventurarse a ese largo viaje.

Muchos cientos de años atrás, vivía en España, la cual está muy lejos de Palestina, un labrador llamado Isidro.

Un labrador es un hombre que trabaja en una granja para un hacendado, dueño de la tierra, le pagan por su trabajo.

Y en aquellos días, hace mucho tiempo, a un trabajador de una granja como Isidro se le pagaba muy poco, y tenía que trabajar muy duro en los campos desde antes de la salida del sol hasta su puesta.

Y el hacendado para el cual Isidro trabajaba observaba a todos sus trabajadores con mirada aguda, para que no aflojen durante el día o tomen un descanso aquí o allá.

Llegó el tiempo en que debían ser arados todos los campos de la granja, que era una granja grande.

El hacendado vio a todos sus trabajadores salir con un arado y dos bueyes que del arado.

Y más tarde durante el día, el hacendado caminaba por los campos, para ver como seguían trabajando los hombres.

Los trabajadores se le acercaban y le decían:

"Todos empezamos todo derecho con el arado, pero este amigo Isidro fue sólo y recién comenzó a arar media hora más tarde de cuando lo hicimos nosotros."

el profanador de textos

El hacendado estaba muy enojado y dijo:

“Le diré que se marche por la noche.”

Y por la noche, cuando todos los trabajadores volvieron, el hacendado llamó a Isidro y le dijo:

“¿Por qué no empezaste a trabajar al mismo tiempo que los otros?”

“¿Qué has estado haciendo en el tiempo que debías trabajar?”

E Isidro respondió:

“Le recé a Dios para que me ayudara en el trabajo.”

“¿Qué?” —gritó el hacendado— “te pago para que trabajes, no para orar.”

E Isidro contestó:

“Pero Dios si me ayudó, y con su ayuda yo hice mucho más trabajo que los otros.”

“No te creo,” —dijo el hacendado—

“mañana iré a tu campo y veré cuánto más araste.”

Al día siguiente, todos los trabajadores salieron con sus arados y bueyes, e Isidro otra vez comenzó media hora más tarde.

Y, al mediodía, el hacendado caminó de campo en campo para ver cuánto más arado habían hecho.

Y en cada campo había un hombre con su arado tirado por dos bueyes, y los hombres maldecían y juraban y daban latigazos a los bueyes para que tiraran más rápido.

Y cuando el hacendado llegó al campo donde Isidro araba, le escuchó cantar, y cuando se fue acercando, vió a Isidro con su arado y sus dos bueyes; Isidro cantaba alegramente un himno a Dios.

Pero había otros dos arados en el campo, y estos dos arados eran tirados cada uno por dos figuras blancas radiantes, eran dos ángeles.

Y cuando el hacendado vio esto, cayó de rodillas y le pidió a Dios que lo perdone.

Y ni él ni los otros trabajadores dijeron una sola palabra a Isidro, por comenzar tarde a trabajar.

Isidro, el labrador ayudado por ángeles en su trabajo, tenía en su corazón un gran deseo, un gran anhelo, el de ir a Tierra Santa y ver los lugares donde Jesús había vivido, y caminado, y orado, y predicado, pero él era sólo un trabajador mal pagado, y sólo pudo ahorrar muy poco del dinero que le pagaban.

Cada mañana ponía unas pocas monedas en una bolsa de cuero; y esto lo hizo durante muchos años, y de a poco, al cabo de los años, el pequeño bolso se fue llenando más y más.

Y llegó el momento en que Isidro tuvo suficiente dinero en el bolso para salir de viaje, por el largo camino a Palestina.

Pero algo ocurrió antes de que Isidro pueda comenzar el largo viaje.

A quien hacía este viaje o que volvía a Tierra Santa se lo llamaba ‘peregrino’; y un peregrino acostumbraba llevar puesto un sombrero de ala ancha y sobre el sombrero una caracola de mar, así la gente podía reconocer a primera vista que era un hombre que viajaba por un propósito santo, un hombre que viajaba para ver la tierra donde Cristo había caminado en la Tierra. no era un viajero común de negocios o por placer.

Y también viajaba con un largo y fuerte bastón.

El deseo más querido de Isidro fue ser tal peregrino, viajar con una caracola de mar sobre su sombrero, y un largo bastón en su mano.

Cuando Isidro ya casi tenía el dinero que necesitaba para su viaje, una noche, cuando estaba descansando de su arduo trabajo en su pobre y pequeña cabaña, lo levantó un golpe repentino en su puerta.

Isidro abrió y delante de él estaba un hombre anciano, con una caracola de mar en su sombrero y un largo bastón en su mano, un peregrino.

Y el anciano dijo:

“Serías tan amable de darme resguardo por una noche.”

E Isidro dio la bienvenida al anciano peregrino y le dio comodidades, comida y bebida.

Y mientras el anciano recobraba fuerzas, Isidro le preguntó si había visto Tierra Santa, y el anciano le contó que había estado allí y sobre los lugares santos que había visto, Belén, Nazaret, Jerusalén.

Isidro estaba absorto escuchando sobre estos lugares que él esperaba ver por sí mismo.

Y el anciano dijo:

“Sí, he visto los lugares santos y ahora estoy deseando volver a mi familia, y narrarles todo lo que he visto.

“Si pudiera viajar por mar, en un barco, estaría con mi familia en dos semanas, pero viajar por mar cuesta una gran cantidad de dinero, y ya no tengo.

“Así que debo viajar por tierra a mi casa, caminando y caminando, y eso me llevará muchos meses.

“Y estoy viejo y no muy fuerte, me temo que moriré en el camino, mucho ante de llegar a casa.”

Y cuando Isidro escuchó esto, su corazón estaba lleno de pena por el anciano, y le dijo:

el profanador de textos

“No, no tendrás que ir a casa en el largo viaje por tierra, sobre montañas y a través de bosques, no debes temer de morir antes de alcanzar tu hogar, porque te daré el dinero para que tomes el corto viaje por mar, te daré el dinero para que viaje a casa en barco.”

E Isidro tomó su bolso de cuero en donde guardaba todo el dinero que había ahorrado durante muchos años y se lo dio todo al anciano peregrino.

Entonces ambos, Isidro y su huésped, se acostaron a dormir.

Y en su sueño Isidro vio a su alrededor campos en una ladera, y a la distancia había una pequeña ciudad, y una voz que parecía venir de detrás de él le dijo:

“Este es el campo donde el pastor ha descansado y esta pequeña ciudad es Belén.”

E Isidro miró hacia atrás y vio una figura de luz, un ángel, y el ángel dijo:

“He sido enviado para ti, para mostrarte todos los lugares santos, que anhelas ver.”

Y entonces Isidro flotando a gran velocidad, y vio delante de sí un río recorriendo la campiña; y el ángel dijo:

“Este es el Jordán, donde Jesús fue bautizado.”

E Isidro volvió a flotar, y allí había un pueblo entre colinas; y el ángel le dijo:

“Este pueblo es Nazaret.”

Y el ángel le mostró el lugar en las colinas alrededor de Nazaret, donde Jesús había jugado de niño.

Y luego el ángel le mostró Jerusalén y todos los lugares donde Jesús había caminado y predicado.

Isidro vio unas flores silvestres en la colina alrededor de Jerusalén, se agachó y recogió anémonas blancas y caléndulas amarillas.

Y cuando tomó las flores, desapareció toda la Tierra Santa que le rodeaba.

Se despertó y estaba en su pequeña cabaña, y se dijo a sí mismo:

“Oh, he visto Tierra Santa, pero sólo fue un sueño.”

Y entonces vio a su lado en el piso, flores, anémonas blancas, caléndulas amarillas, y supo, que realmente había estado en Tierra Santa, y que realmente había visto todo lo que anhelaba ver.

Y notó que el anciano peregrino se había marchado.

Y así fue como Isidro visitó Tierra Santa, aunque nunca peregrinó, y nunca hizo el largo viaje. ♣♣

[i:12] el viaje de san Brendan

[Irlanda (ca. 484-ca. 578)] Mayo 16

Hoy les voy a narrar la historia de un santo que hizo un viaje maravilloso, un viaje de paisajes y aventuras extraordinarias.

Su nombre del viajero era Brendan, y vivía en Irlanda, donde todavía llaman al 16 de mayo ‘el día de san Brendan,’ recordando a este santo y su viaje maravilloso.

Brendan se crió en la costa occidental de Irlanda, la que da al océano Atlántico, y cuando era un muchachito solía quedarse en la costa mirando el mar, observando las olas que iban y venían.

Y, a menudo, veía al sol sumergirse en el horizonte, con sus colores ardientes, en medio de las nubes, y pensaba:

“¿Habrá otra tierra, un país, más allá del mar donde se pone el sol y si hay, como será?”

Pero cuando preguntó a sus padres y a otras personas, todos decían:

“Nadie sabe si hay algo más allá del horizonte, y nadie jamás se atrevió a navegar en este vasto y peligroso mar que se encuentra en dirección al sol poniente.”

el profanador de textos

Brendan creció, se hizo monje, y luego fue abad de un monasterio, que no estaba lejos de la costa.

Y aún entonces solía quedarse en la costa mirando las olas, y se maravillaba pensando en los sitios desconocidos que podrían estar lejos, más allá del océano.

Y un día, mientras estaba absorto observando el sol sumergiéndose en el horizonte, se le acercó un monje a quién jamás había visto antes.

El cabello y la barba de este monje estaba como plateados, y su rostro estaba arrugado por la edad, pero se permanecía erguido como un joven, y le dijo:

“Tú te maravillas pensando en lo que puede haber más allá de las grandes aguas del mar.”

“Lejos, muy lejos, más lejos de lo que puedes ver, hay una isla, que en la lengua irlandesa se llama Tír na nÓg,¹ que significa ‘la isla de los Bienaventurados.’”

Entonces el extraño monje desapareció y Brendan no lo vio más.

Pero desde ese día resolvió construir un barco que pudiera llevarlos a él y a otros monjes a esa isla maravillosa, la isla de los Bienaventurados.

Brendan y sus monjes se pusieron a trabajar y construyeron un barco de vela para llevar quince hombres, y alimentos y agua potable para muchos días.

Construyeron el barco con madera de sauce, y lo cubrieron con pieles de ciervo y de lobo, de modo que no pudiera entrar el agua.

¹ Tír na nÓg [gaélico antiguo: ‘Tír inna n-Óc’ o ‘Tír na hÓige’]: ‘Tierra de la Juventud,’ isla en la mitología irlandesa, donde residieron los ‘Tuatha Dé Danann,’ ‘pueblo de la diosa Danu’ o ‘pueblo de los dioses,’ el quinto grupo de habitantes de Irlanda según la tradición del ‘Lebor Gabála Érenn’ [‘Libro de las Invasiones’]. El tiempo en la isla transcurrió de manera muy diferente a de los demás lugares, pareciendo detenerse. [n. del pr.]

Como alimento llevaron pescado ahumado y nueces, porque estos alimentos iban a durar mucho tiempo, y el agua fresca la guardaron en una gran vasija de barro cocido.

Y cuando el barco quedó terminado, antes de elevar la gran vela en el mástil, Brendan y sus compañeros oraron pidiendo a Dios que los protegiera en su viaje, y entonces se embarcaron.

Un fuerte viento del este llenó la vela, y muy pronto desapareció la costa de su patria, y todo lo que podían ver a su alrededor era el agua por debajo, y el cielo por encima.

Pasó un día, y luego otro, y seguían viajando en dirección al sol poniente, sin ninguna señal de que hubiera tierra.

Hasta que un día, justo al mediodía, uno de los monjes gritó:

“Veo una isla!”

Y todos miraron y vieron algo como una pequeña elevación, saliendo del agua; parecía una isla pequeña, y parecía que no había nada en ella, ni pasto, ni árboles, pero Brendan dijo:

“No hemos tenido tierra firme bajo nuestros pies durante muchos días y noches, así que vamos a desembarcar, y ¡comeremos allí!”

Así fue que desembarcaron, pisaron tierra, y se maravillaron porque el suelo por donde caminaban tenía cierta elasticidad.

Bajaron el pescado ahumado, un poco de carbón, e hicieron un fuego para cocinarlo; el fuego se encendió con una gran llama por el viento.

De repente uno de los monjes exclamó:

“¡Cuidado! ¡La isla bajo nuestros pies se mueve! ¡Se está hundiéndo!”

Todos volvieron corriendo al barco tan rápido como pudieron, justo cuando el último de los hombres había terminado de subir al barco, la ‘isla’ se elevó, se sacudió, y se sumergió en el agua.

Los monjes se maravillaron por esta extraña isla, pero Brendan dijo:

“Sólo era una ballena durmiendo, de la cual hemos tomado su lomo como una isla; y el fuego la habrá despertado y lastimado a la pobre, por eso se sumergió.”

Entonces, luego que Brendan y sus amigos escaparan de esta falsa isla, continuaron su viaje.

Y una vez más sólo veían el agua por debajo, y el cielo por encima, y los alimento y el agua fresca que traían disminuía más y más.

Para que los alimentos duraran más decidieron ayunar día por medio, así que un día comían y bebían y al otro pasaban hambre y sed.

Fue una experiencia muy dura y no sabían cuando encontrarían tierra y algo para comer.

Pasaron los días y las noches y aún no veían tierra, y la comida y el agua casi estaba consumida; pensaban que iban a morir de hambre y sed.

Y san Brendan se arrodilló y oró a Dios.

Y apenas había terminado de hacerlo cuando apareció volando una gran ave, el ave más grande que habían visto nunca, y el ave llevaba en su pico una rama de un árbol.

Y la rama tenía frutos rojos jugosos de una especie que los monjes jamás habían visto antes, y el gran ave dejó caer la rama sobre el barco.

San Brendan y los monjes probaron los frutos y eran dulces y saludables, y calmaron su hambre y sed.

el profanador de textos

Los monjes agradecieron a Dios por haber mandado los frutos y san Brendan dijo:

“El árbol del cual vino esta rama debe crecer en una isla, y esta isla debe estar cerca.”

Y al día siguiente llegaron a una isla verdadera.

Bajaron a tierra, y había también ovejas, que eran más grandes de lo que jamás habían visto, y san Brendan y sus monjes se quedaron un mes entero en aquella isla.

Y descansaron, y comieron y bebieron hasta que se sintieron recuperados de los esfuerzos del viaje, y cuando sintieron que estaban otra vez fuertes se embarcaron otra vez.

Pasaron los días y el viento llevó al barco hacia el norte, cada vez más al norte y empezó, a sentirse un frío terrible, y los monjes temblaban y sus dientes rechinaban.

Y entonces vieron algo que los hizo olvidar totalmente del frío y el viento helado.

Vieron una montaña, tal alta que parecía llegar hasta las nubes.

Pero la montaña era como un enorme cristal y brillaba y resplandecía como un diamante a la luz del sol, y lo que era más sorprendente aún, esta montaña poderosa de cristal estaba flotando, flotaba despacio pasando al barco.

Los monjes la miraron con temor, era imponente.

Y san Brendan dijo:

“Lo que vemos es una montaña de hielo, un tempano flotante, un iceberg, y muchos marineros han visto tales montañas de hielo.”

Y el viento llevó al pequeño barco más al norte, más allá, durante muchos días y por fin vieron tierra.

Pero no se atrevieron a desembarcar, porque desde la tierra se elevó otra montaña muy alta, y desde la cima de la montaña salía fuego, una gran llama con nubes de humo, y parecía que el fuego bajaba por las laderas empinadas, y toda la montaña temblaba y se escuchaba un ruido como truenos.

San Brendan dijo a sus monjes:

“No tengan miedo, esta montaña es un volcán, y hay muchos como este en el mundo.”

Después de la montaña de hielo y la montaña de fuego, el viento cambió y los llevó otra vez hacia el sur.

Y vieron una gran nube que parecía cubrir el mar, y viajaron hacia la nube, y ahora la niebla estaba alrededor de ellos.

Y llegaron a la luz y vieron una isla más hermosa de lo que jamás habían visto.

Colinas verdes bajo la luz del sol, con pastos estaban llenos de flores y mariposas.

Se sentía en zumar de las abejas y el murmullo de arroyos y, por encima de todo, se sentía una paz y una alegría que jamás habían conocido antes.

Y en la costa se veía a un hombre con una túnica blanca, parecía un joven de una blancura maravillosa, y les dijo:

“Les fue concedido tener un vislumbre de la isla de los Bienaventurados, pero no pueden proseguir el viaje; vuelvan a su patria y cuenten a la gente de las maravillas que han visto.”

Y así después de haber descansado en esta isla maravillosa, san Brendan y sus monjes volvieron a embarcarse.

Y navegaron en la dirección del sol naciente, y con la ayuda de Dios llegaron a salvo al monasterio en Irlanda.

Nadie llegó a encontrar nunca más aquella isla maravillosa de los Bienaventurados. ♣♣

el profanador de textos

[i:13] san Kevin¹

[Irlanda (ca. 500-618)] Junio 3

Kevin nació en un reino de la isla de Irlanda, en el siglo V; sus padres pertenecían a la casa real del reino.

Fue educado desde los siete hasta los doce años, luego estudió cinco años en un monasterio, y se convirtió en monje.

Tiempo después dejó la vida monástica para irse a la profundidad del bosque, donde se refugió en el hueco de un gran árbol: probablemente un roble,

Este bosque tomó el nombre de Bosque santo.

Era un hombre que disfrutaba de estar en el bosque, en el prado, con los animales, tuvo un amor especial por los pájaros.

El monje estaba orando bajo un árbol cuando se detuvo a su lado un jabalí que huía de un grupo de cazadores y sus perros.

Al ver al hombre santo orando los perros se tendieron en el suelo, y no se acercaron al animal.

Cuando finalmente los cazadores decidieron matar al jabalí una bandada de pájaros se posó sobre las ramas del árbol en el que oraba el santo.

Los cazadores interpretaron esto como una señal, y dejaron solos a Kevin y al animal.

¹ Narrado por Nelly Noemí Martínez. [n. del pr.]

En una ocasión, el rey O'Tool estaba preocupado por el estado de su ganso doméstico que, envejecido, apenas podía moverse y era incapaz de volar, y habiendo escuchado los milagros del santo, mandó a sus hombres a pedir a Kevin que intentara curarlo.

El santo aceptó el pedido del rey, y en pago le pidió que le regalara toda la tierra por la que el ganso volara.

El rey aceptó pensando que sería poco el recorrido que podría realizar su mascota.

Kevin tocó al animal y, de repente, rejuveneció y sobrevoló el valle entero, por lo que O'Tool tuvo que ceder esas tierras, donde el santo estableció el monasterio en el siglo VI.

Una vez en que un niño llevaba sus vacas a pastar muy cerca de donde Kevin estaba orando, una de ellas se alejó del grupo, llegó al árbol donde el santo moraba, y lamió una punta de la túnica que sobresalía del hueco, regresando luego donde las otras vacas; e hizo esto por tres días.

Al regresar la vaca y ser ordeñada dio tanta leche que se llenaron todas las vasijas y los baldes del dueño y sus vecinos, y aún manaba leche como un arroyo.

El dueño mandó al niño que vigilara a la vaca, pues quería saber el origen de tanta bendición.

Al otro día el pastor la siguió, y al ver lo que pasaba, arremetió contra Kevin, y le acusó de querer quedarse con la vaca, así que la llevó a casa.

Pero al llegar todas las vacas y los terneros estaban enloquecidos, se peleaban y volvían los ojos en blanco, sin cesar de mugir como poseídos.

El pastor y el dueño del rebaño corrieron a pedir perdón a Kevin, que concedió la sanación de los animales a cambio de que no comentaran nada de su existencia retirada.

Pero ya era tarde; el pastor había corrido la voz sobre el misterioso eremita.

Los monjes Eogan, Lochan, y Enna salieron a buscarlo para hacerle volver al monasterio, y así hizo Kevin.

Las vacas y terneros estaban perfectamente curadas cuando el labrador volvió a casa, pero nunca volvió a tener aquellos ríos de leche.

Kevin sirvió como abad, y cuando vio que los monjes ya no lo necesitaban, se retiró para vivir como ermitaño en una isla, a la que sólo se llegaba en barco, y luego había que subir un risco para llegar a la ermita.

Cuentan que había convivido con un monstruo en el lago al que el santo se metía a orar estando casi helado.

Cuando el santo se metía al lago helado a orar, el monstruo lejos de atacarlo, daba vueltas a su alrededor calentando el agua con su aliento.

El monstruo había comenzado a comer personas y los labradores le pidieron a Kevin solucionar el problema.

Así que el santo convenció al monstruo que se mudara a otro lago donde no podía hacer daño.

Los labradores, en agradecimiento, oraban y repetían la historia de Kevin.

Allí le ocurrió otro milagro: estando orando durante la Cuaresma, un ángel se le apareció y le dijo que la roca por encima de su ermita iba a caer y aplastarlo, y que eso no había caído porque Dios mismo sosténía la roca.

Kevin le respondió:

*“Confiado en mi señor Jesucristo,
permaneceré sentado hasta Pascuas,”*

y así lo hizo, para no romper su oración continua a Dios.

Y llegada la Pascua, salió el santo de su ermita, y de inmediato, una roca enorme la aplastó.

el profanador de textos

Cuando oraba arrodillado con los brazos en cruz, estos salían por dos estrechas aberturas a modo de ventanas del árbol.

Estaba en esta posición durante muchos días antes de las Pascuas.

Cierta vez unos mirlos anidaron en su mano.

Le conmovió en ese momento, sentir el corazón de las aves y la suavidad de sus plumas; mantuvo su mano como una rama bajo el sol y la lluvia durante semanas.

Terminado el tiempo de rezar le dio lástima retirar el nido de su mano y se quedó en esa postura hasta que los pichones asomaron de los huevos, tuvieron plumas y volaron.

Por esto es que san Kevin fue considerado como el protector de los pájaros.

“Trabaja sin buscar recompensa”

se decía.

Dicen que vivió 120 años, orando y amando a los animales, especialmente a las aves. ♣♣♣

[i:14] José de Anchieta

[España/Brasil (1533-1597)] Junio 9

José de Anchieta fue un jesuita y naturalista español, llamado el apóstol del Brasil por su labor misionera en San Pablo, ciudad que surgió a partir de la misión por él fundada.

En la inmensa blancura de la playa la mancha negra del semblante de Anchieta.

Estamos en Ipêroig, al caer la tarde.

El mar ondulante no tiene fin.

Es un día de cielo azul, de brisas dulces y de gaviotas blancas.

La playa es como una toalla extendida al sol, y tan blanca que muchos piensan que Dios formó la arena con la espuma del mar.

La marea bajó tanto que ya debe ser hora de que comience a subir otra vez.

No hay nada navegando sobre las olas; ni un rumor se escucha en el aire.

Es como si la naturaleza estuviese aprovechando aquella tranquilidad para dormir.

Solamente en la arboleda, allá en lo alto, como acunando al sueño de la naturaleza, se escucha el canto de las cigarras.

Sobre la arena húmeda, Anchieta anda tranquilamente escribiendo con su bastón.

Al andar por esas tierras se le había ocurrido escribir un poema para la Virgen María.

Y eran justamente los primeros versos de ese poema que él estaba escribiendo ahora sobre la arena.

Hacía ya tres semanas que estaba en Ipêroig, viviendo con los nativos.

Había venido de San Vicente acompañando al padre Manuel de Nóbrega.

Había venido a pedir paz a los indios; había venido para pedir a los jefes tamoios que desistieran de la guerra que estaban preparando contra los portugueses.

¿Quién tenía el coraje de ir a hablar de paz con algún jefe?

¿Quién tendría el coraje de acercarse a los indios revolucionarios?

Era Nóbrega, el superior de los jesuitas quien iría a Ipêroig, a entenderse con el Gran Pameira y Coaquira, los dos caciques más viejos, y le pidió a Anchieta que lo acompañara.

La vida de ambos hombres corría peligro en las manos de los nativos, quienes estaban muy exaltados porque los portugueses estaban apresando y matando a su gente.

Nóbrega, con su bondad, estaba poco a poco calmado a los indios.

Hacía ya dos semanas que andaba por aldeas distantes, convenciendo a los jefes indígenas que debían desistir de la guerra.

Anchieta se había quedado en Ipêroig, calmando la rabia de los caciques.

Cada hora que pasaba allí era amarga ya que constantemente los indios le hacían amenazas de muerte.

Felizmente Dios le daba inspiración para escribir un poema dedicado a la Virgen María; felizmente

el profanador de textos

porque el arrebato de aquella inspiración hacia que su alma se olvidase del mundo.

En aquella tarde tranquila, de cielo azul, de gaviotas blancas, Anchíeta comenzó a escribir el poema.

Como no tenía papel, escribía sobre la arena y guardaba los versos en su memoria.

Transfigurado, escribía y escribía y a medida que iba escribiendo, sin darse cuenta, se acercaba cada vez más al mar.

Versos y versos, decenas y centenas de versos le brotaban de la cabeza.

Los destellos dorados de la tarde iban tiñendo el mar con sus reflejos.

Soplaba el viento cada vez más fuerte, las olas crecían crespas y nerviosas, y se podía imaginar que pronto desaparecería la toalla blanca de la playa cubierta por las aguas verdes.

Fue entonces que pasó un acontecimiento prodigioso por el cual los nativos que estaban allá encima en el despeñadero se quedaron boquiabiertos.

El mar está subiendo, una tras otra, las olas corren hasta la playa; Anchíeta absorto continúa a la orilla del mar escribiendo; y las olas paran al verlo como si no quisiesen perturbarlo.

Otras olas van llegando lentamente y paran también, al percibir a las anteriores detenidas.

El viento comenzó a soplar con fuerza.

Olas y olas por decenas, por centenas, por millares vienen corriendo, y todas paran allí, una sobre la otra, hirviendo, espumando, con la inquietud de avanzar, y llegar a la playa.

El volumen de agua crece y crece, y se forma una montaña líquida.

El mar entero ruge como enjaulado.

Allá arriba en los acantilados, los indios sorprendidos por aquel acontecimiento nunca visto, gritan alarmados a Anchíeta:

“Sal, sal de ahí.”

Anchíeta no les oye.

Su alma está fuera de la Tierra, en el mundo luminoso de la inspiración.

Las olas seguían creciendo, siempre más gruesas, siempre más altas.

La montaña crecía, el agua seguía espumando, seguía hirviendo.

“Sal, sal de ahí.”

Una piedra tirada desde el acantilado cae junto a sus pies.

Anchíeta despierta.

La muralla líquida que ruge frente suyo le da miedo.

Corre y se aparta subiendo la ladera hacia la aldea.

Cuando llega allá encima todo el coloso de olas se estrella con estruendo, en un segundo la toalla infinita de la playa queda cubierta de aguas verdes y de espuma blanca.

La naturaleza de nuevo se tranquiliza.

El sol derrama en el poniente una lluvia de oro.

Todas las nubes del cielo están doradas.

Hasta las gaviotas blancas están doradas. ♣♣♣

[i:15] san Columba

[Irlanda/Escocia (521-597)] Junio 9

01 En esta época vamos a comenzar con historias de santos, y lo haremos por la historia de un santo, y es la historia de un santo maravilloso, un santo que fue a Escocia e hizo grandes cosas.

Este santo es conocido en Irlanda como Columba, pero es más conocido como san Columba, y la gente de toda Escocia aún lo recuerda así.

Columba, santo grande y maravilloso, nació en Irlanda, y era hijo de un rey.

Su padre, su abuelo y su bisabuelo y aún su tatarabuelo fueron reyes antes que su padre.

Vemos que Columba venía de una familia de estirpe larga y noble, que regían una región de Irlanda.

Irlanda estaba dividida entre diversos reinos, y uno de esos reinos era regido por los antepasados de Columba.

Y ahora les voy a narrar lo que pasó hace mucho, mucho tiempo atrás, antes de que naciera Columba.

Fue en la época del abuelo de Columba, cuando el abuelo era todavía joven y rey.

Este rey que sería el abuelo de Columba salió un día a cazar, quería cazar venados, y llevó consigo muchos cazadores y, también, perros rápidos y fuertes.

el profanador de textos

Los perros podían correr tan rápido como cualquier ciervo, acorralarían al ciervo, pelearían con él, y lo retendrían hasta que los cazadores llegaran y lo mataran.

Así que el abuelo de Columba se introdujo con sus cazadores en lo profundo del bosque, para cazar ciervos.

No pasó mucho tiempo hasta que los perros olfatearon y encontraron a un ciervo, el animal huyó, y los perros salieron tras él, aullando y ladrando.

Los cazadores y el rey no tenían que correr, sólo seguían el ruido que hacían los perros.

Sabían que los perros atraparían al ciervo, lo retendrían mordiéndolo, hasta que llegaran los cazadores.

Así que el rey y sus hombres siguieron el ruido de los ladridos caminando lentamente.

Y al cabo de un rato llegaron al lugar donde los perros habían acorralado al ciervo, pero se asombraron de lo que vieron: los perros no estaban peleando con el ciervo, no había ni un sólo perro que tratara de morder al ciervo.

No, el ciervo y los perros estaban jugando juntos, saltando uno sobre el otro, jugando como buenos amigos, y cuando los perros vieron a los cazadores y al rey, no ayudaron a sus amos a matar al ciervo, no, los perros ladraban y gruñían a los hombres y los mantenían alejados hasta que el ciervo escapó, y desapareció en el bosque.

Estos perros cazadores, que habían sido entrenados para pelear y atrapar animales salvajes, nunca antes se habían comportado de esa manera, y el rey estaba muy confundido de por qué sus perros se habían comportado así de extraño; se preguntaba y se preguntaba.

En el reino vivía un anciano, sabio y el rey le contó lo que había pasado, y le preguntó:

“Podrías decirme lo que esto significa?

Y el anciano sabio dijo:

“Significa que en tu reinado va a nacer una criatura, que nunca hará daño o lastimará a ninguna criatura, igual que los perros no lastimaron al ciervo.”

Esto le pasó al rey que sería el abuelo de Columba. En ese tiempo el rey se casó y tuvo un hijo, y el hijo fue llamado Fedlimid, y Fedlimid que sería el padre de Columba, creció y se hizo rey y se casó con una princesa.

La reina Eithne tenía muchas damas que la esperaban y la servían y la cuidaban.

Un día una de ellas se presentó ante la reina, y le dijo:

“Oh, señora, tuve un terrible sueño anoche, un sueño sobre ti.

“Vi a un gran pájaro como un águila, pero más grande, y este pájaro venía abatiéndose sobre ti, y con sus arras te hizo pedazos, y voló alto y esparció los pedazos sobre toda Irlanda y sobre Escocia.

“¡Oh, qué terrible sueño!, espero que no signifique que algo malo te vaya a ocurrir.”

Y la reina contestó:

“No te aflijas; este sueño significa algo maravilloso y bueno, no significa un mal presagio.

“Significa que va a nacer un hijo de mi vientre, y que será un gran maestro de hombres, y su enseñanza será esparcida sobre toda Irlanda y Escocia.”

Así es que ya había dos profecías aún antes de que Columba naciera.

Una, los perros que no dañaron al ciervo, era que no le haría daño a ninguna criatura; y la otra, el sueño que el cuerpo de la reina era esparcido por un pájaro sobre toda Irlanda y Escocia, significó que su fama y sus enseñanzas se esparcirían por Irlanda y Escocia.

Y ambas profecías se hicieron realidad.

Tiempo después nació el hijo de la reina Eithne y de su esposo, el rey Fedlimid, y fue llamado Crimhann, que significa ‘persona que sabe mucho’ —pero el tiempo se ocupó de cambiárselo—.

Cuando el niño creció y corrió y jugó, había un lugar que le gustaba jugar más que en cualquier otro, y ese lugar era alrededor de la iglesia.

Y cuando jugaba con otros niños en algún lugar en el campo o en el jardín, el diría de repente, ya hemos jugado bastante por aquí, vayamos a jugar a la iglesia.

Y como siempre decía, tarde o temprano, vayamos a jugar a la iglesia, los otros niños le decían que era como una de esas palomas que siempre vuelan sobre la iglesia; y lo llamaron ‘columcille,’ que en galés, el antiguo idioma irlandés, significa ‘aloma de la iglesia.’

Todos los niños en Irlanda llamados Collum son realmente llamados Dove —paloma— en inglés.

Y como sus compañeros de juego lo llamaban Columba, otra gente y aun sus padres, terminaron llamándolo Columba.

Porque pensaron que era un nombre agradable, ‘paloma de la iglesia.’

El pequeño Columba era un niño fuerte y robusto, podía correr más rápido que alguno de sus amigos, podía caminar más tiempo sin cansarse, podía tirar una pelota más alto y más lejos.

Pero había una clase de deporte en donde Columba nunca se juntaba.

A veces, otros niños querían trepar a los árboles en el bosque y sacar los huevos de los nidos de los pájaros.

el profanador de textos

Ellos creían que era muy divertido, ellos nunca pensaron en los pobres pájaros padres.

Para Columba esto no era gracioso, y más bien le gustaba estar solo que unirse a sus amigos en sacar los huevos de los nidos.

Columba tenía una fuerte y hermosa voz y aunque todavía era un jovencito, cuando iba con sus padres a la iglesia, su voz podía oírse sobre las demás voces, cuando se cantaban los himnos en la misa.

Y pronto aprendió a declamar poemas y los decía tan bien que la gente le gustaba escucharlo.

Cuando Columba aprendió a leer, lo hizo a una edad muy temprana, cuando tenía 5 o 6 años.

En la época en que Columba vivía, hace mucho tiempo, no había escuelas.

Si los padres querían que sus hijos supieran leer y escribir, tenían que enseñarles ellos mismos, o podían pedirle a un monje que les enseñara a los hijos.

A muchos padres no les preocupaba, no pensaban que era necesario que los hijos fueran capaces de leer y escribir; sólo una poca gente sabía leer y escribir.

Los padres de Columba, el rey y la reina, querían que su hijo aprendiera a leer y escribir.

Así que la reina, para enseñar las letras del alfabeto a Columba, amasó galletas con las formas de las letras, y sólo cuando Columba sabía que sonido representaban tenía permitido comer las galletas.

Y así aprendió a leer para poder comer las galletas.

Y una vez que aprendió las letras, le empezó a gustar leer, y tanto le gustaba leer, que siempre llevaba un libro consigo, aun cuando estaba invitado a una fiesta, llevaba un libro y lo miraba de vez en cuando.

Y dado Columba estaba tan entusiasmado por aprender, el rey y la reina le solicitaron a un hombre sabio a ser el maestro de su hijo.

Sólo le enseñaba a Columba; a veces el maestro lo lleva a dar largas caminatas, y mientras caminaban le narraba de muchas cosas que un futuro rey debía saber.

Porque Columba era un príncipe y un día sería rey.

El maestro era anciano y, un día, después de haber caminado mucho, el anciano cayó de repente muy enfermo, cayó al suelo y se desmayó.

Columba estaba muy preocupado, ¿qué podía hacer?; se sacó el abrigo y lo colocó debajo de la cabeza del maestro, como una almohada; Columba no quiso irse y dejar al hombre sólo, así que tomó su libro y comenzó a leer con una voz clara y fuerte.

Y la voz era tan fuerte que la hija del maestro, que vivía no muy lejos, escuchó a Columba y se preguntaba que pasaba.

Ella salió corriendo y encontró a Columba sentado al lado de su padre, que estaba inconsciente, tan blanco como una sabana, apenas respirando.

Ella vio que su padre estaba por morir y comenzó a llorar de pena y de desesperación.

Y dijo a Columba:

“Por favor, ¿puedes hacer algo por mi padre?”

Y Columba respondió:

“Tratare.”

Comenzó a rezar a Dios, y luego puso sus manos sobre el anciano, y en pocos tiempo el color volvió a la cara del maestro, su respiración se hizo más fuerte, y abrió los ojos; se levantó, sintiéndose tan bien como si fuera varios años más joven.

El maestro dijo a Columba:

“Sin ti hubiera muerto.

“Dios te ha dado poderes maravillosos, pero esto significa que no podrás ser rey, pues un

rey debe pelear y matar en batallas, debes ser un sacerdote de Dios.”

Y el maestro fue hacia el rey Fedlimid, el padre de Columba y le contó lo que había ocurrido.

Y el rey entendió que era la voluntad de Dios, que su hijo se hiciera sacerdote.

Y con el permiso de sus padres, Columba se hizo sacerdote, un siervo de Dios y no un rey; dejó la corte real.

Pero él no se fue sólo, lo acompañó también un primo, un joven llamado Baithéne,¹ que era un seguidor muy ferviente de Columba y donde Columba fuera, él también iría.

En ese entonces, hacerse un sacerdote de Dios, no era muy fácil, llevaba muchos años de aprendizaje, de estudios y trabajo continuo.

Así que Columba y su primo primero fueron a un monasterio que estaba a la orilla del mar, donde los monjes fueron los maestros de los jóvenes.

Y Columba y su primo estudiaron, leyeron libros, escribieron, pasaron muchas horas orando, y también tenían que trabajar en los campos —porque los monjes mismos producen los alimentos que consumen—.

El monasterio estaba a orillas del mar, y desde allí se podía ver las olas moviéndose, a veces en pequeñas ondas y otras veces, cuando habían tormentas, eran montañas de agua torrenciales llegando a la playa.

Desde el monasterio, donde aprendían y estudiaban Columba y su primo, se podía ver, hace mucho tiempo, algo que sólo se veía allí.

En ciertos días, no siempre pero a veces, aparecía una criatura enorme y grande en el mar.

¹ Baithéne mac Brénaind o Baoithín o Buadán: Monje irlandés, uno de los seguidores de san Columba que lo acompañó a Escocia hacia el 563. [n. del pr.]

el profanador de textos

Quizás vivía muy en el fondo, en lo profundo del mar, y sólo salía algunas veces.

Era una criatura extraña, su cuerpo era como un pez grande, como una ballena, pero de este gran cuerpo había un cuello largo, como una serpiente, y en la punta estaba la cabeza, que era como la de un lagarto.²

Era una criatura fea, pero los monjes del monasterio se habían acostumbrado tanto a verla que le prestaban poca atención.

Lo llamaban Rochnic,³ un monstruo, una criatura extraña y grande, pero parecía que no le hacía daño a nadie, y por eso los monjes no se preocupaban mucho sobre este Rochnic.

Lo observaban y veían que salía como un humo o niebla de su boca, pero entonces el Rochnic volvía otra vez a las profundidades del mar, y nadie conocía el motivo del ir y venir de esta criatura.

Pero Columba era más curioso que los demás monjes y observó al monstruo, y al humo que le salía de su boca, y también prestó atención a las cosas que pasaban después que la bestia volvía al fondo del mar.

Y habiendo hecho esto por un tiempo, Columba fue a los monjes y les dijo:

“Me he dado cuenta de lo que ocurre, cuando el monstruo sube a la superficie y lanza niebla o humo de su boca.”

Y los monjes respondieron:

“¿Lo has hecho?”

² Descripción muy parecida a la de ‘Nessy,’ el monstruo que habita en el lago Ness [‘Loch Ness’] en Escocia. [n. del pr.]

³ Rochnic: Puede ser un anagrama (inversión de letras o sílabas) de ‘chronic,’ ‘crónico’: ser duradero y recurrente o caracterizado por un largo sufrimiento. [n. del pr.]

“Nosotros muchas veces nos hemos preguntado, lo mismo pero no pudimos averiguar nada.
“¿De qué te has dado cuenta?”

Y Columba contestó:

“A veces, el monstruo sopla su humo maldito sobre la tierra y, por las semanas y meses siguientes, la gente se enferma, hay gran número de enfermos en los pueblos de la costa.

“Otras veces, el monstruo sopla el humo maldito al aire y se presentan grandes vendavales y terribles tormentas.

“Y otras veces el monstruo sopla su humo maldito sobre el mar, y mueren peces y focas en gran número, y sus cuerpos son llevados a la orilla del mar.”

Los monjes se quedaron maravillados de que Columba descubriera todo esto y estaban muy agradecidos, ya que de ahora en más la gente podía estar alertada para prepararse a las enfermedades, a las tormentas, y por la destrucción de peces.

Así que siendo Columba todavía un alumno y aprendía de los monjes, pudo sorprenderlos por su poder de observación.

02 Los monjes estaban muy contentos de que Columba había al fin descubierto lo que hacía el monstruo Rochnic cuando salía del mar.

Estaban muy conformes y dijeron:

“Debemos recompensar a Columba.
“Esta es justa la época cuando las manzanas están maduras en nuestro huerto, así que le

daremos a Columba una canasta llena de jugosas manzanas rojas.”

Uno de los monjes fue al huerto a llenar la canasta. En el jardín del monasterio había muchos manzanos con manzanas rojas y dulces, pero uno sólo se estos manzano tenía manzanas roja pero de sabor ácido, como las manzanas silvestres, que no se podían comer; y el monje recogió estas manzanas ácidas en su canasta, sin darse cuenta.

Cuando Columba recibió la canasta se puso muy contento por el regalo; tomó una manzana, la mordió, y de inmediatamente la escupió:

“¡Estas manzanas están muy ácidas para comer!” —dijo Columba.

El monje se dio cuenta que las había recogido del manzano equivocado.

“Es mi culpa, lo siento muchísimo, son del manzano que tiene esas manzanas ácidas; tomaré un hacha y cortaré el árbol.”

“¡No!” —dijo Columba—, un árbol es algo vivo y no quiero que cortes ese árbol.”

Y así Columba y el monje fueron al jardín y ante el árbol que tenía las manzanas ácidas, Columba dio una vuelta a su alrededor y dijo:

“Yo te bendigo árbol por la gracia y el poder de Dios y te ordeno que cambies el sabor de tu fruta, de ácida a una agradable dulzura.”

E hizo al señal de bendición al árbol, y en ese momento del árbol llegó un aroma dulce y maravilloso de manzana y el monje que estaba con Columba tomó una, la probó, y era más dulce y más jugosa que cualquier fruta del huerto.

el profanador de textos

Cuando los otros monjes escucharon esto, todos se maravillaron de este joven Columba a quien Dios le había dado tal poder, que podía cambiar la fruta de un árbol.

Y al tiempo Columba, realizó otra y aún más maravillosa acción.

Había un lugar, no muy lejos del monasterio, un pequeño valle, que era un lugar de malos espíritus, de demonios, como se les llamaba.

Estos demonios habían colocado una niebla gris en el valle, de modo que el valle estaba lúgubre y oscuro aún en días soleados.

Y alrededor del valle había un río que los demonios lo habían convertido en un río de fuego.

La gente nunca iba cerca de este valle de demonios, y nadie se atrevía a cruzar este río ardiente.

Un día Columba se llegó hasta el abad, el superior de los monjes, y le dijo:

“¿Puedo tener su permiso para ir al valle de los demonios, y poder echar a los demonios de allí con la ayuda de Dios?”

Al principio el abad se negó, que era muy peligroso, pero Columba le suplicó y el abad se acordó que Columba había cambiado el sabor de las manzanas, y le permitió ir con alguien que lo acompañara; y lo acompañó el monje que había recogido las manzanas ácidas.

Columba y el monje fueron al río ardiente, y más allá del río vieron la densa neblina, que mantenía al valle en oscuridad.

Y mientras estaban parados y se preguntaban cómo podían atravesar la neblina, uno de los demonios los vio y aulló con furia contra los dos hombres que se habían atrevido a llegar al lugar del mal.

El demonio recogió un árbol joven de acebo que crecía en el valle, lo arrancó de sus raíces, lo tiró con todas sus fuerzas a través del río ardiente, y el árbol golpeó al monje que estaba con Columba, golpeado en la cabeza, cayó al suelo, muerto.

Otra persona hubiera huido, pero no Columba.

Tomó el acebo y lo lanzó de regreso al otro lado del río, la neblina sobre el valle se disipó, desapareció.

Ahora Columba pudo ver a los demonios, allí había tantos que uno no podía contarlos, eran de ojos fieros, con cuernos en sus cabezas, con manos como garras y sus pies eran como garfios, y gruñían y aullaban y siseaban con odio a Columba.

Pero al árbol que Columba había tirado de vuelta a los demonios le pasó algo maravilloso: donde cayó crecieron raíces y se hizo un acebo fuerte y alto, y ese árbol aún vive en nuestros días, un árbol viejo y fuerte portador de bayas rojas en otoño.

Por esta señal de Dios Columba supo que Dios estaba con él.

Elevó sus manos e hizo la señal de bendición sobre el río ardiente y todo su fuego se fue del mismo, se hizo de agua clara, cálida y transparente, y como no era muy profundo, Columba se metió al agua, y cruzó caminando al otro lado.

A ambos lados de Columba había una luz intensa, como si muchos ángeles lo iluminaran.

Los demonios furiosos y aullantes no pudieron quedarse ante la visión de esta luz, y huyeron,

Columba les dijo a los demonios:

“En el nombre de Dios en la alturas, les ordeno que bajen al fondo del mar, hasta su suelo, donde no podrán dañar a los hombres.

”Y también les ordeno cambiar esa horrible figura y ser como peces, así no pueden asustar más a la personas.”

Y los demonios tuvieron que obedecer.

Desde ese día el valle de los demonios se convirtió en una campiña verde y agradable, donde la gente construyó casas y granjas, y pudieron vivir felices.

03 Columba se había dado cuenta de lo que el monstruo del mar, el Rochnic, hacía cuando emergía del fondo del mar; había cambiado las frutas ácidas del árbol malo que se volvió dulce; y echó a los demonios del valle del mal.

el profanador de textos

Pero durante todo ese tiempo él estudiaba y trabajaba junto con otros hombres jóvenes, los cuales querían hacerse monjes algún día.

El abad, el monje superior de ese monasterio, llamó un día a todos los jóvenes juntos, a todos los estudiantes que querían ser sacerdotes, y les dijo:

"No está lejos el día en que sean ordenados sacerdotes, pero una vez que lo sean, no se quedarán aquí en nuestro monasterio.

"Tienen una tarea, una gran tarea.

"Desde los días de san Patricio, aquí en Irlanda, toda la gente es cristiana, pero la gente de las islas alrededor de nuestras costas y a través del mar, en Escocia, no son cristianos, son paganos.

"Ellos llaman dios al viento, a la Luna, y al Sol, y les rezan a ellos y los adoran.

"Deben ir hasta esos paganos, y hablarles sobre Cristo e intentar que se conviertan en cristianos.

"Convertirlos en cristianos no será fácil, incluso será peligroso, ya que la gente pagana no desea cambiar, se volverán en su contra.

"Pero esta es vuestra tarea cuando sean sacerdotes."

Columba y todos los otros jóvenes dijeron:

"Oh, lo que más queremos es ir hasta esa gente pagana y llevarles la luz de Cristo."

El anciano abad les dijo:

"No muy lejos de aquí hay una isla llamada Tobías⁴ y el rey de esa isla y su gente son paganos.

⁴ La isla de Tobías: Pequeña isla frente a la costa noreste de Groenlandia. [n. del pr.]

"El rey no permitirá a ningún extraño ni a ningún sacerdote que vaya a su isla, pero uno de ustedes debe hacerlo, más adelante cuando sean sacerdotes."

Todos los estudiantes dijeron al mismo tiempo:

"Déjame probar a mí, déjame ir a la isla de Tobías."

El abad sonrió y les dijo:

"Es agradable ver que todos están tan entusiastas en ir, pero les narraré como hemos decidido quién irá, que será la persona indicada para llevar la fe cristiana a esa isla. Todos saldrán en un bote y cuando lleguen cerca de la isla, tomarán el largo báculo que llevan consigo, y lo tirarán hacia la isla; y aquel cuyo báculo caiga en la playa de la isla y no en el mar, cuando sea sacerdote volverá hacia la isla, y le narrará al rey y a su gente sobre Cristo."

Así que todos estos jóvenes estudiantes, eran seis, tomaron un bote y remarón hasta estar cerca de la isla, y cuando pensaron que estaban lo suficientemente cerca, lanzaron sus báculos con todas sus fuerzas.

Pero ese día había un fuerte viento y sólo un báculo alcanzó la isla; y ese fue el de Columba.

Los demás báculos cayeron al mar, y los monjes los tomaron para tenerlos de nuevo con ellos, pero Columba dijo:

"Debo ir hasta la tierra para recoger mi bastón."

Fueron juntos, desembarcaron, y vieron que el báculo de Columba estaba clavado entre dos rocas y se dijeron:

"Está claro que Columba es el que tiene que volver a la isla cuando sea sacerdote."

Pero el rey de la isla había visto a estos extranjeros desembarcar; y no le gustó en absoluto.

Mientras Columba intentaba sacar su báculo de entre las rocas llegó el rey rugiendo y gritando de rabia.

El rey llevaba consigo a un perro, una bestia grande, tan grande y fiera que podía matar a un lobo.

El rey soltó a la fiera de su correa y le gritó:

"Ve y desgarra a esos indeseables visitantes en pedazos."

Y el perro corrió hacia Columba y sus amigos dispuesto a tacar con las fauces abiertas y mostrando sus dientes, y por la boca le salía espuma.

Columba se colocó delante de los monjes para protegerlos, y extendió su mano; y cuando el perro ya los alcanzaba, no saltó sobre Columba; se echó al suelo delante de él, y lamió su mano.

El rey se quedó asombrado, ¿cómo era posible que un hombre pudiera hacer que un perro feroz se comportase como uno domesticado?; y pensó que este hombre debe ser una persona con poderes maravillosos.

Y el rey le dijo a Columba y a sus amigos que eran bienvenidos a la isla, y que podían quedarse si lo deseaban y Columba le dijo:

"Cuando sea sacerdote quiero venir aquí y construir una iglesia."

El rey le dijo que podía construir una iglesia cuando él quisiera.

el profanador de textos

Y todo el tiempo que Columba estuvo en la isla el perro lo seguía y no se apartaba de su lado.

04 *Llegó el día en que Columba y su primo Baithéne ya habían completado su aprendizaje y estudios para ser ordenados sacerdotes.*

Y ser sacerdote no era una cosa tan simple; tenían que ir a ver al obispo, que era el superior del abad, quien está sobre la orden de la Abadía, tal como el abad es el hermano mayor de los monjes.

Y en una gran ceremonia en la iglesia el Obispo, los jóvenes debían arrodillarse ante él, y pedir la bendición de Dios para ellos, para ser sacerdotes verdaderos y dignos.

Y con la bendición del Obispo ellos serían sacerdotes, y toda su vida estarían al servicio de Dios.

En Irlanda había varios Obispos, y Columba y su primo partieron y visitaron a un Obispo tras otro.

Pero Columba no les pedía a estos obispos que le dieran su bendición, y su primo Baithéne se preguntaba el por qué.

Columba le dijo:

"Yo deseo la bendición del sacerdocio sólo de un hombre muy santo."

"Los Obispos que hemos visitado y visto, tienen hermosas iglesias y tienen mucho saber, pero estoy buscando un Obispo a quien Dios le ha dado poderes especiales de santidad."

"Así que debemos seguir buscando y visitar otros Obispos, hasta que encontremos al hombre correcto."

Y un día Columba y su primo llegaron a una región donde habían oído que vivía un Obispo de gran Santidad.

Columba y su primo sólo vieron a un anciano campesino que estaba arando el campo con los caballos que tiraban del arado; y el campesino no les prestó atención, y siguió arando con sus ojos fijos en el surco.

Columba comentó a su primo:

"Quizás se dé cuenta de nosotros si le saco uno de sus caballos."

Y fue y sacó un caballo del arado, pero el anciano campesino siguió arando con un sólo caballo por un rato, y entonces apareció un ciervo del bosque, y el anciano lo llamó, éste se acercó, y el anciano le puso el arnés del arado, y así siguió arando con un caballo y un ciervo.

Cuando todo el campo estuvo arado, y le agradeció ir al ciervo y lo dejó volver, otra vez, al bosque.

Columba dijo:

"¡Éste es, por cierto, un hombre santo, porque un ciervo salvaje del bosque quiere tirar del arado por él."

Y cuando el campo estuvo arado, el campesino se les acercó y los saludó; él era, realmente, el Obispo y Columba le pidió que le diera a él y a su primo la bendición del sacerdocio.

Fueron juntos a una pequeña iglesia de madera y allí Columba y Baithéne recibieron la bendición y fueron ordenados sacerdotes.

Columba y Baithéne dejaron al Obispo y siguieron viajando.

Mientras viajaban se encontraron con dos hombres, hombres pobremente vestidos, con ropas que apenas si eran mejores que harapos.

A uno de estos hombres se lo veía como si hubiera tenido mucho dinero y que se lo había gastado rápidamente, apostando o bebiendo; el otro hombre

parecía como que sería cuidadoso con el dinero si lo tuviera.

Ambos pobres hombres, sostenían su mano y le pedían a Columba una limosna, por favor.

Sucedío algo extraño sucedió; al hombre que parecía que era descuidado con el dinero, Columba le dio una moneda de oro, del valor de una libra, pero al otro hombre que no gastaría el dinero tan fácilmente, Columba le dio sólo un centavo.

Baithéne no lo entendió, y le dijo a Columba:

"Seguramente te has equivocado, deberías haberle dado la moneda de oro al hombre que no la iba a gastar en cosas tontas."

Pero Columba respondió:

"Ya verás, sólo espera; con el tiempo te darás cuenta que tuve razón, y que no he cometido un error."

05 *Estos dos mendigos también viajaban por la ruta en la que Columba y Baithéne caminaban, pero los perdieron de vista porque caminaban más rápido y se adelantaron.*

Al día siguiente, Columba y su primo llegaron a un pueblo en el que había gente parada en la calle y comentaban:

"Ayer en la noche ocurrió algo extraño."

"Un mendigo, vestido en viejos harapos, se cayó en el borde de la ruta, y murió."

"Cuando levantamos su cuerpo sentimos un pesado bullo bajo sus harapos, y tomamos su cinto y descubrimos que estaba llena de monedas de oro y plata."

el profanador de textos

Pensemos en esto, un mendigo en harapos que tenía una fortuna bajo sus ropas.

Y Columba le dijo a su primo:

"Te das cuenta, éste era el hombre que siempre parecía cuidadoso con su dinero.

"Pero realmente tenía muchísimo dinero, pero no comería bien o se vestiría bien, y no ayudaría a nadie con su dinero; no, él pediría más limosna, para tener más.

"Por eso hice bien en darle a este hombre sólo un centavo."

Y siguieron viajando, y al llegar al siguiente pueblo, había en este pueblo una posada.

Columba y Baithéne entraron en ella y allí vieron a otro mendigo.

Estaba comiendo un buen almuerzo, pero no estaba solo; había pedido a otras personas que fueran sus invitados, y que él pagaba por todo lo que se comiera y bebiera, usando el dinero que le había dado Columba.

Columba le dijo a su primo:

"Ves, este hombre no sólo piensa en sí mismo cuando tiene dinero para gastar, él deja que otros tengan un agradable tiempo con él.

"Y es por eso que le di la moneda de oro."

Baithéne se maravillaba de Columba, de que él podía ver lo que había en los corazones de los hombres.

Columba y Baithéne continuaron con su viaje y llegaron a un reinado que estaba gobernado por un rey llamado Congalach,⁵ y este rey era famoso y era conocido por ser la persona más tacaña en toda Irlanda, no por las acciones que había hecho ni por la sabiduría que poseyera.

⁵ Congalach: Uno de los doce 'reyes de Irlanda' de los Anales del Ulster, alrededor de 944 a 956. [n. del pr.]

Nunca, en toda su vida, le había dado algo a alguien; un hombre pobre podía morir de hambre delante del rey Congalach, sin que el rey no le diera ni un pedazo de pan.

Esa era la única fama del rey Congalach.

Y por ese reino viajaban Columba y Baithéne, y cuando llegaron a un río, escucharon el sonido de cuernos de caza, allí venía el rey Congalach, cabalgando con sus cazadores.

Y viendo al rey de lejos, Columba le dijo a su primo:

"Allí viene un hombre que tiene muy poco tiempo de vida, y si no hace algo bueno antes de morir, los demonios vendrán a llevarte su alma."

Y Baithéne dijo:

"¿Que buena acción puede hacer si sólo tiene muy poco tiempo de vida?"

Y Columba le contestó:

*"El aún puede dar algo para los pobres, le pediré su manto para que un pobre tenga algo para abrigarse en los días de mucho frío."*⁶

Baithéne le dijo:

"Congalach antes tiraría su manto al río antes que dárselo a un pobre."

"Igual le preguntaré," —dijo Columba.

Mientras hablaban, el rey Congalach y sus hombres se acercaban, y Columba saltó delante del rey y su caballo.

El animal se encabritó y el rey, desprevenido, se cayó, y estaba muy enojado.

Entonces, Columba le dijo:

"Dios te bendiga, rey Congalach, y en el nombre de Dios, ¡dame tu manto para cubrir a uno de los pobres de tu país!"

El rey le gritó furioso:

"¡No obtendrás mi manto!"

"A los dos los pasare por mi espada.

"¡Traedme mi espada!"

Pero el rey estaba tan furioso que no esperó que el paje le diera la espada, vio una piedra filosa en el río, y se metió en el para tomarla, y tirársela a Columba.

Y al hacerlo esto, el manto se cayó de sus hombros, y fue a parar al suelo; pero el rey no se dio cuenta.

Se inclinó para tomar la piedra y, entonces, se resbaló, cayó al agua, se golpeó la cabeza, y murió.

Y mientras los hombres del rey se apresuraron a socorrerlo y sacar su cuerpo fuera del río, Columba tomó el manto que quedó tirado en el suelo, y dijo:

"Este es el regalo del rey Congalach que me da a mí para los pobres."

Los hombres del rey lo miraron con ira, pero no le hicieron daño; ellos habían visto lo que le había pasado al rey y tenían mucho miedo.

Pero ellos no vieron lo que Columba vio.

Columba vio una horda de demonios que venían por el alma del rey Congalach, ellos gritaron:

⁶ Con todo respeto a Charles Kovacs, esta es una escena de la vida de san Francisco de Asís. ¿O los hagiógrafos de san Francisco la copiaron? [n. del pr.]

el profanador de textos

“¡Él nos pertenece, él nunca hizo una buena acción en su vida!”

Pero Columba les respondió:

“No, él no es suyo, él hizo una buena acción, él me dio su manto para los pobres.”

“Él no lo quería dar,” —respondieron los demonios.

“Quizás no lo quería hacer, pero lo hizo, y eso es todo lo que importa.”

Y Columba colocó el manto sobre el cuerpo del rey, y los demonios vieron el poder de Dios en Columba y huyeron.

Dejaron el alma del rey Congalach, para que pudiese elevarse hacia Dios.

Así fue como Columba salvó el alma de un rey.

06 Todo lo que les conté sobre Columba, ocurrió en Irlanda, el país donde nació, y Columba amaba su madre patria, él amaba a Irlanda.

Algo ocurrió que hizo que dejara Irlanda, y que no volviera nunca más.

Columba se hizo monje, como sabemos, y siendo un monje se fue al monasterio de Movilla, a vivir junto otros monjes bajo la autoridad de un abad, que era el hermano mayor de los monjes.

Pero este abad, su nombre era Finnian, no era como el abad con el que Columba había sido estudiante.

El abad Finnian era un hombre muy orgulloso, un hombre que pensaba en sí mismo como una persona muy importante.

Había dos razones por las que el abad Finnian estaba tan orgulloso.

La primera razón era que el más poderoso de todos los reyes de Irlanda, el rey Diarmait,⁷ el rey de Tara, era su amigo, e iba a menudo a visitar al abad.

La segunda razón es que tenía un cierto libro.

En aquel entonces, hace mucho tiempo, no existía la imprenta, y no eran producidos por máquinas.

No, todos los libros debían ser copiados a mano, y este trabajo era hecho por los monjes; y llevaba mucho tiempo y paciencia copiar a mano un libro bien grueso, y por eso tenían mucho valor.

El abad Finnian había recibido un libro como regalo, un libro que provenía de un monasterio de Francia, y era el libro más hermoso que nunca se había visto en Irlanda.

El libro era un Salterio, con hermosas escrituras y hermosos dibujos, y era un libro que contenía una gran sabiduría y conocimiento.

El abad Finnian estaba muy orgulloso de poseer un libro tan hermoso, más que cualquier libro en toda Irlanda.

El abad estaba tan orgulloso del libro que mandó a un monje para invitar al rey Diarmait para que lo viera.

Mientras los monjes se preparaban para la visita real, el precioso libro estaba guardado en un cuarto especial del monasterio, la biblioteca y sala de lectura.

Columba pidió permiso para ir a ver y leer el libro. Y el abad Finnian dijo:

“Está bien, míralo, es un libro hermoso.”

Columba fue a la sala donde estaba el libro y lo leyó, y mientras lo leía pensó que ese era un libro que todo sacerdote, todo monje en Irlanda debería conocer,

⁷ Diarmait mac Cerbaill (-ca. 565): Rey de Tara o rey supremo de Irlanda, el último Gran Rey en seguir los rituales paganos de inauguración, el 'ban-feis' o matrimonio con la diosa de la Tierra. [n. del pr.]

está lleno de sabiduría, pero sólo hay un ejemplar, y sólo los monjes de este monasterio pueden leerlo, pero si hago una copia, si copio este libro, esta copia puede ser dada a otro monasterio, y así otros puedan aprender de él.

Por lo que Columba tomó el preciado libro del abad Finnian, y se fue a su pequeña celda del monasterio, donde tenía papel y lápices y tintas de diferentes colores, y comenzó a copiar el precioso libro.

Columba tenía un animal favorito, un pájaro, una grulla.

La grulla estaba siempre con él, donde quiera que fuera, y le hacía compañía mientras estaba escribiendo y copiando el libro del abad Finnian.

Columba estaba tan concentrado con su trabajo que nunca levantaba la vista y no pensaba en nada más que en lo que estaba haciendo.

Las horas pasaron, tocó la campana de la cena para todos los monjes, para que cenaran juntos en el gran salón del monasterio.

Pero Columba ni se dio cuenta de la campana y siguió escribiendo; se hizo la noche oscura, la grulla tomó con su pico una vela del estante, y se la llevó a Columba, quien prendió la vela y siguió escribiendo.

Volvió a sonar la campana anunciando que era la hora de ir a descansar, y todos se fueron a dormir, pero aún había luz en la celda de Columba.

Y un monje fue a ver al abad y le contó sobre ello.

El abad Finnian quedó intrigado, y se fue a averiguarlo.

En la puerta de la celda de Columba estaba la grulla haciendo guardia, y cuando el abad intentó abrirla, la grulla le picoteó con su largo y afilado pico.

Le picoteó en la rodilla, y el pico se clavó a través de del grueso hábito, y le hirió tan malamente que el abad comenzó a renguear.

el profanador de textos

El abad estaba muy enojado, pero estaba todavía curioso de lo que hacía Columba, así que mandó a un monje, pero la grulla aún estaba de guardia.

Y cuando el monje intentó abrir la puerta, le picó en la mejilla, y era un feo corte con sangre saliendo de su herida de la cara del pobre hombre.

Columba no se dio cuenta de nada de todo esto, él escribía y copiaba el libro.

Pero cuando el monje había intentado entrar por la puerta pudo echar una mirada en lo que hacía Columba, él había visto que estaba copiando el hermoso libro.

El abad Finnian no estaba contento con esto, él quería ser el único que tuviera este libro, y no le había dado permiso a Columba para que lo copiara.

Así que el abad despertó a otro monje y juntos abrieron la puerta de la celda de Columba, ahuyentaron a la grulla, y entraron.

Pero Columba no se dió cuenta de esto, estaba en las últimas líneas, y sólo entonces, cuando terminó de escribir, sólo entonces, levantó la vista y vio al abad Finnian enojado y a los otros monjes.

Columba estaba muy cansado, tan cansado que no se preocupó por el abad, así que puso sus papeles que había escrito amorosamente juntos y dijo:

“Buenas noches, abad.”

“Escucharás más sobre esto” —dijo el furioso abad y salió, y los otros salieron con él.

Columba se fue a dormir pero supo que estaba en problemas.

07 Cuando Columba se fue a dormir esa noche supo que tendría problemas al día siguiente,

porque había copiado el libro del abad Finnian sin el permiso de él.⁸

Columba pudo escuchar los ruidos de los cascos afuera, que le decía que el rey Diarmait de Tara había llegado, se levantó y esperó a que lo llamaran ante el rey y el abad, y se preguntaba qué es lo que diría.

Después de un largo rato, llegó un monje y dijo:

“El abad y el rey Diarmait están en el gran salón y quieren verte sobre el libro que has copiado.”

Por lo tanto Columba tomó la copia que había hecho y con ella fue al gran salón del monasterio.

Y vio al rey y al abad sentados en sillas altas, y los monjes y la corte del rey estaban alrededor de ellos.

El abad Finnian le dijo directamente:

“Columba, tú has copiado un libro que me han enviado a mí, un libro que me pertenece, y lo copiaste sin mi permiso, has hecho algo muy errado por cierto.

“Dime, ¿por qué lo hiciste?”

Y Columba contestó:

“Hay gran conocimiento y sabiduría en este libro y mucha gente anhela aprender ese conocimiento y sabiduría; por eso hice una copia para la gente que está fuera de este monasterio.”

Y el abad dijo:

“La gente que quiera leer este libro, tendrá que venir a este monasterio, y tanta gente

⁸ La historia real (si fuera posible conocerla) es que Columba copió el libro con autorización (llevaba muchísimo tiempo copiar un libro) y la disputa fue sobre quién se quedaría con la copia, si el abad o Columba. [n. del pr.]

como venga, mi monasterio se hará famoso, en Irlanda y en todo el mundo.”

Columba le respondió:

“Es muy egoísta de su parte, abad, hacer venir la gente todo este camino hasta acá, sólo para que su monasterio sea famoso.

“Estoy contento de haber hecho esta copia.

“Abandono el monasterio, y me llevo mi copia conmigo, no será sólo aquí donde esté el libro.”

“¡Qué! —gritó el abad—, ¿crees que te llevarás la copia contigo?

“¡Nunca! Debes dejar la copia aquí, no te pertenece, me pertenece a mí.”

Y Columba replicó:

“He estado escribiendo todo el día y parte de la noche para hacer esta copia, es todo mi trabajo, por lo que me pertenece.”

“¡No! —dijo el abad—, “el libro que yo tengo es como un padre, y la copia que hiciste es el hijo de ese padre, y así como el hijo pertenece al padre y no debes apartarlo de él, así la copia que hiciste es un libro-hijo, que no debe alejarse del libro-padre.”

Columba se volvió hacia el rey Diarmait y dijo:

“Rey, escribes las leyes y son tus leyes, ves en ellas que todas las cosas están hechas con justicia en tu reino, dile al abad que el libro es mío, porque yo lo he escrito, es mi trabajo.”

Pero el rey dijo:

el profanador de textos

"No, estás en un error, si un hombre tiene una vaca y la vaca tiene un ternero, el ternero también pertenece al hombre."

"El libro que hiciste es como el ternero y el libro del abad Finnian es como la vaca, y así l copia le pertenece a él, y debe quedarse aquí en el monasterio."

"¡No te lo puedes llevar!"

Columba se dio vuelta y salió del gran salón y estaba terriblemente enojado, porque pensó que la ley del rey no era justa.

Y dejó el monasterio y volvió con su familia, a su propia gente, que recuerdan eran también reyes.

Y cuando sus padres y hermanos escucharon sobre el juicio del rey Diarmait, todos estaban de acuerdo que era un juicio errado y dijeron:

"No dejaremos a nuestro querido Columba ser tratado tan injustamente por el rey Diarmait."

"¡Pelearemos! iremos a la guerra y tomaremos el libro de Columba de sus manos."

Y Columba en su enojo se olvidó que era un sacerdote de Dios, que debía llevar la paz y no la guerra a la gente, dijo:

"Sí, vayan y combatan contra este rey que no sabe que un libro no es lo mismo que un ternero."

Y así resultó que la gente de Columba fue a la guerra contra el rey Diarmait, por la disputa del libro.

08 La gente fue a la guerra contra el rey Diarmait y Columba fue con ellos.

Como sacerdote no podía ir a la batalla misma; a los sacerdotes no se les permite llevar armas, ni espada, ni lanzas, y no se les permite pelear.

Pero Columba fue para ver la batalla, y alegrarse cuando el rey Diarmait fuera derrotado.

Y los dos ejércitos, los soldados del rey Diarmait y los soldados de Columba se encontraron ante un río, y pelearon una terrible batalla.

La batalla duró varias horas, y tres mil hombres perdieron la vida y, al final, los soldados del rey Diarmait fueron derrotados, perdieron la batalla, y aquellos que aún estaban con vida huyeron, y también el mismo rey huyó para salvarse.

Columba, que había observado la batalla, vio a uno de sus propios hombres, volviendo victorioso, sosteniendo una lanza que estaba roja de sangre de algún enemigo, que había matado.

Y en aquel momento, Columba se sintió terriblemente triste, se sintió tan horrorizado por toda esta matanza y muertes que había provocado que no quiso ni oír ni ver nada más de ello.

Vio un bote en el río y se subió en el bote, y se fue por el río hasta que estuvo bien lejos del lugar de tantas muertes, donde había praderas verdes alrededor y el agua corría clara.

Y Columba escuchó repiquetear unas campanas de iglesia, dejó el bote en la orilla, y fue hasta el templo.

Allí vio al hombre santo que una vez le dio la bendición del sacerdocio, y se sentaron juntos en la iglesia y hablaron largamente.

Columba le contó al anciano de la terrible batalla que él había visto recién, y dijo:

"No es mi culpa de que hubiera esta batalla, es la falta del rey Diarmait que dio un juicio injusto."

Y el hombre santo replicó:

"Piensa en ello, Columba."

"Quizás el rey Diarmait fue injusto, pero ¿fue justo que tú, siendo un sacerdote, causaras una guerra?"

"Piensa en los tres mil hombres que aún estarían con vida si no hubieses estado tan orgulloso de tu obra, y te hubieras rendido y dejado que el abad se quedara con el libro."

Y Columba protestó:

"¡Pero yo tenía razón y el rey estaba errado!"

Dejó al hombre santo, pero mientras se alejaba, comenzó a dudar de que hubiese hecho lo correcto.

Columba fue a una pequeña cabaña donde podía estar consigo mismo, sin gente alrededor.

Pero tenía compañía; la grulla, que había venido con él, y descansaba sobre el techo de la cabaña; un pequeño chochín⁹ que entró en la cabaña y le cantaba; y un gato vagabundo que mantenía lejos a los ratones.

También había una pequeña mosca; cuando Columba estaba leyendo un libro la mosca se posaba en la página que estaba leyendo y marcaba la línea o la palabra donde paraba de leer, cuando él tenía otra cosa que hacer.

Columba estaba muy contento con estos tres compañeros que tenía en la cabaña, el chochín, el gato y la mosca.

Pero un día el chochín, que sólo se alimenta de insectos, voló sobre la mosca y la cazó; y cuando estaba por el aire, el gato saltó y cazó al chochín entre sus garras.

⁹ chochín común: Pájaro de tamaño pequeño, aspecto compacto, cabeza voluminosa y cola corta, de canto melodioso y sorprendentemente potente, estricto insectívoro, que construye un curioso y elaborado nido en forma de globo. [n. del pr.]

el profanador de textos

Columba gritó:

“Oh, Dios del cielo, por favor no dejes que se destruyan entre ellos.”

El gato abrió sus garras y dejó que el chochín volara, y el chochín abrió su pico y dejó que volara la mosca y descansara en la mano de Columba.

Columba pensó que cuando los hombres pelean no son mejores que estos animales, que estaban a punto de matarse entre sí.

Pero Dios me ha mostrado que Él quiere paz y no la guerra en el mundo, y ahora sé que estuve equivocado al causar la muerte de tres mil hombres.

Debo ir y encontrar al hombre santo de Irlanda, el más santo de los santos, y para que me diga que penitencia debo hacer por haber causado la muerte de tantos.

09 Columba llegó hasta un hombre santo llamado Molaise,¹⁰ y le dijo:

“He hecho una gran injusticia, causé un gran derramamiento de sangre, y muchos hombres han muerto por mi causa, y merezco ser castigado.

“Vine para que me digas cual es mi castigo.”

Y Molaise preguntó:

“Cuéntame todo lo que ha pasado.”

Columba le contó toda la historia del libro, del juicio del rey Diarmait, y de la batalla.

Y el hombre santo dijo:

“Aunque el juicio del rey Diarmait estaba equivocado, el error que tu cometiste fue peor, porque tú eres un sacerdote de Dios, un siervo de Jesucristo, y eso significa que no debes causar la lucha y derramamiento de sangre entre los hombres.

“Y para enmendar el sufrimiento que causaste y la muerte de tantos hombres en Irlanda, deberás abandonar Irlanda.”

Y Columba le dijo:

“Por cuánto tiempo debo dejar mi patria.”

Y Molaise contestó:

“Por el tiempo en que vivas, nunca en tu vida volverás a ver a Irlanda ni a tu familia otra vez.”

Y cuando Columba escuchó esto, se entristeció profundamente, tan triste que apenas podía hablar, pero al final tartamudeó:

“Sí, acepto la carga que pusiste sobre mí, yo me la merezco.”

Y dejó al hombre santo y se fue junto a su familia para decirles adiós, y a tantos monjes en Irlanda que habían sido sus amigos.

Brotaron muchas lágrimas cuando Columba dijo adiós a toda la gente lo había amado en Irlanda.

Pero entre los monjes, hubo muchos que dijeron:

“Iremos contigo, Columba, no debes irte sólo.”

Y se formó un grupo de once monjes que querían acompañarlo, que dejarían Irlanda para estar con él.

Y llegó el día en que Columba y sus amigos subieron al barco para iniciar su viaje.

Mucha gente, entre parientes u amigos de toda Irlanda habían ido para verlos partir, todos lloraron con tristeza, los saludaban y les deseaban una buena travesía.

No sólo habían hombres; pájaros volaban alrededor del barco desde el mar y la tierra con chillidos tristes, como si ellos también les quisieran decir adiós a Columba y los monjes.

Cuando el barco comenzó a alejarse de la costa, Columba cantó una canción que había compuesto él mismo, una canción de adiós a su tierra natal, a su familia, y a sus amigos, a todo lo que dejaba.

Cuando el viento hincharon las velas y el barco iba siendo llevado más y más lejos.

Llegaron a Escocia y desembarcaron en la punta sur de la península de Kintyre.

Pero como todavía desde ahí veía las costas de Irlanda, decidió abandonar el lugar, y fue hacia la isla de Iona, mucho más al norte de Escocia, desde donde no podía divisar su amada patria.

10 Y así Columba y sus compañeros desembarcaron a tierra en la isla de Iona y construyeron pequeñas cabañas y celdas para ellos y comenzaron a construir una iglesia.

La gente de Iona aún no eran cristianos, ellos eran paganos, no conocían ni a Dios ni a Cristo; ellos adoraban al Sol, a la Luna, a las estrellas, y al viento.

Y algún de la gente pagana que vivía en la isla comenzaron a escuchar lo que narraban los monjes, escucharon sobre el Dios verdadero, que está sobre todos los seres humanos, escucharon sobre Cristo, y se hicieron cristianos.

Vivía un hombre muy anciano en Iona, que había sido pagano toda su vida, pero ahora que era tan viejo,

¹⁰ Molaise (ca. 600-ca. 639): Santo irlandés criado en Escocia, vivió la vida de eremita en la isla Holy. En Irlanda fundó una iglesia y fue abad de un monasterio. Abril 18. [n. del pr.]

el profanador de textos

esa muerte fuerte llegó hasta él un día y quiso oír de aquél Dios de los cristianos.

Este anciano era muy respetado por mucha gente de la isla de Iona y los druidas pensaron:

"Si él se vuelve cristiano, mucha gente hará lo mismo, y se perderá nuestra religión.

"Iremos con él, pretendiendo ser sus sirvientes, y nos acercaremos a Columba."

El anciano estaba muy débil como para caminar, tenía que ser llevado en una camilla, y no se dio cuenta que detrás de él venían hombres vestidos como sirvientes, pero eran los druidas.

Así llegaron al lugar donde Columba y sus monjes estaban trabajando y construyendo la iglesia.

Columba se acercó al anciano y cuando lo alcanzó en la camilla, y en el momento en que Columba elevó su mano para darle la bendición al anciano, de repente los druidas se dieron cuenta del poder que Dios le había dado a Columba.

Poderes que eran mayores que sus magias, se asustaron, y escaparon.

Y el anciano escuchó de Columba sobre Cristo el Señor, fue bautizado, y se hizo cristiano.

El anciano murió unos pocos días después, fue enterrado como un cristiano, y su tumba se puede ver aún en Iona.

11 Los druidas, los sacerdotes paganos, dos veces trataron de usar su magia contra Columba y habían fallado y la historia que los druidas habían tratado de dar a la palabra de muerte, la maldición en Columba y que fallaron, esa historia se esparció sobre toda Iona y cuando la gente de Iona escucharon la historia pensaron el dios de Columba debe ser mayor que el o los dioses de los druidas.

Y así más y más gente en Iona iba a Columba y sus monjes y se hacían cristianos.

Pero todavía había algo más que hacia que la gente le temiera a los druidas, pues creían que aún tenían mucho poder, pues poseían un 'pozo de agua encantada' que volvía ciego o sordo a quien bebiera de sus aguas y no creyera en los druidas.

Y mucha gente en Iona estaban eran atemorizados por los druidas y los obedecían y no se atrevían a ir a Columba y escuchar sobre el verdadero Dios.

Y Columba sabía que mientras los druidas tuvieran ese pozo de agua encantada, habría gente que seguiría a los druidas, y los obedecería.

Columba les hizo saber que iría a ese pozo.

Sus propios monjes le pidieron que no fuera contra los druidas, la gente que recién se había cristianizado le advertían que no fuera.

Pero Columba dijo:

"No puedo erradicar a los druidas en esta isla hasta que demuestre que el poder de Cristo es más grande que la maldición que han puesto en el agua."

Pero cuando los druidas escucharon que Columba iría al pozo se pusieron contentos, se regocijaron,

y pensaron que si él no se anima a beber del pozo entonces la gente sabrá que tenemos tal poder que aún Columba nos teme.

Y así cuando Columba llegó al pozo, estaban todos los druidas y muchos de los hombres y mujeres de Iona parados alrededor, y todos estaban curiosos de que era lo que iba a hacer.

Y Columba se arrodilló ante el pozo y oró, hizo la señal de la cruz sobre el pozo, bendijo el agua en el nombre de Jesucristo.

Luego tomó una copa, la llenó con agua del pozo, y la bebió.

Dirigiéndose a la gente a su alrededor, dijo:

"Acérquense y mírenme, el agua no me ha hecho daño."

Y la gente se amontonó a su alrededor y vieron que era verdad.

Columba les dijo:

"Beban ustedes mismos, está bien fresca, agua clara y el cristalina."

Al principio la gente tuvo miedo, pero algunos hombres tomaron coraje y la probaron, y se dieron cuenta que ellos también podían beber el agua sin ser dañados.

Columba, había liberado al pozo de su maldición.

Los druidas perdieron a todos sus seguidores, nadie les temía a ellos, ni les obedecía ya más; y abandonaron Iona y no se sabe adónde se fueron.

12 Ahora que los druidas se habían ido, más y más gente en Iona iba a Columba y se hacían cristianos.

el profanador de textos

Había gente que vivía lejos del lugar donde estaba la iglesia, y Columba envió a sus monjes a esa gente, para que ellos también oyieran sobre Jesucristo.

Dos de sus monjes fueron enviados a una región gobernada por un jefe de clan, casi como un rey, a quien no le gustaban los monjes y ni lo nuevo que enseñaban.

Y menos le gustó cuando los dos monjes fueron hacia él y le dijeron:

“Por favor, nos podría dar una parte de sus tierras, para construir una iglesia?”

El jefe se enojó y les contestó:

“¡Ni en sueños!; desperdiciar una buena tierra en una iglesia para ustedes.

“Si no pueden hacer algo sin su iglesia entonces váyanse y déjenme en paz.”

Los dos monjes estaban muy tristes; tenían la orden de construir una iglesia pero no se les permitía hacerla.

Así que regresaron y narraron lo que había sucedido.

Columba dijo:

“No necesitaban volver a mí, tendrían que haberse quedado allí, porque este jefe cambiará de idea.”

Y los dos monjes asombrados le dijeron:

*“¿Por qué dices que cambiará de idea?
Él dijo que nunca desperdiciaría buena tierra para construir una iglesia en ella.”*

Y Columba les contestó:

“El jefe tienen un hijo joven que cayó enfermo cuando emprendieron el regreso, muy enfermo, puede morir.

“El jefe teme que la enfermedad de su hijo sea el castigo de Dios por no permitir construir vuestra iglesia.

“Y si pueden hacer que su hijo mejore y esté sano otra vez, con mucho gusto, dará su tierra para la iglesia.”

Y los dos monjes se maravillaron grandemente que Columba pudiera ver y saber cosas que ocurrían a muchos, muchos kilómetros de aquí.

Columba les dijo que volvieran a ver al jefe y bendijeran al niño enfermo, y todo estaría bien.

Los dos monjes viajaron todo el camino de vuelta a ver al jefe, a quien encontraron muy triste y preocupado por su hijo enfermo, que no comía en días, y se lo veía tan pálido.

El jefe le pidió a los dos monjes que, por favor, ayudaran a su hijo, que esté sano otra vez, y él les dará la tierra para construir la iglesia.

Y los dos monjes hicieron lo que les había dicho Columba, fueron a ver al hijo enfermo y lo bendijeron.

El color de las mejillas volvió y pudo comer otra vez y en unos pocos días, estaba bien y levantado.

El jefe estaba muy feliz y los monjes pudieron construir la iglesia en su tierra.

Todo ocurrió como Columba había dicho que pasaría.

■ ■ ■

Alrededor de Escocia hay cientos de islas: las Hébridas, las Orcadas, las Shetland y, en todas estas islas, aún había gente pagana, que no habían escuchado sobre Cristo.

Así que Columba envió a sus monjes hacia esas islas.

En grupos de cinco o seis y a veces más, los monjes navegaron en pequeños barcos, debiendo enfrentarse a toda clase de peligros.

Pero también había peligro en el viaje, tormentas repentinas podían hacer naufragar a los pequeños barcos, o el viento podía llevarlos lejos hacia el mar, hasta que ya no sabían dónde estaban o como volver.

Así que los monjes tenían que ser valientes cuando salían en estos viajes; y a la gente de muchos lugares no les gustaban los extraños.

Pero adonde quieran que fueran Columba pensaba en todos ellos de corazón y, por el poder que él tenía, él sabía si algunos de sus monjes estaba en peligro, y rezaba por ellos.

Uno de estos monjes, de nombre era Cormac,¹¹ él navegó fuera de Iona, en un pequeño barco, solo, y llegó tan lejos como las Orcadas y Shetland, islas que están al norte de Escocia y muy lejos de Iona.

La gente allí era ruda y primitivo, pero Cormac fue hacia ellos sólo, y sin armas se ganó sus corazones.

Confiaron en él y con el tiempo, le tomó dos años, la gente de las islas Orcadas y Shetland se hicieron cristianos.

Y Cuando sintió completada su labor y había pequeñas iglesias en todas esas islas al norte de Escocia, regresó Iona para narrarle a Columba de su trabajo.

En el viaje, una tormenta muy fuerte sacudió el barco para todos lados, no se veía más la tierra, y no

¹¹ Existe toda una tradición casi mítica de los monjes irlandeses evangelizando las islas del norte (ver 'el viaje de san Brendan'). Con este nombre sólo existe un abad, del cual Charles Kovacs debe haber tomado el apellido, pero que vivió 200 años después. Feredhach Mac Cormac (-ca. 880): Abad del monasterio de Iona. Durante el apogeo de la abadía, las reliquias de Santa Columba fueron transferidas a Irlanda. [n. del pr.]

el profanador de textos

sabía hacia dónde lo llevaba el viento, más y más lejos, de Escocia, de Irlanda.

Cormac supo que estaba bien adentro en el océano, donde ningún monje ni marinero, habían estado antes.

Pero mientras Cormac estaba aterrado, lejos, en Iona, Columba reunió a sus monjes y les dijo:

"Nuestro querido hermano Cormac está en este momento en peligro de muerte.

"Está lejos en el océano donde nadie ha navegado aún.

"Reunámonos a orar, recemos a Dios todos juntos por él, para que Dios le ayude y le proteja.

"Y que vuelva a salvo a nosotros."

Y todos los monjes se arrodillaron con él y rezaron con todo su corazón.

Y cuando la oración terminó Columba dijo con un tono de alegría:

"Dios ha escuchado nuestra plegaria y Cormac está a salvo, ya cambia el viento, y volverá a nosotros pronto."

Y en ese momento, una brisa comenzó a soplar, y pocos días después vio la costa de la isla de Iona.

Cormac se sorprendió cuando los monjes le narraron que Columba había visto su peligro y los había reunido para orar por él.

13 Los monjes llevaron el mensaje de Cristo a todas las islas distantes alrededor de la costa de Escocia.

Y Columba fue, él mismo, a algunas islas; pero su mayor anhelo era llevar el mensaje de Cristo al continente, a Escocia.

Es cierto que Escocia es parte de una isla, pero es una isla muy grande, separada del continente europeo.

Éste era el principal deseo de Columba, y era mucho más difícil y más peligrosa que el trabajo de los monjes que habían ido a las islas.

Columba partió con unos pocos monjes, navegando primero hasta la isla de Mull, luego siguieron hasta el continente, bajaron a tierra, y continuaron a pie.

Escocia era en esa época un país primitivo, las colinas estaban cubiertas de espesos bosques, no había ciudades grandes, sólo pequeños pueblos por aquí y por allá, o unas pocas cabañas en el bosque, y tampoco había caminos.

Columba y sus compañeros viajaron a través de este país primitivo y llegaron al lago Loch Ness.

Es un lago muy grande y ancho, y querían cruzarlo, pero no veían ni un bote o alguien que los ayudara..

Entonces Columba dijo:

"Puedo ver un bote, pero está al otro lado del lago."

Uno de los monjes se ofreció:

"Nadaré al otro lado y lo traeré aquí."

El monje se tiró al agua y comenzó a nadar en el lago.

Pero cuando el monje estaba a mitad de camino, hubo una gran conmoción en el agua, grandes olas, vientos borrascosos.

Los monjes temieron por su compañero, pero Columba elevó su mano y habló con una calmada y suave voz:

"Que se calmen las aguas y el viento en nombre de Dios."

Y todo se calmó, y el monje en el agua se repuso y alcanzó la otra orilla, consiguió el bote y lo llevó a donde estaban Columba y los otros monjes, y pudieron cruzar remando.

Algunas personas habían visto lo que había pasado, había visto cómo ese hombre había ordenado al agua y al viento calmarse, y el agua y el viento le habían obedecido, y comenzaron a hablar de lo que vieron y la historia se esparció de boca en boca.

La gente de Escocia sabía ahora que un hombre a quien Dios le había dado maravillosos poderes había llegado a sus tierras.

14 Escocia era aún un país salvaje, y la gente era muy ruda también.

Alrededor del lago Loch Ness habitaba la tribu de los 'pictos' que tenían una costumbre: se hacían tatuajes, marcas, sobre su piel.

Es decir, se dibujaban toda clase de diseños en su piel, dibujos que eran permanentes, no se podían ni borrar ni lavar.

Los pictos consideraban hermosos estos dibujos en sus brazos y en sus pechos, como hoy se usan collares, anillos, y demás joyería; y por esos dibujos se los llama 'pictos,' porque en inglés, 'picture' significa 'dibujo.'

Los 'pictos' eran paganos, separados en muchas tribus que mantenían grandes peleas entre sí, y eran gobernados por un rey llamado Bridei.

El rey había oído sobre la llegada de cristianos, monjes cristianos que habían venido a su reino desde el lago Loch Ness, y se sentía molesto con los monjes que llegaron a su tierra.

Al rey Bridei no le interesaba que se cambiaran las creencias de su pueblo; su propio hermano era un druida, un sacerdote de los dioses paganos, el Sol, la Luna, y las estrellas.

el profanador de textos

El rey Bridei había oido que el jefe de estos monjes, Columba, con unas pocas palabras había aplacado las olas y el viento del lago Loch Ness.

El rey lo consideró una persona a quien era conveniente respetar.

Pensó que en lugar de hacerles daño a esta gente, que tienen grandes poderes, lo mejor sería ignorarlos, ni siquiera verlos, ni oír lo que venía a decir.

Así que decidió dejar cerrada la gran puerta, la puerta gruesa de madera del castillo y, aunque golpearon y hasta aporrean la puerta tanto como quieran, el tiempo que quieran, no la abriremos.

Y pensó que cuando los monjes se cansen de esperar afuera, se irán y me dejarán en paz.

Cuando el hombre que estaba parado en la torre del castillo le dijo al rey Bridei que había visto acercarse a algunos monjes hasta el castillo, el rey dio la orden de cerrar la puerta grande y pesada, ponerle el cerrojo, y no debía ser abierta en ningún momento.

Columba y los monjes llegaron a la puerta y la vieron cerrada.

Al principio Columba llamó a la gente de adentro para que la abrieran, pero nada pasaba.

Entonces los monjes golpearon fuerte, pero aún la puerta seguía cerrada.

Entonces Columba fue hacia la puerta e hizo la señal de la Cruz sobre ella y golpeó gentilmente.

En ese momento, la pesada puerta se abrió por sí misma, y Columba y sus amigos entraron.

Y el rey Bridei se acercó apurado a saludar a Columba y a sus monjes, les dio la bienvenida, y los trató con gran respeto, porque él sabía ahora que nadie podía resistir el poder que Dios le había dado a Columba.

Pero el hermano del rey, el druida, aún estaba en contra de los cristianos.

15 Luego que Columba abrió la puerta el rey Bridei le dio la bienvenida a los mojes con gran respeto y hizo sus invitados.

Fueron llevados al salón del castillo donde había un banquete, una gran comida ofrecida para ellos, y Columba se sentó al lado del rey, lo que se consideraba un honor y signo de igual dignidad.

Brocan,¹² el hermano druida del rey, también estaba allí, y él no estaba tan contento de ver a los cristianos tan honrados y respetados, y les quiso mostrar que no les tenía respeto y que no los quería.

El druida tenía una esclava, una pequeña niña raptada de Irlanda, y era una cristiana, capturada por piratas, y vendida al druida

Brocan pidió a su esclava que le sirviera el vino de una gran jarra que tan grande y pesada que la niña apenas podía cargarla.

Columba vio a la niña con la pesada jarra, se levantó para ayudarla, le habló gentilmente y reconoció por la forma de hablar de que ella venía de Irlanda, y supo que era cristiana.

Al ver Brocan a Columba hablando con la niña y ayudándola se puso muy furioso y le gritó a Columba:

“Esta niña es mi esclava, y nadie tiene permitido hablarle sin mi permiso.”

La niña comenzó a llorar, ya que le tenía miedo, temía que el druida la golpeara por hablar con Columba.

Pero Columba tomó su mano y le dijo:

“No temas, pequeña, nadie te hará daño, y con la ayuda de Dios pronto volverás a tu propia tierra, la tierra de tus padres.”

¹² No se encontró referencia alguna. Es muy probable que esta parte de la historia haya sido creada por Charles Kovacs por la reminiscencia del ‘niño raptado’ de san Patricio. [n. del pr.]

Esto puso a Brocan aún más furioso, de un salto tomó la mano de la niña, la llevó hacia él, y le dijo a Columba:

“Te dije que no le hablaras, ella es mi esclava, mi propiedad, y ella nunca volverá a Irlanda, la compré y la voy a tener, te guste o no.”

Columba le dijo a Brocan:

“Escucha lo que voy a decirte, si no le das a esta niña su libertad y la dejas volver a su familia, morirás muy pronto.”

Brocan contestó:

“No creo nada de lo que dices y no liberaré a la niña, ella es mi esclava y se queda mi esclava.”

Entonces Columba dijo:

“Te voy a enseñar a creer en lo que digo. Antes de que termine este banquete, el vaso del que bebes se romperá sin que nadie lo toque, y ésta es la señal de que tu muerte está cerca, su no dejas volver a la niña a su familia.”

Brocan ‘juró por sus dioses’ que mantendría a su esclava, y Columba le dijo al rey Bridei:

“Yo y mis compañeros nos vamos a retirar ahora, te agradecemos por tu recepción y por la comida, pero debemos reiniciar nuestro camino.”

Y así Columba y sus monjes dejaron el castillo del rey Bridei, y la pequeña niña estaba triste de verlos partir y temía lo que le haría ahora su amo.

el profanador de textos

Pero Brocan estaba preocupado por lo que le había dicho Columba, estaba tan preocupado que se olvidó de castigar a la niña por haber hablado con Columba.

16 Mientras Brocan, el druida, se volvía a sentar para continuar con el banquete en el salón del rey Bridei.

■ ■ ■

Columba y sus compañeros dejaron el castillo y continuaron su viaje hasta llegar a un pequeño río de aguas no muy profundas, y comenzaron a vadearon.

Cuando estaban en el medio del río, Columba tomó una piedra del fondo y, sosteniéndola en su mano, se quedó quieto.

No dijo nada y los monjes lo miraron; se preguntaban qué era lo que tenía en mente.

Aún estaban parados en el medio del río cuando les llegó el sonido de un caballo galopando.

Vieron a un jinete, un mensajero del rey, que contó que el vaso lleno de vino que estaba en la mesa delante del druida se había roto de repente sin que lo tocara nadie.

Y cuando Brocan vio eso, se asustó y gritó, temblando de miedo:

“No quiero morir; dejaré ir a la esclava si Columba me salva de la muerte.”

Y el rey, su hermano, mando al jinete tras los monjes.

Columba escuchó el relato, puso la piedra que había tomado del río en la mano del mensajero, y dijo:

“Toma esta piedra y dásela a Brocan, y que la ponga dentro del vino que bebe, y se irá el miedo que lo hace temblar.”

“Pero debe inmediatamente mandarme a la pequeña niña; estaré esperando aquí por ella.”

El mensajero tomó la piedra, cabalgó de regreso, le entregó la piedra a Brocan, el druida, y le comunicó lo que Columba había dicho.

El druida estaba todavía temblando cuando puso la piedra en el vino y bebió; el miedo se fue de él, el temblor paró, empujó a la niña esclava, y le dijo:

“Vete, vete con tus amigos cristianos, no quiero volver a verte más”

El mensajero puso a la niña sobre su caballo y cabalgó hasta el río donde los monjes la estaban esperando.

Y Columba le dijo:

“Iremos ahora a la costa donde un barco nos llevará a Iona, y desde allí te enviaré a tu familia en Irlanda.”

Bajaron a la costa, y subieron al barco.

Mientras tanto Brocan, el druida, había cambiado de parecer, ya no temía por su vida, ya no temblaba más, se sentía bien, y pensó que había sido un tonto en dejar que este monje le asustara, que esa niña le pertenecía; y se decidió ir a recuperarla.

Brocan alcanzó a los monjes cuando el barco estaba por partir.

Brocan gritó:

“Devuélveme a la niña, ella es mi propiedad.”

La niña estaba asustada cuando lo oyó, se aferró a Columba, y él le dijo a ella:

“No tengas miedo, no dejaré que te tenga.”

Y al druida le contestó:

“La niña queda conmigo, no importa lo que hagas.”

Y el druida le respondiendo gritando:

“Entonces no partirás desde aquí, enviaré una neblina y una tormenta para que tu barco no pueda navegar.”

Y entonces el druida invocó su magia y una oscura neblina apareció y rodeó al barco, y un gran viento llegó he hizo que las olas se elevaran bien alto, y le dijo a Columba:

“Dale la esclava al druida, de otra manera no podremos navegar.”

Y Columba respondió:

“El poder de Dios es más grande que toda su magia.”

“Conservaremos a la niña y navegaremos.”

E invocando el nombre de Dios, el barco partió, la neblina desapareció, el viento paró de soplar.

Y el druida miró como se alejaban y no pudo hacer nada.

Columba y sus monjes llegaron a salvo a Iona y más tarde la pequeña niña fue enviada de regreso a Irlanda.

El rey Bridei había visto que el poder de Dios estaba con Columba y pidió a su hermano, el druida, a que se fuera del reino.

Y el rey mismo viajó a Iona y allí se hizo cristiano.

el profanador de textos

17 *Estando otra vez Columba en Iona un día les dijo a sus monjes:*

"Deseo ir a un lugar, a una planicie entre colinas, pero deseo ir sólo, no quiero que nadie vaya conmigo, tampoco quiero que me sigan o me observen mientras estoy allí."

Y todos los monjes dijeron:

"Si quieres estar solo te dejaremos sólo, y nadie te seguirá o tratará de observarte."

Columba partió al lugar deseado.

Pero uno de los monjes, era muy curioso, y se preguntaba por qué les había prohibido que observaran lo que hacía, incluso desde lejos.

Y cuanto más pensaba en eso, se ponía más curioso, y al final hizo lo que se le había prohibido.

Subió a una colina desde donde se podía ver la planicie, la parte en que Columba deseaba estar solo, y lo observó.

Y Columba estaba orando de rodillas, luego extendió sus brazos, levantó la mirada y miró hacia el cielo, todavía arrodillado.

El monje curioso vio algo maravilloso.

En el cielo, sobre Columba, aparecieron ángeles.

Apareció una multitud de ángeles, sus vestiduras eran blancas, sus alas eran blancas, y tenían una luz alrededor de ellos más hermoso que cualquier luz en la tierra.

Y los ángeles bajaron volando y se quedaron alrededor de Columba mientras oraba y le hablaron.

Pero el monje curioso no lo podía oír lo que le decían.

De repente los ángeles elevaron sus alas, como si hubiesen notado que eran observados por alguien

que no tenía derecho, y subieron más y más alto, y desaparecieron.

Y el monje curioso corrió hacia el monasterio, esperando que nadie haya notado su desobediencia, de que espió a Columba.

Poco tiempo después regresó Columba, reunió a todos los monjes y les dijo:

"Algo muy triste ha sucedido hoy.

"Les pedí que nadie me siguiera, sin embargo, uno me desobedeció, y fue y me observó.

"El hacerlo fue algo muy vergonzoso."

Todos los monjes negaron el haber desobedecido. Columba continuó:

"Uno de ustedes ha desobedecido.

"¿Quién fue?"

El monje curioso no pudo seguir ocultándolo, dio un paso adelante, y su cara estaba roja de vergüenza, y dijo:

"Lo siento mucho, fui tras de ti.

"Por favor, por favor, perdóname."

Y Columba dijo:

"Ven quiero hablarte a solas."

Cuando estuvieron solos, Columba dijo:

"Has visto a los ángeles?"

Y el monje respondió:

"Sí, los he visto y fue la visión más maravillosa que he visto."

Columba le comentó:

"Debe haber sido la voluntad de Dios que los hayas podido ver, de otra forma, no los hubieras visto a los ángeles.

"Pero, ahora, te voy a dar una orden que no debe ser desobedecida.

"Mientras yo viva, no le debes decir a nadie lo que has visto; sólo cuando haya muerto tendrás el permiso de decir y comentar sobre lo que has visto."

El monje obedeció a Columba y nunca dijo una palabra sobre lo que había visto hasta años más tarde, cuando Columba había muerto,

Sólo entonces les comentó que lo sucedido a los otros monjes y a Adamnan, el monje que escribió la historia de Columba.

Columba mantuvo el secreto de la visita de los ángeles porque es un favor grande y especial de Dios.

Columba no quería serpreciado por esto, mientras viviera.

18 *Ocurrieron muchas cosas en los años en que Columba y sus monjes vivieron en la isla de Iona.*

Más y más gente de la isla y a lo largo de la costa se hicieron cristianos.

Más y más gente en el continente de Escocia se hicieron cristianos.

Al hacerse más viejo, Columba no pudo seguir viajando, pero sus monjes, sus alumnos, partían y llevaban el mensaje a las colinas y cañadas, y siempre volvían a su gran maestro Columba.

Y el hablar con él les daba nuevas fuerzas y coraje cuando partían otra vez en un nuevo viaje.

Estaban los monjes que habían venido con Columba desde Irlanda, que también envejecían; y había monjes jóvenes, algunos de Irlanda, otros de

el profanador de textos

Escocia, y hasta algunos de Inglaterra, que se habían unido más tarde.

En ese tiempo, la gente de toda Bretaña había oído de Columba, y muchos jóvenes deseaban la vida austera de un monje, si podían tener tal maravilloso maestro.

Columba mismo pensó que ya estaba viejo, vivía aún en su pequeña cabaña de madera, su cama era una piedra grande, y la almohada una piedra más pequeña, pero dos monjes jóvenes estaban siempre sentados afuera de la cabaña por si necesitaba algo.

Un día, Columba salió pero no los miró, miró al cielo, extendió sus brazos, y los dos jóvenes monjes vieron su cara con una expresión de gran alegría.

Pero esta alegría desapareció de repente y vieron cara de Columba terriblemente triste; y no sabían por qué había pasado eso.

Los dos monjes le preguntaron:

“Padre Columba, ¿qué te sucedió?

“Primero te veías tan feliz y contento y luego lleno de pesar.”

Y Columba respondió:

“Es mejor que no lo sepan, por favor, no me pregunten.”

Pero los dos monjes estaban tristes y le pidieron y rogaron, hasta que les contó:

“Sólo se los diré si me prometen mantenerlo en secreto, hasta que haya muerto, sólo entonces se lo podrán decir a los otros monjes.

“Me estoy poniendo viejo, siento una gran nostalgia por el reino de Dios, mi alma desea dejar este mundo, y este cuerpo.

“Le he estado rezando a Dios que me deje partir de esta vida y deje a mi alma elevarse a su reino.

“Cuando salí de mi celda vi un grupo de ángeles descendiendo del cielo y abrieron sus brazos para recibirmee.

“Y pensé que la hora había llegado y volvería a Dios con los ángeles, por eso mi cara estaba tan llena de felicidad.

“Pero los ángeles se detuvieron en su vuelo, ya que Dios escuchó las plegarias de tanta gente de Irlanda, de Escocia, todos rezaron para que yo pudiera vivir más tiempo con ellos.

“Y como la gente rezó con tanto fervor, Dios no les permitió a los ángeles llevar mi alma con ellos y volvieron al cielo sin mí.

“Dijeron que debo vivir otros cuatro años aquí en la Tierra y por eso me puse tan triste.”

Y los monjes dijeron:

“Aunque estás triste, padre Columba, nosotros estamos contentos de que aún puedas estar con nosotros unos pocos años.”

Y Columba dijo:

“Por vuestro bien y por el bien de todos los que oraron por mí, seguiré adelante otros cuatro años y entonces me iré de repente, sin pena y sin enfermedad, y los ángeles vendrán y se unirán conmigo.”

■ ■ ■

Columba vivió aún otros cuatro años en la isla de Iona, y en estos cuatro años su fama se esparció más y más.

Un día atracó un barco en Iona con siete jóvenes y una niña, su piel era oscura; venían desde la India, para ver al hombre santo y hablar con él.

Columba recibió a los visitantes de la India con gran amor.

Había sido un largo viaje, de más de dos años, y no se pudieron adaptar al el clima de Iona, frío y húmedo, viniendo un país cálido.

Y, después de un corto tiempo, todos murieron, los siete, pero murieron contentos ya que habían visto y hablado con Columba.

Aún se puede ver la ‘tumba de los siete’ en Iona.

Ya en el cuarto año, llegó un día en que los monjes dijeron a Columba:

“Hemos construido un granero para almacenar el grano, el trigo y la avena, para después de la cosecha.

“¿Quieres venir, padre Columba, a bendecir el granero, así la comida allí siempre estará protegida por tu bendición?”

Columba caminó hasta el granero y lo bendijo.

Y los monjes regresaron a sus tareas, y Columba caminó lentamente él solo hacia su celda.

Antes de llegar se sintió cansado y se sentó a un lado del camino sobre una piedra.

Y mientras estaba sentado se le acercó un caballo blanco muy viejo; era el viejo caballo que traía la leche al monasterio, puso su cabeza junto al hombro de Columba y él le acarició el hocico.

El monje que debía cuidar del caballo llegó corriendo y, al ver la cabeza del caballo sobre el hombro

el profanador de textos

de Columba, pensó que el animal estaba molestando a su querido maestro.

Quiso mover al caballo, pero Columba le dijo:

“Déjalo, ¿no ves que se está despidiendo?

“Dios le ha mandado a esta muda criatura para decirme adiós, porque hoy voy a dejar este mundo.”

Columba acarició al caballo con ternura, se levantó y siguió caminando.

Fue al salón de escritura del monasterio.

Había un libro que él había estado copiando por muchos días: la Biblia.

Y copió las últimas líneas que escribió en su vida:

“Aquellos que buscan a Dios con su corazón, nunca tendrán la carencia de las cosas buenas.”

Luego fue a descansar a su celda y, al hacerse la hora de vísperas, fue a la iglesia a decir sus oraciones, junto a los otros monjes.

Todos los monjes miraron a su maestro, a ese hombre santo, con lágrimas en sus ojos.

Columba parado en el medio, quiso levantar su mano para bendecirlos, pero no tenía suficiente fuerza, así que un monje se adelantó y lo ayudó.

Columba sin decir una sola palabra los bendijo, y en ese momento su alma dejó su cuerpo.

Durante tres días el cuerpo descansó en la sala del monasterio y durante estos tres días una terrible tormenta rodeó Iona.

Al cuarto día, cuando Columba fue enterrado, el mar se calmó, y volvió un cálido sol brilló en el cielo.

Aunque Columba murió, todo el bien que había hecho sigue estando vivo, y su nombre nunca será olvidado en Escocia. ♣♣

[i:16] san Jerónimo y el león

[Dalmacia/Belén (342-420)] Occidente: Septiembre 30. Oriente: Junio 15

Las puertas del monasterio estaban siempre abiertas día y noche, así que a cualquier hora podían llegar los que viajaban a través del desierto, y se les daba agua, alimentos, y refugio por la noche.

Una de esas noches atravesó la puerta un visitante que nadie había esperado, un gran león.

Al principio, cuando los monjes vieron a este gran animal caminando se asustaron.

Pero Jerónimo dijo:

“¿No le ver? ¡Está cojeando! Necesita nuestra ayuda!”

Se acercó al animal y vio que tenía una afilada espina en una de sus patas delanteras, y el león levantó su pata herida como pidiendo ayuda.

Jerónimo tomó la pata y lenta, muy lentamente, sacó la espina, y luego vendó la herida.

Y el león, como si supiera que estaba entre amigos, se echó pacíficamente; y por unos días se quedó allí echado, y los monjes le llevaban comida.

Finalmente, Jerónimo le sacó la venda; la herida había sanado.

Todos pensaron que el león volvería al desierto, de donde había venido, pero el animal no se fue.

Quería estar con sus nuevos amigos.

Y entonces uno de los monjes dijo:

“Creo que podemos usar este león.”

“Hay un pequeño burro que lleva cada día leña para el fuego desde el bosque hacia el monasterio.

“El burro va por sí mismo al bosque.”

“Allí el leñador, coloca un atado de madera en su lomo, y entonces vuelve a nosotros.”

[i:16:01] Primer encuentro

Vamos a contar la historia de un hombre santo y un león.

El hombre santo se llamaba san Jerónimo.

Ya han oído hablar de los monjes, que han abandonado los placeres de la vida para poder dedicar todo su tiempo, todo su corazón y alma, al servicio de Dios.

Dejaron de lado tener una familia, esposa e hijos, tener dinero u otras posesiones, y vivir en la pobreza.

Toda su vida estaba dedicada a orar y servir y ayudar a otros.

Jerónimo era monje y vivía con otros monjes en un monasterio, una casa, donde viven los monjes, todos juntos.

Jerónimo era el abad, como se le llama al superior en una comunidad de monjes.

Y el monasterio estaba en las tierras cálidas de África, en el borde del desierto.

el profanador de textos

"Pero en el camino a través del desierto, siempre está el peligro, que algún animal salvaje pueda abalanzarse sobre el burro.

"Pero si el león quisiera ir con él, ningún otro animal salvaje se le atrevería a acercársele."

Jerónimo contestó:

"¡Sí! Creo que al león le gustará ayudarnos en esto."

Y entonces, dirigiéndole al león le dijo:

"¿Quieres mi amigo, salir diariamente con nuestro burro, y ver que él llegue sin ningún daño?"

Y aunque parezca extraño, el león parecía entender, lo que le pedía.

Y cuando el burro salió a la mañana siguiente, el león caminó a su lado.

Y esto fue así por un largo tiempo.

Y el león nunca fracasó en traer de vuelta al burro sano y salvo con su carga de leña para el monasterio.

6- Pero un día, en el que hacia mucho calor en el camino por el desierto, no volvieron a casa, sino que pararon a descansar un momento, y el león se quedó dormido a la sombra de una palmera.

El burro salió en busca de algo para mordisquear, y se alejó más y más del león.

Y justo entonces un grupo de viajeros, vieron al burro.

Los viajeros eran mercaderes, hombres de negocios, y tenían muchos camellos.

Pero cuando vieron al burro y ninguna persona con él se dijeron entre sí:

*"Ese burro parece no pertenecerle a nadie.
"Lo llevaremos con nosotros."*

Y así pusieron un cabestro alrededor del cuello del burro, y se lo llevaron con ellos.

7- Un rato después, el león se despertó, y miró a su alrededor, buscando al burro, pero no había ninguna señal de él.

Con gran pesar, el león corrió de un lado para otro, rugió de desesperación, pero no pudo encontrar al burro.

Y lo que ocurrió después, lo voy a narrar mañana.

[i:16:02] 'Jerónimo y el león.' Segundo encuentro

El león estuvo buscando a su amigo, el burro, por mucho tiempo, ya había pasado la hora en que los dos debían estar de vuelta en la casa.

Y en el monasterio, Jerónimo estaba preocupado.

Fue a la puerta para mirar afuera, por si veía a los animales.

Y entonces vio venir al león, pero sólo.

"¿Dónde está el burro?

"¿Qué ha ocurrido?"

le preguntó Jerónimo.

El pobre león no podía responder, sólo se veía triste e infeliz.

Y entonces uno de los monjes dijo:

"Estoy seguro que el malvado león ha derribado al pobre burro, lo mató, y se comió a la pobre bestia."

Pero Jerónimo dijo:

"No, no debemos pensar en lo peor de nadie, ni siquiera de este león.

"Déjenlo quedarse con nosotros, si él lo desea."

Entonces otro monje dijo:

"Como no tenemos más a nuestro burro para traer la leña del bosque, el león debe ahora hacerlo.

"El trabajo del león será traer nuestra leña al monasterio."

Jerónimo dijo:

"No es realmente la tarea para un león."

"Pero como el león ha perdido de alguna manera al burro, creo que es lo justo, que lo haga y lleve la madera."

Y así se hizo: cada día el león iba a través del desierto y al bosque, donde el leñador colocaba un atado de leña en su lomo, y lo cargaba de regreso al monasterio.

Y cada día el león caminaba por el desierto, miraba a la derecha y a la izquierda, por si veía al burro volver.

Tiempo después, el león vio a lo lejos una nube de polvo.

Un grupo de viajeros venía en su dirección.

El león se escondió detrás de una duna de arena y espero.

Ahora los viajeros que se iban acercando, eran los mercaderes que habían robado al burro, y volvían de su viaje con sus camellos, todos cargados con toda clase de mercadería, jarras de aceite de oliva, barriles de vino, cajas llenas de especies, y también estaba el pequeño burro, con una bolsa de arroz en su lomo.

el profanador de textos

Y cuando el león vio a su amigo, lanzó un poderoso rugido, y se lanzó brincando hacia los viajeros.

Los mercaderes dieron una mirada a la gran bestia amarilla, que se acercaba rugiendo hacia ellos, entonces se dispersaron y corrieron en todas direcciones.

El león no les prestó atención a las corridas de los hombres en absoluto, él ahora ronroneó con alegría de haber encontrado a su amigo otra vez.

El burro también estaba contento de ver al león, y los dos tomaron el rumbo hacia el monasterio, y todos los camellos que los mercaderes habían dejado atrás, siguieron al burro.

Y así Jerónimo y sus monjes, vieron con sorpresa, no sólo al león y al burro volviendo, sino que detrás de ellos a una larga fila de camellos, llevando mercaderías de valor.

Y Jerónimo dijo a los monjes:

"Ven, el león no ha dañado al burro, lo está trayendo de vuelta, ahora.

"Pero ¿por qué, están esos camellos viniendo con ellos, y quienes son los dueños de estas bolsas, jarros y mercaderías, a quién les pertenece?

"Tenemos que esperar hasta que aparezcan."

Los mercaderes, cuando se recuperaron de su susto, siguieron las huellas de la caravana de camellos y llegaron al monasterio, donde Jerónimo les dio la bienvenida y los atendió.

Ahora tenían que admitir, que ellos habían tomado al burro, y que estaban avergonzados, y quisieron darles toda la mercadería de valor a los monjes, para reparar por haber robado al burro.

Pero el bueno de Jerónimo, se rehusó a tomar nada de ellos; sólo dijo:

"En el futuro no tomen nada que no les pertenece, sería bueno que se puedan disculpar con el león, ya que él es el que más sufrió."

Al día siguiente los mercaderes siguieron su viaje.

Pero los dos amigos, el león y el burro, contentos, volvieron a su antiguo trabajo, trayendo leña al monasterio. ♣♣

[i:17] **san Roque**

[Montpellier (1348-1376)] Agosto 16

En la ciudad de Montpellier, al sur de Francia, vivía una familia de nobles, cuyo nombre hoy se desconoce.

El último heredero de la familia no tenía hijos, y estaba muy preocupado, temiendo que se extinguiese su apellido.

A menudo se dirigía a Dios en la oración, implorando por un hijo varón.

Y después de muchos años su esposa le dio un hijo.

Le puso el nombre de Roque, y su alegría era muy grande.

Al crecer, el niño mostraba ser distinto a los niños de su edad en muchas cosas.

Cuando los otros se dedicaban a sus juegos bulliciosos y hasta a veces desenfrenados, Roque se iba al bosque silencioso.

Daba de comer a los animales, jugaba con ellos, les construía nidos de juncos y musgo a las aves.

Cuando tenía 12 años su padre le dijo:

"Roque, presiento que mi vida terrenal llega a su fin.

"Después de mi muerte, quiero que estés siempre dispuesto a ayudar a los hombres, entonces también tú encontrarás amigos."

el profanador de textos

Poco después falleció el padre, y pronto le siguió también su madre; Roque quedó huérfano.

Vivió durante 3 años con unos parientes, pero cada vez más fue presa de una extraña inquietud.

Le entregó casa y bienes a los parientes, y partió a recorrer el mundo.

Aunque era tan joven aún, se le habían grabado profundamente al corazón los relatos de la vida y obra de Cristo.

Supo que el apóstol Pedro, discípulo del Señor, estaba sepultado en Roma, y se propuso visitar su tumba.

Apenas contaba con 15 años cuando partió y en secreto anheló:

“ojalá pudiese encontrar un maestro como lo tuvo Pedro.”

Dejó su patria con el propósito de servir y ayudar en su camino de peregrinaje.

Durante esta época imperaba en algunas regiones de Italia una terrible enfermedad: la peste.

Quien se contagiaba se cubría de bубones, tenía fiebre alta, y moría al poco tiempo.

Otros quedaban con úlceras, y necesitaban un cuidado prolongado.

Esta enfermedad era sumamente contagiosa, y en pocos días la epidemia cubría toda una ciudad, toda una región.

Muchas veces era difícil para los sobrevivientes dar sepultura a todos los que habían muerto.

De modo que los hombres vivían con gran temor de contagiarose por esa epidemia.

Cuando Roque se encontraba en camino a Italia pasó por una región, donde esta enfermedad causaba estragos.

Pero Roque no sintió temor alguno, ayudó a cuidar enfermos, y a sepultar a los muertos.

De esta manera iba postergando su viaje a la tumba del apóstol.

Roque llegó a la ciudad Aquapendente, que está ubicada en la cordillera de los Apeninos.

Roque se enteró que el hospital de esa ciudad estaba repleto de enfermos atacados por la peste.

Las calles estaban desiertas, nadie se atrevía salir de sus casas.

Sólo los carroajes que recolectaban los cadáveres iban y venían, acompañados por personas completamente cubiertos, pues se creía que si se tenía el cuerpo completamente cubierto por paños, no era atacado por la enfermedad.

Al llegar Roque al hospital, y hacer sonar la campanilla, apareció el conserje Vincent, con la intención de rehusar la entrada a nuevos enfermos, puesto que no había ningún lugar disponible en todo el hospital.

Al abrir la puerta se encontró con un joven hermoso y sano con ropas de peregrino, quien, bien dispuesto le preguntó:

“Señor conserje, yo me llamo Roque.

“¿Me permites ayudarte a cuidar a los enfermos de peste?”

Vincent quedó mudo de asombro por largo rato, luego le preguntó:

“Joven esto no es para ti.

“Aquí tan solo encontrarás a la muerte.”

Vincent sabía, que la peste atacaba preferentemente a los jóvenes.

Para asombro de Vincent, el joven solo rió, mientras decía:

“Señor conserje, no soy principiante en esto de cuidar enfermos con peste.

“En el nombre de Cristo, déjame pasar.
“Pronto verás.”

Vincent se apartó de la puerta.

Quiso preguntarle de donde era oriundo, ya que su voz tenía una tonada diferente.

También quiso preguntarle por qué justo quería hacer este, el peor de todos los trabajos.

Pero, al verlo tan sereno, decidió aceptar su ayuda.

¡Y realmente necesitaba con urgencia aquella ayuda!

Sólo habían dos mujeres viejas y un siervo como ayudantes en aquel hospital.

Por eso hizo pasar a Roque con un ademán casi como una reverencia.

Por toda el lugar resonaban el quejarse y el pedir ayuda, que le eran tan familiares a Roque.

El conserje le mostró las piezas de los enfermos, el lavatorio, la cocina, y entonces comenzó su tarea.

A Vincent le parecía que Roque poseía una docena de manos y dos docenas de piernas.

Corría de aquí para allá, escaleras arriba, escaleras abajo, llevando alimento y té de hierbas, lavando heridas y bубones, buscando agua, espantando moscas, y sobre las brasas de carbón hizo humo de raíces de hierbas para purificar el aire.

Al acercarse la noche, iba quedamente de lecho en lecho, colocando sobre la sien de los enfermos sus manos a manera de cruz, luego hacia lo mismo sobre el pecho, mientras que sus oraciones fluían dentro de los enfermos.

Lo que a Vincent le había parecido imposible, sucedió, y al cabo de pocos días algunos enfermos pudieron ser dados de alta curados, y nuevos enfermos ocuparon su lugar.

el profanador de textos

En breve tiempo se divulgó la noticia del joven que parecía hacer milagros.

Vincent intentó una y otra vez averiguar su lugar de origen, quien era su familia, si tenía padres aún, y donde vivían.

Pero Roque sonreía en silencio, señalando con la mano hacia arriba, indicando que se encontraban en el cielo; nunca quiso dar a conocer su noble ascendencia.

Deseaba ser para todos, tan sólo el hermano Roque.

Cuando después de semanas finalizó la terrible epidemia en la ciudad de Aquapendente, lo llamaron de la cercana ciudad de Cesena.

En vez de proseguir su viaje a Roma, se dirigió entonces al hospital de Cesena.

No se cansó a pesar de que también allí estuvo de pie cuidando, día y noche.

En los breves momentos de descanso, de sueño, su cuerpo se llenaba con nuevas fuerzas de vida, y podía seguir regalándolas.

Hasta en nuestros días puede verse un mural suyo en la catedral de Cesena.

Luego de haber sido vencida la peste en Cesena, Roque finalmente prosiguió su peregrinaje a Roma.

Se había profundizado el brillo de sus ojos y muchas miradas se dirigían a contemplar el joven de pobre atavío de peregrino, cuyo rostro tuvo el poder de consolar a quien con él se encontrase.

En Roma, Roque permaneció largo tiempo frente a la tumba del apóstol.

Ante su visión pasaron la vida y el sufrimiento de Cristo.

Entonces un hombre alto y barbudo se le acercó, y le dijo:

“¡Tú eres Roque!

“Me has cuidado en Aquapendente, y me has salvado de la muerte.”

Y lo abrazó agradecido.

Luego prosiguió hablando:

“Aquí soy siervo y guardián de la tumba del apóstol.

“Hoy me he enterado que el cardenal Bernardo ha enfermado de la peste.

“Lo siento mucho, ya que tiene buen corazón y cordial modo de ser...

“Roque ¿podrías ir a cuidarlo?”

Él contestó sin titubear:

“Nada me agrada más que servir.

“Estoy cansado de viajar y andar, conduícame a su lado.”

Y así fue que Roque cuidó al cardenal, hasta que se curó, ganando así su amistad.

Cierta vez dijo Bernardo a su amigo barbudo:

“Nunca antes me había encontrado con hombre tan devoto.”

Y a Roque le preguntó:

“¿No quieres estudiar en el seminario sacerdotal?

“Te allanaré el camino.”

Roque contestó riéndose:

“Honorable Padre: mi altar es el lecho de los enfermos, mi misa el fregar y limpiar, mi comunión se produce en el cruzar de mis manos.

“Para eso no necesito ni latín, ni estudios, ni repicar de campanas.”

El cardenal aceptó el humor del joven, de modo que no insistió con el sacerdocio.

Y lo dejó con sus enfermos.

Permaneció en Roma cerca de tres años.

Al cabo de este tiempo tuvo noticias que en la ciudad de Piacenza había estallado una epidemia de la peste.

Se puso en camino al norte desde donde había venido, y luego de pasar por Cesena siguió a Piacenza.

Pero esta vez su tarea de enfermero tomó otro curso.

Después de dos semanas de trabajo intenso en el hospital, de repente sintió un vértigo, de modo que ya no pudo mantenerse en pie.

La fiebre de la peste lo había tomado también a él.

Terribles dolores aquejaron su cuerpo, hubiese querido gritar.

Tuvo que recostarse y cayó en extraña inconsciencia.

Su cuerpo se convulsionaba, pero se le apareció una figura angelical, como en sueños, diciéndole:

“Roque, has cuidado a muchos enfermos.

“Ahora tú mismo sobrellevarás y vencerás esta enfermedad.

“Ganarás así nuevas fuerzas.”

A la mañana temprano Roque se obligó a sí mismo a incorporarse y ponerse de pie.

Al sereno que estaba a su lado le dijo:

“He sido llamado por un tiempo, espero regresar pronto.”

Roque no quería molestar el sueño de los otros enfermos con sus gritos de dolor, que apenas pudo dominar ya, y que él mismo podría cuidarse.

Como era época estival se encaminó a un valle de los Apeninos.

Con musgos se preparó un lecho en el bosque.

el profanador de textos

A pesar de sus dolores, de a ratos se puso a construir una choza con ramas.

*En su cuerpo se iban formándose los bubones.
Se abrió un bubón en su muslo, despidiendo el pus.
Durante días lo sacudieron los dolores.*

Nuevamente revivió las imágenes del calvario de Cristo, cuando lo azotaron, cuando le pusieron la corona de espinas, cuando llegó a la cruz, y cuando lo clavarón a la cruz al igual como lo hiciera cerca de la tumba del apóstol.

A Roque le pareció que recién ahora podía sentir el gran dolor de la humanidad.

Cerca de allí pasaban las aguas de un arroyito donde pudo saciar su sed febril, y pudo lavar sus heridas.

No tenía comida pero tampoco deseaba comer.

Cierta vez en que regresaba tambaleante del arroyo a su lecho se le acercó un perro.

Roque lo acarició, y el perro lo siguió hasta el lecho.

En su choza de ramas el perro se acostó a su lado, y Roque lo acarició.

Pero el perro saltó de pronto, como si alguien lo hubiese llamado.

Ladró tres veces y desapareció.

Roque no pudo dar crédito a sus ojos cuando el animal regresó.

Llevaba en su boca un trozo de pan, y lo colocó al lado del enfermo.

¿Qué había pasado?

El perro pertenecía a un terrateniente que vivía en las cercanías, que se llamaba Gothart.

Había sacado el pan de la mesa de su amo sin que nadie se diera cuenta.

Esto lo hizo durante varios días, hasta que Gothart lo notó, y pensó:

“¿Que hace mi perro con el pan, si recibe suficiente comida?”

Al día siguiente esperó hasta que el pícaro se alejara con el pan de la casa de su amo, tomando el camino en dirección al bosque.

Gothart siguió al perro, y así encontró al solitario y enfermo Roque sobre su lecho en la choza de ramas.

Gothart se acercó, pero Roque le pidió:

“No te acerques, estoy enfermo de la peste.”

Sobresaltado Gothart se alejó y regresó a su casa. Pero apenas llegó sintió vergüenza, diciendo:

“Mi perro sirve al pobre hombre y yo me escapé cobardemente.

“Qué noble era el timbre de su voz.

“Dios debe amarlo para que una criatura irracional lo alimente con pan.

“Soy un egoísta temeroso, y sólo estoy pensando en mí mismo.”

De modo que Gothart regresó de inmediato al bosque, atendió y cuidó a Roque.

Pero Roque no aceptó que lo llevara a su casa, junto a su familia y sus siervos.

Motivado por su atención abnegada del enfermo, y las visitas diarias, en las cuales lo acompañaba el fiel perro, Gothart cambió profundamente.

Antes sólo había pensado en una vida cómoda, buena comida y bebida.

Ahora descubrió el amor a su prójimo a través del servir.

Al acercarse el otoño, Roque se había recuperado de la enfermedad.

Regresó a Piacenza, cuidó nuevamente a los enfermos de la peste, hasta que finalmente fue vencida la enfermedad.

Entonces retornó al bosque, y se construyó una celda más firme.

A través del perro que lo había alimentado, había descubierto un profundo cariño hacia los animales.

Pronto tuvo amistad con todos los animales del bosque, que se acercaban sin temor; él les hablaba y los cuidaba cuando era necesario.

Muchos hombres fueron en busca de Roque para recibir allí consuelo y nuevas fuerzas.

Pudo dar buenos consejos a los enfermos, y a muchos les dio hierbas curativas, que había juntado en el bosque y las había secado.

A todos les decía:

“Se servicial con los hombres, pero también con los animales.”

Después de su muerte, miles de hombres, a los que había cuidado y consolado, pensaron:

“Roque no debe ser olvidado.

“Él ha vivido el amor activo.”

Y fue así que la historia de su vida fue contada en muchos países, y que se le diera su nombre a iglesias y hospitales.

Entre las muchas imágenes que lo representan, hasta hay algunos cuadros sobre el altar, donde está con su fiel perro.

Seguramente esto lo llenaría de alegría, que tampoco el fiel animal fuera olvidado, y que esté allí a su lado junto al altar. ♣♣

el profanador de textos

[i:18] san Ciaran

[Irlanda (516-546)] Septiembre 9

Amigo de los animales

01 Ya oyeron sobre la historia de san Patricio que llevó la fe cristiana a Irlanda.

Después de él, hubo muchos irlandeses santos, muchos monjes irlandeses, de los cuales hay hermosísimas leyendas.

Les voy a narrar hoy de estas historias de santos irlandeses, sobre un monje irlandés llamado Ciaran.

02 Ciaran fue un monje que vivió al principio con otros hermanos en un monasterio en Irlanda.

Con el tiempo pensó que podría ser más devoto a Dios, que podría rezar y pensar en Dios con más concentración si vivía por sí mismo en un desierto, abandonando el monasterio, donde no habría gente que lo distrajera.

Un monje que vivía por sí mismo era llamado ermitaño, y ocurría muy a menudo que los monjes iban a lugares donde estaban absolutamente solos; algunos

iban al desierto, algunos elegían una caverna, otros iban a lo profundo del bosque, y vivían en estos lugares solitarios como ermitas.

Ciaran se hizo ermitaño.

03 Dejó el monasterio y se fue a un bosque muy extenso donde apenas si veía a un ser humano, y caminó más y más a lo profundo, hasta que llegó a un lugar cerca de un río, que juzgó que estaba bien para vivir.

Ciaran se sentó bajo un árbol y pensó en construir una cabaña.

Mientras estaba pensando, un cerdo enorme y salvaje se estaba acercando desde la espesura.

El cerdo jamás había visto a un hombre, y se detuvo a Ciaran, que no se movió pero extendió la mano.

El animal salvaje se acercó lentamente y olfateó la mano, Ciaran acarició gentilmente la cabeza peluda del cerdo, y así se hicieron amigos.

Y al cabo de un tiempo el cerdo hasta ayudó a Ciaran, con sus afilados colmillos sacaba ramas del árbol, desarraigaba grandes partes de pasto, y Ciaran construyó la cabaña con las ramas, y los pedazos de pasto y tierra.

04 El cerdo fue el primer amigo que hizo Ciaran en el bosque.

Pero cuando otros animales vieron que Ciaran era bueno y gentil con ellos, y amaba a las criaturas de Dios, también se acercaron a hacerse amigos con el ermitaño.

Llegó un ciervo, luego un lobo y un tejón, y un día también llegó un zorro, y Ciaran hizo que cada uno haga algo para él.

Así que trabajaron juntos como una compañía de monjes.

05 Pero de todos los animales que se unieron a Ciaran, había uno en el que no se podía confiar.

Era el zorro.

Un día Ciaran se alejó de la cabaña con los otros animales; el zorro se quedó a hacer guardia, y vio que Ciaran había dejado sus sandalias de cuero en una esquina de la cabaña.

Y el zorro pensó:

“el cuero huele como si fuese agradable para comer.

“Quizás es un poco duro de masticar, pero tengo dientes afilados.

“Me gustaría morder cuero.”

Y así el zorro agarró las sandalias en su boca y se escapó a su guarida, en lo profundo del bosque.

06 Cuando Ciaran volvió con el cerdo, el ciervo y el tejón, se encontró con que sus sandalias y el zorro se habían ido; y pensó:

“¡Qué cosa vergonzosa hizo!

“Confié en el zorro y ahora se fue con mis sandalias.”

Todos los otros animales parecían como si estuvieran avergonzados por la conducta del zorro, pero el tejón dio un gruñido como si dijera:

“Yo sé lo que hay que hacer.”

Y entonces se alejó.

07 Al cabo de un rato el tejón volvió con el zorro, el zorro tenía las sandalias en su boca, y la correa de cuero estaba comida a mordiscos.

el profanador de textos

El zorro puso las sandalias en el suelo delante de Ciaran meneando la cola, como si dijera:

“Mira que buen amigo soy, te traje de regreso las sandalias.”

Y Ciaran le dijo:

“Te perdonó esta vez, hermano zorro, pero recuerda que en el futuro no tomarás nada sin mi permiso.”

Y así fueron amigos otra vez.

08 Despues de unos años en el bosque, Ciaran retornó al monasterio y se hizo abad, el superior de los otros monjes, que le sirvieron con amor y respeto.

Pero siempre recordaba a sus fieles amigos del bosque. ♣♣

Ciaran y el rey de Tara

01 Les conté la historia de Ciaran, el amigo de los animales, y hoy les voy a narrar otra historia de él, cuando abandonó el bosque y regresó al monasterio.

Había pasado muchos años en oración y adoración en la soledad recibiendo poderes de Dios, que sólo le son dados a hombres muy santos.

Y él usaba estos poderes para ayudar a la gente necesitada.

02 Un día llegó una mujer al monasterio y pidió ver a Ciaran, y cuando lo vio ella rompió en llanto y lloraba tanto que apenas podía hablar.

Ciaran la consoló, la calmó, y al final ella le contó porque estaba tan angustiada; le dijo:

“Mi hijo trabaja para el rey de Tara en Irlanda, y tenía que cuidar los caballos del rey.”

Hace unos pocos días llevó a los caballos afuera a pastar, y entre ellos estaba el caballo favorito del rey, un semental negro.

*“Y mi hijo pensó:
‘Me pregunto cómo será cabalgar el caballo del rey.’”*

“Y montó el semental negro, pero el caballo estaba acostumbrado sólo al rey y a nadie más, se encabritó y mi hijo cayó al suelo.”

“Pero el caballo estaba ahora tan salvaje que saltó la cerca y galopó fuera, y entonces algo terrible pasó.”

“El caballo se cayó en una zanja, y se rompió el cuello, y murió.”

“Cuando mi hijo fue hacia el rey de Tara y le contó lo ocurrido, la cara del rey se transformó como una nube de truenos y gritó:

‘Tú has causado la muerte de mi amado semental negro, y por esto morirás, serás colgado.’”

“Y ahora mi pobre hijo está en prisión esperando que lo ahorquen.”

“Soy viuda, él es mi único hijo, por favor, padre Ciaran, ve y habla con el rey de Tara, para que perdone la vida de mi hijo.”

03 Y Ciaran prometió a la mujer que iría a ver al rey de Tara, y que intentaría salvar a su hijo.

Pero cuando Ciaran llegó a la corte de Tara, encontró al rey aun con un malhumor terrible, y todo lo que el rey pudo decir fue:

“Ese estúpido campesino causó la muerte de mi caballo, y así él debe morir también.”

Entonces Ciaran dijo:

“¿No es acaso la vida de un hombre de más valor que la vida de un caballo?”

“Tu siempre podrás comprar otro caballo, pero la madre del niño, no puede conseguir otro hijo.”

El rey se sintió intrigado y preguntó:

“¿Qué quieres decir con que puedo comprar otro caballo?”

“¿Quién va a pagar por otro caballo tan bueno como mi semental negro?”

“Ese peón de establo no tiene tanto dinero para pagar un caballo como ese.”

Y Ciaran le contestó:

“Si te doy una bolsa llena de oro, ¿dejarías ir al pobre joven?”

Cuando el rey de Tara escuchó sobre una bolsa llena de oro, su avaricia se volvió más grande que su enojo, y exclamó interesado:

“Bueno, un saco lleno de monedas de oro es de más de valor para mí que ver a este niño colgado.”

“Es un trato, si puedes llenar una bolsa con monedas de oro, el niño queda libre.”

el profanador de textos

04 Entonces Ciaran extendió sus manos, dijo una plegaria, y delante del rey de Tara apareció una pila de brillantes monedas de oro.

Y los sirvientes trajeron una bolsa y lo llenaron hasta el borde con las monedas de oro.

El rey se alegró mucho al ver todo ese oro, y dio la orden de dejar libre al muchacho, quien partió al encuentro con su madre.

El rey aún estaba regodeándose en el tesoro, cuando de repente todo el oro desapareció, la bolsa estaba vacía, ya no había ni una simple moneda.

El rey gritó enojado:

“¡Qué es esto!

“¿Dónde está el oro?”

Y Ciaran le respondió:

“Todo oro viene de la tierra y con el tiempo retorna a la tierra.

“Y cuando tú mismo mueras y tu cuerpo retorne a la tierra, ¡oh, rey! tu alma no podrá cargar ningún oro y llevarlo al cielo.

“Pero la bondad, la amabilidad, son tesoros que te llevas al cielo en el alma, son tesoros que llevas contigo ante Dios.”

Cuando el rey escuchó estas palabras, se dio cuenta que primero había sido cruel, y después avaro, y quedó profundamente avergonzado de sí mismo, y le dijo a Ciaran:

“Por favor, reza por mí, y pide a Dios que me perdone.”

Y así Ciaran no sólo salvó la vida a un joven, sino que también pudo enseñar al rey una lección. ♣♣

[i:19] san Francisco de Asís (i) [Italia (1181-1226)] Octubre 4

Francisco como muchacho divertido y alegre

En la ciudad de Asís, en Italia, vivía Francisco, un joven muy alegre.

En el grupo de sus amigos cantaba y hacia bromas.

En todos los castillos a la redonda era huésped visto con agrado, ya que su padre, Pietro Bernardone era el ciudadano más acaudalado del pueblo.

Por entonces la fortuna abría las puertas de las casas de los nobles y los castillos.

Al encontrarse juntos, bebiendo y cantando por las noches, el rico Francisco pagó a menudo el consumo de todos de su propio bolsillo.

A su padre le agradaba que su hijo estuviera bien visto por la juventud y en las casas de los nobles; ya que era tomado por un muchacho divertido.

Su madre, la señora Pica, estaba preocupada que cayese en malas compañías y participase en fechorías.

Francisco la consoló:

“Madre, nada teme más el diablo, como hombre alegre, que cantar.”

Durante las épocas, que su padre se encontraba de viaje, a veces se ausentaba durante meses, ocupado en la adquisición de telas preciosas, Francisco ayudaba en el negocio de telas en casa, atendiendo clientes y vendiendo géneros.

Un día caluroso estaba en el negocio junto a un rollo de tela colorida, atendiendo a un caballero, que deseaba vestirse de seda y terciopelo.

En ese momento se acercó desde la puerta un mendigo vestido con harapos, fue junto a Francisco, y le extendió implorante su mano derecha:

“Señor, una pequeña limosna, por el amor de Cristo.”

Francisco se sintió desagradado al ser molestado en su negocio, y con una palabra dura señaló la puerta al mendigo.

Después de haber recibido el dinero por el pago del paño, y que un siervo se hubiese alejado con su paquete conteniendo la preciosa mercancía, Francisco pesaba en su mano todas aquellas monedas de plata que había recibido.

En ese momento resonó en su interior la voz del mendigo...

“Por favor señor, una pequeña limosna, por el amor de Cristo.”

Francisco sintió vergüenza por haber echado tan rudamente a ese pobre hombre, que le había pedido en el nombre de Cristo.

Dejó caer aquel dinero dentro de su bolsillo y dijo al cortador de géneros:

“En seguida estaré de regreso.”

el profanador de textos

Corrió a la calle y comenzó a buscar al mendigo, calle abajo, calle arriba.

Otros jóvenes que lo conocían lo llamaban diciendo

“Eh, Francisco, ¿bebemos algo?, ya está cerca la noche,”

pero Francisco sólo preguntó agitado:

“¿Habéis visto un mendigo por aquí?”

Y siguió corriendo, de modo que sus amigos que no entendían nada, se tocaron las sienes pensando que estaba loco.

Después que Francisco hubiese recorrido algunas calles, encontró finalmente al mendigo, junto a las jarras de un vendedor de agua.

Éste le estaba echando por misericordia unas gotas de agua dentro del hueco de sus manos.

Durante un momento Francisco contempló esa imagen, pensando:

“Este pobre vendedor le da de su agua, y yo no le he dado nada, lo eché insultándolo.”

Después que el mendigo bebiera Francisco se le acercó, puso la mano en el bolsillo, y extrajo las monedas de plata que recién recibiera del caballero como pago de la venta, y se las colocó al mendigo dentro de sus manos mojadas.

Éste se sobresaltó, al ver tan repentinamente de nuevo al hijo del mercader de telas que lo había echado ante si, y la mitad de las monedas cayeron al suelo.

Francisco se agachó, las juntó, y antes que el mendigo pudiese salir de su turbación, Francisco se las colocó nuevamente en las manos, saliendo luego de prisa de aquel lugar.

El pobre hombre pudo vivir muchos meses con esa dádiva.

Francisco y los mendigos de Roma

Francisco no se sentía dichoso trabajando para aumentar la fortuna de su padre vendiendo telas.

Cada vez le gustaba menos ese trabajo; y pasaba las noches bebiendo y divirtiéndose de buena manera.

Sueños inquietos acechaban su corazón.

Escuchó voces que exclamaban su nombre, sin decirle sin embargo lo que de él querían.

Comenzó a meditar acerca de sí mismo y el mundo, y decidió hacer un viaje a Roma.

Allí quería peregrinar a la tumba del apóstol san Pedro.

Tal vez allí podría recibir una indicación para el camino a tomar en su vida.

Dejó su caballo en casa y vistió una túnica de peregrino.

Sólo puso poco dinero en su bolsillo, para que en su camino no viviese holgadamente.

De tal modo se encaminó, báculo en mano, a la ciudad.

Cuando llegó a Roma, subió los escalones que conducían a la iglesia del apóstol, y allí encontró a muchos mendigos; la mayoría de las personas los esquivaban.

Francisco se dirigió directamente hacia ellos y los obsequió tan abundantemente que casi no le quedaba dinero alguno.

Luego entró a la iglesia¹ del apóstol, vio las costosas vestimentas de misa de los sacerdotes y obispos, y escuchó los hermosos cánticos de los coros en la gran iglesia.

Francisco retornó a los mendigos y pidió a uno de ellos:

¹ Se refiere a la 'antigua Basílica de San Pedro' mandada construir por Constantino I alrededor del 330. La actual 'Basílica de San Pedro' se comenzó a construir en 1506 por orden del Papa Julio II. [n. del pr.]

*“Te ruego, cambia tu ropa por la mía.
Quisiera estar frente a la tumba del apóstol vistiendo tus ropas.”*

El mendigo pensó acerca de las extrañas ideas tenían algunos jóvenes.

Pero como le agradaba la buena túnica de peregrino de Francisco estuvo de acuerdo con el cambio.

Y Francisco vistió los harapos.

Así vestido llegó frente a la tumba de san Pedro, donde sumido en humildad se echó al suelo.

De pronto creyó escuchar una voz interior:

“Francisco, busca al Señor.”

Perplejo, Francisco preguntó:

“¿Cómo puedo hacerlo?”

Pero ya la voz había callado.

Se sentó un rato con los mendigos, y pidió a los transeúnte una limosna, casi siempre en vano.

De noche durmió bajo un puente de piedras.

El viaje de regreso lo hizo pidiendo limosna, recorrió los caminos hasta llegar finalmente a su casa flaco y débil.

Cuando su padre lo vio con ese aspecto, vestido con harapos y mísero, se puso iracundo, creyendo que había sido asaltado por bandidos.

Francisco era muy parco, y su madre temía por él al verlo tan cambiado.

Ella quemó los harapos que había vestido, y colocó al lado de su lecho nuevamente sus buenas ropas.

Ignorabas sus antiguos compinches de festines cuando le dirigían la palabra en las calles de Asís, y rehuía su compañía.

Caminaba horas y horas por los alrededores de la ciudad, solitario y sin rumbo.

el profanador de textos

El leproso

Un día Francisco se encontró con un leproso.
Hasta entonces, había sentido asco y miedo de esa enfermedad.

Tuvo entonces un pensamiento:

“Estos enfermos que son echados de la ciudad también son seres humanos.”

Se sobrepuso a su rechazo instintivo y extendió su mano para saludar al leproso, y mientras sostuvo la del enfermo, se inclinó y la besó.

Preguntó al enfermo:

“¿Hacia dónde vas?”

“A la hora del atardecer voy siempre a las cercanías del muro de la ciudad, donde se colocan restos de comida y a veces un pan.”

Francisco siguió preguntando:

“¿Dónde vives?”

El leproso señaló una colina:

“Vivimos allá, en una casa derrumbada.”

Al día siguiente Francisco sacó su caballo del establo, lo cargó con alimentos, frutas y pan, y llevó todo a la casa de los leprosos.

Llevó también vendas, paños y pomadas calmantes, que había comprado.

No contó de aquello a su padre, ni a su madre.

Ssan Damián

Una madrugada, mientras andaba alejado de la ciudad, Francisco pasó cerca de la pequeña iglesia san Damián, que se encontraba en estado muy precario.

Sintió el impulso de entrar en aquella iglesia.

En la penumbra del amanecer se arrodilló ante la cruz para orar, olvidándose del tiempo.

¿No era acaso de esa cruz de dónde emanaba esa voz que sonaba dentro de él como un eco?

“Francisco, ¿no ves qué destruida se encuentra mi casa?”

“Ve, y repárala nuevamente.”

Y fue como si se derritiese su corazón, y lleno de júbilo contestó:

“Sí, Señor, eso haré con alegría.”

Al incorporarse quedó pensativo:

“¿A qué casa se había referido la voz?”

Y como su vista cayó sobre los agujeros en el techo y el muros de la pequeña iglesia, decidió comenzar en ese lugar, reconstruyéndolo.

En esa época el padre de Francisco se encontraba de viaje.

Así fue que al día siguiente cargó su caballo con rollos de tela, las llevó a la pequeña ciudad de Foligno, vendiéndolas en el mercado.

Con el dinero obtenido por aquella operación se llegó ante el sacerdote de san Damián y le dijo:

“Tomad, Padre, este dinero os regalo, para que con él contratéis albañiles que reparen la iglesia.”

Pero el sacerdote se sobresaltó, temiendo que al padre de Francisco no estuviera de acuerdo, ya que nada sabía de la venta de las telas.

Señaló Francisco entonces un rincón de la iglesia mientras dijo:

“Padre, ¿me permitís quedarme aquí para que yo mismo pueda reparar la iglesia?”

El sacerdote accedió a este pedido, y Francisco comenzó con la reparación del techo.

Mientras tanto su padre había regresado, y preguntó dónde estaba el hijo.

Nadie lo sabía.

La madre dijo:

“Lo último que sabemos de él es que viajó con rollos de telas para vender a Foligno, de donde no ha regresado.”

El padre montó en cólera y rugió:

“¡A este hijo mío le enseñaré, de una vez por todas, la conducta de un buen comerciante.”

En compañía de sus siervos, Pietro Bernardone se fue en busca del desaparecido.@@

Francisco había instalado un lugarcito para dormir en un recoveco del muro de la iglesia de san Damián.

Al acercarse pasos o voces a la iglesia se refugiaba en ese lugar, para que su presencia allí no se conociera, puesto que en todo el pueblo se comentaba su desaparición, y muchas fueron las versiones.

Es posible que alguien lo vierá reparando el techo, puesto que finalmente su padre y los siervos aparecieron un buen día cerca de la iglesia.

Pero no encontraron el escondite.

el profanador de textos

Francisco se asustó al escuchar los bramidos de su padre después de la búsqueda inútil, y aquella noche huyó al bosque, donde se ocultó durante muchos días.

Poco a poco se armó de coraje y se dijo:

“Debo ir ante la presencia de mi padre, revelarle lo que es mi voluntad, y lo que deseo hacer en esta mi nueva vida.”

Pálido y demacrado se dirigió una mañana hacia la ciudad.

Sus ropas estaban hechas trizas por las espinas del bosque.

A penas hubo traspuesto el portal de la ciudad, lo siguieron niños, burlándose de él a los gritos, y arrojándole piedras.

Soportó todo sin defenderse, desapareciendo dentro de la casa de su padre.

Su padre fue a su encuentro muy iracundo.

Apenas Francisco pudo decirle

“Padre, quisiera reconstruir la iglesia de san Damián...”

cuando sintió duros puñetazos.

Francisco cayó al suelo, y después de atarlo de manos y pies con una cadena, el padre lo arrastró a una habitación sin ventana, donde lo dejó tirado en el piso.

Cerró la puerta con llave, la que guardó en su bolsillo.

A la madre cuyo rostro estaba bañado en lágrimas le gritó:

“Regresaré recién mañana.

“Fuiste tú la que lo malcriaste y lo protegíó.

“Ahora necesitará una educación ferrea.”

Luego desapareció Pietro Bernardone.

Durante horas el golpeado yacía atado en la oscuridad, los eslabones de la cadena herían brazos y piernas.

Pero permaneció silencioso en su dolor.

La madre sabía que había una segunda llave para algunas de las habitaciones que servían de depósito para telas.

Y al probarlas tuvo suerte, y pudo abrir la puerta cerrada.

Allí yacía su hijo, al que tanto amaba, inmóvil en su dolor.

Con gran esfuerzo logró liberarlo de las cadenas.

Luego colocó su cabeza en su regazo, acariciándole suavemente el cabello comenzó a consolarlo.

“Dime Francisco ¿Qué es lo que te manda tu corazón?”

“¿Puedo yo ayudarte?”

Con voz muy pausada Francisco respondió:

“Madre, permíteme reconstruir la pequeña iglesia de san Damián.

“Quisiera irme y ser el hermano de los pobres.

“No puedo vivir por más tiempo en la casa de mi padre.”

Reconoció la madre que la voluntad del hijo era indoblegable.

Prometió hablar con el padre, pero opinó que debería por un tiempo hacer la voluntad del padre.

Más adelante podría hablarse entonces con él.

Aquella noche Francisco abandonó su hogar paterno.

Con los miembros doloridos, caminó a la iglesia de san Damián.

Estaba cerrada.

Se sentó en la entrada, y se quedó dormido apaciblemente con el primero trinar de los pajaritos, hasta que lo halló el sacerdote.

Ahora pudo seguir construyéndola, sin ocultarse ya de nadie.

Y entonces dio su vestido

El padre regresó a la casa al día siguiente, pero ya su ira había desaparecido.

La madre habló largamente con él, y confesó haberlo liberado.

Pietro se llenó de ira nuevamente, y corrió a la pequeña iglesia de san Damián.

Encontró a Francisco cantando mientras preparaba la mezcla con el albañil.

El padre quedó perplejo por un momento, y luego se acercó al hijo y gritó:

“Por mi puedes llevar la vida loca que quieras llevar, pero me devolverás el dinero por las telas vendidas en Foligno.”

Francisco contestó:

“Pero padre, todo eso se lo he donado a la iglesia, ya no me pertenece.”

Corrió el padre al obispo del pueblo, y puso una demanda² contra su hijo para que le devuelva el dinero.

Fue entonces que el obispo mandó a buscar a Francisco, citándolo para que el día siguiente se presentara con el dinero.

Y citó también al padre para la misma hora.

² Esto sucede en el siglo XIII, donde el obispo también resolvía en las situaciones civiles. [n. del pr.]

el profanador de textos

En el patio del palacio del obispo se vieron enfrentados padre e hijo.

Francisco había traído consigo la bolsa con el dinero.

El obispo le impuso:

“Francisco, devuelve todo lo que es de tu padre a tu padre.”

Entonces Francisco con serenidad colocó el dinero a los pies de su padre.

Para asombro de los presentes, Francisco se sacó también los zapatos y los colocó al lado del dinero, se sacó su ropa colocándola junto al dinero.

Y el joven desnudo dijo:

“Todo esto te pertenece, Pietro Bernardone, yo entero, desde hoy, pertenezco tan sólo al padre celestial.”

El obispo colocó su manto sobre la espalda del joven para que no esté expuesto a la burla, y un siervo del palacio trajo una larga camisa blanca, como las que se les ponía por entonces a los muertos.

Descalzo y con paso lento Francisco se encaminó hacia el portal de la ciudad.

Nadie más se burló de él.

Delante del portal Francisco se agachó y levantó un trozo de ladrillo, dibujó sobre su pecho una cruz rojiza, y luego siguió andando.

Ahora era libre.

Lo embargaba un júbilo interior.

Camino sin rumbo por las colinas donde crecían los olivos.

Y comenzó a cantar.

A las canciones que había cantado a menudo cuando bebiera con sus amigos, les encontró nuevos textos que le llenaba de dicha el corazón.

Francisco construye

Su caminata, tan dichosa, lo condujo a la aldea de Gubbio.

Al beber agua en el aljibe del pueblo se encontró con un antiguo amigo.

“¿Qué te ha pasado Francisco, has sido atacado por los bandidos?

“Te han robado las ropas?

“Ven, te visto con ropas nuevas.”

El amigo lo llevó a su casa y le dio una humilde túnica, puesto que Francisco rehusó vestir ropas más valiosas.

De buen ánimo regresó en dirección a Asís, hacia la iglesia de san Damián.

Francisco se sentía tan dichoso que en el camino hablaba con las flores, con los árboles, y los pájaros.

Abrazó a un burro de carga que estaba a la vera del camino, llamándolo hermano oreja larga.

Tomó en la mano a un gusano que se retorcía indefenso en el polvo de la carretera diciendo:

“Tragador de tierra, sin pies no hay que cruzar la calle, podría venir un hombre pie plano, aplastándote”

y lo colocó sobre la hierba del prado.

El sacerdote de san Damián se alegró cuando regresó Francisco, y éste le relató que el encuentro con el obispo y su padre había salido bien.

Ahora, siendo libre, pudo seguir trabajando sin temor.

Pero le faltaba una gran cantidad de ladrillos para arreglar los muros en diversos lugares.

Tomó entonces una canasta y se encaminó a Asís.

De casa en casa pidió piedras cortadas que habían quedado sin ser usadas en las construcciones, y como Francisco era tan alegre y trabajaba con tanta dedicación, acompañando su trabajo con el canto, poco a poco la gente misma le llevaba los ladrillos a la iglesia.

Y uno u otro muchacho hasta le ayudaban en los trabajos.

De tal modo al cabo de unos meses la pequeña iglesia de san Damián recibía a sus visitantes con resistentes muros y un techo para ampararse.

A media hora de distancia de Asís, Francisco conocía una capilla, Portiuncula.

Allí había vivido años atrás un eremita.

Ahora estaba sola y abandonada en la planicie.

Tampoco había allí ni misa ni sacerdote.

Francisco decidió quedarse en la celda abandonada, y arreglar a la pequeña iglesia.

Pensaba llevar en ese lugar una vida en pobreza y humildad.

Cierto día al estando Francisco ocupado en la tarea de labrar piedras llegó desde Asís su antiguo amigo Bernardo Quintavalle, y le dice:

“Francisco ¿me permites ayudarte en el trabajo a modo de hermano?”

“Al igual que tú también yo quiero servir a Dios y a los hombres.”

Francisco aceptó.

Pocos días más tarde llegó Pietro de Cattaneo y dijo:

“Francisco, también yo quiero estar contigo, trabajar a tu lado, viviendo en la pobreza, servir a Dios y a los hombres.”

Francisco también lo aceptó como hermano.

el profanador de textos

Vistieron la misma sotana oscura como la que llevaba Francisco, un cinturón, y sandalias.

Un día dijo Francisco a los dos:

"Queridos amigos, si queremos vivir juntos como hermanos, deberíamos tener palabras de guía y una regla de vida por lo cual regirnos."

"Sé que en la iglesia de san Nicolás de Asís está junto al altar, la sagrada escritura,³ el nuevo testamento.

"Debemos ir juntos hacia allá.

"Cada uno de nosotros, uno por uno, abrirá el libro y leerá aquello sobre lo que cae su vista.

"Dios nos ilumine, para que de esta forma encontraremos las palabras guías para nuestra vida."

A la madrugada del día siguiente los tres hermanos oraron en su capilla y luego, a la salida del sol, partieron rumbo a Asís, a la iglesia de san Nicolás.

Bernardo fue el primero, abrió el evangelio, y leyó:

"Si quieres ser íntegro, ve, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres."

Luego Pietro cerró y abrió el libro, y leyó:

"No lleves nada a vuestro camino, ni báculo, ni bolso, ni pan, ni dinero."

Francisco fue el último, abrió una nueva página, y sus ojos cayeron sobre el lugar que decía:

³ Hay que tomar en consideración que en esa época (alrededor del 1200) las Biblia eran copiadas por monjes, que tardaban años, y eran muy escasas. Cuando en 1430, cuando Gutenberg inventó la imprenta de tipos móviles, el primer libro que hizo fue la Biblia, de la que produjo 160 ejemplares en un año. Toda una revolución por el tiempo y el bajo costo. [n. del pr.]

"Quien quiere ser discípulo mío, niéguese a sí mismo, cargue su cruz y sígame."

Rebosante de alegría Francisco dijo:

"Hermanos, estas palabras serán nuestra legislación.

"La señora pobreza será nuestra hermana y para todos aquellos que quieran vivir junto a nosotros.

"¡Vivamos según el evangelio!"

Al año de haber llegado Francisco a Portiuncula, su orden ya contaba de doce integrantes.

Cada uno de ellos se había hecho una pequeña choza de ramas y paja.

¿Qué hacían los hermanos?

Visitaban a los campesinos del lugar, gente humilde, hablaban con ellos, compartían sus preocupaciones, les ayudaban en los trabajos del campo, cuidaban a los enfermos, y predicaban el evangelio.

Fue así que la gente de los alrededores los apreciaba más y más, y los llamaban 'hermanos de la pobreza.'

Ángelo y los tres ladrones

En una de sus caminatas, Francisco había predicado en una plaza abierta.

Se le acercó un joven delgado, finamente vestido y le pidió:

"Francisco ¿me permites acompañarte?

"Quiero ser tu hermano para siempre."

Y Francisco le contestó:

"Tú eres de hogar noble, y aún muy joven.

"Piensa, conmigo está la pobreza, también el hambre, y muchas veces una piedra será tu almohada.

"¿Podrás soportarlo?"

El joven respondió:

"Sí, quisiera intentarlo, ¡llévame contigo!"

Francisco miró dentro de sus ojos implorantes y su rostro noble; sintió alegría por este joven y lo bendijo.

Por sus hermosas facciones, le dio el nombre de Ángelo y le dijo:

"Ven entonces con nosotros, ya encontraremos una sotana marrón para ti."

Francisco caminaba con sus hermanos a menudo por largo tiempo a través de las comarcas de Italia.

Cierta vez, al regresar a Portiuncula, se enteró que tres bandidos vagababan por la región.

Ángelo los había visto cuando estaban asando un cordero robado en una fogata.

Pocos días más tarde se encontraba Ángelo solo en Portiuncula.

Hacia el mediodía los tres bandidos se acercaron a la pequeña iglesia.

Vieron al joven hermano y le dijeron:

"Tenemos sed y hambre.

"Tráenos pan y una jarra de vino."

Ángelo no les tenía miedo y los enfrentó diciendo:

"Bandidos. Les conozco bien.

"¿Cómo se atreven a pedirnos comida a nuestra pobreza, en lugar de trabajar con vuestros brazos robustos?"

"He visto como estaban asando un cordero robado.

el profanador de textos

"Fuera de aquí."

Los tres se miraron asombrados y perplejos, pero ninguno de ellos se atrevió a tocar a Ángelo, y se alejaron silenciosos con cabezas gachas.

Al poco tiempo retornó Francisco, Ángelo y relató con cabeza erguida a Francisco lo sucedido; estaba orgulloso de haberse medido sin miedo con los ladrones.

Cuando finalizó Francisco le dijo:

*"Ángelo, has mostrado un corazón duro
¿crees tú que con tus palabras los has
enmendado siquiera un poquito?
"No, sus corazones se endurecerán más aún.
"Irán y robarán a otros.
"Pronto, toma pan y una jarra de vino, corre
tras ellos.
"Pídeles perdón.
"Y no regreses antes de haberlos encontrado.
"Llévales mis saludos y mi bendición.*

Diles: junto a Francisco siempre encontrarás pan y vino, siempre que lo busquéis."

Ángelo partió de prisa, sintiendo la vergüenza en su corazón.

Encontró a los bandidos a la sombra de un árbol, todavía hambrientos y sedientos.

A esas horas Francisco estaba en la capilla orando por los bandidos.

Ángelo les comunicó las buenas palabras del maestro, repartió el pan y la jarra hizo la ronda.

A la tarde, cuando Francisco llevaba agua a la huerta pequeña que estaban cultivando, vio que Ángelo se acercaba con los tres hombres.

Con voz grave el primero dijo:

*"Francisco, somos hombres malos.
"¿Quieres escuchar nuestros pecados?"*

Francisco dijo:

"Sí, quiero escucharlos, si ustedes quieren escuchar mis pecados a la vez."

Luego entraron a la capilla.

Rompió a llover y empezó a soplar un viento frío. Ya caía la noche cuando salió Francisco solo de la capilla.

Se acercó a la choza de Ángelo y le dijo:

*"Los tres hermanos permanecerán la noche con nosotros, y dormirán en la capilla.
"Por favor colócales un poco de pan y vino sobre el altar junto con un farol.
"Así cobrarán nuevas fuerzas.
"Mientras tanto yo iré a Asís para pedir alimento y bebida en las puertas para mañana."*

Pasó un rato antes que Ángelo consiguiere prender el fuego para encender la lámpara, ya que había gran humedad.

Cuando entró finalmente a la capilla se encontró con que los tres hombres se habían quedado dormidos en el piso alrededor del altar.

Con cuidado colocó la lámpara, el pan a la izquierda, el vino a la derecha.

Encima de cada uno hizo la señal de la cruz, y cerró suavemente la puerta de la capilla.

¿Qué le sucedió a esos bandidos?

Al día siguiente preguntaron a Francisco:

"¿Hermano, nos permites quedar con vosotros?

"¿Quieres enseñarnos como uno puede convertirse en hermano, tan sereno y alegre como tú?"

"Nos gusta aquí.

"Dinos que podemos hacer."

Francisco pensó un rato y luego les contestó:

"Traigan piedras de aquella ladera y construyan un muro alrededor de nuestra huerta pequeña.

"El hermano viento siempre seca el suelo.

"Encontraran allí también hermosas piedras relucientes.

"Si encontraran un trozo de oro, nos compraremos un burro con él."

Entonces los tres se rieron de esta broma de Francisco.

Emprendieron el trabajo con fuerza y perseverancia, y el muro creció día a día.

Se arrepintieron de su vida anterior y se convirtieron en fieles hermanos de Francisco.

El monte La Verna

Cuando Francisco predicó al pueblo en la ciudad de San Leo, estuvo presente también el noble conde Orlando Cataño.

El sermón tocó el corazón del conde y mientras Francisco hablaba de la bendición del silencio y la soledad el conde pensó:

"En las extensas tierras que poseo se encuentra el monte más solitario de toda la comarca: La Verna.

"Podría regalárselo a Francisco y a sus hermanos.

"No hay lugar más retirado.

"Podrían construirse allí un albergue."

el profanador de textos

El conde Orlando se le acercó y le dijo:

"Francisco, quisiera regalarte mi monte en la toscana.

"Es un monte de silenciosa soledad, y se llama La Verna.

"Allí puedes construir tu vivienda."

Como Francisco ya había pasado muchos años como caminante aceptó agradecido aquel regalo.

Le parecía una señal de que debía retirarse por un tiempo a la soledad, lejos de los hombres.

Llevo consigo a sólo tres de sus hermanos: Maseo, Ángelo, y Leo.

Los otros debían actuar mientras tanto por el mundo.

El monte La Verna estaba tan apartado que muchos de los animales que allí vivían nunca antes habían encontrado con un ser humano.

Los pájaros se acercaban sin miedo, y Francisco hablaba con ellos.

Más y más pájaros se acercaron, cantaron y trinaron, para alegría de sus tres compañeros.

Francisco se dirigió en forma de canto a los pájaros:

Vosotros pájaros, queridos hermanos

*¿Quién os ha dado voces para cantar con júbilo?
El creador del mundo.*

*¿Quién os ha dado alas de fino plumaje,
que os posibilitan levantaros alto por los aires?
El creador del mundo.*

*No necesitan sembrar, ni realizar trabajos duros,
por doquier encontrarán granos, frutas e insectos.
Calman la sed en manantiales y fuentes
y bañan vuestro plumaje en los arroyos.*

*¿A quién le deben todo ello?
Al creador del mundo.*

Por eso es que cantan con júbilo.

Así habló Francisco y sus hermanos lo llamaron 'el sermón de los pájaros.'

Él mismo construyó su pequeña choza sobre el monte La Verna, un poco más alejado de la de sus hermanos, para que pudiese dedicarse a sus oraciones y meditaciones en soledad ininterrumpida.

Cierta vez, cuando había extendido sus brazos en oración, un grillo subió por su túnica y se posó sobre su mano, y recién percibió su presencia allí cuando comenzó su concierto.

Francisco sonrió y le dijo al grillo:

"Tu oración es mucho más nítida y pura que la mía."

Durante todos los días en soledad, impuesta por él mismo, uno de los hermanos podía llevarle una jarra con agua y un pedazo de pan.

Una vez, cuando se acercaba el hermano Leo, Francisco estaba completamente ausente con su espíritu.

Leo vio que en pies y manos le fluía sangre donde el cuerpo de Cristo había sido perforado por los clavos.

En su enajenación Francisco había querido seguir al Cristo en todo y había recibido las heridas.

Leo se retiró en silencio, y profundamente conmovido relató aquello de lo que había sido testigo a sus hermanos.

Así lo condujo su camino a Francisco, quien quería seguir el camino del sufrimiento del Cristo en todo.

Hasta este milagro de recibir sus heridas.

Lo ocultó ante los hombres pero era revelado a sus hermanos.

Morir con el Canto al sol

Al haber cumplido Francisco su vida y cuando una enfermedad incurable lo ató al lecho, rogó a sus hermanos a que lo llevasen a la pequeña iglesia de san Damián, a ese lugar que había comenzado antaño a reconstruir.

En una pequeña choza en el jardín, rodeada de rosales trepadores, descansaba, soportando el dolor.

Una madrugada los hermanos oyeron, al despuntar el sol, Francisco que cantaba con voz clara en el jardín.

Ángelo y Leo se acercaron para escuchar.

Francisco repetía su canto, estrofa por estrofa.

Entonces los hermanos anotaron la canción, y la llamaron 'Canto al sol,' y aprendieron sus palabras y melodía.

Fue así que al sentir acercarse el momento de su muerte, Francisco les pidió que se la cantaran.

Por ese entonces, el 'Canto al sol' no tenía una estrofa que se refiriera a la muerte.

Francisco los interrumpió antes del último verso, y agregó la estrofa de la hermana muerte:

Sé alabado, mi señor

Por la hermana, la muerte terrenal

De la que no escapa hombre viviente...

De esta manera Francisco se entregó a los brazos de la hermana muerte, con el 'Canto al sol,' que brinda su luz a la translúcida tierra, en la que impera el Cristo.

Y estas son las palabras que lo condujeron:

el profanador de textos

Cántico de las Criaturas de san Francisco de Asís - Hermano Sol⁴

*Omnipotente, altísimo, bondadoso Señor,
tuyas son la alabanza, la gloria y el honor;
tan sólo tú eres digno de toda bendición,
y nunca es digno el hombre de hacer de ti mención.*

*Loado seas por toda criatura, mi Señor,
y en especial loado por el hermano sol,
que alumbra, y abre el día, y es bello en su
esplendor,
y lleva por los cielos noticia de su autor.*

*Y por la hermana luna, de blanca luz menor,
y las estrellas claras, que tu poder creó,
tan limpias, tan hermosas, tan vivas como son,
y brillan en los cielos: ¡loado, mi Señor!*

*Y por la hermana agua, preciosa en su candor,
que es útil, casta, humilde: ¡loado, mi Señor!
Por el hermano fuego, que alumbra al irse el sol,
y es fuerte, hermoso, alegre: ¡loado mi Señor!*

*Y por la hermana tierra, que es toda bendición,
la hermana madre tierra, que da en toda ocasión
las hierbas y los frutos y flores de color,
y nos sustenta y rige: ¡loado, mi Señor!*

*Y por los que perdonan y aguantan por tu amor
los males corporales y la tribulación:
¡felices los que sufren en paz con el dolor,*

©porque les llega el tiempo de la consolación!

*Y por la hermana muerte: ¡loado, mi Señor!
Ningún viviente escapa de su persecución;
¡ay si en pecado grave sorprende al pecador!
¡Dichosos los que cumplen la voluntad de Dios!*

*¡No probarán la muerte de la condenación!
Servidle con ternura y humilde corazón.
Agradeced sus dones, cantad su creación.
Las criaturas todas, load a mi Señor. Amén. ♣♣♣*

[i:20] san Francisco de Asís (ii)

[Italia (1181-1226)] Octubre 4

En 1162 nacía en Asís, provincia de Umbría (Italia), Francisco, hijo de un rico comerciante de telas.

El joven Francisco supo valorar esa condición, pues recorría la campiña con sus amigos, y derrochaba el dinero a manos llenas.

Festejaba día y noche, el vino era abundante, resonaban las canciones, y se ensalzaba todo lo bello.

Sucedió algo que era muy común en aquellos tiempos, que una ciudad declarara la guerra a otra; en esta ocasión fueron afectadas las ciudades de Asís y Perugia.

Todos los hombres de Asís tuvieron que armarse, los de 16 y los de 60 años.

Francisco con su hermoso corcel participó de la batalla, pero los hombres de su ciudad fueron vencidos.

Francisco fue tomado prisionero junto con otros soldados, y llevado a Perugia, donde lo atacó una enfermedad grave.

Recién regresó del cautiverio después de un año.

A partir de ahí, Francisco quiso ser un caballero y ganar grandes honores.

Adquirió una hermosa armadura, que era más espléndida que la del señor al que iba a acompañar.

⁴ 'Cántico de las Criaturas' de san Francisco de Asís - Hermano Sol. Versión de León Felipe que se usa en la liturgia. Tomada del Directorio Franciscano. [n. del pr.]

el profanador de textos

Cuando Francisco vio a un joven caballero cuyos medios no le alcanzaban para poder participar en la campaña, le regaló esa armadura tan costosa.

Francisco siguió con una armadura mucho más humilde.

Durante su trayectoria tuvo una visión en sueños, se le apareció Cristo, quien le mandó volver a su ciudad natal.

Francisco obedeció y desde entonces sólo escuchó a Jesucristo, abandonando la búsqueda de los honores, riquezas, y bienes del mundo.

Repartió todo el dinero que poseía, y concurrió a los hospicios de leprosos.

Francisco superó el rechazo que tenía frente a esa enfermedad tan terrible, y besaba las manos a los enfermos que lo rodeaban.

Tal era el amor que Francisco, el rico hijo del mercader, sentía hacia aquellos pobres seres.

Al poco tiempo rezaba ante el crucifijo en la iglesia de san Damián, cuando oyó una voz que provenía de la cruz:

“Francisco, anda y levanta nuevamente mi casa, ya que ves que está destruida.”

Francisco pensó que se refería a las paredes resquebrajadas de la iglesia, e inmediatamente le entregó al sacerdote una cantidad importante de dinero.

Mendigaba para la iglesia, y él mismo acercaba los ladrillos para la reconstrucción, si bien le resultaba muy difícil por no poseer grandes fuerzas físicas.

Mucha gente se reía de él, y le calificaba de demente.

Su padre, el rico comerciante, se disgustó por todo lo que hacía su hijo, y finalmente lo denunció ante el Obispo,¹ acusándolo por todo el dinero malgastado.

El padre y el hijo fueron convocados ante el Obispo.

Francisco colocó todo su dinero frente al padre, y luego se quitó la ropa hasta quedar desnudo, y dijo:

“Quiero devolver todo aquello que me ha dado mi padre, también mi ropa.”

“Desde ahora, cuando yo piense en mi padre, sólo diré: Padre nuestro, que estás en el cielo.”

El Obispo lo cubrió con su manto, pues vio como Francisco renunciaba a todo, y únicamente deseaba servir en todo amor a Dios y a los pobres.

El padre, lleno de ira y profundo dolor, tomó el dinero y los vestidos, y se alejó.

Francisco desde ese momento vistió de peregrino, pero luego comenzó a usar un hábito áspero con una soga a la cintura.

Comenzó a recorrer las tierras y predicar penitencia y el evangelio al que lo quisiera escuchar.

Su saludo era:

“Que el Señor te dé la paz.”

Y así comenzaba su predica.

Pronto se le unieron compañeros que querían compartir la vida con él.

El primero fue el hermano Bernardo, un señor muy rico; vendió sus bienes y todo se lo dio a los pobres, se despojó de sus lujosas vestimentas, y se cubrió con el áspero hábito.

Luego llegaron los hermanos Pietro y Egidio.

Francisco los aceptó a todos, y juntos vivieron en pobreza.

¹ Hay que recordar que en estos tiempos, el Obispo era tanto autoridad religiosa como civil. [n. del pr.]

Predicaban la obediencia a Dios, el amor a Él y a todo lo creado, los hombres, el sol, la luna y todos los animales, hasta el bichito más pequeño.

La gente se preguntaba:

“¿Qué hombres son estos?”

“Visten hábitos ásperos, duermen en cuevas o bajo el cielo abierto; hablan de Dios mejor que los sacerdotes, sus ojos brillan y están alegres dentro de su pobreza extrema.”

Siempre fue aumentando el número de personas que escuchaban a Francisco y a sus hermanos, hombres que por amor a Dios abandonaban todas las riquezas, que ayudaban a todo el mundo, y que llamaban al dinero ‘bosta de burros’.

Francisco había reunido por aquel entonces doce hombres a su alrededor, y decidió ir con ellos a Roma a la presencia del Papa.

Quería pedir la autorización de la iglesia para proseguir su labor en pro del reino de Dios, y hacerlo con su bendición.

El Papa Inocencio III recibió amablemente a Francisco y a sus hermanos.

Escuchó atentamente cuando Francisco le explicó las reglas que regirían en su orden.

El Papa comprendió que se trataba de un hombre que podría fortalecer la iglesia, y lo abrazó.

Permitió que Francisco predicara y actuara por doquier según esas reglas, y que sus hermanos lo siguiesen con obediencia y humildad.

Se despidieron felices del Papa, y volvieron a su terruño.

Su bendición llegó a toda la cristiandad, y más adelante los franciscanos, así se denominó a la hermandad, fundaron monasterios, y actuaron a partir de ellos.

el profanador de textos

Francisco amaba la pobreza con tanta intensidad, que hasta el momento de su muerte no deseó poseer otro bien que su vestimenta.

Un invierno llevaba una capa pobre que le habían confeccionado los hermanos para que se protegiera del frío.

Se le acercó una viejita que mendigaba; Francisco se quitó la capa y se la entregó a la mujer, a la par que decía:

“Puedes hacerte un vestido, que tanto necesitas.”

No se había alejado mucho de sus acompañantes, cuando lo alcanzó la mendiga, y le dijo que no le alcanzaría para confeccionar un vestido.

Francisco miró a su hermano que llevaba una capa similar y le indicó que se la entregara a la viejita, pues ella tenía la necesidad de un vestido entero.

Francisco no pedía nada para sí mismo, sólo el pan diario que necesitaba para su sustento.

Un día se encontró con un joven que había atrapado palomas torcazas con su trampa, y que las llevaba al mercado para venderlas.

Francisco le pidió las palomas, para que no fueran matadas cruelmente por los hombres.

El joven se las regaló, y Francisco las colocó sobre su falda y les habló suavemente:

“Pequeñas hermanas, queridas torcazas, han sido bien tontas al dejarse apresar.

“Yo les construiré nidos, para que se puedan reproducirse como Dios lo manda.”

Construyó allí los nidos, las palomas se reprodujeron, y quedaron junto a Francisco y a sus hermanos.

Un día Francisco quiso hablar a una muchedumbre, y para ello subió a una colina.

Respetuosamente y en silencio la gente se sentó a sus pies.

Numerosas golondrinas tenían allí sus nidos y trinaban y alborotaban de tal manera que no se lograba escuchar la predica.

Francisco se dirigió a las aves y les dijo:

**“Golondrinas, ya han alborotado suficiente.
“Queridas hermanas, ahora podrán callar hasta que haya concluido el sermón.”**

Inmediatamente las aves guardaron silencio, y lo mantuvieron mientras Francisco predicó.

La gente lo escuchó con mucho respeto, y opinó que debía ser un santo y un amigo de Dios.

Junto a la habitación de Francisco se encontraba una higuera, y en sus ramas frecuentemente cantaba un grillo.

Él levantó su mano e invitó al animalito a posarse allí.

El grillo bajó y trepó a su mano.

Francisco le indicó que ahora cantara y alabara al Señor.

El grillo comenzó a cantar y Francisco lo acompañó hasta que le hizo volver al árbol.

El hermano Francisco y el pequeño grillo habían alabado juntos a Dios.

Los animales salvajes también obedecían a Francisco.

Cerca de la ciudad de Gubbio un lobo terrible atacaba a hombres y mujeres, ovejas y cabras, de modo que ya nadie se atrevía a salir fuera de las murallas del poblado.

Francisco les quiso ayudar, pero los pobladores se lo querían impedir.

Le dijeron que no saliera, pues el lobo lo mataría.

No habían podido aniquilar a la bestia con sus lanzas, y Francisco seguramente sería destrozado al ir sin arma alguna.

Francisco no se dejó persuadir, y salió por el gran portón de la ciudad.

La gente seguía los pasos desde el buen resguardo de la muralla.

Apenas se había alejado un pequeño trecho de la ciudad cuando apareció el lobo, mostrando furioso sus temibles colmillos.

Francisco hizo la señal de la cruz por encima de la fiera y le dijo:

“Ven, hermano lobo, en el nombre de Cristo ya no haz de causar daño alguno ni a mí ni a ningún otro ser.”

El lobo bajó la cabeza, se acercó lentamente, y se acostó a sus pies.

Francisco habló largamente con el animal, hizo las paces entre él y los hombres, le aseguró que se respetaría su vida, y que todos los días encontraría el alimento necesario en las afueras de la muralla.

Moviendo la cabeza y la cola el lobo demostró haber comprendido y que estaba dispuesto a obedecer.

Francisco les dijo a los habitantes de la ciudad:

“Lo han visto y oído, y tendrán que cumplir con lo pactado.

“Respetarán la vida del lobo, le darán su comida en las afueras de la ciudad, y nadie tendrá que temerle.”

Los hombres se lo prometieron y así sucedió.

Pacificamente el lobo se acercaba a la ciudad y la gente le alcanzaba su comida, diariamente, hasta que el animal murió.

el profanador de textos

Ningún niño le temía, ningún perro le ladraba, un hecho insólito.

Un día, Francisco llegó a la ciudad de Arezo y sobre las torres y las casas vio a un grupo de demonios y espíritus malignos bailar, subir y bajar por los aires.

Caían sobre la ciudad, para volver a subir a grandes alturas y regresar allí abajo.

En consecuencia dentro de la ciudad se desarrollaba una verdadera batalla, las familias más antiguas luchaban contra las otras, y se mataban entre sí.

Francisco mandó al hermano Silvestre para que domara y aplacara a los demonios.

El hermano Silvestre se situó frente a las puertas de la ciudad:

"En el nombre de Dios, y tal como lo manda nuestro padre Francisco, les ordeno que dejen esta ciudad, y se alejen de ella."

Los demonios desaparecieron y el aire se despejó y purificó.

Los habitantes de la ciudad guardaron sus armas, y volvieron a vivir en paz.

En cierta ocasión Francisco vio numerosos pájaros en los árboles y también en los campos se encontraban muchas aves.

Francisco indicó a sus acompañantes que esperaran allí, pues quería predicar a sus hermanos pájaros.

Inmediatamente las aves se reunieron alrededor de él, y se mantuvieron tranquilas y en silencio.

Francisco les dijo así:

"Hermanas aves, le deben mucho a Dios.

"Pueden volar hacia donde quieran, tienen una vestimenta abrigada, y multicolor.

"No tienen que preocuparse por la comida y los arroyos y las vertientes los proveen de agua fresca.

"Por doquier encuentran protección y lugar para construir los nidos sobre árboles y entre las rocas.

"A sus hijos Dios también les da vestidos, ya que ustedes no saben tejer ni coser.

"Por eso todos siempre deberán agradecer y alabar al Señor con los mejores trinos."

Los pájaros levantaron sus cabecitas, asintieron y enderezaron sus cuellos.

Aletearon y trinaron y demostraron haber comprendido el mensaje.

Éste se alegró de ver al multicolor mundo alado, hizo la señal de la cruz por encima de ellos, y los despidió.

Levantaron vuelo y entonando un hermoso canto, se alejaron de allí.

Francisco tuvo que sufrir mucho, estaba enfermo y en una oportunidad sus ojos doloridos no le permitieron tolerar luz alguna, ni la del fuego.

Cincuenta días quedó viviendo en una choza oscura que los hermanos habían construido para él.

Allí lo mortificaban los ratones, que en gran número corrían por el alojamiento, subían a la mesa y rozaban sus manos cuando rezaba.

El santo se mantenía muy paciente, y todo lo convertía él en alabanza de Dios.

Con su vista tan atacada, en una choza pobre y oscura, con la continua molestia de los ratones, Francisco compuso un cántico en que alababa a todos los seres creados por Dios, llamándolos sus hermanos y hermanas.

El sol y la luna, las estrellas, el viento, el aire, las nubes y la tormenta eran sus hermanos.

Alababa a la vertiente y al agua, del fuego decía hermano fuego, que iluminas la noche, que ardes en los hogares, que fulguras en el incendio.

Tenía alabanzas para la madre tierra, bondadosa, fuerte, que porta al hombre, y finalmente alababa a la hermana muerte a quien ningún mortal puede eludir.

Cuando enfermó gravemente, dió la bienvenida a la muerte, y se despidió de sus hermanos y de todo lo creado.

Con íntima felicidad se entregó a la muerte. ♣♣

el profanador de textos

[i:21] san Martín de Tours (i)

[Hungría/Francia (319-397)] Occidente:
Noviembre 11. Oriente: Noviembre 12

Las legiones romanas del Emperador Constantino (285-337) habían llegado a Sabaria, un lugar que hoy en día es llamado Hungría, pero en esos días era llamado Panonia.

Un hombre sencillo del pueblo se presentó ante uno de los Tribunos Romanos, diciéndole que deseaba que su hijo se enrolara en el ejército.

El tribuno dijo:

“Nos complace siempre recibir nuevos soldados.”

“Hay mucho que hacer por Gaul, ¿qué edad tiene su hijo?”

El hombre de Sabaria respondió:

“Quince años.”

“¿Cuál es su nombre?”

“Martín.”

“Y, ¿dices que él desea ser soldado?”

“No, no dije eso, él desea volverse monje.”

“¿Alguna vez oíste hablar sobre esa forma de vida?”

El tribuno rió de buena gana.

“Hay muchos cristianos entre nuestros legionarios, pero todos ellos prefieren el casco a la capucha.”

*“Supongo que tu hijo es cristiano ¿no?”
“¡No!”*

respondió el padre de Martín.

*“Esa nueva Religión no tiene cabida aquí.
¿Acaso no son buenas nuestras creencias?,
¿no tenemos buenos Obispos entre nuestra propia gente? ”Sin embargo, Martín siempre está hablando sobre la doctrina, siempre piensa que él sabe más que todos, ¡un niño como él...!”*

El tribuno dijo:

“Permítome ver a ese muchacho.”

Estaba seguro que un joven que deseara ser monje en lugar de soldado tendría que ser una persona débil.

Pero cuando estuvo Martín frente a él, cambió de opinión.

El joven era alto y esbelto, y sus ojos eran tan perspicaces como observadores.

“Tiene figura de soldado,”

dijo el tribuno.

Y así fue como Martín, en contra de su voluntad, fue enrolado.

Cuando los romanos estaban por salir de Panonia hacia Gaul, Martín se despidió de sus padres y marchó con ellos.

Su padre estaba feliz de verlo partir.

Su madre lloraba desconsolada.

El joven Martín representó su papel de soldado lo mejor que pudo.

Encontró algo bueno en la severa disciplina de su entrenamiento, los ejercicios y el estricto autocontrol le llamaban la atención; y su fuerte sentido del deber lo convirtió en un soldado obediente.

Pero él rechazaba sobremanera la forma de vida de los soldados y la violencia de la guerra.

Durante sus tres primeros años como soldado, cuando alguien preguntaba:

“¿Quién es ese joven fino que está allá?”, sus camaradas reían y decían:

“¿Él?, él es Martín de Panonia, el dócil soldado que siempre esconde su espada.”

Aunque en realidad ninguno de sus camaradas pensaba siquiera en llamar cobarde al dócil Martín.

Martín cabalgaba y usaba su espada tan bien como el mejor de sus compañeros.

Era más riguroso consigo mismo que los demás.

Se exigía más mientras que sus camaradas eran indulgentes con ellos mismos.

Nunca sentía que debía tomar un descanso después de una batalla.

Las recompensas no significaban nada para él, no quería ni botines, ni fortuna, ni un alto cargo, porque nada de ello necesitaba para poder controlarse a sí mismo ni a los demás hombres.

Sin embargo, sin proponérselo, al cabo de tres años Martín era todo un tribuno.

El Emperador Constantino era cristiano, y Julián, el jefe más alto del ejército romano, era su primo.

Fue Julián quien llevó a los romanos hacia Gaul (Francia actual), e hizo de París su ciudad.

Martín estaba entre las tropas que Julián comandaba y era enviado de un lugar a otro para poder conservar el orden en el país.

el profanador de textos

Un día, el joven tribuno estaba en la entrada de Amiens, montaba un fino caballo, y sobre su armadura vestía un fino manto rojo.

Los soldados de infantería estaban cruzando la entrada de la ciudad.

Cerca de ellos un mendigo casi desnudo se agachó tomando una taza.

Era un día frío y tiritaba mientras pedía caridad.

Pero nadie lo escuchaba, o si lo hacían era sólo para mirarlo desdeñosamente, para hablarle ásperamente, o para darle una patada.

Había muchos mendigos en esos tiempos, hasta el punto que su presencia llegaba a ser molesta.

"Caridad, ¡tengo hambre!"

"Piedad, ¡tengo frío!"

suplicaba el mendigo,

"Socorredme o moriré."

Un soldado le decía a otro:

"Hay buenas posadas en Ambianum, comeremos, beberemos y nos calentaremos cerca del fuego."

"En nombre de Cristo,"

suspiró el mendigo, pero los soldados no estaban pensando en Cristo.

Se burlaron de él y pasaron de largo.

Cuando todos los soldados habían entrado en la ciudad Martín a uno de ellos, montado en su caballo, y le preguntó:

"¿Dijo algo más el mendigo?, ¿o solamente mantuvo su taza vacía contra su cuerpo desnudo tiritando de frío?"

En ese momento su mirada se cruzó con la del mendigo.

Martín no tenía nada para darle, pero sacó su espada, cortó su manto en dos partes, y le dio una mitad al mendigo desnudo.

Esa noche, mientras dormía, el joven tribuno tuvo un sueño: Veía a Cristo en el cielo, vistiendo la mitad de su manto.

¿Acaso no eran esos ojos los mismos de aquel pobre mendigo que vio él a la entrada de la ciudad?

Escuchó entonces una voz, parecida a la del mendigo, que le decía en su oscuro dormitorio:

"Has dado caridad al más pobre de los hombres, y al hacerlo me has dado caridad a mí."

Cuando despertó en la mañana, aún recordaba su sueño.

Entonces Martín sintió un enorme deseo de ser bautizado, y como no deseaba demorarse más, fue directamente a la iglesia de Cristo.

Con cuento gusto cambiaría en ese momento su difícil vida en el cuartel de soldados por una en la celda de un ermitaño, aunque le fuera más difícil.

Pero la vida que le estaba destinada no se iniciaría todavía, y por dos años más Martín siguió siendo soldado.

Era el año 358.

Julián dirigió sus tropas hacia el frente de Gaul. Las tribus bárbaras germánicas los amenazaban.

Mientras Julián cruzaba la frontera de Gaul, los romanos avanzaban en los Alpes de Italia.

Entonces los germánicos se encontraron entre a dos fuegos.

Martín vivió dos años de duras luchas formando parte de las tropas de Julián.

Obedecía las órdenes militares que recibía y daba a su vez órdenes a los hombres que tenía a su mando.

Pero mientras más era sometido su cuerpo a la guerra, su corazón y su alma se volcaban más y más hacia Dios.

A una batalla violenta le seguía otra, Martín se llenaba de horror por las cosas que se le exigían como soldado.

Por fin ya no soportando su situación, sintió que llegaba la crisis a su espíritu, lo que lo llevó a presentarse un día en la tienda de campaña de Julián.

Julián estaba muy ocupado elaborando sus estrategias militares, pues era la víspera de la batalla más importante, que le daría por fin la gloria o la derrota, por lo que pensó que aquel joven tribuno lo vendría a ver por algún asunto militar.

"Bien Martín, ¿Que sucede?"

"Señor,"

dijo Martín,

"deseo ser liberado."

Julián lo miró con asombro, no comprendiendo la increíble petición que se le hacía, precisamente en vísperas de la batalla más importante.

"¿Liberado de qué?"

"Del servicio militar."

Demasiado sorprendido para enojarse, Julián exclamó:

"¿Pides terminar con tu vida como soldado?"

"Si señor."

"Me niego a hacerlo."

"Cobarde."

dijo Julián con desprecio.

el profanador de textos

Martín sintió su mirada desdenosa, pero no sintió vergüenza alguna, y le dijo:

“Señor, ponme en la línea de fuego del ejército y quítame mi escudo y mi espada.

“Iré a la batalla al frente de mis camaradas, pero nunca jamás, señor, ante ningún hombre blandiré mi espada amenazante.”

Sorprendido, Julián preguntó:

“Estás loco.”

“Soy soldado de Cristo.

“Tú eres soldado del emperador Constantino,”

Julián llamó a un oficial y señalando a Martín ordenó:

“Encierre a este hombre, me ocuparé de él después de la batalla.”

Martín fue sacado del lugar y encadenado.

Julián, frunciendo el ceño se concentró nuevamente en sus planes.

Él había confiado en este hombre y ahora, bajo las nuevas circunstancias, aún en contra de su voluntad creía en él todavía.

No entendía nada sobre Cristo, y menos aún entendía a un joven soldado romano que se negaba a combatir, arriesgando con ello su vida.

Antes de que la batalla se iniciara, se presentó un hombre pequeño al campo romano, venía del campo germánico, era un mensajero pidiendo paz.

Julián puso sus condiciones para ello, y al aceptarlas, la batalla a la que se negó a ir Martín, no se efectuó nunca.

La nobleza que caracterizaba a Julián lo impulsó a buscar la ocasión para liberar a Martín.

Lo mandó llamar para decirle:

“Gozamos de una tregua, y como tú no deseas continuar tu vida como soldado, quedas en libertad.”

Martín, luego de agradecerle, partió entonces para seguir a Cristo.

En esa época Martín no tenía más de veinte años de edad, y fue cuando se dirigió al sur, a Poitiers, donde se hizo discípulo del obispo Hilario.

No tuvo necesidad de reprimir deseos mundanos, ya que en realidad no había tenido ninguno.

En su humildad sólo deseaba una vida de abnegación, recluido en un monasterio, llevando la palabra de Cristo a los hombres.

Y se sentía realmente feliz en su retiro, aunque se emocionó cuando Hilario quiso hacerlo diácono de la iglesia, pues sentía que ello era un gran honor para él.

Pero Hilario sabía que Martín tenía dotes especiales.

“Deberías tener algún cargo más importante,”

le dijo Hilario al joven monje.

“Entonces, permíteme ser exorcista y pelear con el diablo.”

Sorprendido, Hilario dijo:

“No pudiste haber elegido un cargo más difícil.”

“El sacerdote que ha de exorcizar al diablo, debe estar preparado contra los abusos, insultos, y aún también del látigo del diablo.”

“Por eso es que escogí esa labor,”

contestó Martín.

Y empezó a prepararse inmediatamente para su larga vida de lucha contra el diablo, dondequiera que se lo encontrara.

Poco después, pidió Martín que lo trasladaran a Panonia, pues allí, en su lugar de origen, tenía muchas almas para salvar.

No fue un viaje fácil, atravesando a pie los montes para cruzar los Alpes, donde se escondían muchos ladrones.

Una banda de esos ladrones le salió al encuentro en un lugar solitario; para los ladrones era lo mismo que fueran monjes o comerciantes, así es que le quitaron a Martín lo poco que tenía.

Pero mientras le quitaban sus pertenencias, Martín les habló de una manera tan maravillosa, que los ladrones, aunque con la plata en sus morrales, llevaban en sus miradas el reflejo del mismo oro por todo lo que escucharon.

Gastaron rápidamente la plata, pero al poco tiempo uno de ellos comprendió que había otra clase de riqueza que no se podía despilfarrar, así que dejó esa forma de vida y se convirtió en un ciudadano tranquilo, aunque de Martín jamás se enteró de ello.

Poco después regresó Martín a Sabaria, donde para su alegría encontró aún con vida a su madre.

Ella recordaba con ternura al joven que con un casco reluciente de soldado, había partido un día a la guerra, y ahora recibía a un hombre maduro con capucha café.

Tanto el joven de ayer como el hombre de hoy le eran igualmente queridos, estaba dispuesta a escucharlo.

Fue ella la primera a la que convirtió Martín, pero pronto otros más le siguieron.

el profanador de textos

Martín se encontró con los sacerdotes de Panonia todavía predicaban el viejo credo del arrianismo,¹ el que se resistía a aceptar, al igual que cuando era niño.

Esto hizo que su espíritu se sintiera provocado; había algo todavía en él del soldado que había sido, y en verdad las batallas de Cristo nunca fueron libradas en un lenguaje más elocuente, ni hubo presencia más irresistible como la de Martín.

Su cara se iluminaba con fervor y serenidad, el poder del espíritu fluía a través de él mientras hablaba.

La fe de Dios y su caridad hacia los hombres eran un sólo sentimiento en él.

Dondequiera que Martín veía a uno de sus semejantes en miseria, veía a su redentor con la corona de espinas.

Pero los obispos arrianos estaban alarmados por los últimos acontecimientos, y protestaban iracundos.

Entre todos aquellos que no querían oír a Martín, estaba su propio padre.

El hombre de Sabaria decía:

“Olvida esa paz de la que hablas, muchacho, si no quieres tener problemas.”

Avisos como este no significaban nada para Martín. Y el padre le dijo a la madre:

“Mujer, ¿sabes que están tratando de linchar a nuestro hijo en la plaza?”

“Él es tu hijo, has que deje de decir todo eso que dice.”

La madre respondió:

¹ arrianismo: Doctrina cristiana del siglo III que rechaza el dogma de la Trinidad y que fue popular en algunas zonas de Europa durante el primer milenio después de Cristo. Afirma que Jesucristo fue creado por Dios Padre y está subordinado a él.
[n. del pr.]

“Martín habla con la verdad.”

Sucedió entonces lo que el padre había pensado, los obispos arrianos lo azotaron, y lo echaron de Panonia.

Él era, después de todo, un sacerdote joven, y ellos gozaban de todo el poder de su iglesia.

Entonces Martín se despidió nuevamente de su madre, quien le murmuró:

“Regresa a Poitiers y al buen Hilario.”

Pero Martín, negando con su cabeza, le dijo:

“No madre.”

“Supe que Hilario recibió el mismo trato que yo, los arrianos lo expulsaron.”

“Debo ir hacia las montañas de Italia.”

Ella preguntó:

“¿Allí no hay arrianos?”

“Hay arrianos en todas partes.”

“¡Entonces serás linchado nuevamente!”

A lo que respondió Martín:

“Una y otra vez si fuera necesario.”

Viajó Martín a través de los Alpes hacia Milán, sabiendo que atrás había dejado una luz que seguiría brillando por siempre.

En Milán se repitió lo mismo que en Sabaria.

Con gran vehemencia predicaba la palabra de Cristo, por lo que otra vez fue expulsado de la ciudad.

Se fue como pionero ofreciendo luz para los senderos oscuros, dejando grabadas sus palabras en las almas de hombres y mujeres que lo recordarían por siempre.

Llegó finalmente a la bella isla de Gallinara, en donde disfrutaría de un descanso.

Era una isla blanca, flotaba como una perla en un océano de zafiros.

En ese lugar por algún tiempo Martín encontró la paz en la soledad; se alimentaba de raíces y meditaba mucho.

Pero aún ese soleado destino tenía sus peligros.

Martín encontró un bello lugar en la isla en el que había flores bellísimas sobre hojas de un verde oscuro, y en su inocencia comió un poco de ellas.

Inmediatamente sintió fuertes dolores, lo cual le salvó la vida, ya que la planta de la que comió era tan venenosa, que si hubiera comido un poco más de ella habría muerto.

Pero la mayoría de los días transcurrieron sin mayores problemas.

Amaba su isla blanca sobre el profundo mar azul, bajo la sombra de las altas y silenciosas montañas.

Un día algo en su interior le dijo que el obispo Hilario había regresado a Poitiers, por lo que decidió terminar su descanso.

Nuevamente había que trabajar en el mundo.

Antes de que se reuniera con Hilario en Francia, se soñó viviendo en un monasterio, y debido a esto fue como construyó uno en Ligugé, donde pensó recluirse.

Pero era en vano para Martín esperar un destino sencillo.

Tenía un resplandor especial en la cara y su lenguaje era bello como la plata.

Su poder para hacer vibrar a las almas de sus oyentes era famoso.

Era bien conocido en todas las ciudades cercanas.

Un día, cuando los dignatarios de la iglesia discutían públicamente acerca de quién sería el próximo obispo, la gente pidió a una sola voz que fuese Martín.

Obviamente ellos se opusieron, porque el monje de Ligugé era poco conocido según ellos y además muy joven para ser obispo de los feligreses.

el profanador de textos

Un honor de esa clase estaba reservado para un hombre de más de 31 años.

Pero la gente había puesto su corazón en él, aún cuando sabían que el mismo Martín sería difícil de convencer.

Nunca había existido un hombre al que le interesen tan poco los honores.

Sin embargo la gente ideó un artificio para lograr convencer a Martín, e hicieron un complot, usando de toda su inteligencia.

El día de la elección del nuevo obispo, Martín estaba orando en su celda de Ligugé, cuando le avisaron que Ruricius deseaba verlo.

Ruricius era uno de los ciudadanos del lugar, bien conocido por Martín, al encontrarse, Martín le dijo:

“¿Qué te trae por aquí hijo mío?”

Ruricius, con la vista baja, dijo:

“Padre, mi esposa está muy enferma, te suplica que vayas a confortarla.”

Martín nunca se negaba a acudir en ayuda de las personas que lo necesitaban, de modo que salió al instante del monasterio con Ruricius, sin pensar que lo dejaba para siempre.

Los dos hombres se pusieron en camino hacia Tours, y como pasaron cerca de la ciudad sin detenerse, Martín intuyó que sucedía algo extraño.

Volteando la cabeza vio que el paso estaba bloqueado por una multitud de gente que lo esperaba formando una valla a lo largo del camino.

Hombres, mujeres y niños estaban reunidos en el lugar.

Si acaso a Martín se le hubiera ocurrido regresar a Ligugé, hubiera tenido que ir escoltado por todo un

ejército, pues a cada paso que daba hacia adelante, a sus espaldas la multitud se hacía cada vez más densa.

Toda la población de Tours había acudido a esperar su llegada.

“¿Qué significa todo esto?”

preguntó Martín asombrado.

“Padre, perdónanos,”

imploró Ruricius,

“todos los habitantes de Tours deseamos que seas nuestro obispo.”

Martín miró enojado al hombre,

“¿entonces tu esposa no está enferma?”

Ruricius bajó nuevamente la mirada.

Si hubiera tratado de contestar, su voz no se hubiera escuchado, ya que la gente aclamaba amorosamente a Martín gritando por todas partes:

“Queremos que tú seas nuestro guía, ningún otro.”

Martín pudo pasar con gran dificultad entre la gente, pero al fin llegó a la ciudad.

Los obispos reunidos allí, provenientes de todos los lugares vecinos, se indignaron cuando un simple sacerdote, de cabellos y hábito descuidados, tenía grandes posibilidades de ser el sucesor del mandatario más alto de la iglesia local.

Uno de los obispos habló indignado sobre la necesidad de la gente, diciendo que esa necesidad era un tanto normal, ya que las mentes de todos habían sido influidas para que sólo pensaran en Martín.

Pero al final los obispos tuvieron que aceptar la voluntad del pueblo, y así fue como Martín fue consagrado obispo en la catedral.

Había demasiada gente en la ceremonia, por lo que el clérigo que debía leer ante todos un fragmento de los libros sagrados, no pudo llegar al lugar indicado, y otro clérigo tratando de improvisar, tomó las escrituras y leyó lo primero que sus ojos vieron:

“De las bocas de los bebés y de los lactantes.

“Tú has ordenado alabanza, para que Tú puedas acallar al enemigo y al defensor.”

Se oyó una exclamación entre la gente.

¡Dios mismo estaba de parte de Martín!

Por segunda vez en su vida, Martín era obligado a tomar una posición que él no había deseado.

De muchacho se convirtió en soldado en contra de su voluntad; y ahora de hombre, también en contra de su voluntad era convertido en obispo.

Pero aún bajo esas circunstancias, no evadía sus nuevas responsabilidades.

Pasado algún tiempo se enteró de que los campesinos del país realizaban extraños ritos y adoraban objetos extraños, por lo que se propuso erradicar esas viejas supersticiones que obstaculizaban su camino para llevarles la palabra de Cristo.

Sabía que debía quitar el mal de raíz, por lo que decidió presentarse con una barra de hierro y una antorcha para golpear e incendiar los templos idólatras, para luego construir iglesias en donde habían estado esos templos.

En cierto lugar se encontró con hombres que adoraban a un enorme pino.

Martín trató de derribarlo de inmediato, y hubo gran alboroto entre los campesinos medio-salvajes al

el profanador de textos

enterarse de esto, los cuales se presentaron ante el obispo en grupo, blandiendo sus garrotes.

Martín dijo:

“Calma, señores.”

“Si creen que yo hice algún mal al árbol, amárenme y siénteme en el lugar que habrá de caer y luego empújenlo para que caiga sobre mí.”

A los campesinos les pareció buena la idea, así que ataron a Martín y lo sentaron en el lugar que consideraron caería el árbol al empujarlo.

Sin embargo, cuando empujaron el enorme tronco, éste cayó al otro lado.

Entonces Martín habló ante la asombrada concurrencia y casi todos se acercaron a escucharlo, no pudiendo resistirse a él.

En alguna ocasión un amigo de Martín, que lo conocía muy bien dijo:

“Nunca nadie lo vio enojado, perturbado o lamentándose.

“Siempre era el mismo, no cambiaba la expresión tranquila de su cara.

“Tenía un sentido especial que le permitía ver más allá de la naturaleza de los hombres, no había otra cosa en él que no fuera Cristo, nada había en su corazón sino piedad, paz y compasión.”

El tiempo transcurría y Martín continuaba su tarea contra el diablo.

Algunas veces los diablos que encontraba eran hombres y mujeres disfrazados.

En los antiguos ritos paganos de primavera era costumbre de los campesinos vestirse como deidades y demonios; y ahora que Martín estaba tratando de

borrar las supersticiones, los espíritus malignos que había entre ellos lo atormentaban.

Lo molestaban en su celda, pasaban cerca del monasterio con vestimentas raras.

Las ninjas irrumpían sus oraciones.

Un hombre montado en un extraño animal atravesaba el claustro volando.

Una mujer cubierta de hojas bailaba afuera, bajo la luz de la luna.

Martín no sabía si estos visitantes eran diablos u hombres, pero siempre trataba a todos como adeptos al diablo, a quien según cuenta la leyenda ya había visto en persona en uno de sus viajes a Roma.

En una ocasión Martín había llegado a la ciudad santa a pie, como cualquier monje pobre, por la carretera para evitar cualquier tentación; sin embargo el diablo lo acosaba.

“Buen día tengas monje.”

“Pero, ¿acaso estaré equivocado?

“¡Eres el obispo de Tours!”

Respondió Martín al diablo:

“No te has equivocado.”

“Pero ¿es esto posible?, ¡un obispo que no usa otro carroaje que sus propios pies!

“¡Qué pobre debe ser el Maestro al que sirves, que no puede darle a sus adeptos mejores medios para transportarse!”

“¡Claro que puede!,”

“dijo Martín, señalando al diablo, el cual al instante se convirtió en una mula, a la que Martín montó e hizo que lo llevara por la carretera con sólo hacer el signo de la cruz.

La carretera hacia Roma era larga y dura, y el diablo empezó a lamentarse de lo que había dicho.

Pronto comenzó a jadear y a sudar, pero cuando daba muestras de querer detenerse, Martín nuevamente hacia el signo de la cruz sobre él, y el diablo tenía que seguir adelante, hasta que al fin se fatigó y cayó sin fuerzas.

Martín ya estaba acostumbrado a estos acontecimientos.

Siempre quiso Martín vivir en el campo, pues la vida en la ciudad le parecía demasiado agitada.

Había deseado siempre un santuario en un lugar tranquilo, por lo que se construyó un retiro en Marmoutier, a la orilla del Loire, el río que corre como miel sobre un lecho de arena brillante.

Encerrada en un peñasco y espesas arboledas, la celda de Martín era difícil de hallar.

Sin embargo, fueron los ochenta monjes que se volvieron sus discípulos allí; hicieron cuevas en las rocas para dormir y orar, vestían las pieles de los animales que cazaban, comían una sola vez al día, suprimieron el vino, y compartieron todas sus pertenencias.

Se sentaban a los pies de Martín para escucharlo y aprender de él.

Un día llegó al lugar un joven esclavo prófugo, cuyo nombre era Patricio, quien más tarde llegaría a convertirse en santo como Martín.

Pasaron los años y Martín envejeció, sus días de lucha se terminaban.

Cada día permanecía más y más en su ermita en Marmoutier.

No obstante su edad, ningún problema o aflicción en Tours lo hacía perder la serenidad de sus pensamientos.

Una noche, Avitianus, un tosco y cruel señor de esa ciudad se fue a sus aposentos, después de conseguir una cadena especial que usaría para causar la muerte de unos prisioneros.

el profanador de textos

Durmío, pero no por mucho tiempo.

Se oían gritos en la puerta, gritos que desgarraban la tranquila noche.

Llamó a sus sirvientes y les pidió que vieran quién estaba allí, pero los sirvientes que habían despertado de mala gana, renegaron que su amo hubiera oído esos gritos.

Viendo que nadie quería salir, los despidió, y regresó a su cama.

Al poco rato otra vez los gritos lastimosos turbaron la noche.

Entonces Avitianus decidió ir personalmente a la puerta y al salir, en uno de los escalones vio a un hombre de cabello blanco que vestía un hábito de monje, su rostro se veía afligido y sus delgadas manos estaban unidas en actitud de súplica.

Antes de que el monje pudiera hablar, Avitianus se inclinó, y cargó al viejo Martín en sus brazos.

El tosco señor dijo gentilmente:

“No necesitas decir nada.

“Todo hombre sabe que amas la misericordia.

“Lo que hayas venido a pedir, yo te lo concedo anticipadamente.”

Y así fue como la vida de los prisioneros fue salvada, pues el poder de Martín para mover corazones duros era tan fuerte como su angustia de ver sufrir a los hombres.

Cansado ya, al final de su vida, cuando casi tenía ochenta años de edad, Martín se sostentaba más que nada por la ilusión de su última morada en el cielo.

Sabía que el final se acercaba ya, y estaba listo para partir.

Pero sus discípulos trataban de retenerlo por más tiempo.

Le pidieron que él a su vez le pidiese a Dios que prolongara su vida y, olvidándose de sí mismo, imploró:

“Señor, si todavía puedo servir a la gente, no quisiera alejarme de ellos.”

Pero Dios había dispuesto que Martín debiera partir, y así sucedió.

Cerró sus ojos por última vez en Candes, donde el río Loire se une con su hermano, el río Vienne.

Su cuerpo fue colocado en una lancha sin remos y sin velas, y flotó en las doradas costas de Tours.

Los árboles de las orillas florecían a su paso, mientras se escuchaba una dulce música en el aire.

En la bella ciudad de Tours le construyeron un altar.

Conservaron la reliquia más preciada de Martín, su capa rota y gastada, la capa cuya otra mitad había dado al mendigo a la entrada de Amiens.

Francia no tenía reliquia más preciada que esa, sus reyes al participar de las batallas, invariablemente llevaban la capa rota enfrente de ellos, como su bandera. ♣♣

[i:22] san Martín de Tours (ii)

[Hungria/Francia (319-397)] Occidente: Noviembre 11. Oriente: Noviembre 12

En la ciudad húngara de Sabaria residía un oficial romano, gobernador en nombre del gran Imperio Romano.

Su hijo Martín ya a temprana edad cabalgaba con gran destreza, hecho que alegraba al padre, que veía en él al futuro soldado romano que seguiría su propia trayectoria.

Cuando Martín cumplió los doce años fue enviado a la ciudad de Pavia, la patria de la familia, para recibir la formación de oficial.

El joven observó todo con mucha atención, y le llamaron la atención algunos hombres que proclamaban que se debía amar al enemigo, cuando en su instrucción justamente le señalaban que se debía odiar a su enemigo.

Esos hombres estaban dispuestos a cualquier sacrificio, y se llamaban cristianos, por seguir a Cristo, su señor.

Martín buscaba la compañía de esos hombres y escuchaba sus palabras, y ya en ese momento Jesucristo eligió al joven para que más adelante llevara el signo de la cruz a todo el mundo.

el profanador de textos

Pasaron los años y Martín, ya soldado romano, se encontraba estacionado en las Galias, en la actual Francia.

Un atardecer de invierno, cuando ya oscurecía, y a diestra y siniestra sólo veía nieve, el oficial romano transitaba la calle que conducía a la ciudad de Amiens.

Ya veía las murallas y casas de la ciudad, y con placer pensó en su próxima llegada, pues hacía muchísimo frío, y sabía que lo esperaban una habitación cálida, buenos amigos, y un reconfortante vaso de vino.

El frío se le metía por debajo de su abrigada capa; justo frente a las puertas de la ciudad su caballo se asustó y relinchó.

Del hueco oscuro de la puerta surgió una sombra, un hombre que se acercó, y levantó los brazos.

Llevaba sólo unos harapos, nada más, y se veía su carne congelada por el intenso frío.

En la rica ciudad de Amiens existían muchos pobres, y a nadie le importaba si durante el crudo invierno moría alguno de ellos.

Martín calmó su caballo y buscó unas monedas para dárselas al pobre, pero había gastado todo el dinero que había llevado.

El mendigo lo observaba suplicante y su aspecto era realmente miserable.

Entonces Martín se quitó su manto amplio y rojo, y con su espada cortó en dos pedazos aquella pesada tela.

Le arrojó una mitad al pobre, mientras que él entró a la ciudad cubierto por medio manto.

Cuando aquella noche Martín dormía, apareció Cristo en su dormitorio con todo su esplendor y brillo, iluminando la habitación hasta en el último rincón.

Cristo llevaba el medio manto rojo del mendigo, y se dirigió a los ángeles que le rodeaban:

“Martín, el caballero que aún no ha sido bautizado, me ha cubierto con este manto.”

Martín interpretó este llamado de Cristo, se convirtió al cristianismo, y se hizo bautizar.

Durante dos años tuvo que seguir en el ejército romano, pero después llegó el momento de la despedida.

Justo en ese tiempo enemigos invadieron la Galia, y el emperador no quería dejar partir a su valiente oficial.

Le dijo que seguramente temía al enemigo, y que esa era la causa de su renuncia.

Martín le contestó que si así lo creía, le iba a demostrar que estaba equivocado.

El día de la batalla, sin espada y sin escudo, provisto sólo de la cruz de Jesucristo, dirigiría a sus hombres frente al enemigo.

El emperador le indicó que así lo hiciera.

A la madrugada siguiente, antes de formar para la batalla, el enemigo mandó dos emisarios al emperador.

Pedían la paz, y se rendían con todos sus hombres, caballos y armas.

El emperador aceptó.

Así Dios premió la fe y el valor de Martín.

Ahora el oficial fue despedido con todos los honores, y se dirigió a la ciudad de Poitiers, donde residía el Obispo Hilario.

Este lo instruyó y consagró sacerdote.

Nuevamente se le apareció Cristo, quien le mandó viajar a Hungría, donde vivían sus padres, que aún eran paganos.

Martín obedeció a este mandato, y emprendió el largo y peligroso viaje, a través de los Alpes, con sus enormes paredones rocosos y sus amenazadores abismos.

De un escondite salieron ladrones, que atacaron ferozmente al viajero.

Un bandido quiso matarlo con un hacha pesada, pero a último momento su compañero lo detuvo.

Maniataron a Martín con gruesas sogas, y lo dejaron al cuidado de uno de ellos.

El hombre le preguntó:

“¿No temes?”

“¿No sabes cuál será tu destino?”

Martín lo miró y respondió:

“Jamás he estado tan seguro como ahora.”

“Cuanto más acongojados estemos, Dios está más cerca nuestro.”

“Ahora que me han maniatado mis manos de modo que no puedo usarlas, todo queda en las manos de Dios.”

El bandido le respondió que a él no lo miraba Dios, y que tampoco le importaba.

Martín rió y dijo:

“Dios ve a todos, también a los canallas.”

El bandido se indignó y le dio un puntapié.

A esto Martín respondió:

“También el burro patea cuando no tiene otra respuesta.”

Luego comenzó a explicar que Dios conoce el corazón de todos los hombres, también del asaltante en su escondite más apartado y oscuro, que Dios posee un amor infinito para todo hombre, sin contemplar las acciones que éste haya podido cometer.

Habló toda la noche, y el bandido lo escuchaba en silencio.

Cuando comenzó a aclarar, el bandido soltó las sogas que maniataban a Martín, y lo condujo por un sendero oculto y seguro, hasta saberlo a salvo.

el profanador de textos

Se despidió de Martín, y ya no volvió a su banda.

Martín llegó a la gran llanura italiana, y bordeó la ciudad de Milán.

Cerca de allí se encontró con el diablo, quien le cerró el paso.

Allí donde hay un santo, se presenta el diablo para tentarlo.

El diablo lo saludó como a un amigo y le preguntó adónde iba.

Martín le contestó que seguía el camino que Dios le había indicado.

Entonces el diablo respondió:

"Hacia donde vayas, yo también iré.

"Si subes a una montaña, me encontrarás en la cima.

"Si viajas en un barco, allí yo seré el marinero.

"Si entras en una habitación, yo estaré sentado a la mesa.

"Mi presencia te resultará muy difícil en todas las rutas, y en todos los vientos."

Martín le contestó:

"Dios es mi ayuda y protección, no le temo a nada."

Ante estas palabras el demonio se esfumó en el aire.

Martín llegó a la casa de sus padres; la madre lo recibió alborozada, y se convirtió al cristianismo.

El padre se disgustó mucho porque el hijo había abandonado el ejército, y siguió siendo pagano.

Pronto tuvo que abandonar su hogar, pues debió intervenir en una lucha religiosa, donde tuvo que sufrir mucho.

Luego fue elegido obispo de la ciudad de Tours.

Se opuso durante mucho tiempo a este nombramiento, hasta que finalmente accedió.

Le molestaba la algarabía del pueblo, y la vida fastuosa y perversa de la gran ciudad.

Por esta razón construyó un monasterio en medio del bosque, a algunas horas de la ciudad, donde vivía con sus discípulos, y los formaba para el sacerdocio.

Salían de sus celdas, paseaban bajo los frondosos árboles, y se refrescaban con las límpidas aguas de las vertientes.

En ese sosiego Martín adquirió enorme fuerza interior.

Lograba dominar a personas y a espíritus; solía detener o liberar el fuego y el agua y darles su cauce, y le obedecían hasta las plantas y los animales.

En aquellos tiempos los campesinos que vivían en los bosques eran cristianos de fe muy endeble o seguían siendo paganos; tenían sus propios sacerdotes, templos, y árboles sagrados.

Desconfiaban del obispo Martín; lo amenazaban con cuchillos y hachas, pero él no temía.

En el bosque crecía un árbol hermoso y aoso; en su corteza habían grabado signos mágicos, y los lugareños lo adoraban.

Martín les indicó que debían voltear aquel pino, esos ritos paganos eran demoníacos, y en él adoraban al diablo y a los suyos.

Los campesinos respondieron:

"Muy bien, lo voltearemos si tú eres tan poderoso, tienes que darnos una señal.

"Tú mismo debes sentarte donde caerá el árbol.

"¡Que tu Dios te ayude!"

Martín aceptó el desafío.

Con gruesas sogas ataron a Martín en un lugar que se encontraba justo frente al árbol que iban a talar, de modo que el pino debía caer sobre él.

Hicieron un corte para que el árbol tomara esa dirección, pues pensaron que era preferible perder el árbol, y no tener que soportar ya con la presencia indeseable del obispo.

Los hachazos resonaron en el bosque, los hombres transpiraban, y las hachas iban perdiendo su filo, pues era un tronco de gran dimensión.

Finalmente el árbol crujió y comenzó a inclinarse; en el primer momento caía lentamente, pero luego el movimiento se aceleró, y se dirigió exactamente hacia Martín.

Pero el santo levantó la mano, hizo la señal de la cruz en el aire.

E inmediatamente, el árbol giró y cayó pesadamente entre los campesinos.

Todos se asustaron y huyeron, y nadie fue herido de gravedad.

Ante esta experiencia, todos estuvieron dispuestos a convertirse en cristianos.

Como reinaba la miseria en el país, Martín se propuso viajar a la residencia del emperador pues decía que éste tenía mucho dinero y oro, y podía ayudar a los pobres.

Martín montaba un burro, el día era tormentoso, y su manto se agitaba en el viento.

Se encontró con algunos hombres cuyos caballos se espantaron al ver el manto que se movía en el viento.

Se bajaron indignados de sus cabalgaduras, e insultaron y golpearon a Martín.

Él lo soportó todo pacientemente, hasta que los bandidos se hartaron, y volvieron a montar.

Sus caballos no se movieron, no dieron un paso ni para adelante ni para atrás.

el profanador de textos

Los hombres se enfurecieron y maldijeron, invocando el nombre de Dios, de los santos, y del demonio, tiraban de las riendas, se movían en sus monturas.

Todo ello resultaba muy ridículo, pues los caballos parecían ser bloques de piedra que no se movían.

Entonces los hombres reconocieron con quien habían procedido tan injustamente, y humildemente pidieron a Martín que les devolviese movilidad a sus caballos.

Martín así lo hizo y los hombres se alejaron al galope.

Cuando finalmente llegó al palacio del emperador, los guardias le cerraron el paso.

Tres veces volvió Martín, pero los guardias no le permitieron pasar, y le comunicaron que el soberano no deseaba verlo.

Entonces Martín se vistió con una simple piel, se echó ceniza, el símbolo de un hombre haciendo penitencia, se sentó junto a la muralla del castillo, y durante una semana no probó ni un bocado.

Después de este tiempo vio un ángel rodeado de gran luminosidad que le dijo que fuera ahora al castillo, que nadie le cerraría el paso.

Martín se levantó, y los guardianes se apartaron voluntariamente, y le permitieron entrar.

Transitó por patios y pasillos hasta llegar a la antecámara del emperador.

Allí se encontraba la guardia de honor, los soldados con la espada desvainada, que inmediatamente le abrieron la puerta.

Martín entró, el emperador enfureció al verlo, y no se levantó de su asiento.

En ese momento cayó fuego, las llamas se introdujeron por debajo del trono, y quemaron el

asiento y las carnes del emperador, de modo que se levantó de un salto.

Jamás había sucedido algo semejante; el emperador aceptó la lección y comprendió que la mano de Dios amparaba a ese hombre.

El soberano indicó a sus servidores que abrieran el tesoro y diesen al obispo tantas riquezas de oro y dinero como necesitaba para ayudar a los pobres.

Martín agradeció al emperador.

Salió del palacio cargado de oro y dinero, y en todos los lugares pudo ayudar a la gente.

En una ocasión Martín paseaba por una pradera, cuando vio que un toro enfurecido había abandonado el rebaño, e iba corriendo peligrosamente por el campo, haciendo saltar la tierra a su paso.

Bajando sus cuernos se dirigía hacia Martín.

Reconoció que lo montaba el diablo, y en medio de sus bramidos le dijo:

“Alto, aquí en este lugar, no haz de dar ni un paso más.”

El animal se detuvo temblando, y Martín dijo:

“Enemigo constante, vete y deja en paz a este inocente animal.”

El diablo bajó de un salto y desapareció como un ratón en su agujero.

Un día Martín se encontraba en su habitación leyendo en las Sagradas Escrituras.

Allí tuvo una aparición.

Dentro de una gran luminosidad apareció un rey con un manto de púrpura y botas doradas, mientras que una corona adornaba su cabeza.

La puerta seguía cerrada con el cerrojo como antes.

El rey comenzó a hablar:

“Martín, quiero mostrarme en primer lugar a ti.

“Yo soy Cristo, el rey, y vuelvo a los hombres, adórame.”

Martín le respondió:

“Mi Señor Jesucristo estuvo clavado en la cruz.

“Muéstrame todos tus estigmas y tu cuerpo maltratado.”

El rey no respondió y la luz a su alrededor se fue haciendo muy tenue.

Martín entonces siguió:

“Eso no lo puedes hacer, no creo en tu corona, y tu manto de púrpura está atravesado por el fuego infernal, pues eres el diablo.”

Allí desaparecieron corona y manto, la luz fue tomando un color rojizo y en él aparecieron las facciones del diablo, que desapareció rápidamente. ♣♣

[i:23] santa Isabel de Hungría

[Hungría (1207-1231)] Noviembre 17

El rey Andrés II de Hungría y su esposa Gertrudis tuvieron que esperar largo tiempo hasta que les naciera una hija.

Le dieron el nombre de Isabel.

Tan adorable era la niña, que a los padres les parecía que quien jugaba a sus pies era más un pequeño ángel que una niña.

Su lugar predilecto era la capilla del castillo, donde durante largos ratos contemplaba las imágenes multicolores de los ventanales.

Una vez, la pequeña se había trepado al púlpito, donde comenzó a cantar con gran júbilo, hasta que su niñera, alarmada, se la llevó.

Isabel se escapaba muchas veces, y se iba sola a la capilla.

Entonces tomaba el misal del sacerdote, lo tomaba al revés porque no sabía leer, pero, no obstante ella oraba y cantaba de la misma manera como lo hacía el sacerdote, sólo que con mayor animación y en voz alta.

Seguramente, que las estatuas de madera y de bronce se hubiesen sonreído, si eso les hubiera sido posible.

En otro país vivía, al mismo tiempo, un conde llamado Hermann von Turingia.

Su hijo Luis contaba con unos pocos años más que la pequeña Isabel.

El conde Hermann pensó:

“La hija del poderoso rey de Hungría sería una novia adecuada para mi hijo Luis.”

Para asegurar esa unión, estos dos niños deberían ser comprometidos desde ya.

Un mensajero del conde llevó la propuesta al rey de Hungría, acompañada por valiosos regalos.

El rey accedió a que su hijita vaya a vivir al hermoso castillo de Wartburg en el rico país de Turingia.

Así que ambos niños crecieron juntos, como hermanos, sintiéndose gran afecto.

Al cumplir Isabel siete años, falleció su madre.

Pero, muchas veces se le apareció en sus sueños, o al estar sumida en su silenciosa oración.

Parecía ser su ángel de la guarda.

Al poco tiempo murió también el conde de Wartburg, padre de Luis.

Los dos niños quedaron a cargo de la severa condesa Sofía, la madre de él.

Ella veía con desagrado cuando Isabel se mostraba cariñosa con todos los que la rodeaban, incluso con el personal de servicio.

Al ir a la misa, la condesa colocó una cadena de oro alrededor del cuello de Isabel, también puso sobre su cabeza una coronita de oro con piedras preciosas, y debía usar guantes.

Una doncella iba detrás de ellas llevando un almohadón de terciopelo, para que las nobles señoras pudiesen arrodillarse en la iglesia.

Pero, tan pronto Isabel entró en la iglesia se sacó los guantes, y los colocó junto con las joyas dentro de su cartera.

Durante la misa, se arrodilló sobre el piso, dejando de lado el almohadón.

La orgullosa señora Sofía se enojó, y la reprimió:

“No debes arrodillarte a semejanza de una criada común.

“¿Por qué te has sacado las hermosas joyas?”

Isabel contestó:

“No me guardes rencor, querida madre, ante Cristo todos los hombres son iguales.”

La señora Sofía se dirigió entonces a su hijo diciéndole:

“Prohibele tú, mostrarse como una cualquiera.”

Pero Luis contestó:

“Déjala, no conozco corazón más noble que el suyo, y su apariencia es hermosa y digna, incluso sin joyas, oro y piedras preciosas.”

La madre tuvo que callar.

Pero, con agrado hubiese elegido otra prometida para su hijo.

Cierta vez la madre le insinuó esa idea a su hijo. Éste le contestó señalando una montaña:

“Si aquella montaña fuese toda de oro, y me fuese ofrecida a cambio de Isabel, no aceptaría.”

Para festejar la boda tuvieron lugar competencias caballerescas durante tres días.

Luis condujo al altar a Isabel.

A continuación, la pareja vivió unida por entrañable amor en el castillo Wartburg.

el profanador de textos

Durante las largas noches invernales, Isabel hilaba con las doncellas de la servidumbre del castillo.

Las telas así confeccionadas, las regalaba a los pobres, para que se abrigaran.

Isabel había aprendido el arte de curar de un médico ambulante que había permanecido en el castillo durante un tiempo.

Junto con sus doncellas recolectó hierbas curativas, aprendió a tratar las heridas, y a aliviar a los enfermos durante estado febriles.

Isabel se dirigía a las aldeas en compañía de sus doncellas para ayudar allí a los enfermos.

Su mayor alegría era ayudar y regalar.

No pasaba día alguno sin que mitigara el hambre y muchas otras penas.

De tiempo en tiempo, Sofía, la madre de Luis, decía a su hijo:

*“Isabel está despilfarrando tus bienes.
Si esto sigue así, llegará el día en que tendrás que vender tu castillo.”*

Pero Luis no se dejó influenciar.

Cuando mucho, aconsejó a su esposa de que debía examinar a quién dirigir su ayuda, ya que entre los mendigos también existían los holgazanes.

Aconteció, que un día Isabel bajaba las escalinatas del castillo llevando en su delantal panes que quería regalar a los pobres.

Justo estaba regresando su esposo, sobre su corcel y le preguntó:

“¿Qué es eso tan pesado que llevas en tu delantal?”

Ella respondió sonriendo:

“Son rosas para los pobres.”

Y le mostró lo que llevaba.

El conde la saludó, había comprendido el significado del mensaje.

Muchas veces, el conde tuvo que ausentarse con motivo de extensos viajes.

En una oportunidad, al regresar, lo enfrentó su madre diciéndole:

“Isabel ha dado albergue a un hombre en su vivienda.

“Seguro, que a ese lo quiere más que a ti.”

Al saludar a su esposa, Luis le preguntó por el hombre.

Entonces, Isabel le mostró al leproso, al que estaba cuidando, y cuyas heridas justamente comenzaban a cerrarse.

El conde dijo al enfermo:

“Nadie puede proporcionarte mejor cuidado, bienvenido seas en mi casa.”

Por entonces, una gran miseria tuvo lugar en esa región, originada por el fracaso de las cosechas.

Subían los precios y escaseaban los alimentos.

El conde tuvo que hacer un largo viaje a comarcas lejanas.

Esperaba poder comprar allí cereales para su pueblo necesitado.

A diario llegaba una multitud de hambrientos a Wartburg, por lo cual Isabel decidió abrir el depósito de alimentos.

Todos los días centenares calmaban su hambre allí.

Como se acababan las reservas, procedió a vender sus valiosas joyas procedentes de su patria, y una serie de fincas con tierras y edificios.

Al regresar Luis, su madre nuevamente se lamentó por los despilfarros hechos con la venta de las propiedades.

Luis contestó:

“Con tal que no me venda Wartburg, lo demás está todo bien.”

Pasaron los años; por entonces, Luis decidió unirse al emperador Federico II, que partía en un viaje a Tierra Santa.

Isabel sabía que grandes peligros acechaban en las Cruzadas.¹

Temía por su suerte y la de sus hijos al quedar sola. A pesar de eso le dijo a Luis:

“Viaja en nombre de Cristo.

“También yo sabré llevar mi cruz.”

Luis nombró como reemplazante suyo a Enrique, su hermano menor, para que durante su ausencia Turingia no quedase sin gobernante.

Tuvo que prestar juramento de proteger a Isabel, sus hijos, y al país.

Antes de partir, Luis puso en el dedo de Isabel un anillo con una preciosa piedra azul.

Al ver perder su figura en la lejanía Isabel tuvo la sensación de que no volverían a verse sobre esta tierra; y así fue.

Algunos meses después de la partida de Luis aconteció que, cuando Isabel quiso unir sus manos para la oración, antes de dormir, se dio cuenta, de que había caído la piedra azul del anillo.

Toda búsqueda fue en vano.

¹ Cruzadas (1096-1291): Serie de campañas militares impulsadas por el papa y ejecutadas por la Francia de los Capetos y el Sacro Imperio Romano Germánico, con el objetivo de restablecer el control apostólico romano sobre Tierra Santa. [n. del pr.]

el profanador de textos

Al cabo de un tiempo llegó la noticia de la muerte de Luis a causa de una enfermedad.

Había fallecido el mismo día en el cual se había caído de la piedra del anillo.

Isabel la embargó un gran pesar.

Enrique, el hermano menor prestó oído a malos consejos.

Creyó que ahora, que su hermano había fallecido, ya no era necesario cumplir con su promesa.

Se la acusó de despilfarrar los bienes del conde.

En medio del frío invernal tuvo que abandonar Wartburg, prohibiéndole permanecer en sus cercanías.

Durante días tuvo que caminar con sus hijos.

Encontró albergue en el granero de una buena gente durante algún tiempo, durmiendo sobre el heno.

La pobreza se había convertido en su hermana.

Tuvo que vender el último anillo de oro que poseía.

De allí en más, tuvo que pedir limosna con sus hijos de puerta en puerta.

Finalmente un pariente de Isabel, el obispo de Bamberg se ocupó de ayudarle, y le proporcionó vivienda en el castillo de Bodenstein.

Al cabo de un año, los caballeros de Turingia, que habían partido con Luis, regresaron de la cruzada.

Se enteraron de los padecimientos de Isabel y sus hijos, a causa de la infidelidad de Enrique con respecto a su palabra empeñada.

Procedieron duramente con él.

Debía entregar su herencia a Isabel, y ella debía ocupar nuevamente el lugar que le correspondía.

Isabel lo aceptó para estar otra vez en condiciones de seguir haciendo el bien.

Hizo construir un hospital en la ciudad de Marburg.

Allí sirvió como madre de los enfermos, haciendo el simple trabajo de una doncella de servicio.

Isabel no le informó de su exilio a su padre, el rey de Hungría, pero éste supo de la muerte de su esposo.

De modo que envió al conde Panyas, para que averigüe el destino de su hija.

El conde la encontró en su hospital de Marburg, con vestido de servidumbre, e hilando.

Dijo el conde:

“Nunca se ha visto princesa alguna en ropas tan pobres e hilando lana.

“Esto le causará pena a vuestro padre.”

Contestó Isabel:

“Soy simplemente un ser humano, y quisiera convertirme en hija de Dios.”

El conde trató de convencerla diciendo:

“Isabel, ven con tus hijos a tu casa paterna.”

Ella contestó:

“Aquí, donde puedo ayudar a otros, es mi casa paterna.”

Y así fue, que Isabel se quedó con los pobres y enfermos de Marburg.

La llama de la vida había ardido con tanta fuerza, con tanta vehemencia, que muy joven, a los veinticuatro años, falleció.

Su cuerpo recibió sepultura al cuarto día de su muerte en Marburg.

Estaba lozano y sin señales de descomposición.

En ese lugar, en su memoria, fue construida la iglesia de santa Isabel.

Muchas personas han peregrinado a su tumba y su nombre sigue resonando en muchos corazones humanos. ♣♣♣

[i:24] **san Eloy¹**

[Francia (588-ca. 660)] Diciembre 1º

En aquel tiempo no había herrero más famoso que Eloy.

Mercaderes, hidalgos, príncipes y hasta reyes, iban a su herrería por el gusto de tener sus caballos herrados por él.

Cada hombre que entraba en el taller era una voz que salía por el mundo desparramando la fama del herrero.

Eloy vivía embriagado de tantas alabanzas.

Hubo una vez un príncipe que al ver terminada la herradura de su caballo, le palmeó el hombro y le dijo:

“No naciste para obras groseras, sino para el arte fino.

“Este trabajo parece de un joyero.”

Fueron tantas las alabanzas que Eloy se volvió el más vanidoso de los hombres.

Un día hubo un gran revuelo entre los herreros.

Fue debido a que en la puerta de la herrería de Eloy colocó un letrero que decía estas palabras:

Eloy maestro de los maestros.

Maestro por encima de todos.

¹ Traducción de María Inés Gutiérrez Ries de Balogh-Kovacs.
[n. del pr.]

el profanador de textos

Aquí y allá se escucharon protestas rabiosas:

“¡Presuntuoso!”

“¡Vanidoso!”

Una vez cuando Eloy estaba concluyendo un trabajo llegó hasta su puerta un jovencito de aire humilde con la expresión de una persona que viene de tierras distintas.

“¿Es ésta la casa de Eloy... maestro de los maestros, maestro por encima de todos?”

preguntó el recién llegado.

“Estás hablando con Eloy mismo,”

respondió el herrero.

El jovencito se aproximó, y dijo:

“Anduve por todas partes y no hallé ningún lugar en donde tu nombre no sea pronunciado con entusiasmo y admiración.

“Tanto oí hablar de ti, que no resistí la tentación de ser tu aprendiz.”

Eloy dijo al joven:

“Para que alguien sea aprendiz de un herrero como yo, es necesario que sepa muchas cosas.

“¿Qué sabes tú de mi oficio?”

“Sé hacer lo que otros herreros hacen.”

Eloy mostró la herradura que había concluido en ese momento:

“¿Ves este trabajo?

“Dime... ¿cuántas veces llevarías al fuego este hierro para que adquiriese esta perfección?”

E muchacho dijo;

“Una vez.”

A Eloy se le arrugó el seño.

“¿Estás bromeando muchachito?

“Yo preciso llevar tres veces el hierro al fuego, ¿cómo es que tu siendo sólo un aprendiz, hablas de llevarlo sólo una vez?”

Con aire de quererle aplicar un castigo, le dijo:

“Ya que quisiste bromear conmigo... ahí tienes unas barras de hierro.

“Haz lo que dijiste.

“Haz una herradura llevando el hierro al fuego sólo una vez.”

El jovencito se aproximó a la fragua encendida.

La barra de hierro sumergida en la brasa ya era un hierro candente.

Parado al lado de fragua, Eloy observaba con aire burlón.

El aprendiz tomó la barra de hierro y la llevó al yunque, y la martilló y martilló con la desenvoltura de un maestro.

“Ya acabé...”

dijo minutos después.

Eloy exclamó sorprendido:

“¿Qué? Ya acabaste?”

Y se acercó apresurado.

Sus ojos desencajados estaban realmente sorprendidos.

La herradura estaba concluida, tan bien acabada y tan perfecta que él no había visto otra igual en el mundo.

Se quedó silencioso por unos instantes, sintiendo en su corazón la puñalada del despecho; después dijo:

“Eso no es nada.

“Quisiera ver si sabes herrar; allí hay un caballo.

“Voy a mandar que lo sujeten con una argolla para que lo puedas herrar.”

“No es preciso sujetarlo,”

atajó el muchacho.

“¿Y cómo lo vas a herrar sin que esté amarrado?”

“Tengo una nueva manera.”

Y empuñando un cuchillo corrió hacia donde estaba el animal.

Tomó la pata del caballo, la sostuvo levemente, y la cortó en la primera articulación.

Trajo rápidamente la pata hacia donde estaba el yunque, y con una increíble rapidez le colocó la herradura.

Corrió rápidamente hasta donde estaba el caballo, y le colocó la pata en la articulación, que ya estaba sangrando demasiado.

Lo mismo hizo con las otras tres patas.

Eloy miraba toda la escena tan espantado y asombrado que no salía palabra de su boca.

¡Cortaba las patas del animal!

¡Era increíble!

“¿Conocías este procedimiento?”

preguntó el muchacho al concluir el trabajo.

“¿Cómo piensas que no lo habría de conocer?”

“Pero sólo lo uso cuando tengo prisa.”

Después de un segundo le dijo:

“No eres del todo torpe, muchacho, te acepto como aprendiz.”

el profanador de textos

Eloy había enviado al aprendiz a la ciudad a mandar un recado, cuando por la puerta de su taller apareció un hidalgo extranjero, que por los aires y la armadura, seguramente iba a luchar en alguna guerra.

“¡Oh, mi caballo perdió las herraduras por el camino.

“Yérralo como lo sabes herrar, ya que mi viaje será muy largo.”

Eloy pensó que esa era la ocasión para aplicar lo que el día anterior había visto hacer a su aprendiz.

Y levantando la pata, que estaba sin herradura, con el cuchillo cortó la articulación más próxima al casco.

El animal dio un relincho dolorido.

La sangre brotó como de una canilla abierta.

El hidalgo se aproximó asustado:

“¡Está loco, hombre!”

Jactándose, Eloy dijo:

“No se asuste, hidalgo.

“Es una nueva manera que ahora estoy aplicando en mi taller.

“Es sólo un instante y quedará satisfecho.”

Levó la pata al yunque e inmediatamente se puso a herrarla.

El caballo se desvanecía por la pérdida de sangre y estaba echado miserablemente en el suelo.

Eloy se acercó con la pata herrada, y afirmó:

“En un instante la colocaré.”

Acercó la pata al muñón, que había quedado en el caballo; pero no se adhirió, como había visto que hiciera su aprendiz, el día anterior.

La sangre continuaba brotando de la herida, y el animal resollando dolorosamente, agonizaba.

“Si matas a mi caballo, yo acabaré con tu vida,”
“gritó el hidalgo.

Eloy perdió la cabeza y se puso a caminar por el taller y por el patio, sin saber qué hacer.

En ese momento iba llegando su aprendiz.

Eloy afligido y humilde fue a su encuentro:

“¡Sálvame por piedad!”

El muchacho le sacó de las manos la pata herrada y la colocó en el muñón del animal.

Inmediatamente la sangre paró y el caballo se irguió dando un relincho de nueva vida.

Eloy sintió que le volvía la sangre al cuerpo, y se arrodilló a los pies del muchacho, delante del hidalgo y de toda la gente del pueblo que había llenado el patio del taller.

“¡Levántate!

“Tú te has humillado y el reino de los cielos es de los que se humillan.

“Estás curado de la inmensa vanidad que te arrastraba al pecado.”

Eloy preguntó:

“¿Pero quién eres tú?”

Una onda de luz cubrió al aprendiz de los pies a la cabeza; y con una sonrisa que penetraba en el alma de las criaturas, como los rayos del sol atraviesan los vidrios, respondió:

“Jesús.” ♣♣

[i:25] san Nicolás

[Patara/Bari (ca. 270-343)] Diciembre 6

La alegría había llegado por fin a cierta casa en Patara.

La madre sonreía feliz mientras que la nodriza colocaba al recién nacido sobre su regazo; en tanto que otra mujer se acercaba para mirarlo.

La nodriza le dijo:

“Es un fino niño, sólo le falta un nombre.”

Una de las mujeres preguntó:

“¿Cómo lo llamará, señora?”

La madre dijo sin titubear:

“Su nombre será Nicolás.”

La nodriza colocó al pequeño bebé en una tina dijó:

“Bueno, pequeño Nicolás, ¡vas a tomar tu primer baño!”

De inmediato, se escucharon gritos de sorpresa de todas las mujeres; el recién nacido se había enderezado sobre el agua, y uniendo sus manos miraba hacia el cielo.

“¡Oh, señora, mire!”

el profanador de textos

Al ver a su hijo la madre dijo:

“¡No lo toquen!, ¡es un milagro!”

El pequeño Nicolás permaneció en ese éxtasis durante dos horas, mientras las asombradas mujeres estuvieron arrodilladas a su alrededor.

La mirada de Nicolás lo expresaba todo; no les hubiera sorprendido que el bebé hablara, pues no hacía falta.

Tomaron al bebé con cierto temor para bañarlo y vestirlo, tratándolo como si fuera alguien que ya supiera tanto de estas costumbres como ellas.

Y entonces, con sabiduría divina, cuando la nodriza tomó al bebé entre sus brazos para amamantarlo, éste se volteó la cabeza negándose vigorosamente a que tan siquiera una gota de leche pasara por sus labios, hasta que el sol hubo desaparecido.

Y todos aquellos que habían estado tan atareados todo ese día, se sentaron a comer también.

“Mi pequeña maravilla!”

gritó la nodriza cargándolo en la forma que suelen hacerlo las nodrizas, aunque pocas nodrizas habían tenido la oportunidad de cargar a un niño tan maravilloso como ese, quien ya al nacer pudo orar y ver hacia el cielo desde su bañera.

Nicolás creció amando todas las cosas pequeñas.

Sus padres, gente rica de Patara en Licia, estaban en posibilidad de dar al niño más de lo que él necesitaba en juguetes, dulces, dinero, y comida en su mesa.

Algunas veces, aquellos que tienen demasiado no pueden ver las necesidades de aquellos que tienen poco, pues la riqueza entorpece su mirada, manteniéndolos alejados de los pobres.

Pero cuando, como Nicolás, tienen corazón sensible, mantienen abiertos sus ojos y pueden ver la diferencia entre los ricos y los pobres.

Al morir sus padres, Nicolás se encontró con que era un hombre joven, con una gran fortuna que no deseaba gastar en sí mismo.

¿Cómo gastarla entonces?

Algunos de sus amigos le hubiera ayudado con gusto a derrocharla, pero él ni siquiera lo pensó.

No había en él o en su casa señal alguna de extravagancia por su riqueza, y fue así que lo que hizo con su fortuna permaneció en secreto, que se conserva hasta el fin de su historia.

Sin embargo, bien puede decirse que, aunque Nicolás no sabía cómo invertir sus riquezas mundanas, si pudo en cambio elevar sus pensamientos hacia la riqueza que hay en el cielo, permitiendo que el éxtasis que lo embargó al nacer, nunca se separara de él, con lo cual pudo convertirse en servidor de Dios.

Su mayor deseo fue entonces ver Tierra Santa con sus propios ojos, de suerte que partió en barco desde Licia hasta Alejandría, de cuyo gran puerto partiría hacia Jerusalén.

Durante el viaje, se desató una gran tempestad, y los marineros estaban asustados.

El capitán daba órdenes en medio de la tormenta, y los hombres hacían un gran esfuerzo por obedecerlas, pero el barco se estremecía de tal forma que parecía se iría a quebrar.

Los hombres del barco eran insuficientes y, en medio de ese tumulto, una luz hizo que Nicolás se arrodillara para rezar; sus ojos se elevaron hacia el cielo, pensando que las olas que mojaban sus vestidos eran las mismas aromáticas aguas de su primer baño.

“¡No podemos pasar la tormenta rezando, padre!”

gritó el capitán,

“mejor déjeme atarlo a un mástil.”

Pero tal como Nicolás pidió el viento se aquietó, el negro cielo se tornó azul, el revoltoso mar se convirtió en una hoja de seda, y los rayos y truenos, en la luz clara del sol.

Los marineros gritaban de alegría y Nicolás dijo:

“Nada pasará si oramos para que no suceda.”

El maravillado capitán dijo:

“Díganos su nombre, padre.”

Él respondió con sencillez:

“Nicolás.”

El capitán se dirigió a su tripulación:

“¡Recordémoslo bien!

“Y si alguna vez volvemos a estar tan cerca de la muerte como hoy, invoquemos el nombre de Nicolás.”

Y desde entonces así lo hicieron los marineros, y así siguieron haciéndolo cuando Nicolás murió.

Muchos de los que oraron pidiendo ayuda durante alguna tormenta juraban haber visto al mismo san Nicolás al frente del timón del barco, elevando sus ojos hacia el cielo, protegiendo así la nave y a su tripulación de todo mal.

Y se hizo costumbre que los marineros en sus travesías armaban pequeños barcos, los equipaban y equilibraban convenientemente.

Siempre antes de partir y a su regreso colocaban sus embarcaciones frente a las iglesias del puerto, en pedido

el profanador de textos

de protección y acción de gracias a san Nicolás, su patrono, y salían y regresaban a casa sin temor alguno.

Los niños, que lo amaban tanto como los marineros, también lo adoptaron como su patrono.

Nicolás tenía una intuición especial para conocer las necesidades de los jóvenes; sus gustos y penas eran su preocupación constante.

Sucedió una vez en Mira, cuando Nicolás ya era obispo de esa ciudad, que tres niños que andaban por el bosque de los alrededores, al verse perdidos, y ya siendo de noche, se acercaron a una posada.

Llamaron a la puerta y el posadero salió.

Le sonrieron amistosamente frotando sus manos por el frío.

“Y bien niños, ¿qué los trae por aquí?

”“¿Qué desean a tan altas horas de la noche?”

“Hemos perdido nuestro camino, señor posadero.

”“Podríamos pasar la noche aquí?”

Y el hombre respondió:

“Desde luego niños, pero habrán de dormir sin soñar.”

Los niños no entendieron lo que les quiso decir, pues nada malo se veía en la persona del posadero.

Sin embargo, él vivía de lo que robaba a quienes llegaban a su posada; así es que cuando los niños estuvieron dormidos él buscó en sus ropas y tomó todo lo que encontró, no era mucho, pero las ropas en sí valdrían algo.

Y luego mirando a los tres niños suspiró:

“Son tan sonrosados y tiernos como cerditos recién nacidos.

”“¡Qué lástima que no lo sean!
”“¡Qué delicioso asado de cerdo se haría con ellos!”

No lo pensó mucho para hacerlo, y por la mañana, los tres pequeños estaban listos para el asado, y fue así que entonces durmieron realmente sin soñar.

Mientras tanto el obispo de Mira, Nicolás, durante la noche había tenido un sueño que lo hizo entrustecerse y al mismo tiempo montar en cólera; había visto en su sueño todo lo ocurrido en la posada, y no descansó hasta que se cercioró de todo.

Ese mismo día se adentró en el bosque llevando su mitra y vistiendo su túnica; y al anochecer, gracias a que ya había visto el camino en su sueño, llegó a la posada.

Tocó a la puerta y el posadero abrió; era el mismo hombre de su sueño.

Éste sonrió a Nicolás, y frotando sus manos le dijo:

”“Señor obispo, es un honor tenerlo aquí!
”“En qué puedo ayudarlo señor?”

Nicolás dijo:

”“He perdido mi camino en el bosque,
posadero.
”“Tengo hambre, ¿podría pasar y comer algo?”

El posadero lo hizo pasar entonces al interior de la posada, y le ofreció una silla.

”“¿Qué desearía su señoría?, ¿un trozo de jamón?, ¿carne de res?, ¿carne de ternera?”

Nicolás contestó:

”“Nada de eso, posadero.”
”“Se me ha antojado la carne de cerdo que tiene allí.”

El posadero entonces dirigió una mirada llena de temor hacia su visitante.

Nicolás preguntó:

”“¿Hay algún problema?
”“¿No está aún bien sazonado el cerdo?”

El posadero palideció de golpe.

”“¿Será acaso que apenas anoche lo puso en el condimento para el asado?”

dijo el obispo.

El posadero empezó a temblar tanto que cayó al suelo cubriendo su cara con las manos.

”“¡Piedad! ¡Piedad!,”

exclamó,

”“Confieso! Confieso!
”“¡Tenga piedad!”
”“Ya veremos,”

dijo Nicolás.

Entonces cruzó el cuarto, elevó sus ojos hacia el cielo e hizo la señal de la cruz sobre el fuentón.

La espuma del condimento del asado se movió un poco, y tres pequeñas cabezas aparecieron, un tanto adormecidas y sonrosadas, espiando al borde del fuentón.

”“¡Oh!”

bostezó el primer niño,

”“¡Qué bien he dormido sin sueños!”

El segundo exclamó al estirar sus brazos:

”“Yo también dormí sin sueños.”

Y el tercero dijo, restregándose los ojos:

el profanador de textos

“Yo soñé.

“Soñé que estaba en el paraíso.”

El posadero, aún en el suelo se golpeó el pecho y se soltó llorando.

“¿Qué se le podría decir al casero después de lo ocurrido?

Mucho, quizás, pero Nicolás pensó que como nada malo puede suceder si se ora pidiendo ayuda, era mejor arrodillarse junto con los tres niños y elevar una plegaria al cielo, para que el posadero fuera perdonado del grave error cometido.

Y esta experiencia le sirvió mucho, pues nunca jamás volvió a robar nada a sus clientes.

Transcurrió el tiempo y los niños en Patara empezaron a festejar el día de san Nicolás, cuyo origen no fue únicamente el haber salvado a esos tres niños de la muerte, sino otras muchas cosas que pronto conoceremos, y que nos revelarán el secreto de san Nicolás, pues ahora si ya es el momento de conocerlo.

Había en aquella ciudad un buen hombre muy pobre, que tenía tres hijas tan bellas, que muchos jóvenes las hubieran pedido en matrimonio, pero ¡no tenían dote!

Y sin dote, ninguna muchacha, por bella que fuera, podía aspirar a casarse en aquellos días.

El padre era tan pobre que ni siquiera podía dar como dote una sola moneda de plata para su hija mayor; era tan pobre que llegó el momento en que no sabía cómo seguir alimentando a sus hijas.

No sabía qué hacer, si dejarlas morir de hambre, o venderlas en el mercado una por una, como esclavas de algún hombre rico.

¹ dote: Institución muy común en la época romana, y comenzó por el deseo de que la familia de la novia contribuyera con una parte de los gastos que implicaba la creación de un nuevo hogar. [n. del pr.]

Y su corazón se entristecía cada vez que pensaba en la suerte que correrían al venderlas.

Y como las doncellas jóvenes presentían lo que su padre estaba pensando, palidecieron al sentir su mirada.

No se atrevieron a hablar del asunto con él, pero entre ellas mencionaron en secreto los nombres de ciertos jóvenes a quienes amaban, y en quienes ya no deberían pensar más.

Una noche, este buen hombre se quedó sentado frente a la ventana abierta, mirando hacia el cielo, mientras una nube, al moverse, dejaba ver el brillo de la luna; pensó entonces que la luna no era más bonita que su hija mayor, aquella con la que al día siguiente él tendría que salir hacia el mercado de esclavos, pues no encontraba otra manera de salvarla de la muerte, aunque cualquiera de las dos alternativas resultaban vergonzosas, tanto como para su hija como para él.

Así pensaba, inclinándose sobre la ventana, cuando se le empezaron a llenar los ojos de lágrimas, empañando así el brillo de la luz de la luna.

Y de repente, un objeto entró volando rápidamente al cuarto, y cayó justo a sus pies.

Al inclinarse para observarlo, el pobre hombre se dio cuenta de que era una bolsa llena de monedas.

Apenas podía creer lo que veían sus ojos cuando desató la cinta, y encontró tantas monedas de oro en la bolsa.

Las colocó anhelante en pequeñas pilas.

Hacía mucho tiempo que no veía tanto dinero junto.

Había suficiente para la dote de la mayor de sus hijas, y él agradeció esto al cielo, pues así podría salvar a su hija de la vergüenza.

Al amanecer, le contó a la joven la buena noticia, y ella corrió alegramente a la tienda a comprar un velo

de seda, un anillo, y dulces, en lugar de ir al mercado de esclavos.

Esa misma noche el joven que ella quería se presentó en la casa de su padre, comieron los dulces, y los enamorados quedaron comprometidos.

Al poco tiempo, el corazón del buen hombre volvió a acongojarse por la suerte que correría su segunda hija, que era tan bonita como el cielo estrellado que admiró aquella noche por su ventana.

Al día siguiente debería llevarla al mercado de esclavos, a menos que sucediera por segunda vez el milagro.

Y el milagro ocurrió otra vez!

Apenas había empezado a imaginar esa posibilidad, cuando una segunda bolsa voló como pelota a través de la ventana, y al recogerla encontró que contenía tantas monedas como la primera.

El buen hombre salió corriendo de la casa para saber quién le daba tal obsequio, pero ya era demasiado tarde, pues no había nadie afuera.

Al día siguiente dijo a su segunda hija que tomara el oro, y comprara un velo de seda, como lo había hecho su hermana mayor.

La joven regresó de la tienda con un fino perfume, el velo de seda, y un platón de frutas en almíbar.

Y antes de que terminara el día, ella también estaba comprometida con el joven que amaba.

Transcurrió algún tiempo, y el padre comenzó a preocuparse por su tercera hija, aunque estaba menos infeliz que las veces anteriores, pues no dudaba que la buena fortuna de sus dos primeras hijas sería igual para la más pequeña, que era tan dulce como las flores que perfumaban la noche.

Pero en esta ocasión estaba totalmente decidido a descubrir al desconocido que lanzaba las bolsas, para así darle las gracias en persona.

el profanador de textos

Un poco antes de que llegara la hora, el buen hombre salió de la casa, y se escondió en un rincón.

Después de un rato apareció una persona cubierta con un manto, que se acercaba a la ventana para lanzar una bolsa de dinero.

En cuanto lo hizo, el padre salió de su escondite, y agarró con fuerza la capa del desconocido, y su asombro no tuvo límites al ver que se trataba del joven Nicolás, el hombre más rico de Patara.

Entonces el padre se arrodilló agradecido a sus pies, y besó la orilla de su capa.

“Nicolás, servidor de Dios, ¿por qué te ocultas?”

Nicolás le respondió:

“Así lo prefiero.”

“¡Pero así tu generosidad nunca se conocerá!”

“¿Y para qué habría de conocerse?”

A Nicolás no le gustó que se descubriera el misterio, aun cuando hubiera sido ese buen hombre el que lo descubriera.

Nicolás le dijo:

“Prométeme amigo que no se lo dirás a nadie.”

El hombre inquirió:

“Al menos podré decírselo a mis hijas.”

Nicolás refutó enfáticamente:

“¡A ellas menos que a nadie!”

“Si he elegido hacer cosas que hagan felices a los jóvenes, como es el darles algunos regalos, ése es asunto mío.”

Y el hombre insistió:

“¿Y no vas a entrar para permitirles agradecértelo personalmente?”

Y Nicolás respondió:

“Prefiero que no me vean.

“Ayúdame a mantener el secreto, buen hombre.”

El padre prometió hacerlo.

Al día siguiente, la más joven de las niñas fue a la tienda, y compró un velo de seda, un collar, y pasteles de almendra.

Y ella también quedó comprometida.

Pero los secretos pronto se conocen.

Sin duda, las tres muchachas felices habrán rodeado a su padre, abrazándolo le repitieron muchas veces la misma pregunta:

“¿Quién, padre, quién?

“¿Quién me dio la bolsa de oro?”

“¿Quién, padre, quién?

“¿Quién me dio el velo de seda?”

“Querido padre, ¿Quién?

“¿Quién hizo posible que yo tuviera a tan apuesto marido?”

“¿Quién nos dio los dulces, la fruta, el perfume y todo lo demás?”

“¿Quién?

“¿Quién?

“¿Quién?”

lloraban las jóvenes como pajaritos pequeños.

De modo que al fin el padre les dijo:

“¡Está bien!, se los diré si prometen no decir una sola palabra a nadie.”

Lo prometieron de inmediato, pero luego lo dijeron a otras personas, así que todas las niñas y niños en

Patara se preguntaban si Nicolás los visitaría también a ellos para llevarles regalos.

Y, tal vez los padres, que deseaban dar sorpresas a sus hijos, eran quienes les dejaban dulces en sus zapatos mientras dormían, y a la mañana siguiente los niños se decían unos a otros:

“¡Oh, mira, mira lo que Nicolás me ha traído!”

Y así fue como empezaron a dejar sus zapatos afuera de sus puertas, para que aquel generoso hombre, que prefería no ser visto, les llevara algo.

Debe haber sido, sin duda, de Patara, en Licia, hace mucho tiempo, de donde salió la costumbre para extenderse hasta Asia Menor, y llegar después a toda Europa y luego, pasando a través de los océanos, llegar a continentes lejanos.

El caso es que la costumbre continúa hasta nuestros días, aunque ahora los pequeños zapatos se han cambiado por medias, pues a las medias les cabe el doble de lo que a los zapatos, y aun así siempre las encuentran bien llenas de regalos, pues la bondad de Nicolás no tiene límite, al mostrar su generosidad en secreto, que es lo que él prefiere.

Una rima a san Nicolás

*Nicolás, santo de los niños,
ama gastar su riqueza
en bonitos juguetes para niños y niñas,
dejándose a hurtadillas.*

*El humo de las chimeneas le
lleva el mensaje de los niños que le piden:
“Tráeme esto, san Nicolás!”*

el profanador de textos

“¡Tráeme eso otro, san Nicolás!”
“¡Una chalina de seda,
una bolsa de dulces,
una gran pelota de oro!”

Nicolás, santo de los marineros.

*Niños del mar,
cuando sus velas son quebradas por el viento
él está presente para protegerlos
y entonces se oye a los marineros pedir:*

“¡Sálvanos aquí, viejo Nicolás!
¡Sálvanos allá, buen Nicolás!”

*Santo de los marineros,
tráenos salvos a casa,
altivos y secos!” ♣♣♣*

[i:26] el día de santa Lucía¹

[Siracusa, Italia (283-304)] Diciembre 13

Hace un centenar de años vivió en el sur de la provincia de Värmland, Suecia, una señora mayor, muy avara, llamada Rangela.

Era dueña de un castillo, o mejor dicho, de una finca fortificada, en la desembocadura de una bahía del lago Vänern.

Sobre esta desembocadura hizo construir un puente levadizo siempre custodiado por un grupo de sus peones, fuertemente armados.

Esta guardia exigía el pago de un peaje a todos los que transitaban aquella zona.

Y, a todos los que no querían pagar el peaje, se les impedía usar el puente levadizo, y se les obligaba a hacer un gran desvío de varios kilómetros, dado que allí tampoco hubo un servicio de balsas.

Esta situación dio motivo a un malestar general entre los pobladores del lugar, y posiblemente hubiera terminado en una protesta abierta en la región, de no haber sido por la presencia de un poderoso vecino, el señor Eskil, residente en la localidad de Börtscholm.

Era una persona muy rica e influyente, dueño de grandes extensiones de tierras que limitaban con las de la señora Rangela.

Además era el yerno de la señora Rangela, y vivía en un gran castillo, con torres y muros fortificados.

También era consejero del rey y cuando visitaba la capital del reino; y para sus entrevistas con el soberano, se hacía acompañar por 60 sirvientes armados.

En una palabra: era toda una persona muy respetada, razón por la cual nadie se atrevía a enfrentar las exigencias de la señora Rangela, la que durante años explotó esta circunstancia en provecho propio.

Pero ocurrió un acontecimiento triste: imprevistamente falleció la hija de la señora Rangela y esposa del señor Eskil, dejando huérfanos a sus ocho hijos menores de edad.

Pasado el tiempo de luto de rigor, la señora Rangela pensó que era menester, en el más corto plazo, que su yerno volviera a casarse, puesto que era un hombre joven aún, y además requería apoyo para el cuidado y la educación de los niños huérfanos.

También era muy importante su responsabilidad de las múltiples tareas administrativas que el enorme establecimiento exigía.

Pensó asimismo, que si una eventual nueva esposa le resultaba una enemiga personal podría resultarle muy dañino, ya que su yerno, a causa de sus múltiples tareas en el reino, estaba prácticamente ausente la mayoría del tiempo y durante estas largas ausencias, era su mujer la que dirigía la administración de la finca y la educación de los niños.

La señora Rangela estuvo meditando largamente este problema y en una ocasión propicia cabalgó a Börtscholm para hablar franca y abiertamente con su yerno.

Le recordó sus cuantiosas responsabilidades ante todo frente a sus hijos, y a la administración de sus bienes; la numerosa servidumbre, la vasta peonada

¹ Lagerlöf, Selma. ‘La leyenda del día de santa Lucía.’ [n. del pr.]

el profanador de textos

dedicada a las tareas del campo, las actividades agrícolas y ganaderas.

A ello se sumaba la atención forestal, las colmenas, los productos de la caza y la pesca, las plantaciones de lúpulo, todo elaborado luego en la casa principal.

En síntesis, éstas eran todas responsabilidades que manejaba su mujer, dadas las largas ausencias del marido, y que ahora le presentaba un cuadro de preocupación y angustia.

El señor Eskil, escuchó con todo respeto, pero también con cierta preocupación a las exposiciones de su suegra, ya que conociéndola temía que al final de cuentas se le iba a ofrecer como ama de llaves para esta emergencia.

Ello no le resultaba para nada recomendable, pues con solo observar a esta mujer anciana y fea, con su doble papada, nariz aguileña, voz ordinaria, y modales toscos de campesina, no iba a ser precisamente una figura representativa, ni compañía agradable en su casa.

“Mi querido yerno,”

continuó diciendo la señora Rangela en su larga perorata, posiblemente sin darse cuenta del efecto de sus palabras,

“yo sé que de ahora en adelante, se te darán las mejores perspectivas para realizar ventajosamente un nuevo matrimonio en inmejorables condiciones, pero, también sé que eres de gran fortuna, y debieras preferir el futuro de tus hijos, a lo solamente provechoso en lo material.

“Y por esto me permito proponerte como sucesora a tu lado, a una de las sobrinas de mi hija fallecida.”

El rostro del señor Eskil se iluminó visiblemente al escuchar de los labios de su suegra que la propuesta por ella era una pariente joven.

Y, la señora Rangela continuó tratándolo de convencerlo con creciente confianza, de las ventajas del casamiento con la hija de su hermano Sten Folkesson, de nombre Lucía, la que en este invierno cumplía 18 años de edad, en el día de santa Lucía.

Hasta el presente, Lucía era educada en el convento cisterciense de Riseberga, y allí no sólo aprendió buenas costumbres en la devoción del Señor, sino también en todo lo concerniente al manejo de la economía doméstica e incluso en la conducción de una mansión señorial.

“Si su juventud y falta de medios no significan un impedimento para ti,”

siguió diciendo la señora Rangela,

“la deberías elegir como tu futura esposa, y por otro lado, estoy segura que mi hija fallecida, sin titubear, hubiera dado a sus hijos pequeños al cuidado de Lucía.”

El señor Eskil, que nunca tenía tiempo para preocuparse de sus asuntos personales, sintió un profundo agradecimiento para con su suegra, la que le proponía un matrimonio tan conveniente.

Pero le pidió algunas semanas para reflexionar antes de decidirse.

Sin embargo, ya al segundo día le dio su aprobación, y plenos poderes para mediar en esta delicada cuestión.

La señora Rangela actuó entonces con decisión y diplomacia, y rápidamente fueron superados los problemas de un próximo enlace, la dote, al igual que los plazos, decoro, y otros temas habituales.

Finalmente se efectuó el casamiento, y la joven señora Lucía hizo su entrada en Börtsholm, a pocos meses de haber cumplido los 18 años.

En el interín, la señora Rangela pensó mucho en el agradecimiento que le debía Lucía, por haberla hecho esposa del señor Eskil, persona riquísima y encumbrada, dueño y señor del castillo Börtsholm y sus alrededores.

Ahora sentía mayor aplomo aún que en vida de su hija.

En su euforia, rápidamente aumentó el peaje del puente levadizo frente a su finca, y les prohibió terminantemente a sus vecinos de trasladar en bote a los caminantes que lo solicitaban para que ninguno dejara de pagar un impuesto destinado a su propio provecho.

A los pocos meses de haberse Lucía instalado en Börtsholm, y ya en plena primavera, sucedió que un grupo numeroso de peregrinos enfermos que se dirigía al santuario de Santa Trinidad en la localidad de Sätra, en la provincia de Westmanland, solicitaba cruzar gratuitamente el puente levadizo.

Estos peregrinos enfermos que partían hacia los santuarios conocido con el propósito de recuperar su salud, estaban acostumbrados a recibir apoyo y ayuda pecuniaria de parte de los pobladores en sus viajes, de manera que recibían dinero con mayor frecuencia como limosna o dádiva, desembolsando poco o nada.

Sin embargo los guardianes del puente de la señora Rangela tenían órdenes estrictas de no claudicar ante nadie, y menos todavía de caminantes como estos, sospechosos de no ser tan enfermos y menesterosos como aparentaban ser, y de tratarse más bien de vagos y holgazanes que mendigaban por el país.

Al prohibírselas ahora el cruce sin el pago del peaje, se armó una gran batahola con lamentos y gritos de protesta.

el profanador de textos

Los inválidos y mutilados mostraban sus miembros deformes y se preguntaban cómo se podía ser tan insensible de obligarlos a hacer un desvío de todo un día de marcha hasta llagar a su destino.

Los ciegos se postraban de rodillas e intentaban llegar hasta los guardias, para besarles las manos.

A su vez los acompañantes demostraban su indigencia, dando vuelta sus bolsas y bolsillos vacíos.

Pero los guardianes seguían insensibles a todas estas lamentaciones, y la desesperación de los pobres peregrinos no tenía límite.

En ese preciso momento, se acercaba un bote con la señora Lucía y sus hijastros a bordo.

Cuando Lucía se enteró de lo que sucedía, exclamó:

“Nada más fácil de resolver”

y les indicó a los peregrinos que se ubicasen en el bote, haciéndolos luego trasladar a la otra orilla, quedando entretanto los niños en casa de su abuela.

Tanto los niños como los guardianes que conocían bien a la señora Rangela, trataron en vano de disuadir a Lucía por medio de gestos y señales, para advertirle así de lo importante que era a ella su famoso peaje.

Pero Lucía no se dio por enterada, o simplemente no quiso hacerles caso.

Porque la joven Lucía era completamente distinta a su tía Rangela.

En efecto desde su temprana juventud veneraba y amaba a santa Lucía, su santa patrona siciliana, quien era su fiel protectora y la llevaba en su corazón como ejemplo ideal.

Su santa imagen estaba totalmente compenetrada con ella, todo su carácter y modales se hallaban imbuidos en su luz y calor exteriormente, y se destacaba su extrema transparencia y delicadeza, de manera que daba casi temor de acercársele.

Con palabras amables de aliento guió e a los peregrinos enfermos hasta la orilla opuesta de la bahía, y recién los dejó después que el último tocó tierra firme.

En agradecimiento, los viajeros la bendijeron en exceso por su noble proceder.

Tales bendiciones le hacían muy bien a Lucía, porque cuando la señora Rangela supo de lo sucedido se enfureció, y se lamentó sobremanera de haber ayudado a su sobrina para alcanzar tan elevada posición social como esposa del señor Eskil dueña y señora de Börtsholm.

Pero también se dio cuenta que no podía contar ya con el apoyo de Lucía en el futuro y resolvió arrancarla de su encumbrada posición y residencia real, antes de que pudiera hacerle nuevos daños, y de volverla a su anonimato anterior.

A fin de no despertar su sospecha, para poder atacarla mejor, y para disimular sus malas intenciones, la señora Rangela se mostró inicialmente muy atenta y afectuosa, visitándola con frecuencia en Börtsholm.

Allí intentó sembrar sigilosamente la discordia entre el personal doméstico y la dueña de casa.

Pero con creciente sorpresa y malestar comprobaba que todas sus tentativas fracasaban lastimosamente, y ello no solo debido a las condiciones personales de Lucía en cuanto a su capacidad indiscutible de ama de casa perfecta, sino, principalmente, al carisma que ella irradiaba gracias a su poderosa protección celestial, la cual castigaba a sus enemigos y premiaba a los que le servían lealmente.

La señora Rangela se dio cuenta prontamente que así no podía llegar a nada concreto.

No obstante, quiso hacer un último intento frente al señor Eskil.

Éste pasó gran parte del verano ocupado con importantes gestiones de gobierno, y cuando volvía a

Börtsholm por pocos días, le aguardaban a su vez los problemas domésticos.

En consecuencia, la señora Rangela no logró obtener una entrevista confidencial con él.

Durante una hermosa mañana de verano, cuando el señor Eskil estaba tratando asuntos de la finca con su mayordomo, los interrumpió un griterío infernal.

De inmediato salieron a ver lo que ocurría afuera, en el patio del castillo vio a su suegra, la señora Rangela, montada sobre un caballo, gritando a viva voz y desaforadamente, peor que una urraca:

“Tus pobres niños se encuentran en peligro.”

“Acabo de verlos en un bote semihundido frente a mi casa.”

“Como puede permitir tu mujer que los niños salgan a remo en un bote casi podrido y exponerlos al peligro de un hundimiento.”

“Realmente, esto tiene todo el aspecto de una mala jugada de una madrastra.”

El señor Eskil se dirigió rápidamente al lugar señalado por su suegra, acompañado por su mayordomo.

Pero, a medio camino, divisó a Lucía y a los niños, conversando animadamente camino de regreso al castillo.

Lo que sucedió fue que la joven señora no había acompañado esta vez a los niños en su paseo en bote, quedándose en la casa dedicada a sus tareas.

Pero, repentinamente, sintió una advertencia de su poderosa ayudante celestial, que siempre velaba por ella y sus hijos, y abandonó el castillo para ir en busca de los niños.

Llegada cerca de la costa escuchó sus gritos de auxilio, y los divisó en un bote, hundiéndose.

el profanador de textos

Saltó enseguida a uno de los otros botes amarrados allí y los alcanzó con fuertes remadas.

De inmediato los trasladó a su bote, salvándolos de una catástrofe segura.

Llegando a la costa Lucía inquirió entonces sobre lo que había pasado.

Los niños comentaron lo ocurrido mientras el grupo regresaba lentamente hacia el castillo.

El señor Eskil y su mayordomo al verlos, se escondieron detrás de unos arbustos para escuchar lo que decían, pues se había quedado pensativo a raíz del comentario de la señora Rangela sobre una aparente ‘mala jugada de madrastra.’

El señor Eskil, fue testigo, involuntario, de lo que manifestaron los niños, al relatar que salieron a remar en un bote en perfectas condiciones, y luego de la visita a la abuela se dieron cuenta, no al principio sino recién cuando ya estaban lejos de la costa, que el bote había sido cambiado por otro viejo y en pésimo estado.

Y exclamaron con horror que gracias a la oportuna llegada de Lucía,

“nos hubiéramos ahogado todos.”

Lucía escuchó atónita todo esto, y prendió en su mente una grave sospecha: ¿cuál había sido la razón del cambio de bote?

Una palidez casi mortal la envolvió, y quedó como paralizada por ese pensamiento.

Rompió a llorar inconsolada, apretándose las manos contra el corazón.

Los niños la rodearon, tratando de calmarla, y le repetían que ya había pasado todo el peligro.

Pero ella permanecía inmóvil e imposibilitada de hacer cualquier esfuerzo.

Entonces dos de los niños mayores de 14 y 15 años de edad, ambos fuertes y robustos, hicieron

con las manos una camilla y la llevaron en andas cuesta arriba, mientras que los demás aplaudían espontáneamente, riéndose a carcajadas.

Mientras que el grupo avanzaba alegramente hacia el castillo, el señor Eskil permaneció pensativo y ensimismado, observando a su mujer y los niños.

Ella le pareció cada vez más diáfana y luminosa, llena de gracia; realmente hubiera preferido abrazarla y llevarla personalmente al castillo, si no fuera porque su posición y dignidad se lo impedían.

También pensó en cuán poca felicidad le aportaban sus continuos y fatigosos servicios para el rey, siendo que en su propio hogar podía hallar mayor felicidad y satisfacciones.

A raíz de estos pensamientos no se apartó de su familia durante el resto del día, compartiendo alegramente con los niños y su esposa, y dejando de lado los demás asuntos.

La señora Rangela, en cambio, miraba con creciente disgusto y desagrado lo ocurrido, pero como nadie osaba acusarla directamente por haber expuesto la vida de sus nietos, todo se fue diluyendo poco a poco, y no cambiaron las relaciones amistosas.

Sin embargo, en su mente seguía latente el propósito maligno de dañar a Lucía, y arrebatarle su elevada posición social.

Durante mucho tiempo tales propósitos se malograron invariablemente a causa del comportamiento intachable de Lucía, y a su corazón tan bondadoso.

A ello se sumaba la protección de su santa patrona celestial, haciéndola invulnerable a todos los intentos y ataques de maldad.

A los comienzos del otoño, Lucía protagonizó un hecho que evidentemente no fue del agrado de su esposo Eskil.

Este año la cosecha en Börtsholm fue realmente extraordinaria, superando ampliamente a la del año anterior, e incluso a todas las cosechas de la última década.

Al mismo tiempo, se duplicó el rendimiento del producto de la caza y de la pesca.

Las colmenas rebasaban de miel y cera.

El lúpulo tuvo un rinde espectacular.

Las vacas dieron leche en abundante cantidad; la lana de las ovejas era larga como el pasto, y los cerdos estaban tan gordos como nunca que casi no podían moverse.

Toda la población de la región observaba absorta esta bendición de la naturaleza, y no titubeaban en afirmar que todo era debido a la presencia de la joven señora Lucía.

Pero mientras que en Börtsholm la abundancia era motivo de regocijo, del lado opuesto del lago Vänern el desastre era total.

Allí un ejército invasor arrasó con toda la provincia, saqueando, incendiando, y asesinando por doquier.

La soldadesca en su furor, destruyó todo: los edificios y hasta las viviendas más humildes, y quemaron el trigo en los campos que aún no había sido cosechado, y robaron los animales, llevándoselos sin miramientos de ninguna clase.

Las pobres víctimas que lograron salvar sus vidas se encontraban sin techo, y con el próximo invierno ante las puertas.

Desolados vagaban por los bosques donde buscaban refugio en su desesperación.

Muchos se alejaron del lugar obligados a pedir limosna, mientras otros se quedaban cerca de sus viviendas destruidas e incendiadas, incapaces de hacer algo, sólo lamentándose por su desgracia.

el profanador de textos

Cuando las noticias de este desastre llegaron a Börtskholm, Lucía, sólo pensó en ayudar a las pobres víctimas, y le atormentaba el hecho de su propia abundancia.

Sólo pensar en tanta gente hambrienta le impedía probar bocado alguno.

Constantemente recordaba los relatos que había escuchado en el convento, de hombres y mujeres santas que habían renunciado a todas sus pertenencias para ayudar a los pobres y desposeídos.

También tuvo presente aquella historia de su propia santa protectora, santa Lucía de Siracusa, que en su misericordia y ante los requerimientos de un joven que la amaba por sus bellos ojos, no titubeó en arrancarlos y obsequiárselos, pues siendo ella una virgen cristiana nunca iba a poder casarse con él.

La joven Lucía se atormentaba, y sentía desprecio por sí misma al escuchar de tanta desgracia, y sin hacer intento alguno para paliarla.

Mientras que Lucía se debatía con estos pensamientos, llegó un mensaje del rey solicitando que el señor Eskil emprendiera un largo viaje a Noruega, el cual se demoraría hasta las fiestas de Navidad.

En este viaje iría acompañado además de sus sesenta guardias personales por un núcleo numeroso de amigos y parientes, por lo que le anticipó a su esposa que a su regreso tenían la obligación de agasajar a todos estos viajeros, de manera espléndida y prolongada.

El mismo día en que su esposo le informó de la larga ausencia, Lucía decidió tomar una determinación extrema para estar tranquila con su propia conciencia.

Ordenó al personal de castillo que acondicionaran todos los víveres acumulados allí, y trasladarlos hasta la costa, para ser embarcados en grandes barcos y botes.

Una vez vaciados los depósitos y almacenes de Börtskholm, Lucía, todos sus hijos, y la mayoría de los

sirvientes se ubicaron en un barco y se dirigieron a través del lago Vänern, grande como un océano, a la zona del desastre.

En el castillo sólo quedaron algunos sirvientes mayores para el cuidado del mismo.

De esta expedición de la señora Lucía aún se conservan extensos relatos y leyendas en los en los archivos de Börtskholm.

Por ejemplo, un relato decía que al llegar la expedición a la región donde el enemigo había dejado la tierra completamente arrasada, no se divisó ni un solo ser viviente, ni señales de vida alguna, y todo permanecía en profundo silencio.

Cerca de allí se hallaba una parroquia a cargo de un anciano sacerdote llamado Kolbjorn, uno de los pocos sobreviviente de la invasión, que se quedó en la iglesia llena de heridos y enfermos imposibilitados de huir, a quienes cuidaba y con quienes compartía las últimas raciones de víveres.

Un lugubre y oscuro día de otoño, en el que su debilidad era extrema, sintiéndose cerca de la muerte, intentó invocar al Todopoderoso mediante el repicar de las campanas de la iglesia.

Le faltaron las fuerzas para ello, pero, al escudriñar el horizonte vio con gran sorpresa a una verdadera flotilla de embarcaciones acercarse a la costa.

De uno de los barcos bajó una hermosa joven con semblante luminoso e imagen translúcida, acompañada por un grupo de niños.

Detrás de ellos, una larga fila de sirvientes desembarcaban toda clase de alimentos: carne asada de vacuno y cordero, cestos llenos de pan, bolsas de harina, y otros alimentos.

La ayuda llegó como milagro en el último momento.

En las cercanías de la iglesia del pastor Kolbjorn había una península en la que existía una cabaña de labradores desde hacía tiempos inmemoriales, que había sido destruida por los invasores.

No obstante, en sus ruinas permaneció su antiguo dueño, hombre mayor de más de setenta años, junto con su mujer y dos pequeños nietos.

Al principio se alimentaban de la pesca del lugar, hasta que una tormenta les llevó los elementos para pescar.

Desde entonces estaban expuestos a la inanición y la muerte.

Este campesino tenía un perro, también debilitado por el hambre y como no quiso verlo sufrir, lo ahuyentó de la zona, pero el pobre animal ladraba incesantemente.

La señora Lucía que pasaba en ese momento con su barco, oyó estos ladridos lastimosos, y llegó a tiempo con auxilio y consolación.

En las cercanías se encontraba una casa santa, en la que se hallaban recluidas mujeres piadosas, y que habían hecho votos de no abandonarla nunca.

Los guerreros las habían respetado, pero, se llevaron todos los víveres.

Solamente les quedaban las palomas en el palomar, y así lograron sobrevivir, sacrificando una tras otra.

Finalmente, cuando le tocó el turno a la última paloma, a las mujeres piadosas le dio tanta lástima que resolvieron soltarla, dejándola en libertad.

La paloma voló muy alto en el cielo, regresando luego al palomar.

Lucía y sus acompañantes que navegaban cerca de la costa vieron esto, y se dijeron:

“Donde hay palomas también hay gente.”

el profanador de textos

Desembarcaron y les entregaron tantos víveres como necesitaban para pasar el invierno.

Más al sur, a orillas del lago Vänern, existía un pequeño poblado que también fue saqueado e incendiado por los invasores.

Un joven matrimonio con su hijito recién nacido se refugió en una cueva cercana.

La mujer estaba enfermó gravemente, de tal manera que no pudieron huir del lugar.

Desesperada, sin alimentos, decidió arrojarse al agua con el niño, y dar término así a sus sufrimientos.

Pero, el niño rompió a llorar l contacto con el agua fría del lago; Lucía que recorría la costa alcanzó a escuchar sus gritos, y pudo llegar a tiempo para auxiliar a esta pobre gente.

Lucía siguió distribuyendo las provisiones que llevaba por en toda la región azotada por la guerra, hasta donde alcanzaron.

Durante este viaje Lucía se sintió aliviada y distendida como nunca lo había experimentado anteriormente.

Pues aún la menor ayuda dada a la desgracia del próximo brinda satisfacciones indescriptibles, sentimientos del deber cumplido, y recupera la tranquilidad, mientras que no hay cosa peor que mantenerse inactivo y quieto frente a esa situación.

Esta descarga espiritual y alegría embargaban a Lucía al final de un día altamente fatigoso y feliz.

Era el día anterior a la celebración de su santa, y de ninguna manera pudo imaginar que algo malo le sucediera.

Durante la cena, que consistió en unos vasos de leche, comentó contenta con sus acompañantes los distintos episodios vividos en la jornada, mostrándose todos contestos y felices.

Lucía explicó entonces:

“Ahora estaremos ante muchos días de intenso trabajo y por eso, mañana no festejaremos el día de santa Lucía, como en otras ocasiones.

Debemos prepararnos urgentemente para estar listos cuando regresen el señor Eskil y su numerosa comitiva, para que puedan festejar adecuadamente el éxito de su gira.

Esto lo decía la joven señora, sin temor alguno, dado que sabía que los establos, graneros y depósitos de la finca, se hallaban abarrotados de víveres, aún cuando de momento, no tenían nada preparado para uso inmediato.

Todos los participantes del viaje además de satisfechos, estaban cansados y rendidos, de manera que se acostaron temprano para descansar.

Pero apenas se había dormido Lucía se despertó nuevamente, al escuchar fuertes ruidos frente al castillo: hubo gran movimiento de personas y caballos, armas y gritos.

El portón se abrió crujiendo, dando paso al señor Eskil, y a su numerosa comitiva.

Lucía se incorporó, se vistió rápidamente para recibir a su esposo.

Aún no había llegado hasta la escalera, cuando ya subía el señor Eskil, alumbrado por un portador de antorchas, con la cara desdibujada de ira.

Por un momento Lucía pensó que era el reflejo de la luz rojiza que iluminaba su cara, oscura y amenazante, pero al observar a los niños y a los sirvientes, todos muy asustados, se dio cuenta de que su marido había regresado realmente furioso, y dispuesto a hacer justicia y a castigar a los culpables.

Mientras Lucía miraba a su esposo desde la escalera, notó con creciente temor como el rostro del

señor Eskil se esforzaba para hacer una débil sonrisa, le dijo con ironía:

“Mi estimada señora, ¿estás ahora preparada para ofrecernos una comida de bienvenida?

“Te has esmerado en vano, pues ya cenamos en casa de tu tía Rangela y mañana...”

aquí lo venció la rabia y golpeando fuertemente el pasamanos de la escalera, gritó:

“...temprano para el desayuno, espero que puedas brindar de lo mejor que es capaz de ofrecer la casa en homenaje al día de vuestra santa Lucía.

“Y tampoco olvides de servirme un trago matinal cuando canta el primer gallo.”

Lucía fue incapaz de contestarle palabra alguna.

Se quedó inmóvil, al igual que el verano anterior cuando sospechó de las malas intenciones de la señora Rangela, apretándose las manos contra el corazón, y los ojos bañados en lágrimas.

Porque era evidente que había sido la señora Rangela quien advirtió al señor Eskil contándole de la manera como ella manejó sus bienes y fortuna, provocándolo en su contra y en mala hora.

El señor Eskil se avanzó algunos pasos sobre la escalera, y sin dejarse impresionar en lo más mínimo del miedo de su esposa, se inclinó hacia ella, y con voz amenazante le dijo:

“Por la cruz de nuestro señor, os recuerdo que si el desayuno pedido no fuera de mi agrado, preparaos para una reprimenda muy seria, que no habrás de olvidar en toda tu vida.”

Luego puso sus pesadas manos sobre sus hombros, empujándola hasta el dormitorio.

el profanador de textos

Y en ese momento lucía se dió cuenta que, ciertamente, el enojo de su esposo podía justificarse dado que ella había obrado arbitrariamente al disponer, sin reflexionar, ni consultarle de sus propiedades y fortuna.

Ahora que se encontraban solos ella intentó explicarle los motivos que tuvo en su proceder inconsulto, pero todo fue inútil, y Eskil ni la escuchó, ni tampoco dejó que se explicara.

Le dijo:

"Acuéstate ahora, y cuídate mucho en levantarte antes de la hora acostumbrada. "Si mi trago matutino y la comida de bienvenida no resultan de mi agrado, tendrás que transitar un camino por el que se requerirán todas las fuerzas."

Tuvo que contentarse con estas palabras, que sólo sirvieron para aumentar su pánico, y por eso no durmieron en todo el resto de la noche.

Recapacitó en todo lo ocurrido, dándose cuenta que el señor Eskil se hallaba firmemente determinado a ejecutar sus amenazas, que no eran otras que las que sufrían los condenados por robo, es decir, una azotada por una doble fila de ayudantes del verdugo.

Cuando Lucía llegó al convencimiento de que esa era su situación real, dado que la señora Rangela casi logró excitar y hasta enloquecer a Eskil, todo su cuerpo empezó a temblar de miedo y de angustia, y creyó estar al borde de la muerte.

Por otro lado, sabía que debía aprovechar las horas de la noche que aún le quedaban para encontrar alguna solución o salida a su problema, pero el espanto y el terror la paralizaban, haciéndola permanecer acostada e inmóvil.

¿Cómo podría preparar para la mañana siguiente una comida para 60 comensales?, pensaba Lucía en su desesperación.

Pensaba:

"Sólo me resta quedarme quieta y esperar que sobrevenga la desgracia."

Lo único que le quedaba, como salvación, era la de elevar hora tras hora sus oraciones ardientes a santa Lucía de Siracusa.

Implorante, rezaba:

"Oh, santa Lucía, mi dulce protectora y patrona, mañana es el día en que hallaste el martirio y la muerte, y que a cambio ganaste el paraíso celestial.

"Recuerda cuan oscuro y duro y frío es vivir sobre la tierra.

"Vuelve esta noche a mi lado, y llévame contigo.

"Cierra mis ojos en el sueño eterno de la muerte.

"Tú sabes que eres mi única salvación de la deshonra, castigo y vergüenza."

Mientras Lucía invocaba el auxilio y la ayuda de santa Lucía, transcurrían las horas de la noche, y se acercaba la mañana.

Le pareció que se escuchaban más temprano que nunca los primeros cantos de gallos, los ruidos que hacían los peones que partían para atender el ganado, y los caballos que se incorporaban en los establos, interrumpiendo el silencio del amanecer.

Ella pensó:

"Ahora nomás se despertará el señor Eskil, y me pedirá su trago matutino.

"Y deberé confesarle que fui tan torpe, no pudiendo ofrecerle nada."

En ese instante de mayor peligro para la joven señora, su amiga y protectora celestial, santa Lucía, no pudo menos que asistirla en tan difícil trance, puesto que debía reconocerle a su protectora que había actuado quizás por un exceso caritativo para sus semejantes.

El cuerpo terrenal de la santa, que descansó por espacio de muchos siglos en su angosta cámara funeraria en las catacumbas de Siracusa, se llenó repentinamente de espíritu viviente, retomando su belleza y el uso de sus miembros.

Se cubrió con un vestido hecho con la luz de las estrellas, volviendo nuevamente al mundo en el cual tanto había sufrido y amado.

Sólo algunos instantes más tarde, el atolondrado guardián de la torre del castillo de Börtsholm vio como se acercaba desde lejos, desde el sur, una esfera de fuego, cuál una aparición nocturna milagrosa.

Su vuelo era tan rápido, que apenas logró seguirlo con la vista, y se dirigió directamente al castillo.

Pero tan cerca del guardián, que a éste lo impresionó como si lo rozara, desapareciendo al instante.

En esta esfera de fuego, así le pareció al guardián, se hallaba como flotando, una hermosa doncella, la que con los brazos en alto estaba suspendida en el aire, sobre su nave incandescente.

Casi al mismo tiempo Lucía despierta y sumida en el miedo y en el terror, vio con asombro y alegría, penetrar en su cuarto a la bellísima Virgen, con un vestido tan blanco como la luz de las estrellas.

Su largo cabello estaba sujetado por unas lianas, pero sin hojas ni flores, sino por brillantes estrellas.

Estas estrellas iluminaban su cuarto como si fuera la luz del día y, sin embargo, a Lucía le pareció que

el profanador de textos

no era nada en comparación a los ojos de la extraña visitante, los que no solo resplandecían con el más claro fulgor, sino que además, irradiaban todo el amor y la piedad celestial.

La extraña doncella llevaba en sus manos una jarra grande de cobre, del que emanaba la más suave fragancia del más puro zumo de uvas, y con él se dirigió al cuarto del señor Eskil.

Allí volcó el vino en un vaso, y se lo ofreció para bebiere.

El señor Eskil, que dormía profundamente, despertó cuando la claridad de la luz cayó sobre sus ojos, y medio somnoliento tomó el vaso ofrecido, vaciéndolo de un trago, pues le resultó muy agradable.

Esta bebida era el vino noble y generoso de Malvasía, del sur de Italia, de gran prestigio y reconocido como el más selecto de todos.

Era a la vez de efectos adormecedores de manera que apenas lo había bebido, Eskil, se volvió a dormir plácidamente.

Luego, la hermosa Virgen se dirigió a las grandes y lúgubres salas del castillo en las que se hallaban descansando los acompañantes de Eskil, quedando Lucía atónita, sumida en un estado de asombro, pero también de esperanza renovada.

Les ofreció a cada uno, en esta fría mañana invernal, un sorbo del dulce vino, que les pareció a todos un deleite celestial.

Volvieron a dormirse todos, soñando estar en el país del sol y del verano eternos.

Apenas Lucía se dió cuenta que la aparición encantadora había desaparecido, curiosamente, notó también que a ella se le había pasado el miedo y la angustia, que la tuvieron postrada durante toda la noche.

Se vistió apresuradamente, y llamó a toda la servidumbre del castillo para comenzar con las urgentes tareas necesarias.

Durante todas las horas de la larga mañana de invierno, todos sin excepción, estuvieron ocupados en la preparación del almuerzo de bienvenida exigido por el señor Eskil.

Con destreza y rapidez fueron sacrificados terneros jóvenes, cerdos, gansos, y pollos.

Se amasaba el pan, se encendía el fuego en los hornos y en las asaderas, se guisaba el repollo, se pelaban zanahorias, y se preparaban ricas tortas de miel para el postre.

En el salón de fiestas, se cubrían las mesas con manteles, se colocaban las velas, sobre los bancos se ponían almohadones, y las alfombras en los pisos.

Durante todos estos preparativos el señor Eskil y sus acompañantes continuaban durmiendo.

Cuando el dueño del castillo se despertó supo, por la altura en que se hallaba el sol, que ya se acercaba el mediodía.

Además de asombrarse por su largo sueño, también notó la ausencia de todo el disgusto que lo había embargado la noche anterior, y que ahora ya no le preocupaba.

Durante su sueño matinal recapacitó sobre su relación con su esposa, que ahora le parecía encantadora y suave, no explicándose como pudo haberla amenazado con un castigo vergonzoso.

Quizás el asunto no era tan grave como aparecía ni como se lo había contado la señora Rangela.

Desde luego pensó:

“Si despifarró mis bienes y fortuna, no la podré seguir teniendo como esposa, pero con

enviarla de vuelta a sus padres, será castigo suficiente.”

Cuando salió de su cuarto fue recibido por sus ocho hijos, que lo acompañaron al salón de fiestas.

Allí ya estaban reunidos sus comensales, esperando ansiosos su llegada para poder dar comienzo al almuerzo, puesto que las mesas se hallaban abarrotadas de los mejores manjares.

Lucía se sentó sin miedo alguno al lado de su esposo, aunque aún no estaba libre de preocupaciones, dado que si bien logró organizar en el más corto plazo un excelente almuerzo para tanta gente, le faltaban las bebidas, cerveza y aguamiel, que no se preparaban tan rápidamente.

Y le parecía dudoso que el señor Eskil se sintiera satisfecho con una comida sin bebidas.

Pero al mirar la mesa descubrió con alegría y alivio, la gran jarra de cobre que había traído la Virgen.

Allí estaba llena de vino que despedía un aroma exquisito.

Otra vez sintió una gran satisfacción íntima por la protección piadosa de santa Lucía, y al servirle a su esposo le relató cómo había llegado el vino a Börtsholm, lo que le causó el mayor asombro y sorpresa.

Luego de que el señor Eskil hubo probado un par de sorbos del vino, que esta vez tuvo un efecto reanimador y ennoblecedor, Lucía se atrevió a narrarle su viaje de ayuda a la otra costa devastada del lago Vänern.

Al principio el señor Eskil escuchó en silencio el relato, pero cuando le contó el episodio con el pastor Kolbjörn, exclamó:

“Él es un gran amigo mío, y te agradezco mucho de haberle ayudado.”

También resultó que el labrador de la península había sido compañero de armas del señor Eskil; que

el profanador de textos

entre las mujeres piadosas se encontraba una prima suya, y que el comerciante Lasee, en el pueblo, era su proveedor de armas y ropas.

Ya antes de que Lucía terminara la descripción de su viaje su esposo ya le estaba agradecido de todo corazón por haberle ayudado a tantos amigos, y dispuesto a perdonarla.

Pero el miedo que había embargado a Lucía durante toda la noche volvió a dominarla cuando dijo, con lágrimas en los ojos y voz suplicante:

"Mi querido Eskil, reconozco que actué precipitadamente al no consultarte, disponiendo de tus bienes.

"Te ruego quieras atribuir mi proceder a mi juventud y falta de experiencia.

"Por ello te pido mil veces perdón."

Al oír hablar así a su esposa, Eskil, no pudo menos que reconocer la gran piedad y devoción que le eran propias, que motivó que una moradora celestial haya vuelto a tomar su forma terrenal acudiendo en auxilio de su protegida.

Además, cuando reflexionó que él, siendo una persona de reconocida capacidad intelectual, sospechó de su actuación, estando cerca de desahogar su cólera en su esposa, sintió de repente gran vergüenza; bajó la vista y no logró articular una sola palabra de réplica.

Al verlo así, mudo y cabizbajo, a Lucía le volvió la angustia y hubiera preferido huir llorando.

Pero, entonces se acercó, sin haber sido vista por nadie, santa Lucía, sentándose al lado de la joven señora, y le sugirió en voz baja lo que debía decirle a Eskil.

Esas palabras eran precisamente las que había querido expresar, pero sin el estímulo celestial, jamás se habría atrevido a decirlas por su gran timidez:

"Mi querido Eskil, me oprime un gran deseo que quiero comunicarte.

"Te rogaría para el futuro te quedaras más tiempo con nosotros.

"Ello evitaría que yo cayera en la tentación de actuar contra tus deseos, y así te podría demostrar todo el amor que siento por ti.

"Además, otras personas no se podrían interponer entre nosotros."

Al escuchar el señor Eskil estas palabras de su esposa, levantando la cabeza, mostró la gran alegría que lo embargaba, y de inmediato cambió su estado de ánimo.

Cuando quiso contestarle a su esposa, fue interrumpido por uno de los guardianes de la señora Rangela, que irrumpió ruidosamente en el salón, comunicando en alta voz, una noticia infusa:

"La señora Rangela había partido por la madrugada en dirección al castillo de Börtsholm, para presenciar el castigo que iba a recibir Lucía.

"Estaba acompañada por un guardián y en la oscuridad de la noche, se encontró con un grupo de campesinos que la odiaban por su exigente pago del peaje para cruzar el puente.

"Primero ahuyentaron al guardián, y luego golpearon ferozmente a la señora Rangela, falleciendo como consecuencia de esa golpiza."

Luego, el enviado por el mayordomo de la señora Rangela informó que éste había salido en persecución de los asesinos, solicitando al señor Eskil, su colaboración en esta acción.

El señor Eskil se levantó y con voz firme y severa dijo:

"Primero debería responder al pedido de mi esposa, pero antes quiero terminar con este imprevisto que nos significa la muerte de la señora Rangela.

"Por mi parte, el hecho puede quedar impune, y no pienso entremezclarne en una nueva acción de sangre, porque de algo estoy seguro y es de la culpabilidad de la señora Rangela, que cayó en su ley, y como consecuencia de sus propios actos."

Luego de hablar así, se dirigió a su esposa, y con voz cambiada, esta vez suave e indulgente, le dijo:

"A mi querida esposa la perdonó de todo corazón y a la vez le pido perdón por mi brusquedad y vehemencia.

"Y puesto que es su deseo que yo permanezca más tiempo a su lado, le pediré al rey, que elija otro consejero en mi reemplazo, porque ahora quiero entrar al servicio de dos nobles damas.

"Una de ellas es mi esposa, y la otra es santa Lucía de Siracusa, a la que en todas las iglesias y capillas de mis dominios le levantaré altares en su honor, rogándole quiera mantener entre nosotros aquellas llamas, aquel destello divino y guía del alma, que son la piedad y misericordia."

Durante toda mi infancia, el día 13 de diciembre, temprano por la mañana, cuando en Värmland, entre las altas montañas de Noruega, el Gullapangälf, dominaban el frío y la oscuridad, santa Lucía de

el profanador de textos

confesiones de invierno

(¡siempre charly garcía debe estar presente!)

Muchos de los maestros que intentaban implementar la pedagogía Waldorf en lengua castellana allá por los años setenta esperaban mensualmente como una ayuda inigualable la llegada del ‘Boletín de Metodología para los presentes y futuros maestros Waldorf,’ publicados gratuitamente por Juan Berlín (Johannes Berlin Neubart) desde México, desde octubre de 1970.

Los maestros más jóvenes y los nuevos estudiantes generalmente han ‘escuchado hablar’ de los Boletines, o los ‘berlines,’ como se los nombraba cariñosamente.

A veces han podido acceder a fotocopias de fotocopias de fotocopias, muy deterioradas y muchas veces incompletas.

Como tributo y agradecimiento a Juan Berlín por su tarea, tengo el agrado de aportar esta versión digitalizada, para que cada ‘presente y futuro maestro’ tenga acceso a toda la información de una manera fácil de ubicar y en versión (casi) original.

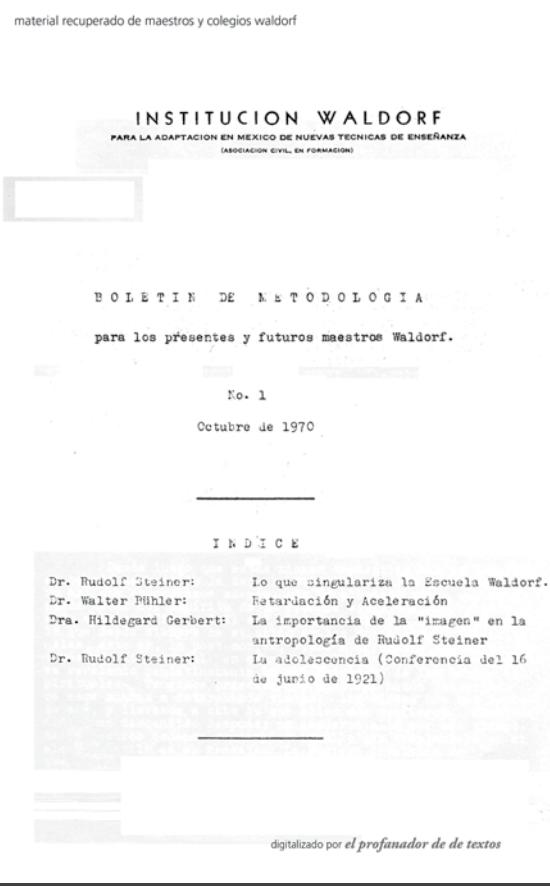
versión 0.95 - Febrero, 2023

	Boletines	Suplementos
Publicados	181	15
Recuperados	169	15

Material recuperado de maestros y escuelas Waldorf de Argentina y España

recuperación en tributo y agradecimiento a Juan Berlín

boletines de metodología para los presentes y futuros maestros Waldorf



agradecimiento

Un grupo de personas —quizás representando instituciones pero poniendo su corazón en ello— hizo posible esta recopilación.

Sólo nombro a unos pocos:

- Yanina Coppoteli Sengali (Juana de Arco)
- Alejandro Ranovsky (Perito Moreno)
- Ingrid Simenyi (Rudolf Steiner)
- Antonio Malagón Golderos (Centro de Formación de Pedagogía Waldorf, España)
- Patricia Quiroga Uceda (España)
- Inés Meirelles (San Miguel)
- Úrsula Vallendor (Seminario Pedagógico)
- Y a todos aquellos maestros que, en su momento, se ‘acordaron’ de devolver a las bibliotecas los ejemplares que se les habían prestado.

Y quiero agradecer especialmente a Perejil y a Rúcula, sin cuya compañía, colaboración, entusiasmo y motivación y por qué no decir profundo amor y amistad nada de esto existiría.

(Los nombres han sido cambiados para proteger a los culpables.)
gracias
el profanador de textos

el profanador de textos

confesiones de invierno

(¡siempre charly garcía debe estar presente!)

Hace más o menos tres años escribí, en un ‘acerca de este proyecto’...

A casi 100 años de la inauguración de la primera Escuela Libre en Stuttgart en 1919 y más de 75 años de educación Waldorf en Argentina, me llama mucho la atención que no esté traducida todas las conferencias sobre pedagogía de Rudolf Steiner.

Antes que tratar de averiguar los motivos —el universo me los dirá, si necesito saberlos—, creo que es mejor uso de mi tiempo proveer —o, al menos, intentar— alguna solución.

Y esta es mi ‘solución’...

Dedicatoria:

Este trabajo fue realizado en agradecimiento a Úrsula Vallendor, quien me enseño a amar la pedagogía Waldorf y a apreciar la obra de Rudolf Steiner. gracias. el profanador de textos

(Aunque ella reniega —con razón— de mi nombre, la sigo queriendo.)

Y quiero agradecer especialmente a Perejil y a Rúcula, sin cuya compañía, colaboración, entusiasmo y motivación y por qué no decir profundo amor y amistad nada de esto existiría.

(Los nombres han sido cambiados para proteger a los culpables; Úrsula es Úrsula porque es inocente.)

primera edición completa en castellano
de la obra pedagógica de Rudolf Steiner

GA	Título
i [a+i] GA293	El estudio del hombre como base de la pedagogía
ii [a] GA294	Metodología y didáctica
iii [a+i] GA295	Coloquios pedagógicos y conferencias curriculares
iv [a] GA296	La educación como problema social
v [i] GA297	Idea y práctica de la Educación Waldorf
v* [i] GA297a	Educación para la vida, autoeducación y práctica educativa
vi [i] GA298	Rudolf Steiner en la Escuela Waldorf
vii [i] GA299	El genio del lenguaje. Consideraciones científico-espirituales sobre el habla
viii [i] GA300	Juntas con maestros. Escuela libre Waldorf 1919 a 1924
ix [i] GA301	Renovación del arte pedagógico-didáctico
x [a] GA302	La estructuración de la enseñanza basada en el conocimiento del ser humano. Curso de ampliación
xi [a+i] GA302a	Educación y enseñanza desde el conocimiento del hombre
xii [a] GA303	El saludable desarrollo físico-somático como fundamento del libre despliegue de lo anímico-espiritual
xiii [i] GA304	Métodos educativos y docentes en base a la Antroposofía
[a] por otros del alemán; [i] personal del inglés	
xiv [i] GA304a	La antropología y la pedagogía antroposófica
xv [i] GA305	Las fuerzas fundamentales anímico-espirituales del arte de educar. Valores espirituales en la educación y en la vida social
xvi [i] GA306	La práctica pedagógica desde el punto de vista del conocimiento científico-espiritual del hombre.
xvii [a] GA307	La educación y la vida espiritual de nuestra época
xviii [a] GA308	La metodología de la enseñanza y las condiciones vitales de la educación
xix [i] GA309	La pedagogía antroposófica y sus condiciones previas
xx [i] GA310	El valor pedagógico del conocimiento del hombre y el valor cultural de la pedagogía
xxi [a] GA311	La educación basada en la naturaleza humana
xxii [i] GA034:23++	La educación del niño y conferencias tempranas en educación
xxiii [a] GA317	Curso de pedagogía especial. Pedagogía curativa
xxiv [i] GA320	Curso de luz, color, sonido.
xxv [i] GA321	Curso de calor.
xxvi [a] GA323	Curso de astronomía
xxvii [a] GA217	Curso de pedagogía para jóvenes

solicite el enlace de descarga a: elprofnadordetextos@yahoo.com

el profanador de textos

confesiones de invierno

(¡siempre charly garcía debe estar presente!)

Cuando Rudolf Steiner aceptó la invitación de Emil Molt¹ para dirigir la ‘Escuela Libre Waldorf’ en Stuttgart en 1919 lo hizo bajo la condición de que sólo él elegiría a los maestros.

Los seleccionó de entre los más destacados antropósofos de su entorno. Incluso, más adelante, llegó a decir que “ya no tenía a quién elegir como maestro.” Y a ellos les enseñó pedagogía.

En la actualidad, la mayoría de los que se acercan a la pedagogía Waldorf lo hacen desde la docencia.

Esta colección de textos representa el conocimiento básico para entender la Antroposofía, que es la base de la pedagogía Waldorf.

Se intentó lograr un ‘texto en castellano’ y no un ‘texto en alemán con palabras castellanas,’ tarea harto difícil² y de resultados inciertos.

Espero sepan disculpar mis errores.

¹ Emil Molt (1876-1936): Gerente de la fábrica de cigarrillos Waldorf-Astoria en Stuttgart. Inspirado por el movimiento para la Trimembración del Organismo Social fundó la Escuela Waldorf en para los hijos de los trabajadores. [n. del pr.]

² Steiner, Rudolf. ‘El genio del lenguaje. Consideraciones científico-espirituales sobre el habla.’ [GA299] [n. del pr.]

Antroposofía

Rudolf Steiner, su fundador, la caracterizó como:

‘La Antroposofía es un sendero de conocimiento que quisiera conducir lo espiritual en el hombre a lo espiritual en el universo. Pueden ser antropósofos quienes sienten determinadas cuestiones sobre la esencia del hombre y del mundo como una necesidad tan vital como la que se siente cuando tenemos hambre y sed.’

Dedicatoria:

Este trabajo está dedicado a Úrsula Vallendor, quien me enseñó a amar la pedagogía Waldorf y a apreciar la obra de Rudolf Steiner.

gracias. el profanador de textos

(Aunque ella reniega —con justa razón— de mi nombre, la sigo queriendo.)

antroposofía básica para pedagogos

GA	Título
i GA002	Teoría del conocimiento basada en la concepción goetheana del mundo
ii GA004	Filosofía de la libertad
iii GA006	Goethe y su visión del mundo
iv GA009	Teosofía
v GA010	Cómo se adquiere el conocimiento de los mundos superiores
vi GA013	La ciencia oculta. Un bosquejo
vii GA028	El curso de mi vida

Agradecimiento:

Quiero agradecer especialmente a Perejil y a Rúcula, sin cuya compañía, colaboración, entusiasmo y motivación y —por qué no decirlo— profundo amor y amistad nada de esto existiría.

(Los nombres han sido cambiados para proteger a los culpables; Úrsula es Úrsula porque es inocente.)

el profanador de textos

“Sólo aquello que por medio de mi trabajo se transforma en mí mismo, sana, nutre y libera al niño.”

Rudolf Steiner

